
E. K. JOHNSTON
STAR WARS
LA SOMBRA DE LA REINA
Planeta

**El final de su reinado es solo el comienzo…**

Cuando Padmé Amidala deja su posición como reina de Naboo, está preparada para hacer a un lado su título y regresar a una vida lejos del escrutinio público. Pero, para su sorpresa, la nueva reina le pide que continúe sirviendo a su pueblo: ahora en el Senado Galáctico.

Padmé no está segura de su nueva responsabilidad, pero no puede rechazar esa petición, especialmente porque sabe que, gracias a su gran amiga —y señuelo— Sabé, puede estar en dos lugares al mismo tiempo. Por lo tanto, mientras Padmé se involucra en la política, Sabé se embarca en una misión muy cercana al corazón de Padmé.

En el planeta brillante de Coruscant, los nuevos colegas de Padmé en el Senado la observan con curiosidad, pues sospechan que participó en el derrocamiento del antiguo canciller. Mientras tanto, Sabé se hace pasar por una comerciante en Tatooine, con menos recursos de los que creía e, incluso, menos opciones de las necesarias.

Junto con sus fieles damas de compañía, Padmé y Sabé deberán navegar entre los peligros de la política, adaptarse a panoramas en constante cambio y construir una nueva identidad que va más allá de la sombra de la reina.




# La sombra de la reina

E. K. Johnston



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

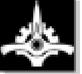

Título original: *Queen’s Shadow*

Autora: Emily Kate Johnston

Arte de portada: Tara Phillips

Traducción: Eloy Pineda Rojas

Publicación del original: marzo 2019


 28 años antes de la batalla de Yavin


Revisión: Klorel

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.1

09.12.19

Base LSW v2.22

# Declaración



Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

A las chicas con corazones profundos
y varios planes de respaldo…
y especialmente a Emma,
quien es mi guía en ambos.

*Sabé mantuvo los ojos cerrados y trató de no echarse hacia atrás cada vez que la brocha hacía contacto con su nariz. El polvo tenía que aplicarse con suavidad, lo que provocaba cosquillas y ahora no era el momento de reírse. Las manos de Rabé aplicaban con firmeza los toques finales al maquillaje de la reina, y Sabé contenía la respiración con la misma firmeza. Por experiencia personal, sabía que si inhalaba el polvo, tendría un ataque de estornudos, y tampoco era el momento para eso.*

*Podía percibir que las demás doncellas seguían con sus tareas a su alrededor. Nadie corría o dejaba que sus emociones se mostraran tras sus fachadas profesionales, pero Sabé estaba consciente de que todas se encontraban tensas. Saché terminó con el cabello y Sabé se preparó para que su cuello soportara el peso del tocado mientras Yané lo deslizaba sobre su cabeza. Rabé quitó el trapo del cuello de Sabé, que había evitado que el maquillaje cayera sobre el elaborado vestido negro, y Sabé abrió los ojos.*

*Miró el rostro de la reina. No era la primera vez que lo hacía, por supuesto, pero sintió que esta vez había más desesperación. La calma medida del vestidor de la reina no se expandía mucho más allá de la puerta. Sabé escuchó el aterrizaje de las naves en los patios del palacio y el inconfundible golpeteo metálico de los pies de los droides sobre la piedra. La ira creció en su interior. Cuando menos, la Federación de Comercio pudo haber usado las áreas adecuadas para atracar. Los habitantes de Naboo no las iban a defender con más vigor que al palacio.*

*Un movimiento en el espejo le llamó la atención y Sabé vio que Padmé y Eirtaé regresaban a la habitación principal. El rostro de Padmé estaba completamente limpio; todos los rastros de su propio maquillaje habían desaparecido y había levantado la capucha de la túnica color rojo fuego para disfrazar aún más su identidad. Sabé no necesitaba ver su cara para saber lo que pensaba.*

*—El equipo llegó a la nave real —explicó Eirtaé—, pero los capturaron. El Capitán Panaka nos está esperando en el corredor. ¿Dónde les gustaría estar cuando lleguen aquí?*

*Sabé sabía que Padmé no respondería. Una vez que empezaba la maniobra de señuelo, todo dependía de la reina, y justo ahora esa era Sabé.*

*—¿Podemos llegar a la sala del trono? —preguntó Sabé. El tono era grave y sus sonoridades (una inflexión muy practicada) llenaron el salón.*

*—No, mi señora —respondió Eirtaé.*

*—Si nos atrapan aquí, en el vestidor de la reina, podrían subestimarnos y creer que no estamos preparadas —señaló Yané. Permaneció muy cerca de Saché mientras esperaban a que Sabé decidiera.*

*—Saldremos a la terraza —declaró la Reina Amidala—. Que el Capitán Panaka se nos una con los guardias que considere adecuados.*

*Rabé se alejó para supervisar que se hiciera, y el resto salió. Sabé puso las manos en el barandal, mientras miraba por encima de Theed. Por lo general, la vista le traía paz,*

*pero no había nada de eso ahora. Demasiadas naves de la Federación de Comercio estropeaban el paisaje. Escuchó el sonido mecanizado del ejército invasor que subía por las amplias escaleras de mármol y, afortunadamente más cercanos, los pesados pasos de las botas del Capitán Panaka.*

*Padmé se agachó detrás de ella y arregló algunas arrugas en el dobladillo del voluminoso vestido negro.*

*—Lo lograremos —afirmó, con tanta suavidad que Sabé apenas la escuchó. Sabé estiró la mano hacia abajo y Padmé la tomó y la apretó—. Este vestido tiene suficiente seda de Karlini entretejida como para protegerla a usted y a quien esté detrás en un tiroteo, y sabe que es solo el principio. Naboo resiste a su manera. Su pueblo está con usted, Su Majestad. Estamos listas.*

*Eran palabras reconfortantes, y Sabé pudo imaginarse a sí misma diciéndolas, excepto que ella nunca dejaría que su reina enfrentara una situación tan peligrosa, sin importar cuántas protecciones estuvieran entretejidas en sus túnicas. Panaka tosió, y manos de metal poco cuidadosas empujaron las puertas de la terraza. Era el momento en que Sabé de Naboo, guardaespaldas y doncella, debía hacer su trabajo, y por supuesto que lo haría, porque eso era lo que siempre había elegido hacer.*

*Sabé se dio vuelta para enfrentar a los enemigos como Reina de Naboo, y Padmé tan solo desapareció bajo su sombra.*

# PARTE I

# CAPÍTULO 1

Padmé Amidala estaba completamente inmóvil. El halo café de su pelo se extendía alrededor, suavizado por aquí y por allí por flores blancas que habían volado por los aires para llegar a descansar entre sus rizos. Su piel era pálida, perfecta; su rostro, apacible. Tenía los ojos cerrados y las manos estaban entrelazadas sobre su estómago mientras flotaba. Naboo seguía adelante sin ella.

Aun ahora, al final, la observaban. No era más de lo que se esperaba. Desde que había entrado en la arena de la política planetaria, la atención fue incesante. Primero comentaron sobre sus intereses e ideales, más tarde sobre su elección como reina. Muchos dudaron de su fortaleza al enfrentar una invasión, cuando las vidas y el bienestar de su pueblo se entregarían como rescate por ella (y los habría salvado si tan solo hubiera entregado su firma) y había probado que todos estaban equivocados. Reinó bien. Adquirió mucha sabiduría y experiencia y lo hizo rápidamente. Había enfrentado las pruebas de su puesto sin dudas ni temores. Y ahora, su mandato llegaba a su final.

Una pequeña perturbación, el más leve movimiento en el agua que, en general, era apacible, fue la única advertencia para Padmé antes de que su atacante se lanzara contra ella. Un brazo se enredó en su cintura, la jaló hacia las aguas claras, poco profundas, y la sostuvo allí apenas el tiempo suficiente para hacerle saber que la habían vencido.

La Reina de Naboo salió a la superficie, escupiendo agua bajo la luz del sol mientras sus doncellas (sus amigas) reían alrededor: Yané y Saché, quienes habían sufrido por su planeta durante la ocupación; Eirtaé y Rabé, quienes habían ayudado para asegurarse de que el sufrimiento tuviera sentido; Sabé, quien afrontó riesgos con mayor frecuencia y era la más querida. Juntas (jóvenes y, al parecer, sin preocupaciones) conformaban un grupo cuya fortaleza a menudo se subestimaba. No importaba cuántas veces hubieran probado de lo que eran capaces, la gente que las miraba quedaba cegada por su juventud y su ropa, y las descartaba de nuevo. Y ellas lo preferían así.

La región de los lagos era famosa por su privacidad. Aquí, hasta la reina podía pasar desapercibida o, por lo menos, era más fácil que la pasaran por alto. La herencia natural de Naboo era para protegerse y atesorarse, aun antes de que se firmaran los nuevos tratados con los gungans, y esto había reforzado el aislamiento de los lagos en la región. El bullicio de la capital estaba muy lejos, y Padmé podía tener, aunque fuera por un pequeño momento, algún tiempo para sí misma. Bueno, para sí misma, sus doncellas, los guardias que el Capitán Panaka consideró apropiados y toda la servidumbre. En ese sentido, la soledad era de alguna manera relativa.

Desde la playa, Quarsh Panaka observaba a su alegre personal bajo el sol con una expresión demasiado familiar en el rostro. Había discutido para traer a diez de sus hombres a la orilla del agua con él, y Padmé lo concedió. Al final, este estira y afloja había sido alguna vez lo normal en sus tratos con la reina, aunque la relación se había vuelto más fría y formal a últimas fechas. Él era un profesional, así que permanecía allí y

miraba con el ceño fruncido: sabía que, sobre todo hoy, su interferencia no sería bienvenida.

—Usted me dejó hacerlo —afirmó Saché.

La doncella más joven llevaba un traje de baño en el mismo estilo que el resto, pero donde las demás tenían piel expuesta al sol, ella mostraba un enorme conjunto de cicatrices moteadas que le cubrían los brazos, las piernas y el cuello. Yané se acercó chapoteando y pasó los dedos entre el pelo de Saché.

—No podía detenerte —repuso Padmé. Agitó la cabeza, derramando gotas de agua y las últimas flores. Hundida hasta la cintura en el lago brillante y usando su propia voz, se le podía confundir con una chica normal, pero, incluso en ese momento, había algo en su porte que sugería más—. Aunque, de haber gritado, solo hubiera tragado agua del lago.

—El Capitán Panaka se habría visto en la obligación de rescatarla —afirmó Sabé con la voz de Amidala, y Saché y Yané se enderezaron por reflejo antes de que Yané lanzara una ola de agua hacia la chica mayor, como pago. Sabé tan solo se quitó una flor de la mejilla cuando aterrizó en ella y siguió flotando, sin preocuparse por el alboroto—. Así que, en realidad, estaba preservando la dignidad de muchos, sin mencionar un fino par de botas.

Despreocupada, pero no de manera inconsciente, Sabé habló con el volumen suficiente para que la oyeran todas las que estaban nadando, además de varios de los guardias, que hicieron poco por ocultar su diversión.

—Ustedes han hecho que envejezca prematuramente, mis señoras —las acusó Panaka. Había un atisbo de calidez en el tono, pero la distancia infranqueable se mantuvo—. Mi esposa apenas me reconocerá cuando llegue a casa.

—Tu esposa no tiene ese problema —afirmó Mariek Panaka, desde su lugar, a tres pasos de él. No vestía uniforme porque había estado nadando con la reina. Llevaba un pareo de color anaranjado brillante que hacía que su piel morena resplandeciera bajo el sol del final de la mañana, y el cabello oscuro caía por su espalda mientras el resto de ella se secaba.

—Bueno —intervino Padmé, mientras chapoteaba hacia la orilla con Sabé, como siempre, tras ella—. Pronto podremos descansar.

De pronto había aparecido: por fin alguien había hecho referencia al veermok en la sala, por decirlo así. Porque se acercaba el final, y ni la belleza de la región de los lagos de Naboo ni la mejor de las compañías podía evitarlo. Cuando la elección terminara y se anunciara a la nueva gobernante de Naboo, Padmé Amidala tendría que buscar una nueva tarea, llamada o profesión, y lo mismo sería para la mayoría de quienes estaban a su servicio. Algunos, como Panaka, esperaban con gusto el retiro, tanto como cualquier otra persona en Naboo. Padmé suponía que Panaka había recibido varias ofertas de trabajo, pero ya habían pasado la etapa en la que comentaban esos asuntos personales. Las más jóvenes, como Eirtaé y Saché, buscaban el futuro en sus propios términos. Músicos, doctores, padres, granjeros y todas las combinaciones intermedias: era la hora de soñar.

El cambio se avecinaba y lo hacía con rapidez. Nadie, ni siquiera Sabé, se había atrevido a preguntar a la reina cuáles eran sus planes.

Rabé se puso de pie y siguió a la reina. Eirtaé se sumergió una vez más (una especie de despedida) y luego se unió a las demás mientras recuperaban la compostura y dejaban el agua. No tenían que hacerlo, con tantos guardias, y con Sabé, además, pero siempre escogían a la reina cuando podían, y pronto ya no podrían hacerlo.

Lejos de la casa del lago, en Naboo se estaba votando. Los engranajes de la democracia estaban bien aceitados, y siglos de tradición habían hecho que el evento bianual se realizara sin contratiempos, aun con la inclusión de los votantes gungans tan solo por segunda ocasión en la historia del planeta. Aunque pocos decidieran votar, Padmé sabía que los esfuerzos que había hecho para incluirlos eran apreciados, porque el Jefe Nass se lo había afirmado, a su estilo, en voz alta. Al final de sus cuatro años de servicio, Naboo no estaba tan unido como le hubiera gustado, pero la gente se mostraba feliz con lo que ella había logrado.

Demasiado feliz, en realidad. Una facción había tratado de enmendar la constitución para que Padmé pudiera postularse de nuevo. Esto solo se había intentado una vez, durante una época de gran convulsión en el pasado de Naboo, y Padmé no veía razón para luchar por algo que no quería ni creía que fuera correcto. Le había dado cuatro años a Naboo, y ahora era el momento de que alguien más pusiera en práctica su visión, de que otras manos decidieran el curso. Esa era el alma del cuerpo democrático de Naboo: el cambio y el servicio en cortos trechos era mejor que el estancamiento en el gobierno, y Padmé estaba feliz de representar todas las partes que su papel incluía.

—¿Nunca se vio tentada? —le había preguntado Sabé cuando llegó el mensajero con la enmienda para que Padmé la leyera, y ella la había regresado sin firmarla después de apenas mirarla. Era lo más que se habían acercado a platicar sobre el futuro.

—Por supuesto que me vi tentada —había respondido Padmé. Se recargó en el respaldo de su silla y Sabé reanudó el peinado—. Pensé por lo menos en diez cosas más que podía hacer en otro periodo de reinado mientras leía la propuesta. Pero no es así como funcionan nuestros legados. Aquí servimos y dejamos que otros sirvan.

Sabé no había pronunciado una palabra más.

Ahora, envueltas en pareos de colores vivos en la playa, recuperaron las sandalias y siguieron a los guardias hacia la casa. Cuando llegaron a la colina cubierta por la hierba en la base de las amplias escaleras de piedra, Padmé se detuvo para sacudirse los pies. Todos se detuvieron con ella.

—Arena —explicó.

—Estoy segura de que las droides de servidumbre apreciarán sus esfuerzos, Su Alteza —dijo Eirtaé. Tenía el rostro tan serio que solo unos cuantos se dieron cuenta de que bromeaba.

Los escalones no eran muy pronunciados en este lado de la casa. El puerto (para naves acuáticas en este caso; no había en realidad un lugar para aterrizar una aeronave) estaba al otro lado de la finca, y esos escalones estaban cortados directamente en la

pequeña colina sobre la que estaba construida la casa. Ese sendero había sido construido a propósito como una ruta hacia el agua y, por tanto, se iba haciendo más hermoso y relajado a medida que se ascendía. Padmé y Mariek iban adelante, Panaka detrás de ellas, y el resto de las doncellas y guardias en cadena más atrás, como una fila de patitos.

Sabé se había detenido por un momento al pie de las escaleras para abrocharse las sandalias. Padmé la vio hacer un ligero gesto cuando se dio cuenta de que aún había arena entre los dedos de sus pies. Sabé sacudió los zapatos lo mejor que pudo y luego empezó a subir a un paso casi relajado. No solía permitir que su mente vagara cuando estaba con la reina, pero aquí y ahora, con tan poco en juego y un cambio pacífico acercándose rápidamente, Padmé se sintió feliz de verla relajarse cuando el Sargento Tonra se mantuvo junto a ella. Él era un poco más alto que Panaka, con piel blanca y generalmente pálida, aunque dos semanas bajo el sol habían enrojecido su rostro de manera notable. Bajó los escalones justo cuando Padmé había decidido regresar a la casa, pero no le faltaba el aliento por sus esfuerzos.

—Hay varios mensajes para Su Alteza —informó en voz baja a Sabé, pero Padmé alcanzó a escucharlo—. Ninguno de ellos es urgente, pero uno es oficial y se requiere que la propia reina lo abra.

—Gracias, sargento —respondió Sabé, siempre competente—. Los revisaremos cuanto antes.

Tonra asintió, pero no retrocedió. Padmé esperaba que Sabé se pusiera a la defensiva, como solía hacerlo cuando pensaba que alguien tenía la intención de protegerla, aunque era un poco más indulgente con quienes habían combatido en la Batalla de Naboo, como Tonra. Sabé protegía su privacidad tanto como Padmé lo hacía con la suya, aunque por diferentes razones. Padmé decidió que tal vez Sabé finalmente se estaba permitiendo apreciar el paisaje.

Una porción mayor del lago iba apareciendo a medida que subían y las aguas reflejaban el cielo con tal perfección que, salvo por unas cuantas olas, era posible convencerse de que habían invertido de alguna manera el cielo y el agua. Las colinas verdes que se elevaban desde la orilla también descendían a las profundidades, y la manera en que unas pocas nubes algodonosas bordeaban el azul por arriba se reflejaba a la perfección en el azul de abajo, como si dos tazones estuvieran presionados entre sí y sus bordes formaran el horizonte arbolado. No había signos de poblaciones humanas entre los árboles, excepto por la casa hacia la que se dirigían, y el cielo arriba de ellos nunca estaba punteado por naves, droides voladores grabando o algo más que alterara la quietud con ruido indeseable.

La propia casa estaba hecha de roca amarilla, con techo rojo y domos de color verde cobrizo. Había varias secciones, cada una con propósitos propios, que iban desde funcionar como habitación hasta una cocina, y todas estaban enlazadas por una serie de elaborados jardines. Era propiedad del gobierno, y Padmé la había usado como retiro durante gran parte de su carrera, desde las épocas en que entró por primera vez, de niña, en el programa legislativo para jóvenes. Ninguna parte de la casa le pertenecía, pero

había influido en el diseño arquitectónico y la decoración de maneras sutiles, así que no había duda de que era un lugar que adoraba: un oasis, un refugio. Padmé siempre había venido aquí a relajarse, y aunque esta era, en teoría, la visita más relajante que había hecho, resultaba obvio para todos los que la veían que no podía mantener su mente tranquila.

La reina había llegado dos semanas antes para la reclusión acostumbrada durante la campaña final, y hoy por fin era la elección. Padmé se mantenía oficialmente neutral en relación con su sucesora, aunque, por supuesto, había cumplido con su deber cívico y emitido su voto. Un droide había partido con todas las boletas a temprana hora del día, pero no habían hablado de política más de lo absolutamente necesario desde su llegada, y esta mañana habían omitido el tema por completo. Padmé se había postulado sin oposición para un segundo mandato, aunque algunos votantes habían escrito el nombre de algunos candidatos que no aparecían en las planillas, como siempre. Esta era la primera vez en que no había participado en la política planetaria desde que empezó sus estudios. Le gustaba, y también lo encontraba profundamente inquietante, de una manera que no lograba explicar.

Padmé había esperado que el esfuerzo de nadar sirviera de algo. Desde hacía meses no había recorrido toda la distancia hasta la isla, aunque sus doncellas siempre estaban dispuestas a intentarlo. Imaginó que nadar por lo menos la cansaría demasiado como para pensar. En cambio, sus ideas solo se habían reordenado. Ni siquiera el chapuzón que le hizo dar Saché había ayudado.

Tenía mucho en qué pensar. ¿Quién era ella, después de todo, cuando no era la Reina de Naboo? Había entrado en la política a una edad tan temprana y con tanto celo que no tenía otra identidad. Había tomado a cinco doncellas con ella, y cada una había sido moldeada también de acuerdo con sus papeles, a tal grado que todas habían adoptado nombres en su honor después de que la eligieron. ¿Quiénes eran ellas cuando se les permitía ser ellas mismas? Todos sabían que Rabé soñaba con la música y Yané con una casa llena de niños a la que Saché también llamaría hogar, y así con cada una de ellas, pero era más desafiante para Padmé verse a sí misma en alguno de esos futuros. ¿Tendrían espacio en sus vidas para Padmé cuando ya no estuvieran con Amidala porque era la reina? Y ¿quién sería ella, en caso de que tuvieran ese espacio?

—Va a tropezarse si no deja de soñar despierta —comentó Mariek junto a la reina en las escaleras—. No sería una manera digna de terminar su reinado: caerse por las escaleras porque está pensando demasiado en cosas que ya no le corresponden.

—No puedo evitarlo —admitió Padmé. Nunca podía—. Pero tienes razón. Esperaré hasta estar sola antes de que me permita divagar tanto.

—Nunca estará sola, mi señora —indicó Mariek—. Y no me refiero a todo este séquito —hizo un ademán vago para abarcar a la comitiva de la reina y lanzó una amplia sonrisa—. Será diferente, pero usted también será diferente y tendrá la inteligencia para descubrirlo.

—Gracias —dijo Padmé—. Es extraño querer dos cosas que son completamente distintas entre sí. Estoy lista para detenerme, pero también siento que pude haber hecho más.

—Lo sé. Por eso anoté su nombre en la boleta, aunque no se haya postulado.

—¡Ese es un voto desperdiciado! —protestó Padmé y se detuvo de golpe. Todos los que se encontraban en los escalones inferiores también se detuvieron y levantaron la vista para ver qué era lo que había hecho que la reina dejara de avanzar—. Además, se supone que no debes decirme por quién votaste.

Mariek empezó a reírse, y Quarsh subió para tomar a su esposa por el brazo.

—No molestes a la reina, amor. Por experiencia personal, sé que tiene maneras de desquitarse y, aunque esté presionada por el tiempo, tengo una fe absoluta en sus habilidades. —Solo por un momento fue de nuevo su capitán, el que los había entrenado a todos demasiado bien antes de que la preparación se hubiera convertido en paranoia. Padmé lo extrañaba muchísimo.

Mariek se rio con más fuerza.

—¿Mi señora? —Panaka le ofreció el otro brazo—. Sé que no lo necesita, pero yo soy de lo más feliz cuando sé que tiene mi apoyo.

—Por supuesto, capitán —expresó Padmé, con algo de formalidad. Le tomó el brazo y empezó a subir de nuevo—. Como estoy tan cerca del final de mi mandato como reina, me corresponde mostrar juicio mesurado en todo.

—Siempre lo ha hecho, mi señora, hasta cuando no estuvimos de acuerdo —afirmó Panaka. Era casi un ofrecimiento de paz—. Por eso también voté por usted.

La Reina de Naboo se rio bajó la luz del sol al llegar a la casa con sus acompañantes y sus guardias. La compuerta permaneció abierta, porque este era un lugar de paz y reflexión, y nunca había tenido que defenderse de una fuerza hostil. Ante ellos estaba el patio tranquilo y los jardines bañados por el sol donde esperarían a escuchar las noticias, y detrás de ellos se encontraba el mundo que votó por la forma que tomarían las noticias. La Reina Amidala entró en la casa como gobernante de un planeta, por última vez.

# CAPÍTULO 2

El holomensaje que solicitaba específicamente el código de seguridad de la reina era nada menos que del Canciller Palpatine y, aunque breve, afirmaba que llegaría pronto a la casa del lago para una visita formal. Se disculpaba por avisar con tan poco tiempo de anticipación. El holo causó una pequeña conmoción, sobre todo porque la mitad de los presentes todavía se encontraba en traje de baño, pero Padmé siempre se había rodeado de profesionales consumados y eran increíblemente capaces de adaptarse a cualquier condición.

Rabé pasó el peine por el cabello de la reina y pensó en el desafío ante el que se encontraba. Cuando empacaron, ella y Yané convinieron en un guardarropa simplificado para todas, Padmé incluida, y por eso no habían traído ropas completamente apropiadas para una reunión política tan importante. No se suponía que debía *haber* este tipo de reuniones en esta época del ciclo electoral. Sin embargo, la mera presencia del Canciller Palpatine necesitaba cierto grado de formalidad, y Rabé había terminado por revolver todo para escoger algo.

A veces era difícil explicar lo que implicaba su posición como doncella de la reina. Parte de su tarea era defensiva (como asesora), pero también había una parte estética, y debía dar a todas las partes la misma importancia. Era fácil para un extraño, aun alguien de Naboo, hacer un gesto de disgusto cuando pasaba el tren de equipaje de la reina. Podía criticarse que las resmas de tela y los elaborados tocados eran un desperdicio o algo pintoresco, dependiendo de quién hacía la crítica, pero cada pieza tenía una función particular, al igual que su colocación. Por lo menos, la mayor parte de las telas estaba tratada con resina que las hacía más resistentes a los disparos de bláster. Los broches enjoyados podían ocultar dispositivos de grabación o un escudo personal. Los vestidos más pesados mantenían una barrera física alrededor de la reina y tenían, en esencia, una opción de emergencia para que Padmé pudiera despojarse de todo el atuendo (excepto por la ropa utilitaria básica que llevaba debajo) si necesitaba moverse rápidamente. Los tocados distraían la atención de la cara de la reina, lo que facilitaba su sustitución por un señuelo, cuando era necesario. Rabé veía el guardarropa y los accesorios de la reina de la misma manera en que veía la pistola real: componentes necesarios que debían desplegarse con plena conciencia y astucia.

—Yané, ponte a trabajar en las trenzas de Saché y Eirtaé, por favor —instruyó Rabé. Una joven de la guardia apareció en la entrada, con las manos entrelazadas sobre su estómago, y Rabé supo sin preguntar que Palpatine acababa de aterrizar—. La tripartita simple y los prendedores de jade. ¿Puedes hacer lo mismo contigo, cuando termines?

—Por supuesto —indicó Yané—. Bueno, tal vez necesite ayuda con los broches en la espalda.

—Yo puedo hacer eso —afirmó Saché—. He estado practicando.

—¡Excelente! —exclamó Rabé—. Pónganse las túnicas de color rojo oscuro con las capuchas abajo. Quien no tenga el cabello trenzado puede dejarse la capucha puesta.

Saché ya estaba sentada, de modo que Eirtaé se levantó y entró en el clóset. Todas pudieron escuchar el zumbido mientras el droide que mantenía todo organizado recuperaba las ropas que ella solicitó.

—Sabé, tendremos que usar el vestido del lago —declaró Rabé—. Es la cosa más elegante que empacamos, y no esperamos peligro. Ve si puedes encontrar un abrigo para cubrirle la espalda, y luego danos las túnicas verdes. Nos pondremos las capuchas, aunque haga demasiado calor.

Sabé se levantó de la cama, donde había estado peinándose, y desaparció tras Eirtaé en el clóset.

—¿Y qué hay de mí? —preguntó Padmé con tono travieso—. No quiero estorbarles.

—Oh, tranquila —dijo Rabé—. ¡Qué típico del canciller aparecerse casi sin avisar cuando no estamos preparados para recibirlo!

—Está en casa para votar —afirmó Padmé—. Pero no se puede quedar para la toma de posesión. Tal vez debimos esperarlo, pero no es culpa de ustedes que no hayan leído su mente cuando ni siquiera estaba en el planeta.

Rabé hizo un sonido poco digno y regresó a peinar a Padmé. No le agradaba que la atraparan con la guardia baja y, había que reconocerlo, eso pasaba muy pocas veces. Mientras se movía con la eficiencia de la vasta práctica, elaboró media docena de trenzas en el cabello de Padmé, cada una de ellas entrelazada con cintas doradas y plateadas. Luego levantó las trenzas en seis amplios bucles, que empezaban frente a las orejas de Padmé y rodeaban su cabeza hacia atrás para crear la ilusión de tamaño que generalmente se obtenía con el tocado ausente. Rabé añadió más cintas para que cayeran en cascada por la espalda de Padmé.

—Ten —indicó Sabé, mientas sostenía un chal de marfil—. ¿Combinará?

—Sí, eso creo —respondió Rabé—. ¿Ustedes dos pueden arreglárselas mientras me arreglo?

Sabé asintió y Padmé se incorporó. Ya tenía puesto algo de ropa, pero el vestido para el lago estaba descubierto de la espalda, así que bajó lo que tenía puesto hasta la cintura mientras Sabé colocaba el vestido en el piso para que se parara en medio. Una vez que Sabé subió el vestido hasta los hombros de Padmé y ajustó el broche alrededor del cuello, arregló el chal y todas las cintas. Tuvo que treparse a un taburete para pintar la cara de la reina porque Padmé no confiaba en volver a sentarse ahora que estaba completamente vestida, pero, al cabo de diez minutos, la Reina Amidala estaba preparada.

Padmé observó mientras Yané daba los últimos toques a las trenzas de Eirtaé y se sentaba por un momento para que Saché terminara con su propio cabello. Luego todas se pusieron las túnicas rojas mientras Sabé y Rabé se echaban las capuchas de color verde oscuro sobre las cabezas, lo que hundió sus rostros en las sombras. Realmente hacía demasiado calor, pero no había otra opción. Por lo menos Sabé debía mantener la capucha encima todo el tiempo, aun en un momento tan avanzado del juego, cuando Padmé dudaba que tuvieran que intercambiar lugares de nuevo.

—No llegamos hasta aquí por falta de precaución, Su Alteza —indicó Sabé. Por decreto propio, las doncellas solo se dirigían a Padmé de esa manera cuando estaban acompañadas o ella estaba completamente maquillada. El tono ceremonial dio a las palabras de Sabé un peso adicional, lo que la hacía parecer demasiado vieja para su rostro joven. Era otra parte de su disfraz vivo, móvil.

—Lo sé —dijo Padmé—. Aun así, por tu bien, intentaré terminar con esto lo más rápido posible.

Las otras tres se adelantaron. Permanecerían en la galería mientras Sabé y Rabé se mantenían de pie detrás de la reina. La pared del fondo de la recepción era casi del mismo verde oscuro de sus túnicas. Si el canciller solicitaba una audiencia privada, podría ignorarse su presencia, sobre todo si tres doncellas dejaban abiertamente la sala cuando se vaciara. Tocaron la puerta y Panaka entró cuando la reina le permitió el paso.

—El Canciller Palpatine lleva esperando poco menos de veinte minutos, Su Alteza —informó—. Mariek y Tonra están con él. Parece ansioso, pero comprende que debe esperar.

—Gracias, capitán —la Reina Amidala habló en un tono extrañamente plano. Era la voz que Padmé y Sabé habían desarrollado juntas para que cualquiera de las dos pudiera ejecutarla sin fallas, aunque las demás podían imitarlo con relativa facilidad—. Por favor, escóltenos a la recepción, y tranquilizaremos al canciller.

Panaka dejó que Amidala lo precediera al salir de la habitación, pero luego se puso a su lado mientras caminaban por los amplios pasillos de mármol. Dos guardias iban al frente y dos más se mantenían a la retaguardia; las botas marcaban un ritmo rápido y sonoro que contrastaba con el silencio de los pasos de Sabé y Rabé. Tomaron una ruta un poco larga para no llegar al exterior (Rabé hizo un buen trabajo, como siempre, pero no estaba segura de cómo se portarían estas cintas ante algo más que una brisa suave) y cuando llegaron a la recepción, ya se había reunido el resto de los ocupantes. Amidala tomó su lugar en el trono, mientras Panaka permanecía a su derecha. Sus doncellas vestidas de verde retrocedieron al fondo de la plataforma elevada, con las capuchas puestas, y se confundieron con las decoraciones en la pared.

—Su Alteza. —La voz clara de Mariek llamó su atención—. Me complace presentar al Canciller Palpatine.

En Theed, la ceremonia hubiera sido mucho más elaborada. La presentación del canciller se habría acompañado con música (tal vez algo de su provincia de origen, o cualquier otra que fuera apropiada para el momento) y estaría presente una audiencia mucho más abundante. La falta de pompa y condiciones adecuadas para la reunión no le importó a Amidala y tampoco pareció molestar a Palpatine. Él entró en la sala con paso suave, seguido por el Sargento Tonra, y se dirigió hacia la plataforma elevada en la que se había instalado la reina.

—Su Alteza —saludó con una profunda reverencia—. Le agradezco mucho que aceptara verme. Sé que es una solicitud inusual para este momento, pero no puedo permanecer en Naboo el tiempo suficiente para una visita más adecuada.

—Nos sentimos honrados por su presencia, como siempre, canciller —dijo Amidala—. Su puesto en el Senado Galáctico da gran prestigio a Naboo, y nos complace reconocerlo cada que es posible.

Palpatine sonrió ampliamente. Padmé sintió que Panaka se relajaba detrás de ella. De seguro el buen humor del canciller indicaba que nada terrible estaba pasando y tan solo deseaba presentar sus respetos antes de regresar a Coruscant.

—¿Podría molestar a Su Alteza con una audiencia privada? —preguntó Palpatine, como era de esperarse—. No quisiera provocar inconvenientes al buen capitán solicitándole caminar por los magníficos jardines, pero tal vez podríamos conversar aquí.

Padmé se inclinó hacia Panaka, quien hizo lo propio hacia ella.

—Hasta ahora todo va exactamente como esperábamos —comentó él, con una mano enguantada frente a la boca. No era necesario discutirlo, en realidad, pero tenían tanta práctica en *aparentar* hacerlo, que repetían viejos hábitos sin darse cuenta.

—Por supuesto —afirmó Padmé—. Nos quedaremos aquí, sin importar cuánto tiempo desee hablar.

—Siempre y cuando no se presenten problemas —replicó—. No dejaré que la monopolice por más de veinte minutos.

—Lo apreciaré mucho, capitán —indicó Padmé.

Cuando se incorporó, fue la Reina Amidala quien habló.

—Amigos, si nos disculpan, le concederé la audiencia al canciller.

Los miembros reunidos de la servidumbre hicieron sus reverencias y partieron. Panaka fue el último, y se detuvo un momento para tomar las manos del canciller mientras bajaba de la plataforma. Pronto, solo quedaron cuatro en la sala, y dos de ellas eran tan discretas que parecían invisibles.

Palpatine subió a la plataforma, pero no se acercó a más de un brazo de distancia de la reina.

—Sé que mis visitas causan un poco de agitación, pero me complace verla —afirmó. Estaba a una distancia suficiente como para hablar a volumen normal, y Padmé recurrió de nuevo a su propia voz, hablando con él como amiga.

—Está bien —comentó—. Para ser completamente honesta, lo que necesitaba hoy era una distracción, y la aprecio.

—Me lo imagino —repuso él—. Bueno, en realidad, no. Los nombramientos senatoriales son muy diferentes, y nunca volveré a postularme para el cargo. Pero puedo fingir que lo imagino.

—Me da gusto que haya venido a casa a votar —dijo Padmé—. Pensé que tendría que llenar su boleta de forma remota.

—Las grandes demostraciones son una de las mayores alegrías de detentar el poder, Su Alteza —confesó Palpatine—. Nunca hace daño poner un buen ejemplo para el orden público.

Él titubeó por un momento, el tiempo suficiente para que ella lo percibiera, de modo que no dijo nada y esperó a que Palpatine continuara.

—¿Ha pensado en lo que hará? —preguntó por fin.

Padmé estaba demasiado bien entrenada para evitar desplomarse, pero, para el ojo entrenado, pareció desinflarse un poco ante la pregunta. Por supuesto, había pensado mucho en el tema, pero nadie se lo había preguntado de manera tan directa y ahora no había modo de dar evasivas. Había intentado hablarlo por lo menos con Sabé antes de hacerlo con alguien más, pero esa había dejado de ser una opción. Esperaba que Sabé lo comprendiera. Después de todo, era apenas la primera vez que se había visto obligada a decir como Amidala algo que hubiera querido expresar primero como Padmé.

—Mis mayores habilidades siempre han sido la determinación y la negociación. —Padmé habló todavía en su propia voz, pero la de Amidala se mantuvo cerca—. Sé que si me esfuerzo, podría aprender cualquier tipo de habilidad, aunque no sería algo que me entusiasmara tanto.

—La cultura única de Naboo proporciona todo tipo de métodos de expresión —afirmó Palpatine—. Pero hay algunos, como yo, por ejemplo, que entran al servicio del gobierno y nunca llegan a dejarlo.

—Tengo que considerar los límites del periodo de gobierno —comentó Amidala—. Y sé que es el momento para entregar el manto de la reina. Sin embargo, sí he pensado en algo que podría hacer. Casi estoy terminando de armar el plan para iniciar.

—Si hay algo que pueda hacer por usted, Su Alteza —sugirió Palpatine. Le sonrió, con la boca curvada de una manera que hubiera sido desconcertante de no haberlo conocido bien. Él siempre tenía muchos planes—. Me encantaría ayudarla.

—Como reina de Naboo, tenía que concentrar mis esfuerzos en este planeta, poniendo sus necesidades por encima de todo lo demás —explicó Amidala. Deseaba ver el rostro de Sabé—. Pero nunca he estado tranquila por la situación en Tatooine, desde que lo dejé hace casi cuatro años. La esclavitud es una plaga, canciller, para todo lo que representa la República. No puedo generar un cambio político oficial debido al estado de la mayor parte de los planetas del Borde Exterior, pero sí puedo usar mis ahorros para liberar a la gente que pueda, y para encontrarles nuevos hogares, si lo desean.

Sintió que se quitaba un peso del pecho al haber pronunciado finalmente las palabras, y sintió también un breve susurro en el corazón cuando se permitió pensar en un niño congelándose en el espacio y una madre con el valor suficiente para dejarlo ir a donde ella no podía.

—¿Se refiere a comprarlos? —preguntó Palpatine.

—No me gusta esa palabra, pero sí —respondió Padmé. No hizo ningún gesto visible.

—Un objetivo admirable, Su Alteza —reconoció Palpatine—. Aunque desafiante, dadas las limitaciones jurisdiccionales.

—Tengo, como dice, el resto de mi vida —le recordó Padmé.

—Su Alteza —dijo Palpatine—, tal vez le interese saber que estoy promoviendo un proyecto de ley ante el Senado para tratar este mismo tema. Me concentraré en el transporte de una carga bastante desagradable que atraviesa el espacio de la República, y

espero que tenga un impacto real en el problema. No hay necesidad de que usted se enrede en ello.

—Sé cómo funciona el Senado, canciller —dijo Amidala con su tono más frío, muy a su pesar. Palpatine se enderezó, casi imperceptiblemente—. He estado ante él y le he suplicado con desesperación por las vidas de mi pueblo, ciudadanos de la República, y no hicieron nada. Quizá sea un esfuerzo muy pequeño, pero me toca intentarlo.

—Por supuesto, Su Alteza. —Palpatine hizo una reverencia. Levantó la vista y volvió a titubear—. Lo siento, pero sí tengo algunas malas noticias que darle, después de todo.

—¿El juicio? —preguntó ella. Solo podía haber una cosa que lo hubiera traído de vuelta a casa con el pretexto de votar, y eso era el estado actual de los cargos contra los neimoidianos que habían invadido su planeta cuatro años antes para tratar de asesinarla.

—Sí, Su Alteza —confirmó Palpatine—. El tercer juicio de Nute Gunray ha terminado sin que el jurado haya llegado a un veredicto. No es el mejor resultado, obviamente, pero tampoco el peor, dada la fuerza del equipo legal de la Federación de Comercio. Los abogados de la República deben reagruparse, pero ya están planeando sus próximas acciones.

Amidala no podía mostrar ira en público, de modo que Padmé puso cara de piedra.

—Gracias, Canciller Palpatine —dijo con voz plana, pero más dura que una roca—. Apreciamos sus esfuerzos continuos en nuestro nombre.

—Ojalá tuviera mejores noticias, en especial en este día tan importante —se lamentó Palpatine. Luego se incorporó—. Su Alteza, usted ha hecho grandes cosas por Naboo y, como uno de sus súbditos, me entristece verla partir. Le deseo todo lo mejor en sus futuras labores, sin importar el camino que tomen.

Amidala asintió, como agradecimiento y despedida, y Palpatine bajó de la plataforma para salir de la sala. En cuanto la puerta se cerró tras él, Rabé se materializó junto al codo de Padmé. Había estado de pie a distancia suficiente como para no escuchar los tonos que Palpatine había usado, pero por alguna razón nadie había mencionado siquiera que Rabé no necesitaba escuchar una conversación para poder comprenderla. La lectura de labios era inexacta, pero cuando se combinaba con la habilidad que Rabé había aprendido con los lorrdianos para interpretar el lenguaje corporal, la gente a menudo se delataba ante ella de maneras inimaginables.

—Está preocupado por algo —sugirió—. Algo no está ocurriendo tan rápido como le gustaría.

—Podrían ser muchas cosas —indicó Padmé. Volvió a recargar la espalda contra el trono y sintió el suave roce de las cintas que caían por su cuello—. Dejaremos al canciller con sus planes y seguiremos haciendo los nuestros.

—Regresaré a prepararle un vestido para estar en el jardín —avisó Rabé.

—Gracias —dijo Padmé—. ¿Puedes pedir que sirvan la comida en la terraza? Sé que es tarde y que quizá los demás ya comieron, pero me muero de hambre y el clima es demasiado bueno como para comer dentro.

—Por supuesto —confirmó la doncella, y salió casi flotando sobre sus pies silenciosos.

—¿Crees que es una idea tonta? —quiso saber Padmé.

—Creo que es muy poco práctica —respondió Sabé, quien apareció a su lado y la ayudó a ponerse de pie—. Pero casi todas sus ideas lo son. Y hasta ahora todo lo ha hecho bien.

No tenían prisa, porque hasta Rabé necesitaría tiempo para organizar la comida. Más aún, les daba la oportunidad de tener la conversación que Padmé había deseado tener antes de que llegara Palpatine.

—¿Dónde encuentra Rabé tantas cintas en tan poco tiempo? —preguntó Sabé, mientras se agachaba para recuperar las que se habían caído.

—He dejado de hacerme ese tipo de preguntas —respondió Padmé—. Es mucho más fácil aceptar que puede hacer las cosas que imaginarse cómo lo logra.

—Muy cierto —concordó.

Padmé se detuvo y se dio vuelta para verla de frente.

—No tengo capital suficiente para liberarlos a todos —confesó, evitando de nuevo la palabra «comprar».

—Entonces descubriremos lo que quieren en Tatooine y nosotras se los venderemos para hacer el intercambio —sugirió Sabé.

—¿Nosotras? —inquirió Padmé, con el corazón en la boca.

—Por supuesto, *nosotras* —confirmó Sabé—. Usted no se ha amarrado las agujetas en cuatro años. Va a necesitar toda la ayuda posible.

—Eso no es ni justo ni cierto —replicó Padmé, entre risas, mientras descendía de la plataforma del brazo de Sabé. Sintió que más cintas y una de las trenzas se soltaban, además de que el chal estaba enredado en la cola de su vestido—. Casi ninguno de mis zapatos tiene agujetas.

—Puede ser —concedió Sabé—. Pero estoy a su disposición siempre que me necesite. Solo estaba esperando que lo pidiera.

—Gracias, amiga. —Padmé agradeció con cada átomo de su ser.

—Vamos —indicó Sabé—. Su cabello es un desastre, yo también me muero de hambre y parece que tenemos mucho de qué hablar.

Al cabo de una hora, estaban sentadas en la terraza bajo la luz del sol, con buena comida y mucha conversación. Rabé acababa de revelar que habían aceptado su solicitud en la academia de música más prestigiosa de Theed, cuando llegó el Sargento Tonra. Sabé lo saludó de inmediato, pero no lo invitó a sentarse a su lado. Estaba claro que él solo tenía ojos para la reina, y llevaba un datapad en las manos.

# CAPÍTULO 3

Eirtaé miró con perspicacia mientras todos se sentaban a su alrededor para tomar su comida tardía. De tener que hacerlo, podía detectar cualquier cantidad de detalles y analizar los grados de amenaza, pero por ahora exploraba la escena como artista. Le encantaba la luz aquí, en la región de los lagos. Aunque académicamente sabía que era el mismo sol que brillaba en Theed, su corazón percibía mínimas diferencias en calidad. Todo parecía más verde, vívido y saturado. El propio lago era demasiado brillante como para mirarlo. El mármol destellaba. Los Panaka parecían más amables bajo la luz de aquí, aunque nunca bajaban la guardia. Saché se sonrojaba con libertad cada vez que Yané la miraba. Los ojos de Padmé destellaban al ver a sus amigas tan felices.

Excepto que, Eirtaé observó, la luz que había en los ojos de Padmé era más parecida a la luz de Theed; era ella y no Amidala quien estaba con ellos, hablando y riendo mientras casi obligaban a los guardias a decir lo que planeaban hacer una vez que dejaran el servicio de la reina; sin embargo, había un poco de oscuridad en su semblante. Eirtaé miró a Sabé por costumbre, segura de que la otra chica lo sabría, pero Sabé solo movió la cabeza de un lado a otro, en esa manera particular que significaba «Después, cuando haya menos testigos».

Eirtaé se habría levantado para ir y contemplar el paisaje, para tratar de pensar de nuevo en cómo lo pintaría, excepto que Sabé fijó su atención en otro punto, y Eirtaé siguió la mirada.

—Sargento Tonra —llamó Sabé, pero luego no dijo nada más.

Quedó en claro de inmediato por qué. Tonra tenía apretado un datapad en las manos, y ya era tan tarde que la votación habría terminado. Theed era la última región del planeta en votar y, una vez que las zonas horarias se tomaran en cuenta, siempre terminaba a mediodía. Los pobladores de Naboo dominaban con solvencia una democracia eficiente.

Difícilmente sería el lugar para una declaración oficial. Padmé podía ponerse de pie, y todos la seguirían, pero luego habría una multitud de pie en la terraza, y nadie podría ver. Eirtaé conocía las ideas que daban vueltas en la cabeza de Padmé tanto como las propias y, por lo tanto, no le causó sorpresa cuando Padmé habló.

—Por favor, sargento —pidió—. Si pudiera leer los resultados… Sé que todos estamos ansiosos por escucharlos.

Yané sostenía una de las manos de Saché, y Rabé la otra. No quedaba claro cuál de ellas estaba más nerviosa.

—Como lo desee, Su Alteza. —Tonra hizo una reverencia, se dio vuelta hacia donde Saché estaba sentada e hizo su primer pronunciamiento directamente hacia ella—. Me complace anunciar que su postura tuvo éxito, su señoría. Ahora es usted integrante de la asamblea legislativa planetaria.

Yané dejó escapar un fuerte grito de triunfo, lanzó los brazos alrededor del cuello de Saché y le dio un beso en la parte superior de la cabeza. Rabé se apartó justo a tiempo para dejar paso a Mariek Panaka, quien, en una muestra de emoción poco característica,

incluso levantó a Saché del suelo y la hizo girar en señal de victoria. La bajó justo cuando Padmé se puso de pie y cruzó hacia donde ahora estaba Saché.

La reina extendió las manos hacia la más joven de sus doncellas, y Saché casi se lanzó para abrazarla. Eirtaé pudo ver que Padmé susurraba algo en el oído de Saché (consejo, felicitación, o ambas cosas), pero no le preocupó desconocer lo que había dicho. Saché aún llevaba el vestido rojo que había usado en la apresurada visita de Palpatine, mientras que Padmé se había cambiado y ahora portaba un vestido azul marino, más adecuado para una comida en el exterior; a Eirtaé le gustaba la combinación de colores.

Tonra esperó con paciencia mientras todos felicitaban a Saché por su nuevo puesto. Tomó algo de tiempo. Después de lo que había sufrido durante la ocupación, todos los miembros de las Fuerzas Reales de Seguridad tenían una consideración especial por Saché. Después de todo, ella había salvado la vida de la mayoría al negarse a nombrarlos durante el interrogatorio de la Federación de Comercio, mismo que le había provocado sus cicatrices. Ellos habían pagado su valentía con lealtad, solo un poco menor de la que tenían hacia la reina, y cuando Saché había anunciado su intención de postularse por un puesto, lo hizo con el apoyo de todos.

Cuando la conmoción llegó a su fin, la atención de todos regresó al sargento, que esperaba.

—La lista completa de representantes ya está disponible, si desean revisarla —indicó Tonra—. Sin embargo, es un honor para mí informar que la reina que habrá de servir a Naboo a continuación será la Reina Réillata.

La terraza estaba llena de políticos profesionales, pero Eirtaé también era una artista profesional, así que no pasó por alto los leves cambios en las expresiones faciales de todos. Las cejas de Yané se elevaron una fracción de centímetro. Rabé se sintió de pronto muy interesada en la fruta enrollada que habían servido como postre. Saché seguía tan complacida con sus propias noticias como para tener alguna reacción. El rostro de Sabé se volvió, si era posible, aún más suave. Y la máscara de Amidala se deslizó sobre las facciones de Padmé un poco más rápido de lo habitual.

—Le damos las gracias, sargento —dijo la reina con formalidad e inclinó la cabeza—. Cualquiera de ustedes que desee revisar los resultados locales, puede ir ahora.

Panaka aspiró ruidosamente entre dientes.

—Con el permiso de su capitán, por supuesto —añadió Padmé.

Eirtaé sabía que nadie allí había votado por Réillata aunque, por supuesto, no se había comentado cómo votaría cada quien. Padmé creía que lo mejor era pasar las riendas del gobierno, y Réillata había servido antes como reina. No había sido mala; solo se había postulado una vez, hasta que decidió participar en esta elección. Había gobernado por un solo periodo cuando eran niñas y se había convertido en cantante de ópera con éxito moderado después de dejar el cargo. Al postularse ahora como una candidata de mayor edad de lo que dictaba la tradición, Réillata había hecho campaña con base en la experiencia y la estabilidad que sus años le brindaban. Ella y Padmé estaban de acuerdo

en asuntos de defensa planetaria, específicamente en seguir con los proyectos que no se habían completado durante el mandato de Padmé, pero también lo estaban otras candidatas. Jamillia, la que le agradaba más a Padmé, podría contender de nuevo en dos años, por lo menos, y la próxima vez Padmé podría apoyarla abiertamente, en lugar de mantener en público la neutralidad de la reina.

—Por lo menos esperó hasta esta elección —dijo Sabé. Habló en voz tan baja que los guardias, aun los que estaban fuera de servicio y se encontraban sentados con ellas para comer, supieron que no debían prestarle atención—. Hubiera sido un desastre innecesario que se postulara directamente contra usted.

—Lo sé —reconoció Padmé—. Tal vez debería tomarse en cuenta un equilibrio entre gobernantes más jóvenes y veteranas. Cualquier camino puede ser malo si se avanza a ciegas en una dirección.

Nadie respondió, aunque Eirtaé sospechaba que ninguno de ellos estaba precisamente de acuerdo con Padmé. Era difícil cambiar de curso con una sola elección. El momento se alargó lo suficiente como para volverse incómodo antes de que Padmé se enderezara y sonriera.

—Pero ¡tenemos que festejar a Saché! —declaró—. Una heroína de Naboo ocupará un puesto en el gobierno.

Los guardias, sentados o de pie, siguieron la indicación y de inmediato empezaron a contar historias sobre la valentía de Saché durante la ocupación. Contar una historia conocida por todos no era precisamente una costumbre para las celebraciones, pero resultaba algo familiar y representaba una excelente manera de cambiar el tema, por supuesto. Aun ahora, Padmé tenía el control de la situación.

—Los tipos de la Federación de Comercio nunca adivinaron que ella transportaba mensajes para nuestra resistencia —contó Mariek—. Era tan pequeña entonces.

—Sigue siendo pequeña —añadió Panaka—. Y sabe cómo usarlo.

Saché hizo una reverencia real, aunque su movimiento quedó un poco restringido porque tenía la cabeza de Yané en su regazo.

—Entonces esos malditos droides la capturaron —continuó Mariek—. Con algún análisis estadístico de sus movimientos o algo así. Se la llevaron, y fue horrible. Podíamos escuchar sus gritos por horas y nos imaginamos que solo era cuestión de tiempo antes de que vinieran por nosotros. Pero nunca lo hicieron, porque no nos entregó.

—No los dejé entregarse —intervino Yané—. Trataron, y les ordené que no lo hicieran, con la autoridad que la Reina Amidala nos había conferido. Sabía que Saché había tomado una decisión, y no íbamos a deshacerla por ella.

Habían escuchado la historia cientos de veces, pero el afecto en la voz de Yané mientras lo narraba era inconfundible. Las doncellas que habían acompañado a Padmé fuera del mundo durante la ocupación solo escucharon esta historia mucho después de la Batalla de Naboo. Quizá por eso nunca se quejaban cuando la contaban de nuevo. No habían podido ayudar a Saché cuando la capturaron, pero todos la ayudaron a lidiar con el trauma después de eso.

—Al final, tuvieron que soltarla —Tonra continuó con la historia—. Ella se mantuvo a plena vista. Recorría ese maldito campo tres veces al día, con la atención de todos los droides y guardias de la Federación de Comercio. La detenían y revisaban, pero nunca le encontraron nada; mientras los distraía, los nuevos mensajeros podían pasar.

—Mis valientes señuelos. —Padmé usó la palabra que casi nunca se pronunciaba, aún ahora—. Todas han dado lo mejor de ustedes a Naboo y a mí, y se los agradezco.

Eirtaé tenía un ego demasiado grande como para admitir que le gustaba que le agradecieran así, en público, pero mantuvo su rostro profesionalmente neutral mientras hacía una reverencia a la reina. Luego se levantó y fue a la orilla de la terraza para echar una mirada al lago y ver si ahora podía determinar la mejor manera de captarlo.

Padmé se le unió después de un momento, manteniéndose fuera de su espacio personal, por si Eirtaé deseaba estar sola, aunque era evidente que tenía algo en mente.

—Iré a Otoh Gunga —comentó Eirtaé cuando quedó claro que Padmé no hablaría primero—. Su tecnología es muy diferente de la nuestra, y quiero ver cómo afecta a su arte.

No había sido fácil arreglarlo, pero Eirtaé era encantadora cuando lo deseaba, y sus pinturas de los bosques de Naboo despertaban gran interés entre los gungans. Por lo menos le habían dado un lugar para empezar.

—Eso es maravilloso —afirmó Padmé—. ¿Seguirás pintando?

Había sido el medio principal de expresión de Eirtaé desde que descubrió su gusto por capturar imágenes. Comprensiblemente, nadie estaba seguro de cómo se haría bajo el agua.

—No —respondió, y luego se corrigió a sí misma—. Bueno, más o menos, supongo. Los gungans tienen una manera de hacer crecer el vacío. Así es como sacan toda el agua fuera de sus habitaciones antes de llenarlas con atmósfera respirable. Me gustaría ver lo que pasa si, en lugar de oxígeno, el vacío está lleno de pigmentos. Haría patrones interesantes en el agua, para empezar, pero creo que también podría tener impacto en la manera en que expandimos nuestra acuacultura.

—¿Vas a poner pintura en burbujas y usar el análisis de patrones para mejorar el crecimiento de nuestras algas azules? —preguntó Padmé. Las algas azules eran un excelente fertilizante. Usado en una cantidad limitada de campos, casi había duplicado la producción durante la temporada de cultivo en Naboo. No era un secreto que si podían crecer más algas, todo el planeta prosperaría.

—Bueno, cuando lo dice así, suena práctico y nada artístico —repuso Eirtaé, y se rio—. Pero sí, es lo que voy a hacer.

—Es perfecto —dijo Padmé—. Habilidad, arte y sentido práctico. El tejido del que está hecho Naboo.

—Además, huele mejor que el excremento de shaak que la mayoría de los granjeros usa ahora —señaló Eirtaé.

—Sí, eso también —se permitió añadir Padmé. Había un muy leve asomo de sonrisa en su rostro, pero era genuino. Eirtaé sabía que una vez que entregara el manto de la reina, Padmé podría sonreír con más libertad cuando tuviera compañía.

Regresaron al lugar de la comida, donde Mariek había conseguido algo del pan de cinco flores, que era el favorito de Saché, para que fuera un verdadero festejo por su elección. Escucharon mientras Saché describía todos los lugares de su plataforma en que sentía que era la más débil y ofrecieron los consejos que pudieron. Ahora que se habían anunciado los resultados, Padmé tenía la libertad de decir lo que pensaba, aunque se limitó a responder las preguntas de Saché. Yané confesó que ya había seleccionado una casa (aunque aún no la compraba) y, cuando insistieron, mostró un holograma.

—Es enorme —afirmó Saché—. Me voy a perder en ella.

—Bueno —comentó Yané—. Si estás en la asamblea legislativa, yo voy a tener que hacer algo. Sé que originalmente habíamos hablado de esperar hasta que se termine tu periodo de servicio antes de decidir, pero encontré este lugar y no pude dejar de pensar en él.

—Creo que es maravillosa —afirmó Saché.

En la cultura de Naboo, los niños eran algo precioso y, por tanto, no había gran cantidad de huérfanos, como en otros planetas del Borde Medio. Sin embargo, después de las tensiones y el sufrimiento provocados por la ocupación, unos cuantos jóvenes habían caído en el limbo entre la familia extendida y la supervisión gubernamental. Cuando podía, Yané siempre se ofrecía como voluntaria con esos niños, y solía afirmar que algún día habría de cuidar a unos cuantos permanentemente. Ahora que estaba en posición de ofrecer más apoyo personal, no era sorprendente que hubiera decidido hacerlo.

—Tengo primos allí —comentó Mariek—. Pueden ayudarlas a amueblarlo antes de que se muden.

—¡Sería maravilloso! —exclamó Yané—. Gracias.

De repente, Eirtaé se dio cuenta de que era la *última* vez, lo que hizo que sintiera un poco de frío, que el sol pareciera un poco más opaco, que el lago brillara un poco menos. Era la última vez que todos se sentarían así y pensarían en el futuro juntos. Esa sensación era lo que había inquietado tanto a Padmé todo el día y, quizá, lo que había hecho que Sabé se mostrara abrumadoramente plácida con todo. Ya se estaban preparando, o por lo menos Padmé lo estaba haciendo, y ella no quería alterar alguno de sus sueños al hacer peticiones.

Eirtaé se dio cuenta de que había sido una reina asombrosamente buena por darles esa libertad. De haberles pedido que siguieran ayudándola, sin importar lo que hiciera a continuación, por supuesto que habrían cedido. En cambio, les había dado su espacio y se había mordido la lengua mientras decidían. Era un sacrificio de su parte, uno que Eirtaé imaginó que era igual al que las doncellas habían hecho cuando se unieron a su servicio, y se daba con la misma alegría.

Seguirían caminos separados, con la bendición de Padmé. Siempre sería un poco triste, pero habría nuevas tareas por conquistar y nuevo trabajo por hacer. En el último

mensaje que Eirtaé había recibido de sus padres, le habían preguntado qué nombre debían poner en los papeles de viaje de ella. Como ciudadana privada, necesitaba actualizar algunos de sus datos para el viaje a Otoh Gunga y su residencia allí. Aún no respondía, porque no estaba segura de lo que haría, pero ahora lo sabía con certeza absoluta.

Había tomado el nombre de Eirtaé cuatro años antes cuando Padmé fue electa, un poco por privacidad y otro poco por prestigio, y había jurado lealtad y entregado su vida a la Reina Amidala. Mantendría ese nombre para siempre, como un signo de su propio estatus, con toda seguridad, pero también como señal de respeto por la reina a la que había servido y a la chica que había arriesgado su propia vida por el bienestar de Naboo en más de una ocasión. Y no solo por Padmé, sino por todas las doncellas. Habían elegido sus nombres de niñas, recién llegadas al poder y ligeramente intimidadas por él. Habían elegido sus nombres para unirse entre sí y como un recordatorio constante del bien mayor al que ahora servían.

Eirtaé lo conservaría. Mantendría el nombre, el servicio y la amistad (aunque «amistad» no parecía una palabra lo suficientemente profunda) y, mientras viviera, se esforzaría por servir a Naboo como lo había hecho Amidala, sin importar la forma que su servicio pudiera tomar.

Levantó la vista y descubrió que Padmé la miraba directamente. Como siempre, las doncellas no necesitaban palabras para comunicarse entre sí. Eirtaé no se puso de pie (no tenía caso llamar la atención), sino que sostuvo la mirada de la reina que amaba, colocó las manos sobre el corazón e inclinó la cabeza.

Padmé regresó el gesto, y Eirtaé volvió a su silenciosa contemplación del lago.

# CAPÍTULO 4

Permanecieron de pie en los escalones del gran palacio de Theed, como alguna vez lo habían hecho para recibir al Jefe Rugor Nass en los primeros meses del reinado de Amidala. La plaza que estaba enfrente de ellos tenía una multitud mayor que la de ese día, porque el festejo de hoy no incluía procesión. Los habitantes de Naboo habían salido en masa a ver a su nueva reina, y estaban vestidos para la ocasión. La plaza era un tumulto de color y música, y el aire estaba lleno de listones y flores que los niños lanzaban al aire.

Saché estaba acostumbrada a permanecer al final de la fila. Su tarea principal como doncella había sido de distracción, pero no en el sentido marcial. Aunque era una combatiente capaz y la segunda mejor tiradora (después de Sabé), conocía sus limitaciones físicas. Además, se había unido al servicio de la reina cuando tenía doce años y, por tanto, tampoco corría mucho peligro.

Sin embargo, la gente sí hablaba con ella. Al parecer, tenía el rostro de un ciudadano común y, como era la última en la fila de doncellas, la consideraban accesible. También escuchaba una gran cantidad de cosas por accidente, porque nadie pensaba en cuidar las palabras en su presencia. A diferencia de Rabé, espiaba al descubierto y, como todos estaban siempre mirándola, las demás se libraban de muchas cosas.

Ahora permanecía junto a Padmé enfrente de la multitud reunida y trataba de recordar que había elegido la vida pública, a pesar de que las mariposas habían levantado el vuelo en su estómago en ese momento.

Todas las miradas estaban puestas en la reina. Llevaba un enorme vestido blanco que se ondulaba alrededor. Tenía la cara sin pintar y su peinado era simple, con el cabello enrollado en una sola coleta sostenida arriba por cadenas de perlas de agua dulce. El vestido de Padmé relucía, pero a diferencia del que se había puesto para celebrar la paz con los gungans, este no tenía nada de la ostentosa superestructura o los grandes holanes. Atraía la atención, pero podía pasar desapercibido en el momento en que el protocolo lo exigiera.

Por fin, las grandes puertas del palacio de Theed se abrieron por completo, y un silencio expectante cayó sobre la multitud reunida. Dos líneas de guardias salieron primero: voluntarios de las Fuerzas Reales de Seguridad. Bajaron los escalones marchando y se detuvieron cuando el primero de ellos llegó al final, de modo que quedaron flanqueando la escalera. Luego salió el consejo actual y bajó a donde Amidala y sus doncellas esperaban. Por último, después de un largo momento que Saché reconoció como una necesidad dramática, apareció la Reina Réillata en la parte superior de las escaleras.

La nueva reina era más alta que Padmé, y Saché sabía, por los hologramas de la campaña, que tenía el pelo muy corto. Por supuesto, todo eso estaba cubierto por el tocado real, que ahora coronaba la cabeza de Réillata. Su rostro era blanco, el rojo de los labios y las mejillas destacaba porque esa era la intención, y llevaba el vestido rojo de la

soberana de Naboo como Padmé lo había hecho. A Saché la traicionó la idea de que carecía de la inherente amabilidad de Amidala, pero todo gobernante de Naboo tenía su propio estilo. Como Padmé lo argumentaría, eso era lo importante.

La Reina Réillata descendió por las escaleras con paso medido. En parte para asegurar que todos pudieran tener una buena vista de ella y también porque representaba un reto caminar con ese vestido. Réillata logró que mantener el equilibrio y el paso constante parecieran acciones deliberadas, y Saché se vio obligada a concederle un cierto respeto a regañadientes. Después de todo, era el segundo periodo de Réillata, y Saché iba a ser parte de su gobierno.

Detrás de la nueva reina llegaron las nuevas doncellas. La mayoría tenía una edad similar a su monarca, pero había una joven que Saché sabía que era la sobrina de Réillata. Su edad era menor que la que tenía Saché cuando se unió al servicio de Amidala, y le deseó lo mejor. La corte podía ser un lugar extraño, aun para el más preparado.

Réillata llegó al amplio estrado donde Amidala la esperaba. El Gobernador Sio Bibble portaba el cetro real, que solo se usaba en esta ocasión, y permaneció de pie entre las dos reinas. Por un momento, gracias a un capricho del proceso democrático de Naboo, ambas tenían el mismo rango. Luego Amidala tomó el cetro de las manos del gobernador, inclinó la cabeza y presentó los símbolos del gobierno a la nueva Reina de Naboo.

Como era de esperar, los vítores duraron mucho. Al final, la Reina Réillata pasó el cetro de nuevo a Sio Bibble y extendió el brazo a Amidala. Padmé lo tomó y las dos reinas subieron las escaleras, de regreso al palacio. Ahora el poder se había entregado simbólicamente, pero aún quedaba gran cantidad de trabajo pendiente. El Gobernador Bibble siguió el paso de Saché mientras caminaban detrás de las reinas.

—Felicitaciones por su elección, mi señora —comentó Bibble—. No soy de su distrito, pero me dio gusto saber que estaba en la boleta.

—Gracias, gobernador —dijo Saché—. Espero que mis servicios sean dignos de su entusiasmo.

—Bueno, tuvo un excelente maestro —indicó. Ambos miraron adelante y luego Bibble sonrió—. Me refiero a mí, por supuesto.

Saché se rio.

—Por supuesto —dijo—. He tenido una amplia variedad de políticos alrededor en todos mis años de formación.

—Es fácil hablar con ligereza de ello ahora que los problemas han pasado —comentó Bibble, extrañamente serio—. Pero creo que ambos sabemos dónde aprendió mucho de lo que sabe. La gente la respetará por eso, y espero que usted no se aproveche indebidamente de su lealtad.

—Por supuesto que no, gobernador —aseguró Saché. Nunca había dominado la voz de Amidala como las demás (su rango vocal no era el adecuado), pero sí tenía una voz formal a la cual recurrir y la desplegó ahora por primera vez—. Como dije, espero que mis servicios sean dignos de su entusiasmo.

Saché deseó ir caminando con las demás. Estaba segura de que Sabé iba detrás de ella y que el resto se había espaciado entre la multitud que ahora entraba. Estaba acostumbrada a ir al final de la procesión, no a la cabeza de ella, y comenzaba a sentirse incómoda. Ni siquiera iba vestida como doncella hoy. Ellas llevaban capuchas de un tono claro de violeta sobre vestidos gris oscuro (los colores que se usaban para desvanecerse entre la ropa de colores brillantes de las multitudes en Naboo) y ella iba vestida de amarillos y verdes, con el rostro completamente visible. Levantó la vista hacia las escaleras y vio a Mariek entre la fila de guardias que se encontraban en los escalones. La mujer de mayor edad le hizo un guiño, y Saché sonrió.

En su último acto como reina, Padmé había ascendido a Mariek y Tonra a capitanes, aceptado la renuncia de Panaka y seleccionado un nuevo sargento llamado Gregor Typho, quien había combatido (y perdido un ojo) en la Batalla de Naboo. Todos tendrían la opción de permanecer en las Fuerzas Reales de Seguridad o de ir a algún otro lugar (pues todos eran voluntarios), pero lo más probable era que Panaka fuera el único en buscar otra manera de ocupar sus días. En opinión de Saché, era hora de que él pasara a otra cosa.

Llegaron a la sala, y Saché miró a Réillata tomar el trono de Naboo por segunda ocasión. Dos de sus doncellas la flanquearon en sillas detrás de la larga mesa, mientras las otras tres, incluida su sobrina, permanecieron cerca de la puerta. El gobernador tomó su silla, Panaka permaneció de pie detrás de él en función no oficial y Padmé ocupó una tercera silla junto a la reina. Saché se movió para quedarse de pie detrás de ella, pero se detuvo cuando escuchó que Yané tosía por lo bajo. Saché se quedó congelada, avergonzada, y no se movió hasta que Sabé y Eirtaé hubieron tomado sus lugares detrás de la nueva silla de Padmé. Luego ocupó la cuarta silla, reservada para los miembros visitantes de la asamblea. No tuvo que mirar atrás para saber que Yané y Rabé permanecían de pie allí.

—Agradecemos sus buenos servicios a Naboo, Amidala. —Las palabras de la Reina Réillata fueron casi una fórmula al principio de su discurso, pero parecían genuinas y con suficiente gratitud—. Sabemos que ha trabajado mucho por nuestro amado planeta y estamos agradecidos por sus esfuerzos.

—Gracias, Su Alteza. —Si a Padmé le costó pronunciar las palabras, no permitió que las emociones se mostraran en su rostro—. Le deseo un mandato sin contratiempos y productivo como nuestra reina.

Sio Bibble se removió en su asiento. Aún sostenía el cetro y, al parecer, no hallaba dónde poner los brazos. Uno de los chambelanes del palacio apareció de la nada para tomar el cetro, y Bibble se relajó visiblemente cuando ya no lo tuvo bajo su cuidado.

—Amidala. —La Reina Réillata hizo a un lado la voz formal y se dirigió a Padmé como si fueran amigas—. Sé que tenemos papeles específicos que representar en los próximos días de transición del gobierno y que debemos decir palabras específicas, pero le hablaré con confianza, si me lo permite.

—Por supuesto —contestó Padmé. Su tono era un poco más formal que su voz regular, pero solo las doncellas lo sabían.

—Me ha dejado en una excelente posición, para empezar —explicó Réillata—. Estamos en paz con la galaxia y con los gungans. Nuestras provisiones de alimentos se han recuperado de la invasión y la construcción del pulso de iones, según me han dicho, sigue por completo de acuerdo con lo programado.

La temperatura en la sala cayó ligeramente cuando el rostro de Panaka se endureció. Él se había opuesto al pulso de iones públicamente, porque quería defensas más robustas, y su relación con la reina y los políticos que lo apoyaron nunca se recuperó por completo. Estaban reconsiderando su decisión de dejar el servicio, pero la verdad era que Padmé ya no confiaba en él como antes, y tampoco la administración entrante.

—Como sabe, el ascenso del Canciller Palpatine a ese puesto nos dejó ante el problema de reemplazar a un senador de la República —continuó la Reina Réillata, como si nada hubiera pasado—. Es difícil encontrar políticos reconocidos que deseen ir a Coruscant. La Senadora Oshadam ha sido más que adecuada, pero está convencida de que su tiempo de servir ha llegado a su fin, y el momento en que lo ha decidido significa que me corresponde a mí llenar el hueco que deja.

—Puedo ofrecerle varias sugerencias, si me lo permite —sugirió Padmé.

La posición poco habitual de Saché significaba que podía ver el rostro de Sabé, quien conservaba la capucha puesta, por supuesto; el observador promedio no habría interpretado nada en su expresión oculta, pero Saché estaba lejos de ser un observador promedio. Vio el más breve de los parpadeos en los ojos de Sabé y supo cuáles serían las palabras de la Reina Réillata antes de que las pronunciara.

—Amidala —dijo la reina—. Estaba esperando pedirle que tomara el puesto y que represente a Naboo y los mundos circundantes del sector Chommel en el Senado.

Pocas veces Padmé se quedaba sin palabras y, cuando sucedía, era excelente para decir algo perfecto y circunstancial que cubriera el silencio. Sin embargo, esta vez no dijo una palabra. Tenía la guardia baja (o por lo menos lo más baja que alguna vez había estado) y fue como si no supiera a dónde mirar.

Sio Bibble volvió a removerse en su asiento, obviamente sorprendido por la solicitud de Réillata, pero sin duda también a favor de ella, aunque estaba renuente a mostrarlo de manera abierta. El rostro de Panaka estaba serio, pero había una extraña tristeza en sus ojos. Saché pensó que casi parecía resignación. Por un momento, ella no comprendió, pero luego la mirada de Padmé se encontró con la suya. Por el lugar en que estaba sentada, Saché era la única persona en la sala a la que Padmé podía mirar sin revelar que buscaba una opinión externa, y Saché le regresó la mirada. Era evidente que la idea de ser senadora nunca había cruzado por la mente de Padmé, pero ahora que se le había propuesto, era ya inamovible.

Saché recordó la última vez que habían estado ante ese precipicio. Se encontraba detrás de Padmé entonces y no tuvo la posibilidad de ver su rostro. El Jedi de pelo largo había dicho que tenían que ir a Coruscant, pero dirigió su súplica a Sabé, creyendo que

era la reina. Para situaciones como esa, habían practicado las palabras que Padmé diría para comunicarse con ellas sin poner en evidencia el engaño, pero esta era la situación más grave en que alguna vez las habían usado. Sin titubeos, Padmé había dicho las palabras que señalaban que iría y, por necesidad, Saché se había quedado.

Cuando se había imaginado sentada en la asamblea, Saché había pensado en debates animados y en hacer un buen trabajo. Sabía que tendría que hacer la mayor parte del trabajo sola, pero le gustaba la idea de tener la posibilidad de buscar a Padmé si en realidad necesitaba ayuda, de recurrir a su experiencia como Amidala para problemas espinosos que Saché no pudiera resolver. Sin embargo, aquí estaban de nuevo: una súplica para ir a Coruscant y un camino que Saché no podía tomar. Comprendió la expresión de Panaka con cada parte de su alma. Sabé pensaba que era buena idea y Padmé no podía verla, así que dependía de Saché pasar el mensaje de apoyo de las líneas traseras.

No podía transmitir las palabras a Padmé. No tendrían sentido en este contexto, pero aún la miraba a los ojos y sabía que solo tenía que mover la boca un poco para comunicar su mensaje: «Somos valientes, Su Alteza».

Padmé respiró con moderación y entonces Amidala volteó para quedar de frente a la reina.

—Su Alteza —comentó, con la cabeza inclinada—. Agradezco la confianza que ha puesto en mí al pedirme que lleve a cabo esta tarea. Le prometo que pensaré el asunto con toda dedicación, pero le solicito que espere mi respuesta hasta después de que se haya completado nuestro trabajo de transferencia del poder.

—Es una solicitud adecuada —aceptó Réillata—. Seguiremos con la transición como lo dictan las tradiciones.

Padmé se echó atrás en su silla, y solo los espías con más práctica habrían visto que el puño de Sabé se cerró bajo la tela de su vestido, justo debajo del hombro de Padmé, para mostrar un apoyo infatigable, como siempre.

—Gobernador. —Réillata se dio vuelta a donde estaba sentado Bibble—. ¿Qué sigue en nuestra agenda?

Mientras el gobernador describía sus citas para los próximos días, Saché no podía dejar de pensar que había actuado bien en su primera aparición oficial. Sería más desafiante una vez que dependiera por completo de sí misma. Los miembros de la asamblea legislativa tenían algunas personas a su cargo, pero nada como el grupo cerrado y pequeño que Padmé había construido alrededor. Siempre tendría a Yané, por supuesto, pero ella no era parte del cuerpo elegido y tendría que realizar sus propias tareas. Saché aprendería rápido, como siempre, y prestaría atención durante las reuniones importantes, en lugar de dejar que su mente divagara como lo estaba haciendo ahora mismo.

Logró ponerse de pie al mismo tiempo que todos los demás, pero solo gracias a la larga práctica. Padmé estaba sonriendo cuando se acercó a tomarla del brazo, y juntas siguieron a Mariek fuera de la sala del trono y luego a los departamentos de los

huéspedes, donde Saché se mortificó ligeramente al descubrir que tenía una suite para ella misma.

—Hay una puerta que une tu habitación con la nuestra —anunció Eirtaé, cuando Saché se quedó parada torpemente en el corredor—. La dejaremos abierta.

Saché estaba segura de que Padmé haría lo que la reina le había pedido. Sabían que las cosas cambiarían después de la elección, pero no pensó que alguna de ellas se hubiera imaginado que cambiarían tanto y tan rápido. Saché se quedó mirando a Padmé a los ojos una vez más y observó una rápida solicitud allí: dejar las ideas del futuro hasta después de que terminaran las ceremonias. Saché asintió para mostrar que haría lo mejor posible por obedecer, pero no pudo evitar que sus ideas volaran mientras Yané la ayudaba a vestirse para la cena. Por lo menos, esta noche estarían en un lugar familiar, aunque no fueran habitaciones familiares, y, además, tenían una puerta abierta.

# CAPÍTULO 5

Se sentaron como lo habían hecho cuando se conocieron, mientras Padmé las entrevistaba tras su elección como reina. Poco después de eso, Panaka había empezado a entrenarlas, sin llamar la atención, en medidas mucho más allá de las esperadas para su edad; sin embargo, para esa reunión, habían sido chicas que recién se estaban conociendo entre sí. Ahora no había nadie en la galaxia que las conociera mejor. Una vez completada la transferencia del gobierno, esta sería su última noche en Theed antes de que tomaran direcciones separadas. Mariek se sentó junto a la chimenea apagada, para no interferir, y Tonra estaba justo del otro lado de la puerta. Había media docena de guardias más en el vestíbulo, más allá del pasillo, pero esta noche, a menos que se llamara a los guardias, dejarían solas a Padmé y sus doncellas.

—¡Por Saché! —exclamó Padmé y levantó su copa—. Que tu periodo sea tan desafiante como lo necesitas.

Saché levantó su propia copa como respuesta, y el resto de ellas las siguieron. Yané bebió a fondo. El nivel de alcohol del jugo de frutas era muy bajo y, además, esta sería su única noche de libertad antes de asumir sus responsabilidades.

—Por Yané —continuó Padmé—. Que la casa de ustedes esté llena de alegría y el más feliz de los alborotos.

»Por Rabé, que tu música toque los corazones y las mentes de todos los que la escuchen.

»Por Eirtaé, que tu arte nos muestre nuevos caminos en lugares en que nunca pensamos que los buscaríamos.

Bebieron una y otra vez.

—Estaría muerta sin cada una de ustedes —afirmó Padmé—. Además, Naboo todavía estaría bajo la bota de quienes han abusado de él. Les debo mi gratitud y más, lo mismo que el planeta al que han servido.

—Lo sabemos —dijo Sabé. Su rostro estaba tan imperturbable como el que solía tener Amidala, pese a que las demás doncellas habían tomado una actitud relajada luego de ponerse los vestidos de noche azul y marfil.

—¡Por Sabé! —exclamó Padmé y levantó la copa por última vez. No dijo nada más, porque ya no quedaba otra cosa que necesitara decirse.

Yané se puso de pie para recoger las copas y las colocó en una mesa lateral, donde no estorbaran. El círculo se desplazó, se estrechó más cuando se sentaron en cojines sobre el piso, y Padmé tomó un peine para el cabello de Sabé. Por tradición, ninguna mostraba demasiado afecto en público. Era una característica identificadora, y la parte más fuerte de la defensa de las doncellas era su anonimato. Estos momentos privados debían atesorarse, y Yané esperaba que hubiera una cantidad infinita de ellos en los días por venir. Se recargó sobre el hombro de Saché.

—¿Qué hará, Padmé? —preguntó. Era un alivio llamarla por su nombre.

—La solicitud de la reina es razonable —indicó Padmé—. Aunque no la había considerado como opción hasta que tocó el tema.

—Entonces tendrá que dejar Naboo —señaló Saché—. El Canciller Palpatine casi nunca estaba en casa cuando era senador.

—Lo sé —confirmó Padmé—. Pero ahora las cosas son diferentes, y es posible que pueda pasar más tiempo aquí, aunque sea senadora.

—¿Qué hay de la respuesta que le dio a Palpatine cuando le preguntó sobre sus planes? —inquirió Rabé.

—¿Le preguntó eso? —quiso saber Eirtaé, levemente escandalizada. Era una violación del protocolo preguntar algo tan personal, aunque Palpatine fuera un amigo.

—Me sorprendió con la pregunta —confesó Padmé—. No tenía intención de decirle antes de comentarlo con ustedes, y entonces todo sucedió de pronto.

Eirtaé se dejó caer dramáticamente entre varias almohadas y miró a Padmé, expectante.

—Pensaba regresar a Tatooine —admitió Padmé— y ver qué pasos podía dar para liberar a la gente de allí.

Hubo un largo silencio, interrumpido solo por el sonido constante del cepillo rozando el cabello de Sabé.

—Bueno, evidentemente usted nunca hace nada a medias —intervino Mariek. Todas saltaron, y Padmé le hizo una seña para que se acercara. Mariek arrastró una silla—. En caso de que mi esposo me vea repentinamente sentada en el piso mientras estoy de misión y le dé un infarto —aclaró.

—Él ya se jubiló —señaló Yané—. Creo que en realidad usted está a cargo ahora.

—Está pendiente —dijo Mariek—. Odiaría adelantarme a los hechos.

—¿Qué piensas, Mariek? —preguntó Padmé, con los ojos todavía fijos en la nuca de Sabé—. ¿Crees que es tonto?

—Sí —confirmó. Había estado a favor del pulso de iones, lo cual, todos sabían (pero nunca comentaron), había puesto tensión dentro de su matrimonio—. Pero casi todas sus ideas lo son, y hasta ahora han resultado correctas.

—No va a ir sola, ¿o sí? —preguntó Saché con delicadeza. Nadie miró a Sabé.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Rabé.

—El Canciller Palpatine nos contó que estaba supervisando una iniciativa de ley para atender el tema de la esclavitud en el Senado —les informó Padmé—. Sugirió que esperara y viera qué resultados obtenía con sus esfuerzos.

Hubo otra larga pausa.

—Tendría mayor impacto si usted estuviera en el Senado —sugirió Eirtaé—. Podría ayudar a más planetas y no solo a Tatooine.

—El Senado tarda años en lograr que se haga algo —argumentó Yané, en contra—. ¡Todas sabemos por experiencia directa lo bien que prestan atención a acontecimientos que no les afectan directamente! Conseguiría más con una buena nave y conexiones en el propio Tatooine.

Habrían comenzado a pelear entonces (algo que casi nunca sucedía en presencia de Padmé) si Sabé no se hubiera inclinado hacia delante.

—Si tan solo usted conociera una manera de estar en dos lugares al mismo tiempo —dijo.

El cepillo se detuvo.

—Hay una diferencia entre pedirte que vengas conmigo y enviarte sola —comentó Padmé. En todo caso, Tatooine no era un destino fácil, en absoluto.

—Lo sé —confirmó Sabé con calma.

Era una línea que Yané las había visto bordear durante todos los años que habían sido amigas. Padmé sabía de corazón que Sabé haría cualquier cosa que ella le pidiera, aunque significara arriesgar su propia vida; por tanto, siempre tenía cuidado de no pedir demasiado.

—Podría ser peligroso —advirtió Padmé—. Tal vez no puedas hacer lo que queremos.

—Lo sé —afirmó Sabé—. Pero quiero intentarlo. Por ustedes, por ellos y también por mí. He hecho cosas, en su papel, que han sido dignas de heroísmo. Sería agradable hacerlas con su respaldo y con mi propio rostro, para variar un poco.

Padmé tomó el rostro de Sabé para girarlo y poder contemplarlo. Estaban acostumbradas a comunicarse sin contacto visual, pero Yané comprendía la necesidad de ellas ahora, cuando se estaba discutiendo algo verdaderamente importante.

—Así que se convierte en senadora por Naboo y el sector Chommel —dijo de pronto Mariek, rompiendo el momento, y las trajo de vuelta al tema—. Yo voy con usted e imagino que mi sobrino Typho vendrá también.

—No puedo apartarte de casa ahora —repuso Padmé. Era lo más cercano que habían estado de una conversación directa, por el respeto que Padmé sentía por los límites y las políticas personales.

—Quarsh tuvo su oportunidad de viajar por la galaxia con usted —continuó Mariek—. Él comprenderá que ahora es mi turno.

La propuesta se quedó allí por un momento y luego Padmé accedió.

—Muy bien —dijo. Dirigió la mirada hacia Rabé y Eirtaé, quienes susurraban en un rincón—. Ustedes no van a cambiar de planes —ordenó en tono que no admitía discusión.

—Padmé… —empezó Rabé, pero ella levantó una mano.

—No, las necesito aquí —afirmó—. Necesito saber que Naboo sigue siendo mi hogar, un sitio donde el arte y la paz son honrados al máximo. Quiero que tengan eso, aunque yo deba esperar para obtenerlo.

—Gracias, señora mía —dijo Eirtaé. Rabé solo pudo asentir.

—Saché, podrás escribirme si necesitas consejos —continuó Padmé—. Yané, si necesitas más fondos, o explotar alguna conexión que yo tenga, también podrás escribirme.

—Por supuesto —aceptó Yané.

—Supongo que eso deja al Capitán Tonra para ti —indicó Padmé, y Sabé asintió.

—Esto es para bien —dijo Mariek—. De todos modos, Réillata querrá llenar sus filas con su propia gente.

—Debemos llamarlos aquí, si vamos a hacer que se ofrezcan como voluntarios para misiones fuera del mundo por mucho tiempo —apuntó Padmé.

Yané se puso de pie y fue a la puerta. El Capitán Tonra partió por el pasillo hacia donde Typho estaba estacionado, mientras Yané regresaba y empezaba a organizar las sillas. Las almohadas en el piso eran muy adecuadas para una reunión privada, pero esto necesitaba algo más formal. El aspecto del capitán y el sargento no podía ser más contrastante. Tonra era alto, con cabello oscuro y frente amplia. El Sargento Typho era de complexión robusta, con piel bronceada y hombros amplios. Era el sobrino de Mariek Panaka, pero no había necesitado ayuda de las conexiones de su familia para obtener el cargo. El parche en el ojo le daba un aspecto ligeramente rudo (que no estaba exento de usar a su favor) y era mucho más jovial que los demás guardias. Los dos tenían en común una lealtad inquebrantable a Naboo, y a la propia Padmé.

—Gracias por reunirse con nosotras —expresó Padmé. Hablaba en su propia voz formal, no la de Amidala. Yané sintió que su pulso se aceleraba. Era real: estaban haciendo esto.

—Por supuesto, mi señora —respondió Tonra, aunque sonaba confundido.

—He decidido aceptar la petición de la reina y servir como senadora de Naboo en la República Galáctica —anunció—. La Capitana Mariek se ha ofrecido como voluntaria para acompañarme como guardia. Sargento Typho, nosotros… yo espero que también te nos unas.

Typho se irguió y enderezó los hombros.

—Será un honor, Su Alteza —indicó.

—Ya no te lo pido como tu reina, sargento —le recordó con gentileza—. Te ofrecerías como voluntario para dejar el planeta por extensos periodos.

—Comprendo, mi señora —confirmó Typho—. Aun así, deseo servir.

—Gracias —expresó Padmé. Se dio vuelta hacia Tonra, quien la estaba esperando—. Capitán, Sabé irá en una misión aparte que te describirá más adelante en privado. Es mi mayor deseo que la acompañes.

Tonra y Sabé intercambiaron una mirada, y Sabé asintió.

—Iré con Sabé a cualquier lugar al que ella necesite que yo vaya —afirmó él—. Imagino que me cuidará las espaldas tan bien como yo cuidaré las suyas.

—Que así sea —dijo Padmé—. Los necesito a ambos.

—Usted va a necesitar nuevas doncellas —indicó Yané.

—Los senadores no las tienen —señaló Padmé.

—Los senadores tienen asistentes —informó Saché—. Los de usted deben ser doncellas.

—Tienen razón —comentó Sabé—. Si desea asegurarse de que el resto de nosotras estemos seguras y protegidas, entonces usted también debe estarlo.

—Panaka se tomó meses y meses para entrenarlas a ustedes —apuntó Padmé—. No contamos con tanto tiempo.

—No necesita el mismo tipo de protección que tuvo cuando era reina —explicó Yané—. El requisito más importante para nosotras era una doble para su rostro antes de que se pensara en el resto de nuestras habilidades. Sus nuevas ayudantes no necesitan estar limitadas a su aspecto, siempre y cuando puedan ser dobles de su cerebro. Necesita cómplices en quienes confíe plenamente, gente que escuche en las fiestas, que se desvanezca en el fondo y detecte lo que sus oponentes le están tratando de ocultar. Si se encuentra en apuros, puede llamar a Sabé, pero para las operaciones cotidianas, dos o tres doncellas leales deben bastar para cubrirla.

—Mi sobrina Versaat, del otro lado de la familia, tiene la edad correcta —informó Mariek—. Le enviaré un holomensaje esta noche. No coincide físicamente con usted, mi señora, pero sé que es leal y tiene otros talentos.

—Había una chica, Cordyn, creo —mencionó Rabé—. Estuvo con nosotras durante el entrenamiento de Panaka, pero no fue incluida al final. No era muy buena en el combate, pero se parecía mucho a usted, y creo que aún necesita una doble, aunque lo que dice Yané tiene sentido.

—Mi señora, ¿me permite? —intervino Typho.

—Por favor, sargento —indicó Padmé—. Habla con libertad.

—Una de mis compañeras de clase del entrenamiento de las fuerzas de seguridad podría ser adecuada para usted —sugirió—. Estuvo en el escalón más alto en cada uno de mis cursos.

—¿Por qué no se graduó contigo? —quiso saber Sabé.

—Se quedó para tomar los cursos extra —informó Typho.

El programa privado para las doncellas de la reina dirigido por Panaka se había vuelto semipúblico después de la Batalla de Naboo, y la academia empezó a ofrecer versiones modificadas de su entrenamiento como curso oficial que podría tomarse después de la graduación.

—¿Cómo se llama, sargento? —preguntó Padmé.

—Dorra, mi señora —respondió—. Puedo enviarle un mensaje en cuanto termine mi turno.

—Hazlo ahora, sargento —ordenó Padmé—. No te preocupes por nosotras. Puedes usar la consola que está en la habitación de Saché y dejar la puerta abierta para que mantengas tu línea de vista.

—Vamos —Yané le dijo a Eirtaé—. Separemos los vestidos de Padmé de los reales. Si sigue trabajando para el gobierno, puede empacar más de lo que originalmente habíamos dispuesto para ella.

—No tienen que hacerlo —indicó Padmé.

—Claro que no —replicó Eirtaé—. Pero lo haremos.

—Escribiré mensajes a las solicitantes —explicó Rabé—, o como sea que las llamemos. Supongo que difícilmente saben que han hecho solicitudes. Typho, si me esperas un momento, podemos enviarlos todos juntos.

—Te ayudo —intervino Saché—. Puedo usar mi nuevo acceso para rastrear a Cordyn.

Los guardias regresaron a sus puestos, y Sabé y Padmé se quedaron solas en medio de una masa de almohadas y sillas.

—Mire lo rápido que el mundo se da vuelta cuando se le pide —comentó Sabé.

—Tú debes saberlo —replicó Padmé—. Tú eres quien le está dando vuelta.

—No la dejaré fallar —afirmó Sabé. Estiró los brazos y Padmé tomó sus manos.

—Lo sé —aseguró.

Hubo un momento de silencio entre ambas, y luego Sabé le hizo la última pregunta que le preocupaba.

—¿Qué va a decirle a sus padres?

—Tendría que haberles contado ya —admitió Padmé—. Tuve una hora libre esta tarde, y lo supe en cuanto la reina lo dijo. Supe que me entregaría al servicio. ¿Estoy siendo egoísta?

—¿Está haciendo esto por su propia gloria? —preguntó Sabé. Padmé negó con la cabeza—. Entonces no. Tal vez peca de generosa y quizás alguien que no la conozca pensaría que está siendo egoísta, pero yo la conozco y los patearía.

Le entregó a Padmé un datapad y levantó la cabeza para ver a Mariek a los ojos. Una vez que tuvo la atención de la guardia, indicó que acompañaría a Padmé afuera, al balcón, para hacer la llamada. Mariek asintió, y Sabé ayudó a Padmé a ponerse de pie.

En el balcón, le dio todo el espacio posible. Su puesto de doble en jefe de Padmé la acercaba más a los guardias oficiales que las demás; por eso Mariek dejó que el par se apartara de su vista. Sin embargo, en esencia, Padmé era su amiga y no pudo dejar de oír.

—Hola, mamá —saludó Padmé. Era su voz más expuesta, la que Sabé nunca trató siquiera de duplicar—. ¿Está papá por allí?

Pasaron unos momentos y luego ambos padres de Padmé destellaron en azul entre la luz tenue. Su padre se estaba sacudiendo aserrín de las manos.

—La Reina Réillata me ha pedido que sirva como nueva senadora de Naboo —informó después de un breve intercambio de saludos—. Dije que sí.

Nadie había escuchado que Padmé Amidala sonara vulnerable y desesperada por aprobación. Sería una pesadilla política. Pero esta era Padmé Naberrie y hablaba con tres personas en las que confiaba por completo.

Ruwee y Jobal intercambiaron una mirada, comunicándose con la misma facilidad con que Padmé pudo haberlo hecho con las doncellas, aunque tenían una razón diferente para tanta práctica.

—No puedo decir que me sienta feliz de que te vayas —comentó Jobal—. Pero tu padre y yo estamos muy orgullosos de ti.

—Cuando regreses allí, no olvides de dónde vienes —añadió Ruwee—. La política galáctica puede hacerte sentir pequeña y, bueno, estoy seguro de que ya empezaste a imaginarlo.

—No lo haré —confirmó Padmé—. Y prometo que seré cuidadosa.

Fue una expresión tan extraña, como si Padmé estuviera pidiendo permiso para ir a un viaje escolar, que Sabé casi se rio.

—Saluden a Sola de mi parte —pidió Padmé—. Escribiré cuando me instale.

Sabé le dio aún más distancia para terminar de despedirse y no se movió por varios momentos después de que la luz azul había desaparecido. Miró mientras Padmé se enderezaba y sus barreras y máscaras profesionales caían de nuevo en su lugar. Sin una palabra, Sabé abrió la puerta del balcón y la condujo de nuevo al interior.

Yané estaba corriendo hacia ellas con varios de los vestidos más sencillos de Padmé en brazos.

—Sabé, pruébate estos —exigió—. Son de antes de la última vez que creciste y si tenemos que arreglarlos, sería mejor saberlo desde ahora.

Sabé se quedó quieta cuando Padmé pasó el primer vestido por su cabeza y ayudó a Yané a fijar las partes donde debían hacerse ajustes. Habían crecido en Naboo, y había sido bueno para ellas. Ahora era el momento de seguir creciendo en otro lugar.

# PARTE II

## REINA DE LA MODA
## REGRESA AL SENADO

*Quienes siguen la política desde hace tiempo, recordarán a la joven Reina Amidala de Naboo. Hace cuatro años vino a Coruscant y depuso al canciller para acelerar cuestionablemente la ayuda para su planeta de origen. Aunque nunca se produjo evidencia sólida de los crímenes de la Federación de Comercio, Amidala inclinó la opinión del Senado. Su discurso, que con toda probabilidad alguien más escribió, dada su edad en esa época, causó agitación… y no podemos dejar de preguntarnos qué agitación causará esta vez.*

*Amidala ha regresado, ahora como senadora de la República Galáctica. Seguramente ya no es una reina títere, pero la interrogante se mantiene: ¿quién está jalando sus hilos ahora?*

—TriNebulon News

# CAPÍTULO 6

Las primeras seis semanas del periodo de servicio de cualquier senador estaban muy controladas por el protocolo de la República, y después de cinco semanas y tres cuartos, la Senadora Amidala ya estaba fastidiada. Había mucho por aprender, pero siempre había aprendido con rapidez; verse restringida por todos lados por la tradición y las expectativas empezaba a cansarla. Por fortuna, su ira podía encontrar un blanco específico en un droide poco cuidadoso denominado NON-3.

—Senadora —empezó el droide. Había algo extraño en el procesador vocal del droide que cambiaba la manera en que pronunciaba las vocales. Siempre le tomaba un momento a Padmé descubrir lo que estaba diciendo, pero cada vez que había solicitado una reparación se le había informado que no había nada incorrecto—. Le recuerdo que tiene programado para hoy su recorrido final por los pisos inferiores del edificio del Senado. En este recorrido, observará y llegará a comprender el funcionamiento interno del propio edificio, más allá de su aspecto exterior, para que pueda aprovechar sus muchas prestaciones mientras está en la asamblea.

Padmé hizo su mejor esfuerzo para no jalarse los cabellos. Dormé, antes llamada Dorra, había hecho un excelente trabajo con él este día. Conocer a su nuevo trío de doncellas había sido una pequeña bendición entre el periodo de entrenamiento senatorial. Cada una había tenido la cortesía de tomar un nuevo nombre. Aunque la razón pública que se daba seguía siendo el anonimato, Padmé no confundía la deferencia que le mostraban con ello.

Cordé, antes llamada Cordyn, quien había fallado en el entrenamiento inicial de Panaka porque no era buena con el bláster, había tomado el lugar de Sabé sin dudarlo. Ya había dominado los amaneramientos físicos de Padmé y estaba a punto de igualar su voz a la perfección. Dormé, que había salido del mismo entrenamiento de seguridad que produjo a Typho y Tonra, resultó más que capaz para encargarse del guardarropa, y Padmé sabía que ya estaba planeando actualizaciones y modificaciones a los vestidos senatoriales. Versé, antes Versaat, era una espía computacional de primera, aunque ella y su tía Mariek mantenían en secreto la manera en que había adquirido esas habilidades. Además de fortalecer las medidas de seguridad digitales de Padmé, estaba reprogramando gradualmente el departamento, de modo que resultara más funcional y cómodo para el grupo. Mariek y Typho completaban el resto de los acompañantes más cercanos de Padmé, junto con unos cuantos guardias escogidos con todo cuidado.

Extrañaba a Sabé como podría extrañarse al sol. Tal vez esa era la verdadera razón por la que todos los recorridos y las orientaciones empezaban a ponerla nerviosa, además de que parecían interminables. Había recorrido cada rincón del edificio del Senado, excepto las oficinas privadas de los otros senadores, por supuesto, y había atestiguado cómo operaba el complejo. Era casi igual que cuando había estado en el programa legislativo para jóvenes, lo que la hacía sentir empantanada. Le disgustaba enormemente la sensación y luchaba de manera constante para no desquitarse con quienes la rodeaban.

Mientras tanto, había visto muy poco de Coruscant y no había presenciado casi ningún procedimiento gubernamental, excepto por algunas sesiones con los otros nuevos senadores, cuidadosamente moderadas. La senadora saliente, Oshadam, fue cortés y servicial, pero era evidente que estaba preparada para partir en cuanto pudiera.

—Tal vez de eso se trata —había dicho Dormé—. Tal vez se supone que deba conocer nuevos senadores y formar alianzas con ellos.

—¿No tendría más sentido conocer senadores establecidos? —preguntó Versé—. Quiero decir, no se puede aprender mucho de alguien que sabe más o menos lo mismo que uno, y se supone que las opiniones de todos los nuevos senadores juntos no pueden pesar más que las de los experimentados.

—Se terminará pronto —había dicho Cordé con tono tranquilizador, no condescendiente, lo que sorprendió a Padmé. Todas estaban frustradas—. Y luego podrá sentarse en la galería y gritarle a la gente para quedar satisfecha.

—Cuando recién empezaba a ser reina, ya estaba enfrentando una invasión planetaria —señaló Padmé—. Ahora, si me veo presionada, podría dar instrucciones en las instalaciones de reciclaje de aguas residuales en el sótano nueve, y eso es todo.

—No es cierto, y lo sabe —había dicho Mariek con energía—. También puede decir a la gente dónde encontrar la comisaría.

Typho había hecho su mejor esfuerzo para no sonreír mientras Padmé lanzaba un resoplido poco delicado. Tal vez esto también era algún tipo de proceso de acomodamiento para los senadores entrantes y su personal. Padmé sabía mucho más de las habilidades, cosas molestas y preferencias generales de sus doncellas ahora que cuando habían llegado a Coruscant, y por lo menos eso ya era algo.

Nunca olvidaría cuando se paró por primera vez en la residencia senatorial. La habían dejado completamente limpia para que ella la redecorara y se sentía como una tumba en el cielo, muy por encima del bullicio de Coruscant. Se había quedado de pie en el vestíbulo por un medio segundo que pareció demasiado largo, con sus tres acompañantes detrás de ella, a la espera. Entonces, antes de que pudiera pensar en algo que decir, Versé se había adelantado y empezado a dar instrucciones sobre cómo desempacar, coordinando la seguridad con su tía. Por primera vez, sus doncellas se habían movido como una sola, y desde entonces lo seguían haciendo, mientras Padmé se integraba poco a poco a sus pautas.

NON-3 lanzó el educado campanilleo que hacía cuando pensaba que Padmé había tomado demasiado tiempo en contestar.

—Ya te oí, Nonnie —replicó ella—. ¿Dónde se supone que debo encontrarme con el grupo de orientación?

—No hay grupo de orientación, senadora —indicó NON-3—. Se trata de un recorrido privado.

Mariek se acercó tres pasos y frunció el ceño. Era difícil pensar en ella ahora siquiera como «Capitana Panaka», aunque esos fuesen su título y su nombre, excepto en

momentos como ese, cuando la mujer informal desaparecía y tomaba su lugar la profesional. Todos se ponían una máscara cuando se trataba de Amidala.

—No me gusta esto, senadora —comentó Mariek—. ¿Por qué este recorrido es diferente de los otros?

—No lo sé —confesó Padmé. Se dio vuelta hacia el droide, que estaba programado para responder solo a los senadores y a otros oficiales específicos—. Nonnie, ¿por qué este recorrido es diferente?

—No estoy programado para dar esa respuesta —respondió NON-3.

—¿Cuál es el destino exacto del recorrido? —quiso saber Padmé.

—Los pisos inferiores del edificio del Senado —informó el droide.

—Eso es útil —dijo Versé—. Esos pisos son enormes.

—Además, ya ha visto casi todos —añadió Cordé—. A menos que quieran realmente ir dentro de los ductos de ventilación.

—¿Sabe lo que aún no hemos probado? —preguntó Dormé, con una larga mirada de soslayo al droide de protocolo.

Padmé se sintió tentada. No para evitarse el recorrido por completo, porque iría incluso con túnicas de doncella, si se daba el caso, sino para ver si podía engañar a Coruscant de la manera en que lo habían logrado con Naboo. La primera vez que Padmé vino aquí había sido Amidala desde el momento en que llegaron al departamento hasta que se fueron. Sería interesante ver el nuevo lugar de residencia desde un punto de vista no senatorial. Se quedó mirando a Mariek, quien asintió.

—Está bien —indicó Padmé—. Tenemos que hacer el cambio deprisa. Cordé, serás tú la primera.

Cordé era quien más se parecía físicamente a Amidala, por la forma del rostro y la estructura ósea. La piel de Padmé era solo un poco más pálida, y una vez que Dormé hiciera magia con la brocha del maquillaje, los extraños tendrían dificultades para diferenciarlas. Cordé podía pararse como lo hacía Padmé, aunque era un poco más alta y más delgada, y su imitación de voz podía engañar los cerrojos de seguridad en la nave de Naboo. Aún faltaba probar si lograba engañar a NON-3 (no tenían problemas con droides de batalla o astromecánicos), pero ya habría mucho tiempo para eso.

Versé ayudó a Padmé a ponerse un conjunto sobrante de túnicas azul oscuro y le acomodó el cabello en un solo rollo para ocultarlo debajo de la capucha. Luego fue a ayudar con Cordé. Dormé le había puesto uno de los vestidos favoritos de Padmé: abajo, un traje azul marino y, encima, una túnica verde mar con holanes. Un ancho cinturón azul marino ataba todas las piezas. Parecía elaborado, pero como ocurría con casi todos sus vestidos senatoriales, era fácil moverse en él. Padmé se amarró las botas hasta la rodilla y sonrió al pensar en Sabé mientras lo hacía. A su vez, Cordé se puso un par de zapatos planos que parecían decorativos pero que se acomodaban a la perfección a sus pies para que pudiera correr o hasta lanzar una patada en redondo a alguien, si se veía obligada. Al final, Dormé hizo que Padmé se sentara junto a Cordé como referencia para el maquillaje.

—Dos o tres veces más y seré una experta —prometió—. Pero antes quiero asegurarme de que quede perfecto.

—Comprendo —indicó Padmé, y dejó que la artista hiciera su trabajo.

Padmé solo había visto a Sabé con la cara de la reina, y resultó un poco desconcertante observar a alguien recrear su aspecto con el uso de cosméticos normales, pero eso fue exactamente lo que Dormé hizo. Hasta la forma del rostro de Cordé pareció cambiar cuando las líneas del contorno atrajeron la atención hacia las partes de ella que se parecían más al aspecto que tenían en Padmé. No engañaría a un escáner de características craneales, por supuesto, pero ahora, a simple vista, parecían intercambiables.

—Y un poco para usted —indicó Dormé y se acercó a Padmé con una brocha—. En caso de que alguien piense que se parece demasiado a la Senadora Amidala.

Le tomó mucho menos tiempo encargarse de la cara de Padmé, y luego se levantaron para que Dormé pudiera realizar una revisión final del aspecto de ambas.

—Es aterrador —comentó Mariek a su sobrina, y Versé asintió.

—Gracias —expresó Dormé con una sonrisa pícara.

Luego regresaron a la sala de la suite, donde NON-3 y el Sargento Typho se miraban el uno al otro.

—Senadora —dijo NON-3 en ese tono extraño, exageradamente paciente. Mientras hablaba, miró directamente a Cordé con fotorreceptores incapaces de parpadear, en lugar de ojos—. Le recuerdo que tiene programado para hoy su recorrido final por los pisos inferiores del edificio del Senado. En este recorrido…

—Sí, lo sé —interrumpió Cordé. Hasta su imitación del enojo de Padmé era perfecta—. Ya estoy lista para irnos.

NON-3 la miró y se dio vuelta sin decir una palabra, para guiar a la Senadora Amidala y su doncella al transporte que esperaba.

—La veremos cuando regrese —indicó Mariek—. Con lo que quiero decir que Typho la seguirá al Senado, y debe llamarlo si necesita refuerzos.

El Senado se preciaba de tener su propia guardia, a la que Padmé podía llamar si la necesitaba, pero sabía que un amigo confiable valía aún más que eso. Miró a Typho, quien le hizo un pequeño ademán de ánimo.

—Buena suerte, Senadora Amidala —deseó Dormé.

Versé ya estaba sentada ante una consola, mientras sus dedos tecleaban con toda rapidez. Padmé sabía que estaría configurando la identidad de la cuarta doncella que Amidala había traído consigo. Habían dejado la entrada vacía por semanas, sin saber cómo darle el mejor uso posible a la identidad en blanco, pero ahora Padmé debía tener un permiso para entrar en el Senado, de modo que había llegado el momento de llenar los huecos. Sabía que, para cuando llegaran, Versé ya le habría creado un perfil a toda prueba. Después de todo, casi contendría la verdad.

La Senadora Amidala abordó el transporte abierto y Padmé la siguió. NON-3 trepó en él y presionó un tablero de notificación que indicó al droide conductor que era hora de

partir. Ni a Mariek ni a Typho les gustaba el hecho de que el Senado proporcionara los conductores de Amidala. Hubieran preferido llevarla ellos mismos o, por lo menos, proporcionar un conductor propio. El protocolo del Senado era una fortaleza que Padmé aún estaba aprendiendo a asediar, pero ya sabía lo suficiente para intuir que debía escoger sus batallas. Los conductores del Senado servirían por el momento, y Padmé ganaría algo más adelante como resultado de su paciencia, aunque no sabía con exactitud qué sería ese algo.

El transporte se unió al flujo del tráfico de Coruscant. El viento y el zumbido de miles de motores evitaban cualquier conversación adicional, así que Padmé contempló mejor la vista de la ciudad. No podía ser más diferente de Naboo. Extrañaba los árboles, el agua y el canto de los pájaros. No había ido a los niveles inferiores de la ciudad, pero había escuchado que eran lugares peligrosos y oscuros. Parecía injusto que una ciudad planetaria que servía como símbolo para el resto de la República Galáctica debiera tener esa especie de entrañas, pero no sabía lo suficiente sobre el funcionamiento de Coruscant como para explicárselo por completo.

Padmé volteó a ver el Templo Jedi y su mano se dirigió, sin pensarlo, a su collar. Era un edificio grande, visible desde su departamento. Muchos de los nuevos senadores que había conocido habían ido a verlo en cuanto pudieron, después de llegar al planeta. Por supuesto, algunas partes eran privadas, pero también había secciones del templo que los Jedi permitían ver a los visitantes. Padmé no había ido. A diferencia de la mayoría de sus colegas, ya había conocido a varios Jedi y sus actitudes le parecían inquietantes. Tal vez si el Maestro Qui-Gon hubiera sobrevivido, se sentiría diferente. Por supuesto, le complacería llamarlo amigo y tendría esperanzas de tratarlo como aliado. La suya había sido una relación extraña: no lo había engañado en ningún momento, pero él había permitido que siguiera engañando a todos los demás, lo que ella apreció, pues le ayudó a preservar su propia vida. Sabía que ella no era la única persona en Naboo que encendía una vara de incienso en la ceremonia luctuosa anual para los caídos en la defensa del planeta.

Apartó la vista del templo y se concentró en su objetivo: el edificio del Senado. Cordé estaba aferrada a los reposabrazos de su asiento con un poco más de fuerza de la realmente necesaria. Era una clara señal de nerviosismo, pero su rostro se mantenía inmóvil y tranquilo. La máscara de Amidala estaba en su lugar. Padmé solo tenía que asegurarse de que no se pusiera la suya por accidente.

El transporte atracó ante una puerta poco familiar, pero NON-3 no dudó en conducirlas hacia ella. El droide oprimió un botón y la puerta se deslizó para abrirse. Ambas escanearon sus identificaciones para pasar y entraron en el edificio sin problemas.

Los problemas empezaron en cuanto entraron.

—Esto no luce bien —murmuró Padmé.

El pasillo estaba oscuro, no se encendieron las luces ni siquiera cuando se reconocieron las credenciales de Amidala. Tanto la senadora como la doncella

permanecieron cerca de la pared mientras NON-3 caminaba en medio del corredor como si todo aquello fuera normal.

—Nonnie —llamó Cordé en la voz de Amidala, al menor volumen posible—. Nonnie, regresa.

—Senadora, llegaremos tarde. —Definitivamente el droide arrastraba las palabras. Sus patrones de habla eran casi irreconocibles.

—No me gusta esto —dijo Padmé. Deseó haber llevado la pistola real, pero las armas estaban restringidas en el edificio del Senado, de modo que ambas habían dejado los blásteres en casa.

—Alguien viene —comentó Cordé. Respiró profundamente varias veces, y Padmé supo que se estaba preparando para diversas posibilidades. Padmé deslizó en la palma el dispositivo que alertaría a Typho de su situación.

—¿Qué hacen aquí? —La pregunta fue pronunciada antes de que la figura que habló saliera de las sombras, y le tomó a Padmé un momento ubicar su voz.

—Senador Organa —respondió Cordé, con la máscara de Amidala todavía firme en su lugar. Ellos (más bien él y Padmé) se habían conocido brevemente en una de las cenas de bienvenida. Cordé reaccionó sin titubeos—. Discúlpeme. Mi droide de protocolo me indicó que me esperaban aquí.

El Senador Organa medía casi dos metros de alto y tenía el cabello elegantemente estilizado. Parecía severo ahora que se había unido a ellas bajo la luz tenue del corredor, pero lo más impactante relacionado con él era la pesada caída de la capa que colgaba de sus hombros.

—Senadora Amidala, ¿verdad? —preguntó Organa, y continuó luego del asentimiento de Cordé—. Lo único que se espera aquí es un equipo de droides de demolición. Esta sección va a reconstruirse. Estaba en la orden del día.

Por un instante, Cordé se mostró nerviosa, aunque no fue tan evidente como para que Organa lo notara. Padmé había leído la orden del día y no se mencionaba demolición alguna. El droide rompió el incómodo silencio.

—Senadora —indicó NON-3—. Le recuerdo que tiene programado para hoy su recorrido final por los pisos inferiores del edificio del Senado. En…

—Basta, Nonnie —mascculló Cordé. El droide dejó de hablar de inmediato.

—Ese droide está descompuesto —señaló Organa.

—Lo sé —confirmó Cordé—. He enviado varias solicitudes de reparación y todas las han regresado porque aseguran que el droide está bien.

—Déjeme enviar una. —Organa sacó un datapad de un bolsillo bajo la capa y escribió algo con rapidez.

—Senadora —dijo NON-3—. Se me ha reportado a mantenimiento. Debo estar con ellos de inmediato. ¿Puede encontrar el camino de regreso a casa desde aquí?

—Llevaré afuera a la senadora —repuso Organa.

Padmé se sintió feliz de que Cordé se hubiera hecho pasar por ella. Cordé era excelente en mantenerse en su papel y, con el rostro cubierto, Padmé se permitió por un momento mirar con ira al Senador Organa y sus actitudes desdeñosas.

—Gracias, senador —comentó Cordé.

—Me da gusto haberlas encontrado antes de que empezaran las implosiones —dijo Organa cortésmente—. Nunca hubieran salido vivas de allí.

Cordé no dijo palabra alguna, lo que Padmé supuso que Organa interpretó como un agradecido reconocimiento. Padmé tenía docenas de preguntas pero no podía plantearlas en su posición actual. En cambio, tuvo que contentarse con seguir a los dos de regreso para pasar por la puerta. Organa miró mientras Cordé abordaba el transporte y luego se dio vuelta cuando Padmé se acomodó junto a ella. Regresaron a la residencia senatorial en completo silencio, y el droide conductor no se quedó después de dejarlas allí.

—Eso no tomó mucho tiempo —comentó Mariek cuando se reunió con ellas en la plataforma—. ¿Dónde está ese maldito droide?

—Adentro —ordenó Padmé—. Ahora.

Tan rápido como pudo, Padmé comentó los acontecimientos a los demás. El rostro de Typho se ensombrecía cada vez más a medida que hablaba, pero nadie más reaccionó hasta que ella terminó su relato.

—¿Por qué habría un atentado contra su vida ahora? —interrogó Versé—. Por favor, no lo tomen de la manera equivocada, pero aún no han hecho nada en el Senado y, en esta etapa, el juicio de Gunray avanzaría sin usted.

—La muerte de una senadora debido a lo que se percibiría como su propia torpeza podría usarse de varias maneras —afirmó Padmé—. Para desacreditar a Naboo, tal vez hasta para desacreditar al canciller, porque estuvo a favor de mi nombramiento.

—No tiene ningún sentido —repuso Versé—. Aunque la Federación de Comercio sea tan mezquina, su muerte atraería más la atención y se pensaría que no lo quieren así.

—No creo que realmente nadie sepa lo que quiere Nute Gunray —intervino Mariek.

—Hay un lado positivo —intervino Cordé. Estaba en el proceso de quitarse el tocado de alambre de cobre.

—¿Cómo? —se quejó Dormé, mientras recuperaba el tocado y lo regresaba a su lugar en la cómoda.

—El droide conductor ni siquiera la miró —comentó Cordé a Padmé—. Además, Organa solo se dirigió a una persona.

—¡Una persona a la que ahora considera que es una senadora incapaz de leer su propia orden del día o controlar a su propio droide! —Dormé echaba humo.

—Es seguro que Amidala no ganó puntos con él —indicó Padmé—. Y es una voz poderosa en el Senado.

—Puede intentarlo de nuevo —sugirió Typho—. Sé que puede ganárselo, si es necesario.

—Gracias, sargento —expresó Padmé. Frunció el ceño—. Hay algo que me gustaría mucho saber.

—¿Quién reprogramó a nuestro droide de protocolo para que tratara de organizar su muerte? —se adelantó Versé. Empezó a quitar los pasadores del pelo de Cordé, alisándolo donde el tocado había enredado algunos mechones. Si hubiera alguna duda sobre la lealtad de todos, Padmé los despediría de inmediato. Cada una de las nuevas doncellas estaba furiosa, a su manera, y lista para pelear.

—Bueno, sí, eso —concedió Padmé. Tenía una mirada distante que sabía que todos reconocían. Ahora estaba adentrada en los asuntos políticos—. Pero lo más importante es: ¿qué hacía Organa allí?

# CAPÍTULO 7

Las consecuencias de la extraña descompostura de NON-3 se sintieron de inmediato. A la mañana siguiente, había varios artículos en las holonoticias acerca de cómo la joven Senadora Amidala, nueva en Coruscant, casi había provocado su propia muerte debido a una falla en la lectura de instrucciones. El primer informe, redactado por una respetada fuente de noticias, sí mencionó al droide descompuesto en el párrafo final de la historia, pero ninguno de los holos más sensacionalistas lo hizo. Así que cuando la Senadora Amidala entró en el Senado para su primera sesión oficial, lo hizo bajo una nube de curiosidad.

—Y evidente incompetencia. —Padmé lanzó el ofensivo datapad sobre su nuevo escritorio.

—Nadie está diciendo eso —señaló Cordé.

—Nadie está diciendo eso *todavía* —enmendó Dormé—. Todos se están acercando mucho.

Versé había permanecido en la residencia para leer todos los artículos a medida que los publicaban. Estaba realizando un análisis de textos para ver si podía identificar a un solo autor (entre otras cosas), pero aún no llegaba a nada.

—Por lo menos no entrevistaron al Senador Organa —comentó Cordé—. Ni siquiera lo mencionan.

—Su misteriosa doncella solo se menciona como una asistente —añadió Mariek. Hoy iba vestida con una versión modificada del uniforme de Naboo, porque la gorra, que proporcionaba protección del sol y los posibles escombros, era innecesaria para el piso del Senado.

—Eso no aclara quién es la fuente —dijo Dormé.

—Supongo que no hay nada que podamos hacer —indicó Padmé—. Nada más tendré que ir allí y tratar de no parecer tonta. Tal vez todos me recuerden, en cambio, porque fui la joven reina que destituyó al Canciller Valorum.

—¡Esa es la actitud! —exclamó Mariek—. Ahora venga y siéntese aquí para que Dormé pueda arreglarle el pelo.

Padmé había hecho un poco de berrinche después de llegar a su oficina y tiró algunos de los pasadores de Dormé. Habían decidido que Amidala vistiera lo más formalmente posible para su primera aparición oficial. Querían que ya no se presentara nada de la joven con la que los hologramas parecían estar obsesionados. Padmé llevaba por encima un vestido rígido, de brocado púrpura, con violetas bordadas a mano a lo largo del dobladillo y los puños. La túnica que se había puesto debajo también era violeta, con un collar que le imposibilitaba casi por completo girar la cabeza. Dormé había trenzado el cabello en cuatro secciones, dos para que colgaran por su espalda, envueltas en cinta púrpura, y dos para sujetarlas a los lados de la cabeza, sosteniendo el tocado de cobre desgastado.

—Siento como si tuviera el cráneo expuesto —afirmó Padmé, mientras Dormé estiraba la pieza de cobre y fijaba más pasadores en su cabello desobediente.

—Creo que atrapará la luz —dijo Dormé—. Cualquiera que ponga la vista en su curul volante la verá.

—Además, hay por lo menos cuatro representantes que en realidad tendrán el cráneo expuesto —señaló Cordé.

—Gracias —expresó Padmé con tono seco. Cordé le sonrió sin remordimiento. Padmé se enderezó, mientras la máscara de Amidala caía sobre sus facciones. Aunque la había desplegado en varios momentos de la orientación, esta era la primera vez que Padmé había reunido toda su fuerza. Sus asistentes se enderezaron, reafirmadas de pronto en el seguimiento de sus instrucciones—. Está bien, entonces —comentó—. Vámonos.

Aun no les regresaban a NON-3, así que Padmé se abrió paso por sí misma desde su oficina hasta donde estaba atracada la curul volante de Naboo. Había memorizado la disposición (a partir de las especificaciones técnicas del edificio, no de los recorridos inútiles) y no dio vueltas equivocadas, aunque todos los pasillos parecían iguales. Cordé y Dormé caminaban detrás de ella, vestidas en gris sobrio con las capuchas bajadas sobre sus rostros, y Mariek venía al final. No estaba visiblemente armada, pero Padmé la conocía bien para saber que no era así.

Padmé suprimió una oleada de vértigo cuando llegó al frente de la curul y tomó asiento. La sala del Senado era tan grande que resultaba casi imposible de abarcar, y estaba llena con lo que se sentía como una cantidad incontable de especies, todas de miembros que servían a la República Galáctica. La hizo sentir pequeña de una manera que no le gustó. Sería excesivamente difícil para una sola voz ser escuchada, aunque todos siguieran las reglas del protocolo. Sin embargo, lo había hecho antes. Podía hacerlo de nuevo.

Sonó un timbre, y Padmé miró abajo, a donde estaba parado el Canciller Palpatine, flanqueado por sus dos asistentes.

—Declaro abierta la sesión —indicó el canciller—. El pleno reconoce a la representante de Ithor.

Los ithorianos no hablaban básico, así que Padmé encendió el traductor. Mientras la curul volante se desprendía del lado de la cámara y flotaba alrededor del podio del canciller, Padmé vio desplegarse el texto y leyó lo más rápido que pudo. Justo cuando sintió que había comprendido el argumento (algo acerca de la elaboración del mapa de un carril del hiperespacio y su difusión posterior), dos nuevos oradores comenzaron a interrumpir, ambos en básico. Uno era el delegado de la Federación de Comercio, para disgusto de Padmé, y el otro era un ser humano del sector Urce. Ambos se oponían a compartir los mapas, porque cada uno de ellos por separado afirmaba tener los derechos de estos. La combinación de gritos y lectura de la traducción era difícil de seguir, y al cabo de cinco minutos de lo que Padmé solo pudo describir como una disputa, el Canciller Palpatine llamó a votación.

La Senadora Amidala solo tuvo unos momentos para decidir. Sabía que tenía prejuicios contra la Federación de Comercio, pero trató de pensar en los términos por un momento mientras decidía. La Federación de Comercio había cartografiado parcialmente la ruta que atravesaba el Cúmulo Plooriod Menor, pero los ithorianios habían hecho la mayor parte del trabajo. Los seres humanos en el sector Urce solo podían reclamar la porción de la ruta en su propio espacio, pero unidos al reclamo de la Federación de Comercio tenían la capacidad de arrinconar a los ithorianos, y Padmé recordaba demasiado bien cómo podía terminar. Al final, se puso del lado de los ithorianos. El sistema era de ellos, después de todo, y usaban los carriles antes de que la Federación de Comercio asegurara que los había cartografiado. Naboo había cometido el error de desplazar a la población nativa de su planeta, para vergüenza eterna, y Padmé estaba determinada a no ser parte de ese tipo de acciones nuevamente. Votó a favor de la moción.

—Moción rechazada —anunció Palpatine un momento después de que ella presionara el botón para indicar su selección—. La presidencia del Senado reconoce al miembro de Chandrila.

Una mujer delgada, de pelo rojo, empezó a hablar, y Padmé no tuvo tiempo de lamentar el voto fallido. Tenía que pasar al nuevo.

Se sentía como si hubieran pasado horas. Se presentaron mociones y se pasaron a varios comités, o se votaron. Aunque había hecho la lectura de antecedentes, Padmé sentía que las decisiones (todas ellas apresuradas) se tomaban sin profundizar en el corazón de cualquier tema en particular. Varios proyectos de ley que Padmé consideraba sólidos fracasaron y muchos más fueron regresados a la mesa de negociaciones, solo que no sabía cuándo o dónde tenían lugar esas negociaciones. Al final, el timbre volvió a sonar y el Canciller Palpatine marcó el final de las deliberaciones.

Padmé se hundió en el asiento hasta donde su vestido se lo permitió, y trató de no sentirse derrotada. No era de sorprender que la anterior senadora hubiera renunciado. Cordé tosió tres veces detrás de ella, y Padmé se enderezó ante la señal justo a tiempo para que uno de los droides de la cámara volara sobre la orilla de la curul y concentrara el fotorreceptor en su cara. Con la máscara de Amidala en su lugar, Padmé se levantó con gracia del asiento y llevó a los asistentes fuera de la asamblea. Esperaba que la cámara hubiera logrado lo que quería.

—Bueno, eso fue algo —dijo alguien detrás de ella. Otro joven senador estaba parado allí. Buscó su nombre en su memoria.

—Por supuesto, Senador Clovis —respondió ella.

Él sonrió.

—¡Me recuerda!

Padmé no le dijo que, por supuesto, lo recordaba. Solo había ocho en el grupo de orientación. Amidala no dijo una palabra, y el rostro de Clovis se apagó considerablemente.

—Hay una recepción para los nuevos senadores y algunos invitados. El Canciller Palpatine es el anfitrión —informó él—. Todos recibimos notificaciones al terminar la sesión mediante nuestros NON, pero el suyo todavía está fuera, así que creí que debía comentárselo.

—Gracias, senador —dijo Amidala. Mariek dejó escapar un suspiro, lo que indicaba que había completado su verificación de la identidad y las palabras de Clovis. Amidala relajó un poquito la máscara—. ¿Me acompaña?

Clovis pareció encantado. Habló incesantemente mientras avanzaban, en especial de su propio planeta, Scipio, y de lo abrumador que era todo en Coruscant. Padmé concordaba con él en privado pero nunca sería tan tonta como para decirlo en voz alta, así que mantuvo el rostro neutral.

—Aunque supongo que ahora ya lo sabe —terminó Clovis. Padmé lo miró fijamente; como lo esperaba, él se desconcertó—. Quiero decir, debido a los holos. Por supuesto, no es que piense que no está calificada. Solo es nueva, como yo. Aprenderemos. Tal vez podamos aprender juntos.

Padmé deseó que Sabé estuviera con ella. Ella no necesitaría el contacto visual para notar la mirada irónica en su rostro. Padmé tuvo que contentarse con imaginarlo.

—Supongo que todos aprenderemos juntos con la suficiente rapidez —dijo Amidala. Por alguna razón, eso pareció complacer a Clovis.

Llegaron a la puerta. Estaba custodiada por dos figuras con túnica roja y máscara, lo que indicaba que el canciller ya estaba dentro. Los nuevos guardias eran intimidantes, muy lejos de los guardias senatoriales que había conocido en su visita anterior a Coruscant. Recordaba vagamente haber escuchado que Palpatine había creado su propia fuerza de seguridad, pero no se imaginaba que sería tan extrema. Clovis pasó alegremente, sin comitiva, y Padmé condujo a su propia gente al interior de la sala detrás de él. Respiró profundo, contuvo el aire por tres latidos deliberados y luego lo dejó escapar. Podía hacer esto.

—Ve si puedes encontrarnos algo de comer —indicó a Cordé—. Recuérdame, también, que coma más antes de la siguiente sesión.

Cordé se mezcló con la multitud. Mariek la siguió a una distancia respetable, pero Dormé se quedó al lado de Padmé como si estuviera pegada. Por fortuna, Clovis había desaparecido.

—Ah, Senadora Amidala, bienvenida. —La voz resonante del Canciller Palpatine llamó la atención de todos los que estaban cerca.

—Canciller —saludó ella, gratamente sorprendida.

—Me complace mucho que hayas aceptado el nombramiento de la Reina Réillata —continuó Palpatine. Padmé se concentró en él, segura de que Dormé estaría catalogando en silencio a todos en su órbita.

—Es un gran honor servir a Naboo y a la República —repuso Amidala.

—Por supuesto —afirmó Palpatine, con más confianza—. Ven, permíteme presentarte.

Amidala pensó que sería algo así como si la exhibieran en la feria ganadera anual de verano en Theed. Sin embargo, prefería contar con la aprobación de Palpatine que quedar a merced de cualquiera que hubiera leído las cadenas de noticias, así que se preparó para lo que viniera y lo siguió. Una de las asistentes del canciller se materializó junto a ellos después de dar solo tres pasos y susurró algo en su oído.

—Lo siento, querida —comentó Palpatine—. Debo irme y atender esto. Sabes cómo es. Pero te dejo en las manos capaces de la Senadora Mina Bonteri.

Se fue y dejó a Padmé en medio del salón con una mujer a la que apenas la habían presentado apropiadamente, mientras todas las miradas estaban puestas en ella.

—Senadora Bonteri —la saludó—. Gusto en conocerla.

—El placer es mío, senadora —afirmó la mujer—. ¿Te gustaría caminar conmigo?

Amidala tomó el brazo que se le ofrecía, lo que obligó a Dormé a ponerse medio paso atrás (todavía a distancia para oír la conversación) y caminar. Fue mucho menos tenso de lo que hubiera sido caminar con Palpatine.

—Lo hiciste bien hoy —comentó Bonteri, después de un momento.

—¿Cómo puede decir eso? —preguntó Padmé, quien dejó que su máscara se deslizara un poco. Si Bonteri iba a tratar de ser útil, Padmé la animaría a que lo fuera.

—Sigues de pie —explicó Bonteri—. No estás atacando las mesas de bufet, no has empezado a beber y aún puedes seguir una conversación con el canciller.

—Supongo que si eso es todo lo que se necesita, entonces estoy bien equipada para la vida senatorial —repuso Padmé.

—Ah, puedes sonreír —continuó Bonteri—. Haces un trabajo tan bueno al representar tu papel, que empezaba a preguntarme qué tipo de persona estaba dentro de ese vestido.

—En Naboo, el papel que se representa y la política son lo mismo —señaló Padmé—. Era muy adecuado para preservar la fe en el gobierno. Supongo que debo abrirme a diferentes métodos.

—Bueno —dijo Bonteri—. Ya nadie tiene fe alguna en la República, así que es un buen lugar para empezar.

—Yo tengo fe en la República —afirmó Padmé automáticamente, lo que era verdad. Aun después de esa horrible sesión, la tenía.

Bonteri se quedó mirándola, como si buscara algo de lo que Padmé no estaba segura. Lo que fuera, Bonteri no pareció demasiado decepcionada cuando no lo encontró.

—Senadora Amidala, creo que lo harás bien aquí —afirmó, con tono sincero—. Pero te diré un secreto: puedes hacer todas las lecturas que quieras, creer en todas las verdades que consideres que la galaxia tiene por ofrecer, pero el trabajo real del Senado se hace en fiestas como esta. Un voto de conciencia es algo maravilloso, pero los aliados son mucho mejores.

—¿Quiénes se aliarían conmigo? —quiso saber Padmé—. Soy tan tonta que sigo a mi propio droide descompuesto a una muerte segura.

—No hay que preocuparse por eso —indicó Bonteri—. Quiero decir, definitivamente debes descubrir quién trató de matarte, pero las cadenas de noticias son inmateriales.

Padmé no dijo una palabra, pero no logró suprimir un resoplido de incredulidad.

—Sé que es algo que sobrepasa a tu orgullo —aseguró Bonteri—. No obstante, todos te estarían mirando. Todos recordamos tu discurso y cómo tus palabras bastaron para deponer a un canciller. Todos hemos escuchado a la Federación de Comercio afirmar que eres una mentirosa frente a evidencia de que, francamente, no lo eres. Todos sabemos que le agradas a Palpatine. Lo único que pasa es que nosotros no estamos seguros de que seas alguien con quien queramos trabajar.

—¿Tiene a un nosotros en mente? —inquirió Padmé—. ¿O está hablando de todo el Senado?

—Me gusta cómo vas directo al grano —comentó Bonteri—. Todos tenemos nuestras pequeñas facciones. A veces hay una superposición, pero no siempre. Tendrás que descubrir esa parte por tu cuenta.

—Estoy trabajando en ello —afirmó Padmé.

Bonteri se detuvo a medio paso y miró por encima de su hombro directamente a la cara de Dormé, quien tenía la expresión cortésmente neutral, y Bonteri se rio.

—Apuesto a que sí —afirmó. Tomó la otra mano de Padmé para que quedaran de frente. Padmé se preguntó cómo había logrado Mariek contenerse para interferir. Había mucho más contacto de manos de los que las personas solían tener—. Las cadenas de noticias fueron tras de ti porque era una historia fácil —continuó Bonteri—. Que no es lo mismo que un blanco fácil, así que no te pongas nerviosa. La gente ya te conoce. Ya gozas de una buena reputación. Ya llevas la mitad del camino recorrido, y están más que felices de inventar la otra mitad, aunque no haya bases para ello, en realidad.

—¿Cómo combato eso? —quiso saber Padmé.

—No es necesario —afirmó Bonteri—. No directamente, por lo menos. Ven a trabajar, haz tu labor y trata de no darles nada sensacionalista. De todos modos le darán ese toque, por supuesto, pero entonces tan solo ignóralos.

—Gracias —expresó Padmé—. No esperaba recibir un consejo tan útil de nadie, para ser honesta.

—Creo que la orientación saca lo peor de todos nosotros. No somos tan malos una vez que llegamos a conocernos —afirmó Bonteri. Miró adelante, a la multitud, y distinguió a alguien que estaba buscando. Cambió de dirección, mientras conducía a Padmé a su lado—. Ah, Senador Organa, permítame presentarle a la Senadora Amidala.

—Un placer —comentó Organa, quien no mostró indicios de que se hubieran cruzado antes, aun brevemente en esa cena—. Bienvenida a Coruscant.

Había sido bienvenida en Coruscant, de hecho.

La reunión se alargó otra hora. Bonteri la presentó a más senadores, hasta que se volvieron una confusión de caras y nombres. Padmé esperaba que Dormé y Cordé la ayudaran a llenar los huecos en su memoria. La mayoría era tan educadamente desapasionada como el Senador Organa. Unos cuantos mostraron una curiosidad no

disimulada por ella, debido a la novedad. Todo eso era preferible a lo que sucedió cuando Padmé conoció a la senadora de Targappia, una mujer humanoide de casi dos metros y medio de altura, con dedos palmeados y pelo iridiscente.

—Ah, Senadora Amidala —expresó ella. La voz era suave y musical, pero había una nota atonal debajo de sus palabras que indicaba con claridad su desdén por la presencia de Padmé—. Es tan maravilloso conocerla en persona después de haber leído tanto sobre usted en las cadenas de noticias.

Padmé asintió educadamente, por supuesto, mientras elaboraba ya una lista de senadores que habría que evitar, empezando con quienes se rieron de los comentarios de la targappiana.

Al final siguió a Mariek al transporte, y poco después todas regresaron a la bendita tranquilidad de la residencia senatorial, donde Versé las esperaba.

—Así de mal estuvo, ¿eh?

—Después —indicó Mariek—. Denle a la senadora un poco de tiempo para descansar.

—No —intervino Padmé—. No después. Las cuatro necesitamos analizar unas cuantas cosas.

—Podemos hablar mientras le quitamos el vestido —sugirió Cordé—. Vamos.

Mientras Dormé sacaba pasadores y cintas del cabello y empezaba a cepillarlo, y Cordé regresaba el vestido morado a su lugar en el guardarropa, las tres relataron los acontecimientos del día a Versé, quien grabó diligentemente cada palabra.

—Yo no hice ningún progreso por mi lado —informó Versé—. Aunque pediría que me prometa que nunca leerá los editoriales de TriNebulon News. O de cualquier otro lugar.

—No creo que tenga tiempo de hacerlo —afirmó Padmé—. Pero lo prometo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Cordé. Se sentó al pie de la cama de Padmé, y Versé apartó el escritorio portátil.

Padmé se dio vuelta y miró a las tres.

—Sabíamos que las políticas senatoriales iban a ser diferentes —comentó—. Pero no creo que ninguna de nosotras realmente apreciara lo diferente que sería, hasta ahora.

—Apenas pude seguir el ritmo y eso que hice toda la lectura preparatoria —dijo Cordé—. Aunque la fiesta fue un poco más fácil en este sentido.

—Eso es lo que me dijo la Senadora Bonteri —confesó Padmé—. Que el verdadero trabajo se hace en las funciones, no en el pleno.

Dormé hizo un gesto cuando se dio cuenta de lo que Padmé pretendía. Sonó un timbre suave, y Versé levantó la vista.

—Es la orden del día para mañana —informó.

—Tiemblo al pensar en ella —admitió Padmé. Hizo una pausa y continuó—. Las fortalezas que cultivé para ser reina de un planeta van a hacerme tropezar como senadora.

—No todas —afirmó Cordé con lealtad.

—Algunas. —La lealtad de Dormé solía ser enfática.

—No puedo desapegarme tanto —declaró Padmé—. No puedo depender de la fe que las personas ponen en la tradición. Tengo que ser más accesible con mis colegas.

—Como reina no se tienen exactamente colegas.

—Versé desplegó un nuevo perfil personal y proyectó la imagen para que todas la vieran—. Así que supongo que será el lugar más fácil para empezar. Es una incorporación, no un reemplazo.

—Podemos volver a trabajar la personalidad de Amidala a partir de eso —estuvo de acuerdo Padmé—. Cómo interactúa con sus colegas senadores y cómo operan las doncellas, también.

—Estaba pensando en nuevos protocolos mientras deambulaba por la fiesta —admitió Cordé.

—Y puedo decirle qué evitar —agregó Versé.

—Supongo que no podemos recurrir simplemente a quemar todo el Senado y empezar de nuevo con un sistema que tenga sentido —aventuró Dormé.

—Estoy muy segura de que sería traición —afirmó Padmé—. Vamos a tener que trabajar con lo que ya tenemos.

# CAPÍTULO 8

Sabé nunca había deseado tanto la profunda calma de un lago de Naboo como en este momento en particular. Durante seis semanas, había sido Tsabin, una nueva residente de Mos Espa, uno de los puertos espaciales que salpicaban la superficie de Tatooine, con su compañero Tonra, cuyo nombre era tan poco propio de Naboo que le bastaba para pasar desapercibido. Después de los soles, el viento y la arena implacables del planeta desértico, anhelaba su hogar. Todo lo que había planeado hacer en Tatooine se había desviado en cuanto aterrizó, y desde entonces había estado luchando por enderezar su curso con poco éxito.

Los criminales locales no confiaban en ella porque era demasiado nueva. Cuando se dio cuenta (demasiado tarde) de que Tatooine tenía un naciente movimiento de liberación, este ya no confiaba en ella porque había estado tratando de acomodarse con los criminales. Solo los vendedores hablaban con ella, y a Sabé le parecieron demasiado odiosos para tratar con ellos. La ventaja de la situación fue que el Capitán Tonra había resultado un compañero decente. Ella sospechaba que esto era porque quería agradarle y estaba funcionando.

Tenían una casita en uno de los innumerables callejones de Mos Espa. Era reducida, incómoda y no completamente sólida. En los momentos más oscuros, Sabé tranquilizaba su orgullo herido al recordarse que no estaría anclada en Tatooine para siempre. En general, esto solo servía para agudizar aún más su conciencia: había muchos que no tenían esa opción. Era esa gente a la que había venido a ayudar y a la que, en su mayoría, había fallado.

La puerta se deslizó para abrirse, y Tonra entró. Estaba vestido de manera indescriptible, igual que ella, pero llevaba una mochila.

—Es hora —indicó.

Sabé respiró profundamente, convocó la personalidad de Tsabin y lo siguió afuera, al sol abrasador. Deseaba haber tenido más tiempo para recuperarse de la subasta en que Tonra había logrado participar con engaños, pero esa también era una idea egoísta. Solo sentía furia y frustración. Había mucho más en juego.

Era una rápida caminata al puerto espacial, donde estaba estacionado el carguero secundario. La carga comprada estaba esperándolos junto a la rampa: todos seguían encadenados.

Sabé pensó que podría convertirse en una supernova por la ira, lo que le daría otro sol a Tatooine. La rabia la recorría: la sentía contra ella misma, contra este horrible sistema, y contra todo.

—Haz las revisiones previas al vuelo —pidió Tonra, con las manos sobre sus hombros. Él le dejó ver su propia furia, que hervía no con menos intensidad que la suya, pero que canalizaba en una dirección diferente—. Yo me ocuparé de ellos.

El supervisor presionó el anillo de control en las manos de ella y fue lo bastante inteligente como para no decir una palabra. Ella casi subió volando por la rampa hasta la

cabina de mando, incapaz de enfrentar a las personas que permanecían en silencio en la plataforma.

Una vez completadas las revisiones, Sabé hizo un gesto decidido mientras miraba por el ventanal a Tonra, quien ordenaba a los pocos pasajeros para que subieran por la rampa y entraran en el transporte. Casi todos estaban asustados (y no los culpaba), pero ella no tenía humor para ser gentil en ese momento. Tonra era bueno en ese tipo de cosas, así que se lo dejó a él mientras revisaba tres veces sus almacenes y el mapa de la ruta.

Veinticinco almas. Eso fue todo lo que lograron salvar. Era mejor que nada, pero muy lejos de ser *suficiente*, y eso la carcomía por dentro. Solo serían reemplazados por veinticinco más.

La de Tatooine era una economía extraña, que se basaba en el agua y el crimen, y este resultaba mucho más lucrativo. Era imposible que dos personas, ambas nuevas en el planeta, quebrantaran el control de hierro que mantenían los Hutts sobre el contrabando y el tráfico.

—Todos están preparados —indicó Tonra, quien se acomodó en el asiento del copiloto—. ¿Podemos irnos?

—Casi —informó Sabé. Habría sido más fácil que otro piloto hubiera hecho el viaje en lugar de ellos, pero el carguero que estaban usando era muy poco llamativo y no había nadie más en quien pudieran confiar, o que confiara en ellos.

El carguero se elevó y se alejó de la atmósfera de Tatooine. Una vez que llegaron a un vacío claro en el espacio, Sabé puso las coordenadas a un planeta del sector Chommell. Karlinus era casi tan solvente como el propio Naboo, y siempre estaba buscando contratar trabajadores agrícolas. Una o dos estaciones con un salario decente y la gente que «rescataron» podría ir a donde quisiera.

—Estoy enviando un mensaje a Yané —explicó Sabé—. Nos verá allí y se ocupará de esos malditos chips de rastreo que los han obligado a llevar.

Portaba el anillo de control en el cinturón, y sentía que la quemaba. La computadora de navegación indicó que los cálculos estaban completos. Tonra abrió el intercomunicador para hacer un anuncio en toda la nave.

—Estamos a punto de entrar al hiperespacio —indicó—. Por favor, prepárense.

Sabé contó hasta veinticinco, un segundo por cada alma recién liberada, y luego hizo el salto.



La gobernadora de Karlinus era una mujer de baja estatura con piel cálida, entre dorada y bronceada; el cabello grueso, que se rizaba con la humedad, enmarcaba su rostro redondeado, cuya amplia sonrisa era instantáneamente bienvenida. Ella misma los recibió en la pista de aterrizaje, con una docena de guardias desarmados. Sabé apreció el gesto de

parte de la gobernadora y se sintió aún más complacida cuando vio a Yané entre la multitud. La mayoría de su carga eran adultos, pero había dos familias (una de rodianos y otra de seres humanos) con niños, y Yané sería una ayuda adicional para acomodarlos.

Sabé bajó directamente por la rampa mientras Tonra iba con los pasajeros en la bodega. Yané lanzó sus brazos alrededor del cuello de Sabé en cuanto estuvo a su alcance.

—¡Me da tanto gusto verte! —exclamó Yané—. La Gobernadora Kelma dijo que trajiste veinticinco personas. Fue un buen día de trabajo.

Habían sido semanas, pero el entusiasmo de Yané resultaba contagioso.

—Estamos agradecidos —afirmó la Gobernadora Kelma. Sus ojos cafés se endurecieron—. Siempre y cuando estén todos aquí por su propia voluntad.

—No se trata tanto de voluntad —replicó Sabé. Por supuesto, hizo la pregunta, pero nadie a quien había reubicado tenía otro lugar a dónde ir—. Pero ustedes les pagarán y no los obligarán a quedarse.

Sabé y Padmé se habían puesto de acuerdo en Karlinus porque, además de estar en el sector Chommell, era un planeta que solía tener una elevada rotación de fuerza laboral. Artistas y estudiantes vendrían de Naboo, pasarían una temporada monitoreando a los droides que cosechaban té o tejían seda, y luego regresarían a casa con créditos suficientes para fundar un estudio o seguir su educación fuera del mundo. La Gobernadora Kelma estaba en posición de dar la bienvenida a los trabajadores y pagarles bien y luego dejar que siguieran su camino una vez que pudieran sostenerse a sí mismos. A diferencia de las lunas mineras, que luchaban por mantener el equilibrio entre el gobierno de Naboo y su lealtad para cubrir sus cuotas, Karlinus era un lugar donde empezaba la prosperidad.

—¿Puedo ir a bordo y hablar con ellos? —preguntó Kelma.

—Por supuesto —concedió Sabé, quien se hizo a un lado para que la gobernadora pudiera subir por la rampa—. El Capitán Tonra la presentará.

—No estás feliz —comentó Yané, cuando la gobernadora se fue—. Ni siquiera un poco, con lo que has hecho.

—No hemos hecho nada, en realidad —confesó Sabé.

—Sacaste veinticinco almas de la esclavitud —afirmó Yané.

—Hay tantos más —refutó Sabé—. En Tatooine, por todo el resto del Borde Exterior, y estoy segura de que hay más en la República de lo que cualquiera de nosotros quisiera pensar. Simplemente no comprendo cómo sucede, y tal vez sea por eso por lo que no podemos corregirlo. ¿Cómo puede una persona *ser dueña* de otra y seguir como si nada por la vida?

Odiaba sentirse así de inocente e impotente.

—Sabemos que la galaxia puede ser un lugar horrible —convino Yané—. ¿Crees que no me pregunto qué pudo sucedernos si la reina no hubiera regresado? La muerte es definitiva, pero puede producirse de muchas formas terribles. Tú has ayudado a detener eso, aunque sea un poco.

—No es *suficiente* —replicó Sabé.

—No —concordó Yané—. Pero no te estás dando por vencida, ¿verdad?

Sabé pensó en la casita reducida de Tatooine, el calor miserable y la arena que soplaba todo el día. Pensó en los lagos de Naboo y en cuánto extrañaba a sus amigos y su familia allí. Por supuesto que solo había un camino para ella.

La Gobernadora Kelma bajó por la rampa, con un brazo alrededor de la mujer rodiana y su bebé apretado contra la cadera. Sabé asintió en dirección a la gobernadora mientras pasaba junto a ella y luego levantó la vista para ver a Tonra. Parecía cruel no dejar que tocara siquiera el suelo cerca de casa, pero el rostro de él planteaba la misma pregunta que había hecho Yané, y Sabé conocía la respuesta.

Yané le besó la mejilla y Sabé regresó a la nave. Tonra cerró una mano sobre su hombro e inició la secuencia previa al vuelo. Sabé miró por el ventanal hasta después de que hubieron hecho el salto a la velocidad de la luz para regresar a Tatooine.



—La senadora comprenderá —aseguró Tonra. Estaba agregando algo verde a una olla con la que había estado jugueteando mientras Sabé estuvo fuera, revisando la nave. La olla produjo un zumbido extraño, pero el olor que emanó de ella no era del todo malo, y Sabé tuvo que admitir que estaba moderadamente impresionada—. Tienes fondos limitados y careces casi por completo de autoridad.

Aunque él siempre era cuidadoso, ella nunca sentía que la tratara con condescendencia. Además, tenía razón, pero hizo lo mejor posible para no hacerla sentir peor por ello.

—Sé que lo hará —indicó Sabé—. Eso solo empeora todo.

Tonra asintió y luego amablemente cambió el tema.

—¿Cómo está la nave?

—Bien —informó—. Había algunas huellas extrañas en el área, pero la nave permanece escondida.

Habían decidido no anclar la nave principal en el puerto espacial de Mos Espa, por si alguna vez tenían que poner en práctica una huida rápida y no oficial. Sabé seleccionó un lugar que no estaba lejos de donde habían dejado la nave real cuando iban rumbo a Coruscant, hacía casi un lustro. Aunque escogió un sitio con mejor cobertura. A fin de cuentas, esa nave era lo más importante que tenían.

Tonra colocó un platón humeante enfrente de ella y le entregó una cuchara. Ella sabía que no debía mirarlo antes de darle una mordida.

—¿Algún mensaje? —preguntó él, mientras hurgaba en el platón.

—Padmé quiere hablar —respondió Sabé—. Indicó una hora y me pidió que respondiera si estaría bien, así que lo hice. Va a ser la media noche para ella, pero supongo que está ocupada.

—¿Debemos empacar? —Tonra abarcó con la mano su pequeño cuarto, como si fuera un palacio.

—Honestamente, no creo que me importe mucho dejar algo de lo que hemos obtenido aquí —afirmó.

Contra todo sentido común, Sabé había esperado que el regreso, después del viaje a Karlinus, cambiara algo, pero no fue así. No estaba acostumbrada a fallar, pero por lo menos ella y Tonra podían empezar de nuevo en una parte diferente del planeta.

—No lo sé —comentó Tonra—. Me estoy encariñando con ese droide ratón que solo puede rodar en círculos.

El droide ratón venía incluido con la casa. Sabé había hecho su mejor esfuerzo por ignorarlo, pero Tonra no era dado a la contemplación como ella: tenía que hacer algo con las manos. Ella había decidido que esa era la más molesta de sus cualidades, pero también era lo bastante agradecida como para admitir que sus propios silencios meditativos tal vez eran un poco enervantes, así que estaban parejos.

—Puedes hacerlo —concedió Sabé—. Solo mantenlo alejado de mis pies.

Le pasó su tazón y esperó en la mesa mientras él terminaba de comer. La comida había mejorado notablemente, en comparación a como la preparaban cuando eran recién llegados; sin embargo, Sabé no tenía apetito debido al calor, de modo que comía lo menos posible. Al parecer, a Tonra no le afectaba mucho el clima, por lo menos en relación con su apetito, y si Tatooine le había enseñado algo a Sabé, era que se sentía feliz de dar lo que no necesitaba a alguien que podría quererlo.

Tonra dejó su cuchara y estiró el brazo a través de la mesa para tomarle las manos. La gente no tocaba con frecuencia a Sabé, y ella nunca estaba completamente segura de cómo reaccionar cuando lo hacían, pero pensó que no saltar de inmediato de la mesa y tomar una postura defensiva debía ser un buen inicio.

—Tú no fallaste por completo aquí, y lo sabes —dijo Tonra—. Logramos hacer algo bueno.

—Lo sé —admitió—. Pero esto significa mucho para Padmé y también para mí.

—Has elaborado por lo menos seis nuevos planes para lo que sigue —mencionó Tonra—. Lo sé.

Ella sonrió.

—Son ocho, en realidad.

—¿Ves? —dijo—. La próxima vez estaremos mejor preparados.

Había hablado *en plural* dos veces, lo que quizá significaba que no lo había dicho por accidente. Fuera un trabajo con esperanzas o no, él la seguiría.

—Voy a empezar a empacar —comentó ella—. Me ocuparé del equipo que está vinculado con nuestras identidades. Tú decides lo que quieres dejar.

No se necesitó mucho tiempo para acomodar todo en paquetes y arreglar la cosas para que los carroñeros las encontraran sin echar abajo el ya precario techo. Luego salieron al desierto. Sabé había trazado una ruta tortuosa a donde estaba oculta la nave. Era difícil orientarse en la superficie de Tatooine sin equipo, debido a la falta de puntos de referencia, pero Sabé había estado antes en el planeta, haciéndose pasar por Amidala, y tenía una excelente memoria para las estrellas.

—Panaka no nos dejaba salir de la nave —comentó—. De todos modos, no hubiera podido hacerlo con ese vestido negro. El tocado era alto y estaba cubierto con plumas. Lo habríamos arruinado al instante. Pero había ventanales, y no teníamos nada que hacer mientras esperábamos a que el Maestro Qui-Gon regresara, excepto preocuparse y leer.

Todos en Naboo conocían el nombre Qui-Gon Jinn (el Jedi de pelo largo que había arriesgado demasiado y perdido todo durante la batalla por el planeta) pero, en comparación, pocos lo habían tratado. Tonra había escuchado todas las historias antes y estuvo presente en muchas de ellas, pero las partes de Tatooine de esa aventura en particular no eran precisamente del conocimiento público.

—Aquí es donde estuvo la nave —explicó Sabé y señaló las rocas comunes que los rodeaban—. Aquí es donde esperamos.

—Lo que cuesta más trabajo de creer de esa historia no es la carrera de pods o la parte del niñito —confesó Tonra—, sino que Panaka haya dejado salir a la reina de la nave, para empezar.

—¿Alguna vez has sido capaz de contradecirla? —preguntó Sabé, y Tonra le concedió la razón.

Siguieron caminando, manteniéndose sobre las rocas el mayor tiempo posible. Luego se dieron vuelta y regresaron casi exactamente por donde vinieron, pero a la distancia suficiente de las huellas anteriores que Sabé esperaba que hubieran confundido cualquier intento de seguirlos. No había evidencia de que alguien se hubiera fijado demasiado en ellos, pero había aprendido mucho tiempo antes que la precaución excesiva era de lo más valiosa.

Por fin llegaron a la nave. Era un carguero decente, de rango medio, sin marcas de identificación notorias. Sabé lo había adquirido después de pedir consejo al piloto real de Naboo. Ric Olié había sufrido una lesión en el oído interno después de la Batalla de Naboo que le dificultaba dejar la atmósfera, pero aún podía volar bajo las nubes. La nueva piloto, Daneska Varbarós, era una mujer de altura moderada y piel oscura, con los ojos más eléctricos que Sabé hubiera visto en un ser humano y una cabellera larga que le gustaba decolorar y luego teñir con una serie continua de colores diferentes. Cuando se conocieron para hablar de la nave, lo llevaba teñido de un púrpura que era visible desde una órbita baja.

Varbarós también había proporcionado información confidencial acerca de carriles del hiperespacio, refugios seguros en diferentes planetas y respuestas en caso de que atrajeran una atención indeseable, ya fuera de la República o los malhechores. Sabé en

realidad no había usado una sola parte de esa información, pero no iba a olvidar lo que ya sabía.

Tonra se ausentó con el pretexto de asegurar el equipo y realizar las comprobaciones necesarias previas al vuelo, mientras que Sabé revisaba el cronómetro y esperaba la llamada entrante de Padmé. Tan puntual como siempre, el timbre sonó justo cuando los números llegaron a cero; un momento después, la imagen de Padmé llenó la pantalla de visualización enfrente de donde estaba sentada Sabé.

—Sabé —la saludó—. Me da gusto verte.

—¡A mí también! —exclamó, y era cierto: había estado de mal humor y poco concentrada en los últimos días, pero escuchar la voz de Padmé y verla, aunque fuera en holograma, la hizo sentir mejor al instante. Una vez más, deseó haber tenido mejores noticias.

—¿Tienes algo nuevo que reportar? —quiso saber Padmé, y Sabé reconoció cuál era la información que buscaba su amiga.

—Lo siento, Padmé —respondió—. No pude encontrarla.

En el holograma, los hombros de Padmé se arquearon hacia delante, mientas dejaba caer el cuerpo contra su asiento.

—¿Murió? —preguntó Padmé después de un momento.

—No —respondió Sabé—. Al menos hasta donde sé.

Había hecho que Tonra revisara los cementerios, después de que ella misma lo hubiera hecho dos veces. A los esclavos no se les permitía demasiado en Tatooine, pero sí podían colocar marcas para cada quien cuando morían, y solían hacerlo.

—¿Cómo puede una persona, aunque sea esclava, desaparecer así nada más? —preguntó Padmé.

—Yo tuve la culpa —afirmó Sabé—. Nos equivocamos y cometimos errores desde el momento en que llegamos aquí. El toydariano se había ido y pasé demasiado tiempo tratando de hablar con sus compinches. Sé que hay seres en Tatooine que se oponen a la esclavitud, pero no confían en mí porque hablé con la basura que obtiene beneficios de ella, y francamente no los culpo.

—Sé que lo intentaste —afirmó Padmé, y sintió como si la absolución en su voz le quemara.

—Sé que el comerciante de basura la perdió —indicó Sabé—. No sé si fue otra estúpida apuesta o si en realidad la vendió, pero sé que no está aquí. Simplemente no sé dónde terminó.

Hubo una pausa que duró tanto que Sabé llegó a pensar que el equipo de transmisión se había congelado, excepto que Padmé estaba pensando, entrando y saliendo del rango de la cámara. Al final, se detuvo de nuevo en el marco.

—¿Crees que hay gente que trabaja contra la esclavitud en Tatooine? —preguntó Padmé.

—Estoy segura —afirmó Sabé. Eso era lo más frustrante. Había perdido una oportunidad—. ¿Recuerda la casa de Shmi Skywalker?

—Un poco —respondió Padmé.

—¿Había un símbolo cortado en el dintel sobre la puerta?

—No lo creo —comentó Padmé—. ¿Por qué?

—Hay uno ahora —mencionó Sabé—. Un sol blanco. Pequeño, pero definitivamente deliberado, además de nuevo, porque no está desgastado.

Padmé dedicó otro largo momento a pensar en ello.

—¿Podrías intentarlo de nuevo? —preguntó.

Eso era lo que Sabé se estuvo preguntando por días, semanas, en realidad, cuando su falla se volvió evidente y se había visto forzada a conformarse con esa maldita subasta. Como había estado pensando en ello, tenía una respuesta.

—Sí —confirmó—. Tendríamos que irnos y dejar la nave limpia de cualquier identificación. Tal vez incluso cambiar su registro, si pudiéramos. También tendríamos que borrar nuestras identidades, y establecernos en Mos Eisley o algún otro puerto espacial. No regresaríamos como contrabandistas la próxima vez. Seríamos comerciantes. Alguien con mala reputación para que pueda hablar con la escoria, pero no la suficiente para que confíen. Necesitaríamos poner un negocio viable para usarlo como cubierta, pero tal vez entonces el grupo de liberación local confiaría en nosotros, aunque solo fuera como una manera fiable de salir del planeta.

Sabé hizo una pausa, y Padmé la conocía muy bien como para no interrumpir.

—Veinticinco almas, Padmé —confirmó ella—. Veinticinco de *cientos*, y ya tendrán veinticinco más para reemplazarlos.

—Estoy segura de que lo que hiciste marcó una diferencia para esas veinticinco —comentó Padmé en voz baja. Esta vez, la absolución quemó menos.

—No conseguimos a la que quería —indicó Sabé.

—Pero lo intentaste —afirmó Padmé—. Lo intentaste cuando yo no podía. Tal vez eso no signifique mucho, pero es muy importante para mí.

—Me tomará unos meses organizar todo —informó Sabé—. La parte difícil es el encubrimiento, y necesitaremos más fondos, que tendrán que venir de usted. Esta vez dejaré que Tonra sea el rostro público en mi lugar, porque la gente le tiene miedo. Bueno, así podría ser, si él se esfuerza.

—La gente te tiene miedo —señaló Padmé.

—La gente que me conoce me teme —corrigió Sabé. Abarcó con la mano su pequeña figura—. Los extraños, no.

Padmé hizo una nueva pausa. El holograma azul era granulado y brillaba en la pantalla, pero Sabé vio indecisión en el rostro de Padmé. Algo pasaba en Coruscant, algo que estaba entorpeciendo también los planes de Padmé, y era evidente que ella había pensado mucho en eso. Al final suspiró, y aquello sonó muy parecido a una derrota.

—Te necesito aquí —dijo—. Los demás están trabajando bien entre sí y conmigo. Son adecuados para el Senado, y nos estamos adaptando juntos. Pero necesito a alguien a quien no tenga que pedir que haga las cosas. Alguien que tan solo haga lo que deba hacerse. —Ahora fue el turno de Sabé para esperar mientras Padmé pensaba sus

siguientes palabras—. No puedo ser mucho más específica hasta que hablemos en persona —continuó Padmé. Su tono era deliberadamente ligero, lo que hizo que Sabé prestara mucha atención—. Pero hay mucho más en juego aquí de lo que esperaba. Es un poco como la última vez.

Ante esto, Sabé se enderezó. La última vez que estuvo en Coruscant, la Federación de Comercio había intentado matarla.

—No te preocupes demasiado antes de llegar aquí —sugirió Padmé—. Estoy bien protegida. Y soy tan visible ahora que habría serias consecuencias si algo llegara a pasar.

—Eso no me hace sentir mucho mejor —repuso Sabé.

—Imagina cómo es para Mariek —señaló Padmé con sequedad. A pesar de todo, eso hizo sonreír a Sabé—. Ven a Coruscant —continuó Padmé—. Te transmitiré las coordenadas. ¿Necesitarán nuevas identidades?

—No. Las que hemos configurado aquí servirán para algo, por lo menos.

—Excelente —dijo Padmé—. Sabé, estoy consciente de que no ser más precisa hace que suene grave, pero te aseguro que no lo es. Solo se trata de algo de lo que no me puedo ocupar yo misma.

—Estoy a su disposición —afirmó Sabé.

Quizá a Padmé le costaba trabajo aceptarlo, pero Sabé había sido entrenada por un hombre que siempre estaba preparado para lo peor y que había vivido lo suficiente para retirarse, lo que Sabé consideraba como un gran logro, a pesar de las diferencias ideológicas.

—Te veré pronto, amiga —se despidió Padmé y dio por terminada la conexión.

Tonra apareció tan rápido que Sabé se preguntó si había estado escuchando contra la mampara. En parte, no le importaba (él estaba arriesgando tanto como ella cada vez que daban un nuevo paso en esta aventura), pero en parte también sintió celos de tener que compartir una conversación con su amiga cuando habían sido tan escasas en las últimas semanas. Hizo a un lado sus ridículos sentimientos y se dio vuelta para verlo.

—¿A dónde nos dirigimos? —preguntó él.

—A Coruscant —le informó Sabé—. Te tendré coordenadas más detalladas antes de que aterricemos.

Él asintió y tomó el asiento del piloto. Su despegue de Tatooine fue suave, mientras las luces de Mos Espa brillaban a la distancia. Sabé decidió que odiaba la ciudad un poco menos de noche. La nave atravesó el cielo claro hasta que salieron de la atmósfera, y luego Sabé dejó que la computadora de navegación hiciera su trabajo. Cuando los cálculos estuvieron completos, Tonra los deslizó en el hiperespacio y se dirigieron hacia Coruscant, mientras estrellas poco familiares se marcaban como rayas en los ventanales.

# CAPÍTULO 9

Después de la austeridad de Tatooine, el club nocturno Caraveg, en Coruscant, representó un completo choque cultural. Sabé sentía la música contra el fondo de los ojos y en la columna vertebral, así que modificó un poco la idea: en realidad, nada en Naboo preparaba a un ser para este tipo de cosas. No imaginaba cómo Padmé había encontrado siquiera este lugar y, mucho menos, cómo podía sentirse lo bastante cómoda como para organizar una reunión aquí. Sin lugar a dudas estaban en las coordenadas correctas, aunque habían llegado casi media hora antes. El ruido del club cubriría su conversación, y el gabinete los protegería de miradas casuales, pero no era del todo seguro. Sabé llegó a la conclusión de que tal vez este era el único sitio de reunión que Padmé conocía y se dio cuenta de que una de sus primeras tareas debía ser, indudablemente, buscar mejores lugares.

Media hora era tiempo más que suficiente para meterse en problemas. Sabé había adoptado su defensa acostumbrada en estas situaciones: ignoró a cualquiera que tratara de hablar con ella. Tonra enfrentaba un poco más de problemas. Un rodiano apenas vestido ya le había hecho varias invitaciones no tan sutiles, lo que culminó con la presentación de algún tipo de narcótico y la inconfundible sugerencia de que Tonra debía seguirlo a uno de los varios rincones oscuros del club. Tonra permaneció en su asiento, para gran decepción del rodiano.

—Si fuera tú, me desharía de eso —sugirió Sabé.

—En realidad no quiero levantarme —dijo Tonra, renuente a mostrar cualquier cosa que pudiera considerarse de interés.

Sabé tomó el tubo de narcóticos y lo lanzó a las almohadas detrás del gabinete donde estaban instalados.

—¿Siquiera sabes qué es esa cosa? —preguntó Tonra.

—No tengo idea —admitió Sabé—. Tampoco tengo prisa por descubrirlo.

Tonra miró su bebida con nueva sospecha y luego la apartó con firmeza.

—Si quieres sentirte mejor, imagina la cara de Mariek si supiera lo que está pasando ahora mismo —sugirió Sabé.

—Eso no funcionará —repuso Tonra, con tristeza—. Estoy demasiado ocupado imaginando lo que me hará *cuando* lo descubra.

Sabé sonrió y enlazó sus dedos con los de él como muestra de solidaridad. Tonra le regresó el apretón, pero antes de que Sabé pudiera deshacerse de los sentimientos que se extendían por su estómago, dos figuras más se les unieron en el gabinete. Ambas estaban encapuchadas, pero Sabé reconoció la tela de Naboo en cuanto la vio.

—¿En qué lugar del universo conocido cree la capitana que se encuentra ahora? —preguntó a Padmé, a manera de saludo.

La acompañante de Padmé se rio y se levantó la capucha. Era la piloto Varbarós, con el pelo ahora de color azul incandescente. Varias cosas, incluida la fuente de Padmé para la ubicación del club, quedaron en claro.

—Mariek cree que estoy en una recepción para la delegación de Alderaan —explicó Padmé—. Typho también, y él es mi escolta esta noche.

—¿A quién está escoltando en realidad? —la curiosidad le ganó a Sabé.

—Cordé —explicó Padmé—. Dormé lo puede hacer casi igual de bien, pero dudo que pueda engañar a Typho, y no le pediría que lo intentara.

—Van a atraparla —intervino Tonra.

—Por supuesto —afirmó Padmé—. Para cuando lo hagan, será demasiado tarde, y Typho sabe que no debe hacer un escándalo. Es un poco exagerado, pero saben lo que pienso de la práctica.

—Creo que no me gusta Coruscant —confesó Tonra, sin dirigirse a nadie en particular.

—A nadie le gusta Coruscant —afirmó alegremente Varbarós—. Mi señora, ¿quiere que escuche esto?

Los secretos abiertos eran algo nuevo. Antes, si Padmé quería engañar a alguien, nunca lo sabrían. Hacer que quienes no participaban en el juego conocieran abiertamente los gambitos era algo nuevo.

—Sí, por favor —indicó Padmé—. Vamos a necesitar que actúes como mensajera. Eres quien tiene la mayor libertad de todos entre mi personal.

Varbarós había venido con la nave nubiana tipo J que la Reina Réillata había asignado para el uso de Padmé, además de un astromecánico azul y blanco con el que ya estaban familiarizadas, porque la nueva reina tenía un piloto propio y se había construido una nave propia. No había límites para la cantidad de pilotos reales, en realidad, así que la asignación actual de Varbarós al personal de Padmé no era una degradación, y de todos modos ella prefería la aventura de estar lejos de Naboo.

Un droide llegó con una charola de bebidas humeantes. Varbarós tomó dos porque estaba en claro que Padmé no tenía intención de beber algo.

—Muy bien, este es el asunto —empezó—. Manténganse en silencio. Al final de mi orientación senatorial, hubo un extraño atentado contra mi vida.

Sabé había sospechado algo; aun así, no pudo controlar su reacción. Apretó la mano de Tonra (con fuerza) y la soltó de inmediato cuando él hizo un gesto de dolor. Comprendía por qué Padmé no había comentado eso vía holo, pero no estaba acostumbrada a enterarse de amenazas en momentos tan avanzados del juego.

—Evidentemente, estoy bien —continuó Padmé—. Fue una tontería. Ya estábamos en guardia, y ni Cordé, quien era Amidala en ese momento, estuvo en verdadero peligro, porque un espectador al azar arruinó el intento.

Padmé detalló el atentado, y Sabé saltó de inmediato con la misma pregunta que ella misma se había hecho:

—¿Por qué Organa estaba allí?

—Nunca lo descubrimos —reconoció Padmé—. Me he encontrado con él varias veces desde entonces. Es cortés, pero distante. Sé que los políticos hacen esto profesionalmente, pero siento que si me quisiera muerta, algo lo delataría en su rostro.

Versé ha estado leyendo las cadenas de noticias y tratando de hackear las compañías que las transmiten, pero todas estamos tan ocupadas con el trabajo senatorial que no tiene mucho tiempo para eso. Esperaba que tú y Tonra, si trabajan fuera de la residencia senatorial, tuvieran más suerte; tal vez encuentren una fuente real en lugar de una digital.

—Hay algo más —dijo Sabé. Estaba segura de que Padmé no la habría hecho ir hasta allí para enviarla a cazar algo a través de la holorred. Era mucho más probable que ella confrontara el problema en público.

—Las cadenas de noticias me han tomado como blanco —admitió Padmé—. Desde que alguien les contó sobre el atentado, lo cual manipularon para que pareciera obra de mi propia incompetencia, por supuesto. Transmitieron historias acerca de mi juventud y mi inexperiencia en política galáctica. Casi todas son ciertas, pero siempre están enmarcadas en las costumbres de Naboo, como mi manera de vestir, para hacerme lucir caprichosa e ignorante.

Sabé decidió no recordarle a Padmé que muchos de sus maestros también habían dicho, en un momento u otro, que Padmé era caprichosa. Ignorante nunca, pero Sabé podía comprender la molestia.

—¿Por qué este chisme es dañino? —interrogó Sabé.

A Padmé le preocupaba la opinión pública casi tanto como a cualquier oficial electo, pero la meritocracia de Naboo era asombrosamente incorruptible, de modo que la verdad siempre había estado de su lado.

—No es como en casa —explicó Padmé, como si adivinara los pensamientos de Sabé—. A los senadores no les importa la verdad, aunque la conozcan. Si creen que soy una niña indefensa de los extremos lejanos de la galaxia, nada hará que quieran trabajar conmigo, aunque haya evidencia firme de lo contrario. ¿Qué está pasando en la fiesta, ahora mismo? Me imagino muy bien los desaires y las frases condescendientes que Cordé está soportando en mi nombre, porque los he estado soportando desde que llegué aquí. Tenemos suerte de que todas hayamos practicado para mantener el rostro neutral, aunque honestamente estoy empezando a creer que eso también es parte del problema. Tengo que salir de esto, y el primer paso consiste en descubrir quién lo está publicando.

Sabé no dijo nada por un momento, y el ruido del club llenó el silencio con un zumbido monótono. Esta Padmé era nueva, más calculadora y cautelosa. Eso era lo que el Senado hacía a la gente, y Sabé estaba a punto de lanzarse de clavado en ello, aunque lo más probable era que tan solo permaneciera en las aguas menos profundas.

—¿Por qué está peleando tanto para quedarse? —preguntó Sabé.

—Yo… —Padmé titubeó—. Iba a decir que no lo sé, pero no es cierto. Es difícil describirlo, pero hay momentos en que de verdad lo disfruto, cuando hacemos un buen trabajo por la gente de la República. Quiero tener más de esos momentos, si logramos crearlos.

—Muy bien —confirmó Sabé—. No necesitamos convencer a todo el Senado. Tan solo que unos cuantos la acepten, y luego ellos llevarán toda la carga pesada.

—Estoy de acuerdo —dijo Padmé.

Tonra se removió en su asiento, y Sabé recordó que él estaba allí. Ella había caído demasiado rápido en su viejo ritmo.

—¿Sí? —preguntó Sabé y volteó a verlo.

—Lo siento, mi señora —se disculpó él—. Pero ¿para qué me necesitan?

Padmé le sonrió, con el estilo que le había ganado el amor de un planeta y la lealtad de todos los que estaban en la mesa.

—No quiero que Sabé esté aquí sola, capitán —explicó—. Además, Sabé me ha dicho que ustedes trabajaron bien como equipo en Tatooine, que se adaptaron con rapidez mientras la situación cambiaba alrededor. Sé que Coruscant es un lugar incómodo, pero te agradecería que pudieras quedarte.

—Yo también —añadió Sabé. Bajó la mano junto a la de él e hizo su mejor intento para no manipularlo.

—Haré lo que pueda —afirmó Tonra.

—He organizado que se transfieran fondos a una cuenta con tu identidad —informó Padmé—. No vivirán en los niveles superiores, pero aun así estarán en algún lugar en que puedan estar seguros con relativa facilidad.

—Esta es la frecuencia de mi intercomunicador personal —indicó Varbarós, quien le entregó un par de dispositivos—. Puedes ponerte en contacto conmigo desde cualquier lugar del planeta. No saldré de este mundo sin avisar.

—Oh, no —se lamentó Padmé, y Sabé se dio cuenta de que su capucha se había deslizado hacia atrás mientras hablaban, lo que dejó su rostro menos oculto de lo que le hubiera gustado a cualquiera de ellos.

Sabé siguió la mirada de ella y vio a un joven ser humano que la observaba, mientras su expresión confundida se convertía en deleite.

—Sena… —empezó a decir él. Antes de que completara la palabra, Padmé se puso de pie de un salto, lo tomó del brazo y lo arrastró a la mesa de ellos.

—Senador Clovis —siseó—. Apreciaría que no gritara mi nombre en este establecimiento público repleto de gente.

—La vi en la recepción —indicó Clovis—. Qué cosa tan aburrida. No la culpo por irse también; escuché que este lugar era interesante. Debe tener un conductor aún mejor que el mío, para llegar tan rápido aquí.

—Yo soy mucho mejor que su droide —afirmó Varbarós, como si este tipo de cosas le pasara a Padmé todos los días.

—Senador, ellos son unos amigos de casa —indicó Padmé—. Fueron parte de un intercambio cultural y solo tuvieron tiempo para reunirse conmigo esta noche antes de regresar a Naboo.

—Ah, ¡qué maravilloso! —exclamó Clovis—. La senadora me ha contado tanto de Naboo. ¿Es cierto que todos ustedes son artistas?

—Mis talentos tienden a las exhibiciones públicas de acrobacia —expresó Tonra, con elegancia poco característica. Por lo general, Sabé hablaba primero—. Hago malabares.

—Increíble —expresó Clovis, quien no percibió en absoluto el sarcasmo de Tonra—. Suena como si Naboo fuera un lugar maravilloso. Espero visitarlo algún día.

—¿Nos daría un momento? —preguntó Padmé—. Tienen que irse pronto y me gustaría despedirlos.

—Por supuesto, por supuesto —afirmó Clovis—. Siento haber interrumpido. Simplemente me sorprendió verla.

Varbarós lo encaminó a la barra para asegurarse de que su curiosidad por Naboo no fuera mayor que sus buenos modales.

—¿Dónde lo encontró? —interrogó Sabé.

—Es otro senador nuevo —admitió Padmé—. Hasta ahora, ha sido un político terrible, pero su familia es poderosa y no puedo darme el lujo de quemar algún puente.

—¿Qué poseen? —Sabé tenía muy mala opinión de la gente que explotaba las conexiones familiares en lugar de emplear sus propias habilidades, y sacó a relucir su naturaleza bromista.

—Es un miembro de rango inferior del Clan de la Banca —explicó Padmé. Ante la expresión de Sabé, añadió—: Es adoptado. —Eso explicaba el aspecto humano de Clovis, porque casi todos en el Clan eran muuns.

El intercomunicador de muñeca de Padmé repiqueteó, y ella activó un holograma de Versé sobre su palma.

—Por favor, venga a casa antes de que Dormé y Typho se digan algo de lo que se arrepentirán más tarde —pidió Versé. La imagen se repitió antes de que Padmé la apagara, de modo que Sabé sabía que era pregrabada.

—Esto era mucho más fácil cuando solo se trataba de un planeta —observó Padmé.

—¿Cuántas veces tendremos que volver a empezar? —preguntó Sabé.

—Espero que una más de las que necesitemos —afirmó Padmé—. Pero me prepararé para lo peor, por si acaso. Por lo menos en este momento, lo único que sufrirá es mi orgullo.

Sabé pensó que estaba tomando a la ligera el intento de asesinarla, pero estaba dispuesta a justificarlo por el estrés del nuevo trabajo.

Padmé hizo una seña para que Varbarós regresara a la mesa, porque no había manera de que Sabé y Tonra la dejaran sola allí; cuando Clovis llegó detrás de ella, Sabé hizo una mueca.

—Sabía que no te gustaría el Senado —dijo Padmé, inclinándose hacia ella—. Te extrañaba mucho. Gracias por venir.

—También la extrañaba —afirmó Sabé—. Sé que no es lo mismo, pero por lo menos ahora estamos en el mismo planeta.

—Tengan cuidado —pidió Padmé. Se reclinó un poco hacia atrás para incluir a Tonra—. Los dos.

—Lo tendremos, mi señora —prometió Tonra.

—En el futuro, lo mejor será que solo me llames Padmé cuando estemos fuera, como ahora —indicó—. Los senadores abundan y tienen poco valor en Coruscant; ser una señora no te lleva muy lejos.

—Practicaré —aseguró Tonra. Sabé pensó que lo más probable era que el nombre de Padmé se le atoraría en la garganta las primeras veces que tratara de decirlo.

Al parecer, el Senador Clovis decidió que les había dado suficiente privacidad, porque regresó a dar vueltas alrededor y no evitó mostrar desagrado cuando se volvió evidente que todos estaban preparados para partir.

—¿Ya se van? —quiso saber Clovis—. Porque van a dar un concierto…

—Sí, me marcho ya. Le recomiendo que haga lo mismo, Clovis. No estoy segura de que este sea un lugar completamente seguro —comentó Padmé. Sabé se esforzó para no hacer un gesto de disgusto cuando Padmé adoptó la personalidad a la que Clovis estaba acostumbrado. Padmé se levantó, con Varbarós tras ella, y miró directo a Sabé—. Les deseo suerte en su viaje.

—Igual a usted —respondió Sabé.

Cuando se iban, escuchó que Clovis preguntaba «¿A dónde se dirigen?», y Padmé empezó a explicarle aún más tradiciones de Naboo. Sabé se preguntó si el interés del senador en el planeta era genuino o si también quería algo de Padmé. Tenía todo tipo de ideas veladas sobre lo que podría ser, pero era demasiado inteligente para saber que no era asunto suyo, a menos que Padmé estuviera en peligro, de modo que decidió mantenerse apartada. Francamente, si nunca volvía a ver Clovis, estaría bien por ella. Tal vez estaba siendo poco razonable, pero él le molestaba.

El intercomunicador de su muñeca sonó para indicar que se acababa de completar una transferencia de fondos. El nombre que usaba en Tatooine y ahora también en Coruscant era el que se le había dado cuando nació, aunque ahora se sentía falso y artificial. Había sido Sabé durante los momentos más importantes de su vida. Tsabin era una extraña. Ni siquiera sus padres la llamaban así ahora, y todos sus registros oficiales en Naboo habían cambiado.

Aun así, si tenía que ser alguien más, por lo menos seguía siendo una persona a la que Padmé conocía. Tsabin y Padmé se habían conocido cuando apenas tenían catorce años e hizo su solicitud para ser doncella; fueron una pareja inquebrantable cuando se establecieron en el palacio de Theed, y Sabé tenía un nuevo nombre para ella. Padmé había sido entrenada para destacar; Sabé, para mezclarse. Nunca le había importado. Era difícil tener resentimientos por algo en lo que era tan buena.

Ahora Padmé se estaba reinventando a sí misma una vez más y, por necesidad, Sabé no estaba aquí para ayudar con la cercanía que le hubiera gustado. Evidentemente, la Senadora Amidala era diferente de la reina, a juzgar por la manera en que había actuado Clovis; Sabé no lo comprendía por completo, pero confiaba en el juicio de Padmé.

En todo caso, si ella iba a ser Tsabin, tal vez era hora de *ser* Tsabin. Seguiría siendo Sabé en el corazón, pero podía aprender a ser una nueva persona también, como Padmé.

—Esto era mucho más fácil cuando solo se trataba de un planeta —susurró las mismas palabras de Padmé.

—Ni que discutirlo —indicó Tonra. Él era una presencia estable a su lado, y ella se recargó en él sin más motivo. Tal vez lo sorprendió un poco, pero de todos modos él pasó un brazo alrededor de sus hombros.

Esperaron en silencio a que pasara un poco de tiempo entre la partida de Padmé y la suya, mientras el pulso de la música palpitaba en sus huesos. Por una vez, Tonra no se movió nerviosamente, solo daba ligeros golpecitos en la mesa con los dedos, mientras seguía el ritmo contagioso. Cuando lo consideraron seguro, salieron en busca de un taxi aéreo y un lugar más tranquilo donde pudieran planear sus siguientes pasos.

# CAPÍTULO 10

Los gritos siguieron por algún tiempo. Padmé dejó que Typho expresara su frustración, mientras pensaba que el sargento se lo había ganado con creces. Mariek tendría su oportunidad más adelante, pero había sido de Typho de quien se habían aprovechado, y Padmé se sentía obligada con él a escucharlo ahora.

—… sin mencionar el peligro en que estuvo Cordé si alguien la hubiera descubierto —siguió con su diatriba—. Y no quisiera saber ningún detalle de *dónde* estaba usted, mi señora.

—Me reuní con Sabé y Tonra —explicó Padmé, aunque para cuidar la presión arterial de Typho, no mencionó exactamente dónde, solo que había sido en un centro nocturno—. Estaba con Varbarós.

—Aunque es una excelente piloto, Varbarós no es una guardia entrenada. Su elección de lugares de reunión deja mucho que desear —aseguró Typho—. Reconozco que la política es complicada y a veces tiene que hacer cosas por sí misma, pero por favor, senadora, se lo suplico: dígame la próxima vez. Soy mucho mejor actor de lo que se imagina y puedo ayudar con los detalles.

—Lo siento, sargento —se disculpó Padmé—. Esperaba que esta noche fuera una prueba práctica para todos nosotros, sin contar que la reunión era obligatoria. Pero ahora veo que estaba practicando de modo incorrecto. El plan de señuelo solía incluir también el engaño de los guardias, pero debemos modificar eso de la misma manera en que estamos modificando todo lo demás.

—Él reaccionó con completa discreción cuando se dio cuenta de quién era yo —intervino Cordé—. Aunque me temo que tal vez haya arrancado la orilla de la manga del vestido de noche azul marino.

—Puedo arreglar eso —comentó Dormé—. Y creo que Typho tiene razón en lo de la planeación. Si él hubiera estado al tanto, habría evitado que el Senador Clovis se fuera. O por lo menos le hubiera avisado a usted cuando se terminó la reunión.

Habían caído en este patrón automáticamente, y a Padmé le gustaba la manera en que funcionaba. Ella haría algo, Cordé lo racionalizaría, uno de los guardias protestaría, Dormé intentaría calmar las aguas y Versé cambiaría el tema.

—He encontrado una historia en una de las cadenas de noticias —dijo Versé, como si estuviera programado—. Es sobre esta noche.

—Espero que sea sobre la escandalosa relación de la Senadora Amidala con una de sus guardias —comentó Cordé, con voz que escurría sarcasmo.

—Habla por ti —dijo Mariek—. Yo soy una dama felizmente casada y no deseo estar en el centro de un drama.

—Es sobre el Senador Clovis —informó Versé—. Al parecer, después de fugarse de la recepción, fue a un increíblemente peligroso centro nocturno a encontrarse con…

Demasiado tarde, Versé se dio cuenta de que Typho estaba leyendo por encima de su hombro. Padmé resistió la urgencia de enterrar el rostro en las manos.

—¿Tiene idea del tipo de cosas que pasan en esos lugares? —casi gritó Typho; toda su tranquilidad había desaparecido en un instante.

—Por supuesto que lo sabe, es una mujer adulta —indicó Mariek—. Sobrino, necesitas calmarte o la senadora nunca va a confiar en ti. Ya ha admitido que tienes razón.

Typho se controló y asintió.

—¿Hay algo en ese artículo que pudiera usarse para identificarme? —quiso saber Padmé.

—No —respondió Versé, mientras revisaba el resto de la nota—. Parece que en realidad entrevistaron a Clovis y que él solo les contó que estaba viendo a algunos amigos de casa.

—Todos sabrán que es mentira —señaló Dormé—. Al Clan de la Banca no se le conoce precisamente por encajar en los clubes de Coruscant.

—Es un mensaje para mí —afirmó Padmé—. Así es como presenté a Sabé y Tonra, sin darle sus nombres. Dije que eran amigos de casa. Quiere que sepa que me está protegiendo.

—Sería la primera decisión política sabia que ha hecho —observó Cordé. Tenía una mala opinión de la dedicación de Clovis a la política galáctica.

—No estoy del todo segura de que esté pensando políticamente —mencionó Versé—. Me he mantenido tras bambalinas casi todo el tiempo que llevo aquí y he visto una gran cantidad de grabaciones. He notado la manera en que se levanta cuando Padmé está cerca, y la manera en que la mira.

—Seguimos adelante como hasta el momento —indicó Padmé—. Solo que ahora tenemos a Sabé y Tonra trabajando fuera del entorno político para que nos ayuden.

—Y a mí, para ayudarle en el interior —declaró Typho.

—Sí, sargento —confirmó Padmé—. Me disculpo, además. Hemos cambiado mucho la manera en que Amidala actúa en público en las últimas semanas, pero aún sigo pensando en ella como lo hacía en Naboo. Tengo problemas para recordar que las circunstancias de los secretos son diferentes aquí. No te volveremos a dejar fuera de una maniobra de señuelo.

—Gracias, mi señora —dijo Typho al fin.

Un suave timbre indicó la llegada de la siguiente orden del día, y pasaron dos horas desarrollando la estrategia de votación y tratando de determinar la manera en que el Senado actuaría en cada caso. Esto también era mucho más fácil ahora que trabajaban como equipo.

Antes, Padmé hubiera llevado dos doncellas a las cámaras del Senado para que observaran, pero la verdad era que no había nada que valiera la pena observar. Ahora solo llevaba a Mariek o a Typho, y, cuando la situación lo exigía, a Cordé. Los demás se quedaban en la residencia senatorial o la oficina de Padmé, mirando grabaciones de las sesiones del Senado y tratando de descubrir quién era aliado de quién. Era bastante fácil rastrearlo a partir de una sola moción, pero se volvía infinitamente más desafiante cuando

se ponían a consideración varias agendas y, con el tamaño de la asamblea, siempre había varias agendas sobre la mesa.

—Tiene que participar en uno de los comités —sugirió Cordé.

Padmé lo sabía demasiado bien. Llevaba días deliberando, tratando de determinar cuál comité era más adecuado para sus talentos y experiencia.

—La Senadora Bonteri es la presidenta de uno que busca la reforma educativa en las áreas más pobres de los planetas del Núcleo —comentó Dormé—. Esta propuesta de ley está estancada porque nadie en los planetas del Núcleo quiere admitir que tienen áreas más pobres.

—Hay algo acerca de la piratería, también —añadió Cordé—. Es nuevo y ni siquiera estoy segura de que haya aún un comité oficial, pero el tema sigue surgiendo en sus reportes, por eso estoy segura de que pronto lo habrá.

—Siempre está el comité antiesclavitud —añadió Versé—. No es dirigido por alguien a quien conozca, pero estoy segura de que podría entrar en él sin depender de la referencia del canciller.

—Lo sé —confirmó Padmé—, lo sé. Solo pasa que no he podido decidir la mejor manera de tener un asiento en la mesa.

—¿Qué es lo que espera? —preguntó Dormé—. Es decir, del Senado.

—Respetabilidad —afirmó Padmé—. Quiero que mis palabras y mis esfuerzos signifiquen algo.

—No la tiene porque todos piensan que es demasiado nueva e inexperta —repuso Dormé—. Creen que no es una senadora seria.

—Además, creen que está demasiado cerca del Canciller Palpatine —añadió Mariek—. Demasiado unida a su propio planeta.

—Hay cierto grado de verdad en todos esos argumentos —comentó Padmé.

La última conversación con el Canciller Palpatine no había tenido buenos resultados. Se había encontrado con él casi por casualidad después de una sesión del Senado y, al principio, había sido el mismo de siempre.

—Canciller —lo había saludado. Colocó una mano sobre el brazo de Versé para indicar que iba a necesitar espacio para la conversación, y la doncella y el guardia retrocedieron unos pasos—. Me da gusto haberme cruzado con usted. Quería preguntarle sobre las posibilidades de que me uniera a su comité de transporte.

Ella todavía no se preocupaba por las capas de discurso político que debían ponerse sobre la legislación antiesclavista, pero técnicamente no había esclavitud en la República y, por tanto, Palpatine tenía que ser creativo con su fraseo. El debate real era sobre el transporte de bienes, y la conversación llena de rodeos hizo que la piel de Padmé se erizara, aunque tenía muchos deseos de echar una mano para dar forma a la legislación.

El canciller se había detenido cuando ella lo saludó, tan afable como siempre, pero su rostro se endureció cuando mencionó la posibilidad de unirse al comité.

—No creo que sea una buena idea, querida —admitió. El tono tenía una extraña nota de rechazo, misma que nunca antes había percibido. Junto a él, Mas Amedda la fulminó con la mirada.

—¿Por qué no? —quiso saber Padmé—. Ya he empezado mis propias exploraciones de la situación y creo…

—Senadora, me malinterpretas —interrumpió Palpatine, con un mínimo de su habitual calidez—. Estás eminentemente calificada para el comité, pero tienes lazos con Tatooine y conmigo. Si te unes a la discusión, tus calificaciones minarán mi autoridad.

Había algo en la afirmación del canciller que no sonó completamente cierto, pero Padmé no pudo determinar con precisión de qué se trataba.

—Encuentra otro comité, querida —sugirió Palpatine—. Haré lo mejor posible para mantenerte actualizada de mis progresos y te haré saber si se necesita tu ayuda.

Se alejó, con su séquito detrás de él, y Padmé se quedó con muchas preguntas y sin una dirección segura.

—Entonces, creo que tiene dos opciones —indicó Dormé, con lo que trajo la atención de Padmé de regreso al presente—. Convertirse en la sombra de Palpatine. Ir con él y usar sus influencias hasta donde sea posible.

—¿O? —quiso saber Cordé.

—Exactamente lo opuesto —completó la idea—. Amidala es encantadora ahora. Use eso. Encuentre a alguien que se oponga al canciller, no violentamente ni de manera extrema, sino lo suficiente para poner una cuña entre las imágenes públicas de usted y él, y luego párese en esa cuña hasta que haya tallado su propia identidad.

—Eso descarta a Bonteri —informó Versé—. Ella no es condescendiente con él ni nada de eso, pero nunca se le opone directamente.

Padmé estaba un poco decepcionada. Le agradaba un poco la Senadora Bonteri y se hubiera sentido honrada de trabajar con ella. Pero también sabía que no tenía caso pertenecer al círculo interno de Palpatine. Aunque él se lo permitiera, ella no deseaba limitarse de esa manera.

—No se preocupen —dijo Padmé—. Tengo al senador adecuado en mente.



La Senadora Amidala estaba vestida para la ocasión. Había dejado el resto de los adornos en casa. No había tocado hoy; solo rollos de cabello en bucles tan bien colocados y sujetos en su lugar que Dormé había hecho que los propios pasadores parecieran invisibles. Su vestido era engañosamente simple. Llevaba una túnica básica, de color azul claro, que no le impedía girar la cabeza, y amplias mangas dobladas hacia atrás sobre el vestido azul oscuro que llevaba encima. El engaño estaba en el bordado del vestido, del mismo azul claro que la túnica de abajo. Pudo confeccionarse con cualquier máquina en

un planeta mecanizado. Solo alguien que se acercara notaría que las puntadas habían sido hechas a mano: única concesión a Naboo. Y ella no tenía la intención de que nadie se acercara tanto.

Durante la sesión, Padmé estaba casi mareada por la impaciencia. Se había esforzado por prestar atención. Los votos en la orden del día de hoy no eran menos importantes tan solo porque la senadora de Naboo tuviera sus propios planes. Aun así, parecía que la votación nunca terminaría, y cuando el Canciller Palpatine indicó un alto en las actividades del día, Padmé estaba más que lista para seguir con su plan.

Dormé la interceptó antes de que dejara la curul volante para revisar deprisa que cada parte del vestido y el cabello estuviera en su lugar, y luego le deseó suerte.

Padmé dio pasos medidos. No había razón para que pareciera inapropiadamente apresurada. Versé había revisado con atención las grabaciones y hecho un poco de hackeo que, Padmé estaba segura, representaba una invasión a la privacidad, aunque esta vez fingió no ver. Cordé le había ayudado a preparar su explicación, aconsejándole argumentos teóricos para que Padmé rebatiera hasta que ambas estuvieron seguras de que habían cubierto toda opción posible. Sus doncellas ya no podrían ser su sombra ante cada movimiento, pero Padmé no estaba más sola de lo que había estado como Reina de Naboo. Mariek había tenido razón todos esos meses antes en los escalones de la casa del lago: todo era diferente, pero Padmé también lo era, y estaba descubriendo lo que eso significaba.

Al final, distinguió a su objetivo, quien se dirigía a uno de los jardines en el techo, justo donde el análisis de Versé indicó que estaría. Él vestía de verde hoy, lo que Padmé notó solo porque Cordé dijo que parecía ser uno de sus atuendos favoritos. Su vestimenta era simple, aunque se había permitido la indulgencia de una capa asimétrica. Padmé se acercó lo suficiente para no tener que gritar.

—Senador Organa —llamó. La voz era más vibrante que los tonos planos que la Reina Amidala había usado. Se movía mejor sobre las sílabas de su nombre. La Senadora Amidala se acercó hasta que Organa se detuvo para escucharla.

—Senadora Amidala —saludó él—. ¿En qué puedo ayudarla?

Ella se acercó y moduló el tono para acomodarlo a la cercanía.

—Deseo unirme a su comité sobre el transporte de materiales de construcción para los planetas del Borde Medio —afirmó.

Por supuesto, no era ni remotamente lo que Organa estaba esperando.

—¿Qué sabe usted del transporte de materiales de construcción? —preguntó él. Padmé sospechó que él estaba ganando tiempo mientras trataba de descubrir las verdaderas motivaciones de ella, aunque su tono siguió siendo cortés.

—Nada —admitió Amidala—. Y si no me uno a su comité, sospecho que no llegaré a saber más.

Él la miró por un largo momento. Por lo general, la gente no la miraba a la cara. Veían la ornamentación del trabajo manual de Naboo en su cabello, su estilo y su maquillaje. Por eso es por lo que la táctica del señuelo había funcionada tan bien. Todos

conocían el aspecto de Amidala, de modo que nunca nadie pensó en Padmé. Ella se sentía expuesta sin sus métodos habituales para disfrazarse a plena vista, aunque lo había hecho a propósito. Nunca antes había querido que alguien la *viera* así. Tal vez nunca lo volvería a permitir, pero necesitaba que él la viera ahora.

—¿Me acompaña a caminar? —pidió él, y le ofreció el brazo.

Ella lo tomó y dejó que la guiara por los jardines. No había estado allí antes, porque prefería regresar a la residencia y estudiar política o descansar. De inmediato se dio cuenta por qué él visitaba este lugar con la frecuencia suficiente para que Versé lo rastreara. Alderaan no era un mundo tan verde como Naboo, pero tenía maravillas naturales de las cuales enorgullecerse. Coruscant debía parecerle casi como ella lo veía: lleno de gente, ruidoso y completamente carente de vida vegetal. Los jardines eran un débil eco de aquello a lo que ambos estaban acostumbrados, pero el olor se parecía mucho y, cuando se aspiraba, se podía sentir la diferencia en el aire.

Dieron una vuelta completa alrededor del jardín, mientras se detenían aquí y allá para que él le mostrara su grupo favorito de árboles chinar, donde le gustaba sentarse después de la sesión general y pensar en casa. Ella se dio cuenta de que era la manera de abrirse ante ella. La brusquedad profesional se había ido, al igual que la abrumadora presencia de la reina y, en cambio, eran dos colegas que se encontraban en un terreno común. Al final, completaron el circuito del jardín y permanecieron frente a la puerta que los llevaría de regreso a los pasillos mal ventilados y los espacios de trabajo sobrepoblados del Senado.

—Nos reuniremos mañana, después de la sesión general —indicó él—. Aún no se asignan salas, de modo que enviaré un asistente.

Si se tomaba en cuenta todo lo que había pasado, fue una cortesía que no enviara a su unidad NON.

—Gracias, senador —comentó Amidala con voz muy cercana a la de Padmé.

Él inclino la cabeza y se alejó. Padmé se quedó en los jardines para disfrutar un largo momento de contemplación de áreas verdes, antes de regresar a la residencia. Tenía programado actualizar a Sabé con las noticias recientes y sabía que las demás querrían escuchar cómo había salido todo. Además, iba a tener que leer algo sobre permacreto y el modo de transporte. Se comunicó con Mariek y Dormé y les pidió que la vieran en el transbordador.

—¿Tuvo éxito? —quiso saber Dormé cuando estuvo tan cerca que nadie podía oírlas.

—Sí —confirmó Padmé—. Te contaré todo cuando regresemos a la residencia. No es tan interesante como para que lo repita dos veces.

—Es lo suficientemente interesante para que lo quiera comentar en el comité —señaló Mariek.

—Todos debemos hacer sacrificios —comentó Padmé, pero la verdad era que no le importaba mucho en qué estaba por participar. De nuevo ayudaría a construir algo, como su padre le había enseñado, aunque solo fuera de modo indirecto. Al mismo tiempo, estaría haciendo un aliado.

Sabé estaba feliz de verla, aunque solo fuera en holograma, pero se sintió menos complacida cuando Padmé le anunció con quién se había aliado.

—Corríjame si estoy equivocada —quiso asegurarse Sabé—, pero ¿no lo estoy investigando por su participación en el intento de asesinato?

—Estoy aún más segura de que no tuvo nada que ver con él —comentó Padmé—. Tan solo se encontraba en el lugar incorrecto en el momento equivocado. O en el lugar correcto, supongo.

—Por favor, dígame que Clovis no participa en el comité —pidió Sabé.

—No —le aseguró Padmé—. Está en las facciones del dinero. Es solo cosa de tiempo antes de que la Federación de Comercio lo descubra, y no pretendo estar cerca de él cuando eso suceda.

—Pensaría que no —confirmó Sabé—. Hablando de nuestros asesinos favoritos que intentaron una invasión, descubrí algo en las cadenas de noticias que publicaron esas primeras historias acerca de usted. La cadena de corporaciones es extensa en todos los casos, y casi ninguna compañía sigue activa, pero todas son propiedad de subsidiarias de la Federación de Comercio.

—¿Estaban manchando mi reputación? —quiso saber Padmé.

—Estoy segura de que califica como difamación cuando está impreso —le aseguró Sabé—. Pero sí.

—El tercer juico de Nute Gunray está en marcha —informó Padmé—. Empezó justo antes de que yo llegara a Coruscant. Supongo que no debería sorprenderme.

—Es seguro que guarda rencor —afirmó Sabé—. Me mantendré atenta al juicio, tanto a lo que se informa como a lo que la gente dice acerca de él en los medios. Gunray va personalmente tras usted, y no quiero que se le acerque tanto como para que tenga suerte.

—No es necesario que se acerque mucho —repuso Padmé—, pero aprecio la intención. ¿Cómo está Tonra?

—Extraña su hogar, peo se ha enamorado de la comida en este terrible comedero de la plaza que queda abajo del departamento —informó Sabé—. Sigue tratando de convencerme de ir, pero me fijé el objetivo personal de no comer en ningún establecimiento que produzca tanto humo.

Padmé se rio con ella y, por un momento, pareció como si estuvieran sentadas en el departamento real del palacio de Theed, comentando los acontecimientos del día. Algún timbre sonó en el lado de Sabé.

—Lo siento, me tengo que ir —indicó Sabé—. Uno de mis nuevos contactos quiere hablar.

—Cuídate —le pidió Padmé.

—Lo haré —prometió Sabé.

Padmé terminó la conexión y descargó los documentos de antecedentes que Versé había preparado para ella.

# PARTE III

## SENADORA INGENUA EXTIENDE LAS ALAS Y ATERRIZA EN PERMACRETO

*Expertos en todo Coruscant quedaron asombrados cuando la Senadora Amidala (sector Chommell) apareció en el comité de transporte de materiales de construcción que preside el Senador Bail Organa (Alderaan). Nadie esperaba que Amidala, quien ha sido notoriamente volátil e impredecible desde su llegada a Coruscant, se uniera a una operación que suena tan monótona, de modo que abundan las teorías sobre sus motivaciones o, más bien, los de aquellos para quienes opera.*

*Aunque el Senador Organa tiene una excelente reputación en su servicio, a menudo se encuentra en desacuerdo con el canciller. Parece improbable que Palpatine haya puesto a Amidala con el senador de Alderaan para obtener información sobre algún escándalo. Es posible que Amidala busque congraciarse al encontrar uno. Aunque solo podemos especular sobre los disparates que podrían derivarse de este «interés» recién descubierto.*

—TriNebulon News

# CAPÍTULO 11

El permacreto presentaba dos problemas importantes. El primero era que la mezcla necesitaba gran cantidad de agua, no todos los planetas contaban con ella y su transporte resultaba poco práctico. El segundo era que la propia mezcla resultaba voluminosa y necesitaba enormes naves para transportar las cargas. Esto significaba que muchos sistemas usaban sus propias variantes locales de la fórmula, y todas eran terriblemente inferiores.

Había un tercer problema, pero menor, aunque de todos modos representaba una molestia: Padmé estaba muy segura de que era el tema de discusión más aburrido en toda la galaxia.

Sin embargo, sí lo discutió. Después de la sesión general, que había sido ocupada casi por completo por la delegación de Malastare que pronunció discursos que el canciller no quiso o no pudo interrumpir, Padmé había seguido al asistente del Senador Organa a una salita en el edificio del Senado. Allí, tomó asiento a la mesa y se acomodó para escuchar.

Solo había senadores presentes, aunque Padmé sabía que varios estaban grabando la reunión para entregarla a sus asistentes más adelante. Un par había traído droides para que tomaran notas, pero Padmé desechó esa opción porque no sentía una confianza particular en ninguno de los droides que había encontrado hasta ahora en Coruscant. Luego recordó a la unidad astromecánica azul y blanco que viajó con Varbarós a bordo de la nave real de Naboo. Ese pequeño droide tenía un dispositivo de grabación, y ella sabía que era confiable. Tomó nota de que debía acordarse de pensarlo más tarde y volvió a poner atención a la mesa.

Después de una hora de pláticas sin avances cuantificables, la reunión se interrumpió para que los senadores pudieran asistir a otros compromisos. Padmé los hubiera seguido por el corredor, pero Organa atrajo su atención y la llamó con la mano a donde estaba sentado. Ella se levantó para averiguar lo que quería.

—Senadora —saludó Organa, con más confianza—, ¿nuestra reunión te pareció aleccionadora?

—Así es —dijo Padmé. No había aprendido mucho más de materiales de construcción de lo que ya sabía por sus lecturas, pero había obtenido información interna sobre la manera en que se presentaban los temas y cómo los elementos de negociación se incorporaban en el análisis.

—Permíteme presentarte a la Senadora Mon Mothma. —Señaló a la mujer pelirroja de su izquierda.

—Senadora —saludó Padmé e inclinó la cabeza. No extendió la mano, y tampoco lo hizo Mon Mothma.

—Me da mucho gusto conocerla. —La voz de la senadora era ligera, pero tenía una presencia innegable. Cuando hablaba, los demás escuchaban. Ella lo sabía y comenzaba a acostumbrarse—. Era muy nueva en el Senado cuando pronunció su discurso como Reina de Naboo. Ha sido interesante observar su transición a la política galáctica.

Años de práctica evitaron que la frustración de Padmé apareciera en su rostro. Aún no se acostumbraba a que la menospreciaran debido a su juventud y esperaba que nunca llegara a desdeñar a una persona tan solo porque carecía de la experiencia que ella tenía.

—Ha sido como un ejercicio —expresó con cortesía—. También extraño las conexiones más personales que el hecho de servir a mi planeta me permitía cultivar. Supongo que es un lujo conocer los nombres y los rostros de quienes están ayudando con su trabajo, pero creo que hay que estar agradecidos de la escala en que la República puede servir a sus integrantes.

—Por supuesto —indicó Mon Mothma—. No es una tarea fácil dejar de lado el hogar para servir a un objetivo más importante.

La pieza cayó en su lugar tan estruendosamente en la cabeza de Padmé que le preocupó que Organa y Mon Mothma hubieran escuchado sus pensamientos. No era su inexperiencia, exactamente, lo que estaba causando que fueran tan fríos con ella. Creían que era más leal a Naboo que a la República, y que no estaba a la altura de enfrentar ese tipo de conflictos de interés. Por supuesto, sus acciones pasadas para deponer al Canciller Valorum en un intento de emparejar el terreno de juego contra la Federación de Comercio mostraron lo rápido que había desdeñado el protocolo del Senado. Naboo era parte de su personalidad, pero parecía que esperaban que ella exorcizara esa parte, o por lo menos la aislara, antes de que confiaran en ella por completo. No estaba segura de que deseara hacerlo.

—Espero con ansias esa oportunidad de servir —repuso Padmé, aunque no disfrutaba la deshonestidad.

No logró saber, por la expresión de Mon Mothma, si la otra senadora le creyó, pero la mirada que intercambió con el Senador Organa no fue tan desdeñosa como su exploración inicial de Padmé.

—Te haré saber cuando hayamos programado nuestra siguiente reunión —explicó Organa—. Espero que tengamos todo listo para ir al piso del Senado antes de que termine la sesión.

—También lo esperaré con ansias —expresó Padmé y dejó que la condujeran fuera del salón.

No regresó a su oficina ni al transbordador para ir a la residencia. En cambio, terminó vagando por los corredores. No lo hacía sin destino (en teoría, podía dirigirse a los jardines), pero tampoco tenía prisa, y estaba absorta en sus pensamientos.

—¡Ah, Senadora Amidala! —Una voz rompió su meditación, y ella se detuvo. Era Mina Bonteri.

—Hola —saludó Padmé con genuina calidez—. Es maravilloso verla de nuevo.

Reconoció que esto lo dijo con total sinceridad. La Senadora Bonteri deseaba por lo menos tratarla como una igual, aunque había algo más que no estaba compartiendo. Era justo: Padmé ocultaba sus propios planes en varios temas.

—¿Me acompañas a tomar el té? —preguntó Bonteri, con más familiaridad—. Mi oficina está a la vuelta.

—Me encantaría —aseguró Padmé.

La oficina de Bonteri estaba decorada con cuadros de su mundo de origen. Padmé no era una experta, pero algunas de las obras parecían definitivamente menos refinadas que otras. Tal vez Onderon se enorgullecía de utilizar todo tipo de materiales artísticos, no los de alta calidad.

—Obras de mi hijo —explicó Bonteri, mientras Padmé contemplaba una pintura particularmente torpe de… ¿una speeder bike?—. Quizás está destinado a otras cosas, pero tenía cuatro años cuando hizo eso y le encantaban los colores brillantes, además de crear desastres. Le tengo cariño a su trabajo, así que lo conservo aquí aun ahora que ha cambiado de pasatiempos.

—¡Ah! —exclamó Padmé. Luego se rio—. En Naboo estimulamos a todos los niños para que experimenten con la expresión artística y se pueda descubrir en qué tienen talento.

—¿Cuáles fueron los tuyos? —preguntó Bonteri. Vertió agua caliente en una tetera simple de metal y tomó dos tazas de una alacena.

—Oración y poesía —explicó Padmé—. Debo admitir que no son habilidades que suelen cultivarse. La mayoría de los padres preferiría que sus hijos fueran buenos para hacer algo, además de las palabras. Creo que mi madre hubiera preferido que me dedicara a la música, aunque mis aptitudes en eso no eran tan fuertes.

—¿Fuiste reina de un planeta, y tu madre hubiera preferido que te dedicaras a la música? —Bonteri buscó una aclaración.

—Naboo es un mundo único —admitió Padmé.

—Los padres nunca son particularmente buenos para dejar que los niños sigan su propio camino —dijo Bonteri. Miró las pinturas de su hijo y sonrió—. Sin embargo, ellos lo siguen.

—En efecto —coincidió Padmé—. Mis padres están orgullosos de mis logros, aunque desearían que hubiera permanecido más cerca de casa.

—Tu padre tiene varios amigos en el Senado, ¿verdad? —preguntó Bonteri.

—Así es —respondió Padmé—. Así fue como logré apoyo para ingresar en el programa legislativo juvenil cuando tenía ocho años. Él hace mucho trabajo de ayuda y los contactos en el Senado son útiles para eso.

—¿No deseabas unírtele?

—Creo que lo estoy haciendo, a mi manera —dijo Padmé—. Cuando menos, soy otra senadora que él conoce y en quien puede confiar.

—Supongo que eso es todo lo que cualquiera de nosotros puede esperar en estos días —comentó Bonteri—. Toma tanto tiempo lograr algo a través de los canales oficiales. ¿Por qué no has buscado a los amigos de tu padre?

—Porque quería lograr las cosas por mí misma —afirmó Padmé—. Algunos ya me ven como una extensión del canciller, y no deseo que otros me vean como una extensión de mi padre.

—Pero ¿no te importa que te vean como una extensión de la reina de Naboo? —preguntó Bonteri.

—Fui reina de Naboo —admitió Padmé—. Siempre voy a ser parte de ese sistema, aunque creo que también puedo ser algo más.

Bonteri sirvió dos tazas de té y le pasó una a Padmé. El aroma era poco familiar. Bonteri dio un sorbo y Padmé siguió su ejemplo. El sabor era demasiado floral para su gusto, pero no del todo desagradable.

—Hay una creciente cantidad de senadores que sienten, en primer lugar, esa lealtad por el mundo propio, sin importar el procedimiento —explicó poco a poco Bonteri. Se quedó mirando fijamente a Padmé, quien mantuvo una expresión neutral y dio otro sorbo al té.

—Un senador debe tener la capacidad de mantener un equilibrio —afirmó—. Amar al mundo del que proviene, pero ver la galaxia como un todo.

—¿Alguien puede en verdad hacer eso? —quiso saber Bonteri—. ¿Ver toda la galaxia y mantener la objetividad?

Padmé se quedó pensando en sus palabras. Bonteri solía ser mucho más abierta de lo que Mon Mothma había sido, pero era evidente que esta última creía en la República en primer lugar y ante todo. Lo que Bonteri estaba sugiriendo no era traición, pero sí peligroso, y Padmé no podía saber de qué lado del argumento estaba Bonteri.

—Creo que debemos intentarlo —sugirió al final.

Bonteri se terminó la taza, y Padmé no logró saber si había pasado o reprobado la prueba. Tampoco estaba segura de qué resultado *quería*, pero Bonteri no parecía decepcionada de ella, así que supuso que lo había hecho bien.

—Tendrás que esforzarte más que los otros —expresó Bonteri—. Ya pasaste alguna vez por alto los procedimientos del Senado para desplazar al Canciller Valorum y luego regresaste deprisa a Naboo para resolver tus propios problemas, aunque fuera con el uso de la fuerza militar.

—Estoy consciente de eso —aseguró Padmé—. Lo más difícil es mantener la objetividad cuando tu propio pueblo está muriendo, pero quiero ser parte de un Senado que sienta eso por *toda* la gente.

—Eres una idealista —afirmó Bonteri—. Eso no es malo.

—Lo sé —concedió Padmé—. Me he esforzado mucho para serlo.

—¿Más té? —preguntó Bonteri, mientras extendía la tetera.

—Gracias —expresó Padmé—. Me gustaría escuchar cómo van sus planes para la reforma educativa, si tiene tiempo.

Bonteri lo tenía, de modo que pasaron unos placenteros treinta minutos imaginando cómo reharían el sistema si tuvieran dinero, tiempo y personal ilimitados, y luego un poco de tiempo menos placentero hablando de lo que era posible con los recursos que Bonteri realmente tenía.

—Podríamos hacer mucho más si la gente escuchara —sugirió Padmé.

—La gente está escuchando —afirmó Bonteri—. Simplemente no están prestando atención.

El intercomunicador de Padmé sonó, y recordó que tenía que regresar a casa para dar a Cordé y Dormé su resumen de la reunión del comité. Era poco probable que cualquiera de ellas tuviera que ocupar su lugar en la sala, pero era necesario que supieran todos los detalles sobresalientes en caso de que debieran sustituirla en una función no relacionada y surgiera el tema. Era complicado y tal vez representaba un exceso de preparación, pero Padmé había dependido durante tanto tiempo de sus doncellas como para renunciar a ellas ahora.

—Debo irme —comentó—. Gracias por el té.

—Cuando gustes, senadora —ofreció Bonteri—. Siempre tengo tiempo si necesitas ventilar tus frustraciones ante nuestros procesos parlamentarios.

Su propio timbre sonó, e hizo una mueca.

—Bueno, casi siempre.

Mientras regresaba a la residencia, Padmé pensó en lo que Bonteri había dicho. Algunos senadores apreciarían su lealtad a Naboo, mientras que otros desconfiarían de ella por eso. Algunos apreciarían que fuera una persona distante, mientras que otros necesitarían que fuera más gregaria. Y a algunos siempre les iba a disgustar, sin importar lo que hiciera, porque creían las mentiras que decía la Federación de Comercio sobre ella. Su objetivo no había cambiado; en lugar de que ella misma cambiara por completo para cumplir con las restricciones que sus colegas sentían apropiadas, seguiría adelante como hasta ahora. En algún momento iba a necesitar el apoyo de una facción, pero decidiría cuál sería cuando llegara el momento.

Typho la estaba esperando en el transbordador, evidentemente frustrado por el tiempo que había estado lejos de su supervisión directa. No importaba que tan seguido le recordara que los guardias senatoriales estaban muy bien entrenados y eran excepcionalmente leales, él seguía prefiriendo que la responsabilidad de su seguridad recayera en él o en Mariek. No era la diatriba exacta que la Capitana Panaka hubiera lanzado sobre su protección pero era lo bastante familiar como para resultar cómoda. Padmé decidió asegurarse de que Typho estuviera más seguro con eso en los próximos días. Últimamente se habían aprovechado de él, y la tensión empezaba a mostrarse.

—Gracias por tu espera, sargento —le comentó—. Sé que no te gusta cuando ando sola.

—Su reunión terminó hace más de una hora, mi señora —indicó—. Revisarlo a control remoto no es lo mismo que tener una confirmación física.

—Tomaré eso en cuenta para la próxima —prometió Padmé.

—¿La próxima? —Sonó resignado.

—Sí, la próxima —aseguró Padmé—. Habrá otras reuniones, y también quiero algún tiempo para pensar en privado cuando terminen.

—Tal vez podamos hacer arreglos para eso —sugirió Typho—. Si fuera a un lugar fijo, yo podría…

—He estado pensando en traer a la unidad astromecánica conmigo —interrumpió Padmé—. No corresponde exactamente al procedimiento, pero muchos senadores tienen sus propios droides.

—R2-D2 no es una unidad defensiva —dijo Typho.

—No, pero tiene capacidades de grabación y puede pedir ayuda, si es necesario —comentó Padmé—. Además, puede aplicar choques eléctricos a quien se acerque más de lo que yo desee. Pensarán que soy alguien con poco dominio de la tecnología, porque me sigue un mecánico, pero…

—Todos tenemos nuestros disfraces —murmuró Typho. Padmé pudo ver que incorporaba al astromecánico en su plan de defensa, aunque fuera por hábito—. Hay una ventaja en usar droides para la seguridad. La gente sospecha cuando hay guardias alrededor, pero es más probable que no den importancia a un droide.

—¿Lo ves? —dijo Padmé—. Puedo pensar en mi propia seguridad cuando tengo que hacerlo.

—Me siento orgulloso, mi señora —expresó Typho con sequedad—. Pero aún tengo que buscar que Mariek lo apruebe antes de que la dejemos intentarlo.

—Por supuesto, Sargento Typho —convino.

Juntos abordaron el transbordador, y Typho indicó al conductor que los regresara a la residencia senatorial. Padmé observó Coruscant mientras volaban. El Templo Jedi brillaba bajo el sol de la tarde, y Padmé sintió una puñalada de culpa. Había dejado de buscar a Shmi Skywalker y era porque no sabía cómo seguir adelante. Sentía como si hubiera roto una promesa, aunque no había hecho una, y no sabía qué otro camino seguir, aparte de confiar en ese sistema del que Sabé había encontrado evidencia en el propio Tatooine. No le gustó tener que dejar de lado su búsqueda.

Miró más allá de las luces brillantes de los pisos superiores de Coruscant, con gente adinerada, hasta fijar la vista, abajo, en las partes más pobres y más peligrosas de la ciudad planetaria. No podía ver muy lejos. Tenía la idea de que así era como le gustaba a Coruscant. Naboo había intentado eso alguna vez: dividir la población contra su propia voluntad, y el resultado había sido casi el fin del mundo. Padmé decidió prestar atención, no solo escuchar y pasar la vista, sino ver a fondo.

# CAPÍTULO 12

Sabé tomó un trago de su caf, que era de baja calidad, y se esforzó por no parecer impaciente. Ese contacto en particular era crónicamente impuntual pero entregaba información confiable, así que esperaba que el tiempo dedicado resultara productivo. Kooib-s Guvar era una holoperiodista de una de las cadenas de noticias con mayor prestigio de Coruscant, pero tenía también un segundo empleo en un establecimiento con mucha menor reputación, escribiendo en tabloides para ganar unos créditos extra. Como jugaba para ambos bandos, siempre tenía el mejor acceso. Tonra había hecho el contacto inicial, fingiendo ser un estudiante de periodismo dispuesto a hacer *cualquier* cosa con tal de entrar en el mercado, y se lo pasó a Sabé antes de que las cosas tomaran un tinte más serio.

El lugar de reunión era el preferido de Tonra: un merendero no completamente horrible llamado Dex's. Sabé tuvo que admitir que la comida era bastante decente. Más importante aún, la clientela era bulliciosa y cambiaba rápidamente, lo que proporcionaba un buen encubrimiento. Ese día, Sabé estaba en uno de los gabinetes: dos bancas duras de plastiacero con una mesa en medio. Tonra prefería el mostrador, donde podía sentarse en un taburete y mirar al propietario de varias extremidades mientras trabajaba en la cocina, pero a Sabé no le gustaba tener la espalda expuesta.

—Tsabin —saludó Kooib-s, mientras se deslizaba en la otra banca, frente a ella.

Kooib-s era una humanoide sin cabello, apenas un poco más alta que Sabé. Tenía piel púrpura moteada, brillantes ojos azules, nariz amplia y dientes puntiagudos. Poseía siete dedos en cada mano, y Sabé supuso que también en los pies, aunque difícilmente se atrevería a pedirle que se quitara los zapatos. La parte superior de la cabeza estaba rodeada con pequeños picos rojos que terminaban en una aguja finísima de dos centímetros desde el cráneo. Era de poca educación quedársele mirando, pero Sabé terminó hipnotizada por el aspecto de Kooib-s. No siempre sentía atracción por seres no humanos, pero sucedía en ocasiones, sobre todo con hembras interesantes.

—¿Qué me conseguiste? —preguntó Sabé, mientras llamaba al droide de servicio y ordenaba dos cafs más. Los depositaron en la mesa de inmediato, y Kooib-s levantó uno y lo olfateó.

—¡Puaj! —exclamó con desagrado y dejó la taza sobre la mesa—. La senadora de Chandrila ofrecerá una fiesta la semana próxima. Se sospecha que usará la reunión como encubrimiento para hablar con unos cuantos senadores cuidadosamente elegidos, pero no sabemos sobre qué.

—¿Por qué te interesa lo que la senadora de Chandrila haga en una reunión privada? —inquirió Sabé.

—Porque no es una reunión privada —respondió Kooib-s—. Por primera vez, va a ser anfitriona de una gala pública, de modo que las cadenas de noticias estarán allí con todo su equipo.

—¿Cómo espera tener una conversación privada entonces? —Sabé había investigado sobre Mon Mothma y la mujer no era nada tonta.

—Planea invitar a alguien como distracción —informó Kooib-s.

Sabé suspiró. La lista de posibles distracciones era muy corta.

—¿Sabes? Voy a descubrirlo —afirmó Kooib-s.

—¿Descubrir qué? —Sabé era nueva en este juego en particular, pero estaba acostumbrada a no mostrar expresión alguna.

—Lo que quieres —respondió Kooib-s—. ¿Por qué siempre tienes tanto interés en el Senado?

—Me gusta saber qué es lo que persigue el gobierno —repuso entre dientes—. Soy una ciudadana preocupada.

—Por supuesto —dijo Kooib-s—. Y yo soy una bailarina del Teatro de Ópera de la Galaxia.

Sabé la miró de arriba abajo.

—Podrías serlo.

—¡Tsabin! —exclamó Kooib-s, mientras colocaba una mano sobre lo que Sabé supuso que era el centro de su sistema cardiopulmonar. La periodista se rio—. Debes dejar el coqueteo a Tonra. Él es mucho mejor en eso.

—No resulta particularmente tranquilizador —replicó Sabé.

—Tan solo necesitas verlo en acción —sugirió Kooib-s, con una sonrisa—. No soy la única que podría encajar en el teatro de la ópera.

Vació el caf en el piso, debajo de la mesa, para consternación de los droides de servicio, y se fue. Sabé pagó la cuenta, pero se quedó mirando su propia taza, aunque se estaba enfriando.

Necesitaba encontrar un nuevo contacto. Si Kooib-s los estaba investigando, aunque solo fuera para mantenerlos atentos, podría descubrir su verdadero propósito. No le gustaría perder la ayuda de Kooib-s, pero era mejor ir a la segura. Nadie podía saber que el principal interés de Sabé en el gobierno era la Senadora Amidala. A partir de ahora, solo utilizarían a Kooib-s Guvar cuando agotaran sus otras opciones.

El droide estaba dando vueltas, esperando evidentemente que Sabé se fuera y dejara libre la mesa, así que eso fue lo que hizo. Mantuvo la puerta abierta para que saliera un niño con cabello y ojos oscuros, que luchaba con el peso de una enorme charola con comida para llevar. Él se le quedó viendo por un momento y luego posó la mirada sobre la muñeca de ella, donde llevaba el intercomunicador que la enlazaba con Tonra. Era un dispositivo tecnológico costoso que había maltratado para que pareciera más barato, pero evidentemente no engañó al niño ni por un instante. La miró a los ojos de nuevo y ella apretó la boca.

—Lo siento, señora —comentó. Luego, pasó por debajo de su brazo con la charola y se escurrió por la calle.

Sabé lo miró alejarse, tomó nota mental de modificar aún más el intercomunicador lo antes posible y regresó al departamento que ella y Tonra habían rentado. Usó el baño,

recogió una bolsa de fruta durang seca de la cocina y se encerró en el clóset adjunto a su dormitorio. Escaneó en busca de dispositivos de escucha y luego activó la señal que llamaría la atención de Padmé, o de Versé si Padmé no estaba en casa.

—¿Sabé? —El holograma de Versé apareció frente a ella.

—Necesito hablar con Padmé cuando regrese a casa —indicó Sabé—. Es demasiado importante como para entretenernos en fijar una hora, así que esperaré.

—Podría tardarse mucho —informó Versé.

—Traje bocadillos —le comentó Sabé.

—Muy bien —convino Versé—. Se lo haré saber.

El holograma se desactivó, con lo que el clóset quedó hundido en la oscuridad. Sabé se estiró lo mejor posible y se acomodó para esperar.



Padmé llegó a casa sin ganas más que de una conversación simple con la gente en quien confiaba. Mientras más pensaba en él, su encuentro con Mon Mothma resultaba más desconcertante, y el críptico té con la Senadora Bonteri solo la había vuelto más paranoica. Apenas se había quitado el vestido senatorial y se había puesto la bata verde para descansar cuando entró Versé.

—Sabé quiere hablar con usted —le informó. Al ver que Dormé y Cordé estaban ocupadas poniendo el vestido de vuelta en el guardarropa, empezó a bajar el cabello de Padmé—. Dijo que esperaría junto al transmisor en lugar de fijar una hora.

Padmé suspiró.

—¿Hace cuánto tiempo? —quiso saber.

—Unas dos horas —indicó Versé—. Tenía bocadillos.

—No me esperen a cenar —avisó Padmé—. Solo consígueme algo caliente.

—Muy bien —convino Versé—. Además, recibió esto.

«Esto» era una holograbadora desechable, del tipo que podía programarse para reproducir un mensaje y almacenarlo pero no para transmitirlo. Padmé la activó y se sorprendió cuando un diminuto holograma de Mon Mothma apareció en su mano.

—Senadora Amidala —saludó la figura—. Me gustaría invitarla a usted, sus tres asistentes y todos los guardias que considere necesarios a un evento de gala que estoy organizando para la siguiente semana.

—¿Nosotras tres? —quiso confirmar Cordé, pero se quedó callada cuando el mensaje continuó.

Padmé escuchó los detalles y pasó el dispositivo a Dormé, quien las incluiría en la agenda.

—Hablaré primero con Sabé y luego me encargaré de esto —indicó.

Las tres hicieron una reverencia y la dejaron sola. Padmé retiró del escritorio el transmisor que estaba conectado con el departamento de Sabé y lo encendió.

—¿Qué noticias me tienes? —preguntó cuando apareció la figura de Sabé.

—La Senadora Mon Mothma ofrecerá una gala —informó Sabé.

—Lo sé. Acabo de recibir la invitación. Es para mí, mis tres doncellas y un par de guardias.

—Eso es magnánimo —comentó Sabé—. Mis fuentes piensan que Mothma usará la gala como encubrimiento para entablar pláticas privadas con senadores afines, aunque no saben el tema sobre el que los senadores estarán de acuerdo.

—No puede hacerlo en público —comentó Padmé—. A menos que haya una…

—Distracción —terminó Sabé.

—Qué mejor distracción que la Senadora Amidala —dijo Padmé. No era una pregunta.

—¿Irá? —interrogó Sabé.

—Tengo que hacerlo. Están esperando a tres doncellas, así que cambiar a una por mí es demasiado riesgoso. Todas han pasado tiempo en el edificio del Senado como apoyo visible para la persona de la senadora. «Padmé» no tiene el anonimato que solía tener, sobre todo si alguien está contando capuchas.

Padmé tamborileó sus dedos sobre la superficie del tocador, mientras su mente zumbaba al recorrer las posibilidades.

—No puedo ser el centro de atención de la gala —comentó al fin—. Tengo que escuchar de qué están hablando, en realidad. Tengo que verlo. Su tono y lenguaje corporal, no solo un informe de eso. Tuve una conversación muy extraña con Mon Mothma hoy, y después una aún más extraña con Mina Bonteri. Ambas querían hablar sobre mi lealtad a la República, pero creo que hay algo más grande en juego y tengo que saber de qué se trata.

—¿Cuántos guardias puede llevar? —preguntó Sabé. La imagen parpadeó y Padmé sabía que estaba anotando cosas.

—Todos los que considere necesarios —respondió Padmé, con las mismas palabras de la invitación—. Tengo el complemento estándar de seis, pero nunca los uso todos al mismo tiempo.

—Yo podría ir como una de sus guardias —sugirió Sabé—. Podríamos cambiar lugares después de que pasemos toda la seguridad.

—¿Quieres hacer un cambio en el lugar, en un sitio desconocido? —Padmé exigió una aclaración—. No hemos hecho eso en mucho tiempo.

—Tendríamos una semana para prepararlo —señaló Sabé—. Eso es casi ciento sesenta y siete horas más de las que tuvimos para prepararnos ante la invasión de Naboo.

—¿Crees que puedas aprender todo acerca del Senado en ese tiempo? —preguntó Padmé—. En algún momento tendrás que dormir.

—Puedo hacerlo —aseguró Sabé—. Fui quien le sirvió mejor como señuelo porque no había nadie mejor para fingir que era usted. Aunque no conozca todos los detalles, puedo decir lo que usted diría.

—Me sentiría aún más cómoda si vinieras aquí por una semana para que pueda ponerte al tanto —sugirió Padmé—. ¿Tonra estará bien si se queda solo?

—Sí —confirmó—. No se pondrá feliz, pero estará bien.

—No creo que Typho y Mariek se pongan felices, tampoco —reconoció Padmé—. Si tomamos en cuenta que Panaka nos entrenó específicamente con la maniobra de señuelo en mente, los guardias se molestan mucho cuando la ponemos en práctica.

—Por lo menos esta vez les informará —mencionó Sabé—. Eso los hará sentir un poco mejor.

—Espero que tengas razón —dijo Padmé—. Versé transmitirá los detalles sobre cómo te introduciremos en la residencia en cuanto lo ideemos. No necesitas esperar cerca del transmisor para que se comuniquen contigo.

—Bien —aceptó Sabé—. Hay muy poco espacio en este clóset, y puedo escuchar que Tonra da vueltas afuera. Creo que empieza a ponerse nervioso.

—Ve a contarle del plan —pidió Padmé—. Estaremos en contacto.

Sabé asintió; luego, su imagen parpadeó y desapareció. Padmé tomó un momento para reponerse. Miró al espejo y se dio cuenta de que Versé había quitado todos los pasadores pero no había tenido tiempo de desenrollarle el cabello. Se veía extraña, y se preguntó por qué Sabé no dijo una palabra de eso. Se tomó unos momentos para arreglar el desastre y luego entrelazó el cabello en una sola trenza que le cayó por la espalda. Se puso un par de sandalias suaves y fue en busca de la cena.

Las demás iban a la mitad de sus pimientos rodianos rellenos cuando llegó a la mesa, y Cordé apartó la tapa del platón que los había mantenido calientes para ella.

—¿Qué quería Sabé? —preguntó Mariek.

Padmé les dio los detalles de la información que Sabé había reunido sobre la fiesta y el plan que habían ideado.

—Tres doncellas, tres guardias —comentó Mariek—. Se verá muy bonito cuando las cadenas de noticias publiquen imágenes nuestras. Tendremos que llevar la versión completa del uniforme de Naboo con la gorra, para que disimulemos un poco el rostro de Sabé.

—¿Ese es tu único problema? —intervino Typho.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Mariek—. Pero van a hacerlo, y esta vez nos hicieron partícipes, de modo que voy a ofrecer una crítica constructiva.

—Gracias, capitana —contestó Padmé.

—Velo por el lado bueno, Typho —intervino Dormé, quien puso una mano en el brazo del sargento—. La senadora estará vestida con una armadura repelente a blásteres y tú te mantendrás de pie junto a ella casi toda la noche.

—Hasta que corra para escuchar a escondidas lo que quiere saber —supuso Typho—. Aunque me da gusto lo de la armadura.

—Prometo que me quedaré lo más cerca posible de ti —aseguró Padmé, con una sonrisa maliciosa—. Aunque estoy suponiendo que nos darás algo de espacio cuando nos cambiemos.

Él se sonrojó.

—¿Cómo vamos a meter a Sabé? —preguntó Dormé, lo que los regresó con gracia al tema.

—¿No funcionaría mejor un simple cambio? —sugirió Cordé—. Quiero decir, ¿y si uno de sus guardias sale, encuentra a Sabé en algún lugar y entonces ella regresa?

—Estoy de acuerdo —mencionó Mariek—. No puede ser el departamento, obviamente, pero estoy segura de que podremos encontrar un lugar.

—¿A quién enviarías? —quiso saber Padmé.

—Corin —indicó Typho—. Es el único de estatura baja.

—Le haré arreglos al uniforme para que les quede a usted y a Sabé —indicó Dormé—. Y empezaré a escoger lo que vestirá Amidala. Tendrá que ser un vestido elaborado para justificar un tocado y el maquillaje que necesitaremos. Además, tendré que asegurarme de que el kit de maquillaje sea portátil para que podamos usarlo de nuevo en el lugar.

—Dos veces —indicó Typho—. Es posible que también tengamos que cambiarlas de nuevo en la fiesta.

—Como en los viejos tiempos —comentó Mariek, con una sonrisa—. Será mucho más fácil porque el planeta no estará a punto de ser invadido por neimoidianos asesinos.

—Pero no menos difícil —comentó Padmé—. Versé, quiero que averigües todo lo que puedas sobre el lugar. Necesitamos saber cómo será la seguridad interna. Si necesitas que alguien realmente vaya y lo mire, envía a Tonra.

Después de eso, Padmé por fin empezó a comer su pimiento. Versé había estado jugando una vez más con la programación del droide de cocina. Este pimiento estaba notablemente más condimentado que en intentos anteriores, mientras Versé trataba de compensar el código base de Coruscant del droide. Sonrió, con la boca todavía llena, y Versé respondió con una amplia sonrisa. Los otros terminaron de comer, y Padmé les permitió regresar a sus tareas. Pronto se quedó sentada sola, aunque Typho no se había alejado más allá de la puerta.

En secreto, le avergonzaba reconocer cuánto disfrutaba la maniobra del señuelo. Era peligrosa y solo se usaba cuando resultaba absolutamente necesaria. Habían hecho versiones modificadas de ella varias veces desde la llegada a Coruscant, pero solo un verdadero intercambio (con Padmé y el señuelo presentes), esa vez cuando el droide NON se había descompuesto (una descompostura aún no explicada, aunque todos conocían la afinidad de la Federación de Comercio con los droides). Ahora lo harían de nuevo, por la curiosidad y la ambición política de Padmé, y aunque estaba segura de que era lo correcto, no lo estaba de poder confiar en su propio juicio. El plan pondría en peligro a Sabé, por quien ella se preocupaba muchísimo. Demasiadas cosas podían salir

mal; ellas mismas se podían poner en evidencia de mil maneras, y el daño sería irreparable.

Eso le *encantaba*.

Adoraba la emoción que acompañaba al hecho de mirar que alguien hablaba a Sabé pensando que le estaban poniendo atención a Amidala. Le encantaba la manera en que la gente la atravesaba con la mirada a ella, Padmé Naberrie, como si no fuera nadie. Le agradaba mucho tomar esa nada y usarla para sus propios fines. Sí, era por seguridad, y sí, sus intenciones eran tan nobles como lo habían sido en Naboo. Aun recordaba cómo había mirado al Capitán Panaka por encima de la cabeza de Sio Bibble y él había asentido para indicar que era el momento.

«Somos valientes, Su Alteza».

Todos eran valientes. Así era como se elegía a las doncellas, o por lo menos era una parte importante de ese proceso. Por eso Saché tenía cicatrices en cada parte de su cuerpo: porque eran valientes. Padmé nunca se permitiría olvidarlo, nunca se permitiría menospreciar lo que sus amigas habían hecho por ella y porque confiaban y creían que estaba haciendo lo correcto. Habían permanecido junto a su reina, estaban a su lado ahora, y ella haría todo lo posible para asegurarse de merecer su lealtad.

Se tocó el cuello en busca del medallón y olvidó por un momento que ya no lo llevaba puesto. Se lo había dado a Sabé como regalo de aprecio: dos niñas en un planeta, que observaban el cielo cubierto por naves que las bloqueaban. Había sido un gesto infantil, aunque no menos genuino por su inocencia, y uno de los últimos de ese tipo que había hecho. La Federación de Comercio se había ocupado de eso. Sabé intentó devolverle el collar después de la Batalla de Naboo, como Padmé había indicado, pero entonces había cambiado de opinión y le dijo a Sabé que podía conservarlo, como agradecimiento de un planeta que nunca apreciaría por completo lo que había hecho.

Ahora Padmé llevaba uno diferente, uno que era personal y no tenía nada que ver con la gente de Naboo. Estaba hecho a mano, como todos sus mejores tesoros, y era para que le diera suerte y le hiciera conservar los recuerdos. A Padmé no le gustaba depender de la suerte y muy pocas veces necesitaba ayuda para recordar algo, pero era útil tener algo en qué concentrar sus pensamientos.

Terminó lo último de la cena, aunque se había enfriado. Se aseguró de que Typho estuviera bien y, cuando él asintió, se acercó a la ventana y se permitió perderse en el brillo de las luces.

# CAPÍTULO 13

La Senadora Amidala llevaba un vestido de un rojo tan oscuro que parecía negro. Las mangas eran largas y casi llegaban al suelo cuando caminaba, y el collar de ornato tenía cientos de pequeñas cuentas de oro enhebradas. Llevaba el cabello recogido en docenas de trenzas, y cada una formaba un bucle apretado que se mantenía con pasadores en la parte baja de la nuca. De ellas surgían tres círculos de metal entrelazados, sobre los que se habían tejido hilos iridiscentes en telarañas de brillo tenue. Cuando se daba vuelta y la luz caía sobre los pliegues de la tela, el escarlata y el carmesí brillaban desde el interior, pero si se le miraba deprisa, no se notaba nada de eso, aunque en realidad nadie miraba a la Senadora Amidala deprisa.

Cuando ella y sus acompañantes bajaron los amplios y alargados escalones, todas las cabezas voltearon en su dirección. Padmé respiró profundamente. Si iban a mirar, haría que fuera en sus propios términos. Se aseguró de reflejar cada rayo de luz en el ángulo correcto, desplazándose con lentitud mientras la falda de aspecto pesado rozaba alrededor de los pies. En realidad no le estorbaba mucho (el diseño de Naboo era demasiado bueno para eso), pero parecía lo contrario, lo que la hacía ver más poderosa en el momento.

Encontró a Mon Mothma entre la multitud. Había una sonrisa de satisfacción en el rostro de la chandrilana cuando todas las grabadoras en los jardines se dieron vuelta para seguir la entrada de Padmé.

«Le mostraré», pensó Padmé. «Le mostraré lo que podemos hacer juntas».

Fueron escoltados por uno de los asistentes de Mon Mothma (quien, mientras tanto, los revisó discretamente), hasta un asiento a plena vista de cada terraza, donde podrían refrescarse antes de mezclarse con los demás. Versé fue despachada con su orden de bebidas. Regresó después de unos momentos con un pequeño droide detrás, mismo que de inmediato vertió una copa de vino Toniray en la orilla del vestido de Amidala. La senadora se retiró al tocador con dos de sus ayudantes y un guardia, pero no antes de tranquilizar con gracia al muy alarmado droide de protocolo, que vino a ver de qué se trataba todo ese ruido. Versé ya había reprogramado al droide de servicio y lo envió lejos.

Dormé había hecho un trabajo increíble, y dos veces esta noche, además. Había practicado en Cordé durante una semana, recortando el tiempo que le tomaba aplicar el maquillaje y construir el peinado, hasta que logró hacer todo en menos de diez minutos. Cuando ella, Padmé y Sabé se encerraron en el tocador después de obtener el permiso de seguridad, Dormé pudo haber hecho el cambio completo hasta dormida.

—Das miedo —le había murmurado Typho en el oído cuando la senadora, la doncella y la guardia salieron y se reintegraron a la fiesta.

—Lo sé —afirmó Dormé—. Esa es una de las razones por las que te agrado tanto.

La gala se celebró en uno de los jardines públicos de los pisos superiores de Coruscant. De día, el espacio era un mercado de alta tecnología, con un piso central en forma de círculo y amplios escalones en estratos que subían hacia tres lados. Los jardines estaban en esos estratos, y cada uno sustentaba un bioma diferente. Habían ocultado los

gabinetes que solían flanquear los corredores y, en su lugar, había cómodos asientos, mesas con refrigerios y los residentes mejor conectados que Coruscant podía ofrecer.

La Senadora Amidala era un blanco popular para cualquiera que tuviera un dispositivo de grabación, pero Sabé observó que una gran cantidad de senadores también la buscaban para saludarla. Estaba agradecida por las sesiones de estudio intensivo con Padmé. Conocía el nombre de casi todos por la lectura de informes, pero relacionarlos con los rostros era algo completamente nuevo.

—Senadora Amidala, qué gusto verla —surgió una voz, a la derecha.

Sabé se dio vuelta, lo que resultó toda una proeza con el vestido, y vio que todas estaban por enfrentar la primera prueba real de la noche. Esperó que Padmé se hubiera bajado la gorra.

—Senador Farr —saludó Sabé en el tono modificado que Padmé había desarrollado para que Amidala lo usara en funciones sociales. Era mucho más flexible de lo que había sido la voz de la reina. El afecto que ahora infundió a sus palabras no era fingido: también le tenía cariño al senador rodiano que había sido uno de los más antiguos amigos del padre de Padmé.

Onaconda Farr resplandecía esta noche con un traje azul iridiscente que hacía que sus ojos destellaran con aún mayor brillo del que hubieran tenido bajo la luz del atardecer. Estaba sonriendo, por lo menos a la manera de los rodianos, y ya sostenía una copa en la mano izquierda.

—Es un gusto verte por fin, querida —dijo Farr. Rebasó lo que Sabé hubiera considerado una distancia segura, pero como viejo amigo tenía derecho a hacerlo—. Esperaba que nos encontráramos antes, pero supongo que primero querías establecerte por completo.

—Sí —confirmó Sabé. Las doncellas y los guardias se habían desplazado al lado de los corredores para permitir que otros pasaran mientras los senadores hablaban. Padmé permaneció atrás, con Typho—. Me da gusto que lo comprenda. Ya es suficientemente difícil ser nueva y, a pesar de lo mucho que apreciaría su guía y su tutelaje, no deseo que se me vea como alguien que depende de las conexiones de mi padre, entre otras cosas.

—¡Muy bien! —exclamó Farr—. Es una acción inteligente, aunque ambos desearíamos otra cosa. Por supuesto, yo era muy cercano a Valorum. Pero ¿te está yendo bien?

—Sí —confirmó Sabé—. Estoy empezando a acostumbrarme.

Sabé había sido siempre el mejor señuelo por varias razones, y una de las principales era que podía decir verdades como Amidala con convicción, porque también lo eran para ella. Ya *formaba* parte de Coruscant. Representaba un trabajo complicado, abrumador, pero estaba encontrándole el ritmo. Incluso estar ahí esa noche como Amidala era parte de la treta, y se sintió completa por primera vez desde que había puesto un pie en Tatooine.

—Excelente —comentó Farr—. Por favor, no dudes en llamarme si lo deseas. Estoy seguro de que ya pasamos el periodo de la sospecha, por lo menos, y no es necesario evitarnos. Todos sabrán que ya eres una senadora por derecho propio, o nunca lo sabrán.

Alguien gritó el nombre del senador desde otro piso, y el rodiano se retiró cortésmente. Sabé escuchó que Dormé exhalaba ruidosamente junto a ella, pero nadie más tuvo algún tipo de reacción.

Siguieron mezclándose con la concurrencia. Amidala saludó a los senadores Bonteri y Clovis (este último también rebasó lo que Sabé consideraba la definición de distancia segura). Igualmente, Cordé se acercó para atraer parte de su atención, pero Sabé solo se relajó cuando él siguió su camino. Padmé iba a tener problemas con ese chico si no era cuidadosa. Por supuesto, Sabé también estaba segura de que podría manejarlo. Era más probable que Clovis fuera a tener problemas con Sabé.

Había dispositivos de grabación por todos lados, como lo había sugerido el análisis de Versé. Además de los droides y la seguridad que eran parte del diseño del parque, Mon Mothma había incluido sus propias medidas. Varios de los senadores y todos los holoperiodistas habían traído droides personales. Padmé había dejado atrás a R2-D2, porque decidió que no era un buen momento para que el droide hiciera su primera aparición pública. Las doncellas también eran guardias personales, aunque casi nadie estaba al tanto de ellas, y sus memorias eran casi tan eficientes como la del pequeño astromecánico.

Al final, Sabé llegó a una banca que era lo bastante ancha para que pudiera sentarse con ese vestido. Habían decidido que lo más lógico era que Amidala se quedara en un solo lugar, pero se habían sentado inicialmente demasiado cerca de la entrada y, por tanto, era poco práctico. La gente vendría hasta ella y formaría una multitud, que a la larga atraería más atención. También serviría como encubrimiento cuando dos de sus guardias se apartaran para dar una caminata. Sabé se dio vuelta y extendió los brazos para que Dormé y Versé la ayudaran a sentarse sin aplastar el vestido, y quedó instalada, como lo había estado en el trono de Naboo, excepto que esta vez se parecía más a una pieza decorativa que en cualquier otro momento en que hubiera sido señuelo de la gobernante.

Dormé y Versé se sentaron junto a ella mientras Cordé permanecía de pie (ostensiblemente, para buscar cualquier cosa que necesitara), y Mariek tomó su lugar al otro lado, de pie en posición de descanso. Padmé y Typho se movieron para permanecer detrás de la banca, lo que permitía que todo el peso del pelo y el cuello de Amidala los ocultara de la vista.

Mon Mothma apareció, con su propio grupo detrás. Dos o tres holograbadoras descendieron justo dentro del rango de escucha.

—Senadora Amidala —saludó Mon Mothma—. Es maravilloso verlos a todos ustedes aquí juntos. Hay mucha curiosidad sobre sus acompañantes, como estoy segura de que lo sabe.

Esa fue la pista que esperaba Dormé para intervenir. Se puso de pie e hizo una reverencia ante la senadora.

—Espero que podamos responder cualquier pregunta sobre nuestro servicio a la senadora, la República y nuestro propio planeta de origen, Naboo, esta noche —expresó—. Es una oportunidad maravillosa para nosotras y nuestra primera oportunidad de aparecer en público desde que llegamos con la Senadora Amidala.

—Gracias por incluirnos en la invitación, senadora —intervino Cordé. También hizo una reverencia.

—Por supuesto —dijo Mon Mothma—. Deben disculparme. Como anfitriona, deseo saludar a cada uno de los invitados y parece que todo mundo se ha reunido aquí.

—Espero con gusto la oportunidad de hablar con usted más adelante, senadora —comentó Amidala—. Una vez que haya cumplido con sus obligaciones.

Mon Mothma se alejó y, a su paso, aún más droides grabadores y similares se agruparon alrededor de donde estaba sentada Amidala. Sabé percibió movimiento detrás de ella y supo que Typho y Padmé estaban apartándose. En silencio, les deseó suerte y luego concentró toda su atención y encanto en el campo de batalla que se desplegaba frente a ella.



Fue un alivio notable que llevara pantalones. Padmé pudo seguir fácilmente el paso del Sargento Typho, y los dos se movieron con fluidez entre los estratos llenos de gente mientras encontraban el que sería el mejor puesto de observación. Nadie se interpuso en su camino, como lo hubieran hecho con Amidala, pero Padmé no necesitaba que lo hicieran. Era mucho más cómodo dar vuelta en las esquinas sin que sintiera la necesidad de mantener su integridad estructural.

—Había olvidado todo lo que el entrenamiento del Capitán Panaka recorrió en ambos sentidos —comentó Typho en el intercomunicador privado, conectado en el gorro del uniforme ceremonial—. Pasamos tanto tiempo asegurándonos de que las doncellas pudieran actuar como usted, que olvidamos a cuánta gente podría representar usted.

—Tal vez eso fue parte del plan —aventuró Padmé—. Extraño a tu tío, ¿sabes? El resto de ustedes es excelente, y confío en ustedes por completo; aun así, él era único en su tipo.

—Me imagino que resultó difícil para usted perderlos a él y a las otras doncellas —comentó Typho—. Sé que fue por razones muy diferentes, pero aun así representó una pérdida y ha tenido que seguir adelante con un equipo de apoyo completamente nuevo.

—Siempre sentí que estaba apartando al Capitán Panaka de su familia. Estaba tan concentrado en mí, o más bien en el trono, que nunca hizo nada más —confesó Padmé.

—Siempre fue así —asintió Typho—. Mariek me contó que su obsesión con la seguridad era lo mejor que pudo sucederle, porque le dio algo en que trabajar. Aunque haya terminado así.

—Trato de darle espacio a tu familia, pero sabes que si alguna vez necesitas algo, puedes pedirlo, ¿verdad?

—Lo sé —admitió Typho—. Igual que Mariek, Versé y, creo que hasta cierto punto, también Quarsh. Pienso que todo mejorará después de que se complete el pulso de iones y tengamos algo de tiempo para ajustarnos.

—Ha representado un desafío para todos, pasar de ser personal de la reina a serlo de la senadora —dijo Padmé—. Pero creo que nos hemos sobrepuesto ante él.

—Estoy de acuerdo —concedió Typho—. Ahora, como por el momento tengo mayor rango que usted, por qué no revisa el bioma del desierto y yo subo uno más y reviso la selva tropical. Dejé su intercomunicador abierto.

—Tendré que limpiar el uniforme de Corin —dijo Padmé, con un suspiro. Siempre parecía terminar ante un desastre cuando estaba disfrazada. Por lo menos, limpiar el uniforme sería más fácil que quitar los raspones de carbón de un droide.

Typho le sonrió y empezó a trepar al estrato de la selva. Padmé se abrió paso entre el bioma del desierto, maravillándose de lo bien diseñados que estaban los jardines: hasta el aire era seco. Caminó decidida entre los arreglos de plantas carnosas y los grupos de asistentes, mientras trataba de localizar a Mon Mothma de la manera más casual posible.

—La tengo —informó Typho en su oído—. En el piso de la selva tropical, tercera sección.

—¿Encubrimiento? —quiso saber Padmé, mientras regresaba a la escalera por la que acababa de pasar y empezaba el ascenso.

—Sobre todo arbustos bajos, pero hay un par de árboles más grandes —informó.

—Voy en camino —avisó Padmé—. Ve si puedes encontrar un buen lugar para ocultarse.

—Estoy en eso. Organa está con ella, también su amigo Farr y un par más que no puedo ver con claridad.

—¿Bonteri? —preguntó Padmé. Llegó al piso de la selva y empezó a abrirse paso entre la maleza, en lugar de tomar el sendero.

—No la veo —indicó Typho—. Creo que escogieron este piso porque las holograbadoras tendrían que estar justo encima de ellos para grabar. Apenas puedo distinguir algo.

—¿Qué me dices del sonido? —quiso saber Padmé. Su respiración era un poco entrecortada por el rápido ascenso entre el bioma, aunque también dio un ligero salto sobre un tronco. Reflexionó que debía agregar algún tipo de actividad física y entrenamiento de seguridad a su rutina diaria, aunque solo fuera para seguirles el ritmo a sus propios guardias.

—Muy bueno. ¿Ya llegó aquí?

—Estoy justo detrás de ti —indicó Padmé, todavía un poco sin aliento. Era de reconocerse que él no hubiera saltado.

Se movieron en silencio por un momento, tratando de encontrar un buen puesto de observación, pero la cubierta de los árboles era demasiado efectiva como pantalla.

—No está bien —se quejó Padmé—. Hicimos todo esto —señaló el disfraz— para poder *verlos* —levantó la vista con expresión contemplativa—. ¿Puedes cargarme en tus hombros?

—Solo el tiempo suficiente para que se cuelgue de esas ramas —respondió—. Mire, tome impulso.

Unió las manos y se preparó para recibir el peso de Padmé, quien se apoyó en ellas y trepó, usando el tronco del árbol para equilibrarse, hasta quedar de pie sobre sus hombros.

—Un poco a tu izquierda —pidió.

Typho dio dos pasos temblorosos a la izquierda, y Padmé se estiró para alcanzar la rama. La apretó y se empujó hacia arriba. Cuando quedó firme, se abrazó al tronco de nuevo y miró abajo, a donde los senadores estaban agrupados. Desde el punto de observación, por encima de sus cabezas, tenía una vista clara de ellos. Pasó la mirada alrededor en busca de cámaras o medidas de seguridad y, cuando no encontró una sola, volvió a prestar atención a lo que sucedía en el suelo.

—Simplemente no estoy seguro de que podamos confiar en ella —comentaba Farr.

Padmé se sintió herida. Pensaba que por lo menos el viejo amigo de su padre confiaría en ella.

—Está recibiendo transmisiones con cifrado muy hermético de fuera del planeta y no hablará de ellas —continuó el senador.

Padmé frunció el ceño, confundida por un momento. No estaba recibiendo transmisiones de nadie que no fuera Sabé y aunque ella usaba una señal cifrada, no trataba de disfrazar el hecho de que venían de Coruscant.

—Trata de reclutar a la Senadora Amidala para que la apoye en lo que sea que esté haciendo —comentó Organa.

Se hizo la luz en el cerebro de Padmé. No estaban hablando de ella, sino de la Senadora Bonteri.

—¿Debemos dejarla? —preguntó Mon Mothma—. Quizá sería más fácil influir en la Senadora Amidala.

—No creo que deban subestimarla —advirtió Organa—. Ella no dejará que la usen, y es demasiado inteligente como para no darse cuenta de que lo están haciendo, si lo intentan.

—¿Ella es leal? —interrogó Mon Mothma—. ¿Naboo es leal?

—Creo que sí —aseguró Farr—. Y Naboo también. El planeta seguirá su guía.

—Creo que debemos arriesgarnos a preguntarle directamente —sugirió Organa—. Esta noche, si podemos apartarla de su séquito.

El estómago se le hundió hasta las botas.

—Oh, no —murmuró Padmé.

—¿Qué? —preguntó Typho.

—Voy a bajar —avisó.

—Baje por el tronco, no salte —ordenó Typho, aunque saltar sería más rápido—. El piso es demasiado irregular para un aterrizaje decente.

—¿Estás conectado con Mariek? —Padmé empezó a bajar con dificultad.

—No en este canal —respondió. Se estiró para guiar los pies de ella de vuelta a sus hombros y se quejó cuando ella acomodó su peso encima de él—. Pero puedo cambiarlo. ¿Por qué?

—Dile que haga que Dormé y Sabé me encuentren en los tocadores —pidió Padmé—. El Senador Organa quiere tener una plática seria con Amidala, y no puede ser con Sabé por la misma razón que Sabé no podría trepar este árbol. Van a confiar en *mí*, así que debo ser yo con quien hablen.

Se recargó contra el tronco del árbol y se deslizó hacia abajo por la espalda de Typho con toda la gracia que la prisa le permitió, que era lo mismo que decir que no fue mucha. No se quedó para escuchar a Typho retransmitiendo la orden, sino que se dirigió a la escalera con toda la rapidez casual que pudo. Un guardia a la carrera atraería la atención, y tenía que evitar eso ahora, más que nunca. Bajó las escaleras, pasó por el bioma del desierto y recorrió todo el camino de regreso al exhibidor circular que estaba en el centro del jardín. A medio camino, quedó atorada detrás de una multitud de ithorianos que se movían con lentitud y que se negaron a apartarse del camino, aun después de verla. Le tomó casi cinco minutos abrirse paso cortésmente entre ellos, y para entonces ya estaba segura de que Organa iría delante de ella.

Por fin llegó abajo. Vio que Dormé y Sabé se dirigían al tocador y se arriesgó a ver al otro lado de la plaza, a la escalera por la que, con toda probabilidad, habría de descender el Senador Organa. No estaba allí, así que tomó su lugar detrás del hombro derecho de Amidala. Ya casi había llegado.

El Senador Organa apareció por una entrada diferente, justo enfrente de ellas. Se acercó para entablar conversación con Amidala, pero casi de inmediato se dio cuenta de que se dirigía al tocador y se hizo a un lado para dejarla pasar. Se paró a su izquierda, no lo suficiente para dejarle el paso a la guardia, y miró la cara descubierta de Padmé.

Él se detuvo; ella no. Lo rodeó y siguió a Sabé los últimos pasos hasta el tocador. Detrás de la puerta cerrada, escuchó una risa reservada.

# CAPÍTULO 14

La Senadora Amidala dio una vuelta completa al jardín acuático del brazo del Senador Organa. Contemplaron las elegantes albercas, cada una con varios pisos de intricados campos repulsores. Admiraron las flores que crecían en la superficie de un estanque que brillaba bajo una tenue luz púrpura. Se quedaron debajo de un árbol que tenía burbujas en lugar de hojas y escucharon el suave sonido de ebullición mientras las burbujas se alejaban flotando de las ramas y subían hacia al siguiente estrato. Extrañamente, las holograbadoras dejaron de seguirlos, en gran medida gracias a la señal de intervención de señales que el Senador Organa llevaba en el cinturón, oculta por los pliegues de la capa. Mientras caminaban, abordaron gran cantidad de temas.

—Está usted en compañía selecta, senador —comentó Padmé. Hicieron una pausa para que un grupo más grande pasara a su lado. Varios de ellos desearon al Senador Organa una buena noche, pero ninguno se quedó más tiempo del necesario—. Solo unas cuantas personas conocen hasta dónde son capaces de llegar mis guardaespaldas más leales y solo otra persona lo ha descubierto por su cuenta mientras estábamos en medio de un engaño.

—Supongo que solo fue suerte —sugirió él—. Si no te hubiera visto justo en ese momento, bajo esa luz y con esa expresión en el rostro, no se me habría ocurrido.

—Por lo general soy mucho mejor para controlar mi expresión —admitió Padmé con tristeza—. Estábamos en un lugar más apretado de lo habitual, aunque supongo que por lo menos esta vez lo único en juego era mi orgullo profesional.

—¿Quién es el otro? —Organa expresó su curiosidad.

—Se llamaba Qui-Gon Jinn, un Jedi —contó Padmé. Como siempre, un sentimiento de tristeza casi abrumador la amenazó al pensar en él, quien había sido paciente y comprensivo con ella, sin pedir nunca más que lo que estaba dispuesta a conceder, aunque él había dado todo, al final—. Murió defendiendo a Naboo durante la batalla por el planeta contra la Federación de Comercio. Los Jedi lo conmemoraron allí, y nosotros lo honramos como a un héroe.

—Lamento tu pérdida, pero debo admitir que disfruto encontrarme entre tan excelente compañía —confesó Organa. Hizo una pausa, mientras pensaba evidentemente cómo frasear la siguiente consulta—. ¿En verdad tu vida se encuentra tan llena de peligros que justifica esas medidas extremas, o es por algún tipo de paranoia?

—Un poco de ambas, supongo —admitió Padmé. Sabía que era paranoia lo que había espoleado a Panaka para que adoptara tan fieramente la antigua tradición, pero el éxito del plan era innegable—. Sin embargo, cada vez que creo que me estoy volviendo paranoica, algo pasa.

—¿Algo como qué? —interrogó Organa.

—¿Recuerda cuando nos vimos, senador? —Padmé respondió con una pregunta—. ¿La segunda vez?

Organa se rio.

—Habían tomado la puerta equivocada en el Senado —comentó él—. Casi terminan incineradas.

—Nos enviaron allí, senador —confesó Padmé. Había estado hablando en su propio tono de conversación, pero cayó en el de Amidala al llegar a un asunto tan serio—. Programaron a mi unidad NON para que nos llevara allí en ese momento. En realidad habló con Cordé. Yo era la doncella y usted ni siquiera me miró, pero eso es muy común. En cualquier caso, todo el montaje fue un atentado contra mi vida.

—Dices eso con notable tranquilidad —observó Organa.

—No fue un intento muy bien ejecutado —comentó Padmé—. Tampoco fue el primero.

—¿Ves? Eso me haría estar menos tranquilo —expresó—. Pero ahora comprendo tu necesidad de una seguridad tan intensa. Todos los senadores y políticos llevan vidas complicadas, pero la tuya parece decidida a superar la del resto de nosotros.

—Usted frustró los planes de una conspiración comercial de alcance galáctico y le guardarán rencor eternamente —afirmó Padmé con sarcasmo.

—Tú les costaste una cantidad inconcebible de dinero —aseguró Organa—. *Antes* de que empezaran a pagar los gastos legales de Nute Gunray.

—Hay ocasiones en que eso me hace sentir mejor. ¿Cómo es que llegó allí ese día?

—¿Has sospechado de mis intenciones? —respondió Organa. No parecía ofendido.

—He confiado en usted desde ese día en los jardines del Senado —afirmó Padmé—. Pero empleo gente muy entrenada cuyo trabajo es sospechar de senadores extraños que conozco en corredores oscuros.

—Iba saliendo del edificio y vi que su speeder bajó más allá de los límites de seguridad —explicó—. Me pregunté por qué la unidad NON no se los notificó, pero cuando me pareció obvio que no iban a dar vuelta, las seguí abajo. No pude comunicarme con ustedes porque desconocía tu canal privado, de modo que la intervención directa era la única opción.

—Queda claro que eso hará que la Capitana Mariek se sienta más segura con usted —mencionó Padmé—. Ahora, creo que tiene algunas preguntas para mí.

—En el Senado, la lealtad es algo sutil y cambiante —dijo Organa—. Pero hay ciertos límites.

—¿Como atacar un planeta soberano y mantenerlo como rehén? —quiso saber Padmé—. No, espere, eso es permisible siempre y cuando pueda pagar a sus aliados para que voten a su favor.

—La lealtad a la República es fundamental —aseguró Organa. Logró que sonara poco condescendiente, lo que Padmé apreció—. Lealtad a la democracia.

—¿Y si la democracia no regresa el favor? —cuestionó Padmé.

—Entonces debes trabajar para restaurar el proceso democrático —afirmó Organa—. Sé que el Senado no se movió con la rapidez suficiente a favor de Naboo, pero el hecho de que nominara a su senador como canciller estancó toda discusión de cada tema, excepto esa elección. Puedes trabajar a través de los canales adecuados.

—¿Qué le hace pensar que no lo haría? —quiso saber Padmé.

—Tus acciones como Reina de Naboo —respondió Organa—. Tus acciones ahora. Permaneces fuera de casi todos los comités y no tienes facción.

—La elección de mis aliados me ha mantenido con vida en más de una ocasión, Senador Organa. Tomo muy en serio el compromiso con una facción —afirmó Padmé—. Además, para ser honesta, estoy considerando seriamente la suya, solo que no pensaba que me aceptarían.

—Te aceptaremos ahora —declaró Organa—. Mi palabra tiene mucho peso, y Mon se sentirá agradecida por la distracción de esta noche, una vez que sepa que la proporcionaste deliberadamente. Entre nosotros dos y el Senador Farr, se te dará un lugar.

No dudó de él por un momento.

—No espiaré a Mina Bonteri —dejó en claro Padmé—. Tampoco haré a un lado mi amistad con ella. Admitiré que también siento curiosidad por sus actividades, pero no se las reportaré, a menos que sienta que la situación lo amerita.

—Nos contentaremos con eso —aseguró Organa—. Solo pediré que siempre tratemos contigo, nunca con una de tus dobles.

—Me parece justo —concedió Padmé—. Solo tomamos nuestras medidas de seguridad esta noche porque Mon Mothma me invitó aquí para servirles como distracción para su plática. No había peligro, simplemente necesitaba libertad para moverme por el lugar.

—Imagino que estás por volverte mucho menos interesante para las cadenas de noticias —dijo Organa—. Mon Mothma tiene algunos contactos que te ayudarán a librarte de ellas.

—¿Incluidas las que son propiedad de subsidiarias de la Federación de Comercio? —quiso saber Padmé. Cuatro años como senadora no podían darle a Mon Mothma tanta influencia.

Organa la miró con sorpresa.

—¿Nunca duermes? —preguntó.

—Por supuesto —aseguró Padmé. No estaba dispuesta a confesar todos sus secretos.

—Ella te los quitará de encima —afirmó Organa—. Hasta la Federación de Comercio se anda con tiento alrededor de Chandrila.

—Me da gusto escucharlo —dijo Padmé, aunque se preguntaba cuál sería el costo y quién lo pagaría—. ¿Me regresaría con mis guardias? Dormé me arregló el pelo deprisa y está muy apretado. Me está produciendo dolor de cabeza.

—Me sorprende que puedas moverte siquiera con todo eso encima —comentó Organa.

—Años de práctica —respondió ella—. Además, usted tiene el dispositivo de intervención bajo la capa. Imagine el tipo de tecnología que puedo ocultar si tengo que hacerlo.

No se quedaron mucho tiempo después de que Organa regresó a Padmé con los demás. Mon Mothma habló con ella brevemente y le prometió darle noticias pronto,

además de agradecerle por ser una excelente distracción para las cadenas de noticias. Padmé estrechó su mano e hizo su mejor esfuerzo para no quedarse viendo la sonrisa del Senador Organa.

Sabé los dejó en la puerta de los jardines, pero Padmé pudo intercambiar unas breves palabras con ella antes de que desapareciera.

—Gracias, amiga —le confió—. Creo que será la última vez que te pido que tomes mi lugar.

—Ahora fue casi divertido —afirmó Sabé—. La falta de peligro mortal significa que en realidad disfruté hacerme cargo de la situación.

—Me da gusto que todo haya salido bien —afirmó Padmé—. Tómate unos días de descanso, si es necesario. Espero que todo se tranquilice un poco ahora que Mon Mothma me ha prometido su protección.

—Lo haré —convino Sabé.

Le dio un beso en la mejilla a Padmé y desapareció en el vibrante flujo de la noche cubierta de las luces neón de Coruscant. Padmé se dio vuelta hacia Typho, quien esperaba, y lo dejó que la ayudara a subir al transbordador.

—Gracias a todos —dijo, mientras se relajaba en compañía de ellos—. Ahora, vamos a casa.



Sabé sentía que cada uno de sus nervios echaba humo mientras regresaba al departamento. Siempre era así cuando terminaba un intercambio. Podía mantener la calma mientras era el señuelo, sin importar lo que estuviera en juego. Sin embargo, en el momento en que quedaba libre para ser ella misma una vez más, todas sus emociones la golpeaban al mismo tiempo, y eso siempre le causaba agitación. También tenía hambre, porque no había podido comer en casi toda la noche, pero decidió esperar hasta llegar a casa en lugar de detenerse por comida.

Estaba en completa alerta, tal vez moviéndose como algún tipo de adicta y repasando todas las escenas de la fiesta en su mente. ¡Había engañado a Onaconda Farr!, quien en realidad las conocía a ella y a Padmé. Luego había mantenido a su corte entre la constante atención de las cámaras y los holoperiodistas durante casi toda la noche, sin el menor contratiempo. Sentía como si pudiera hacer cualquier cosa, ser cualquier persona, ser la Senadora Amidala, ser la Reina de Naboo de nuevo. Una ola de adrenalina la recorría, y reflexionó que tal vez regresar a casa había sido lo mejor. Ahora mismo era peor que una adicta y necesitaba algo a lo cual afianzarse.

El departamento estaba oscuro cuando la puerta se deslizó para admitirla, y pensó que tal vez Tonra había salido. Luego observó sus botas, perfectamente alineadas junto al espacio donde iban las de ella, y se dio cuenta de que él debía estar en cama. Se quitó las

botas lo más silenciosamente posible y avanzó de puntas a la cocina para ver si había algo que comer. Acababa de empezar a revisar uno de los gabinetes cuando se encendió la luz, y ella pegó un salto.

—¡Tonra! —exclamó, mientras se daba vuelta para verlo—. Me asustaste.

—Siempre hay una primera vez para todo, supongo —comentó él. Estaba vestido para dormir y había recargado su cuerpo alto contra el marco de la puerta mientras la miraba—. ¿Te sientes bien?

—Sí —afirmó ella. Se dio por vencida en su intento de obtener comida real y, en cambio, abrió una barra de ración. No era muy sabrosa, pero cumplió su propósito—. Estoy muy bien, igual que Padmé. Todo está como se debe.

—Me da gusto oírlo —expresó él—. Te extrañé esta semana.

No se había comunicado con él. Ni una vez. Era el procedimiento, por supuesto, pero ahora deseó que hubieran establecido un protocolo para verse mientras ella estaba fuera. Debió representar para él un infierno esperar y no tener noticias de nada.

—Yo también te extrañé —confesó ella—. Es fácil quedar atrapada en la órbita de Padmé, pero extrañaba el trabajo que hacemos aquí.

—Ella ha sido tu amiga desde hace mucho tiempo —comentó Tonra—. Tiene sentido que quedes atrapada cuando estás con ella.

—Es más que eso —confesó Sabé. Terminó la barra de ración y se sacudió las migajas de las manos. Nunca era fácil explicar el lazo que compartían todas las doncellas, aún para las personas más cercanas.

—Tú la amas —apuntó Tonra. Sabé se quedó congelada.

—Por supuesto —afirmó. Se quedó mirándolo a los ojos—. Es una relación complicada. Ella puede ordenarme que vaya directo a mi muerte y yo la obedeceré. Además, lo sabe. Hemos trabajado tanto para mantener un equilibrio que en realidad nunca alcanzaremos. Hasta donde puedo ver, ella siempre elegirá a Naboo y yo siempre la elegiré a ella.

—Lo siento —comentó él.

Ella no pudo aguantar su comprensión. Más importante aún era que no la necesitaba.

—Yo no —respondió—. Soy la mano derecha de Padmé Amidala Naberrie y siempre lo seré, aunque algún día ella decida seguir su camino en otra dirección. No cambiaría mi relación con ella por nada en la galaxia.

—¿Ni siquiera por alguien que te eligiera a ti? —quiso saber Tonra. Era una persona alta, pero pareció más pequeño cuando lo dijo, y completamente vulnerable—. ¿Alguien que te ame, o por lo menos que piense que podrían llegar a algo?

En otras épocas, Sabé hubiera impedido que ese tipo de cosas siguiera adelante. Tonra nunca había mantenido precisamente en secreto sus sentimientos, pero escucharlos así era un asunto nuevo por completo. Antes, su servicio a la reina dificultaba la opción de sostener relaciones con el exterior. Sin embargo, ahora la situación era muy diferente, aunque muchos de sus propios sentimientos seguían siendo los mismos.

—Bueno, ese es el caso —dijo Sabé. Dio un paso hacia él—. Nunca he tenido que escogerte. La elección ya se hizo. Depende de ti decidir si tú mismo quieres ser parte de lo que soy.

Sabé nunca había sido tan honesta con una posible pareja, aunque Tonra ya era su pareja de varias maneras muy importantes. Tal vez por eso era tan directa con él. Quería que él supiera en qué se estaba metiendo, y de pronto había decidido que le gustaría mucho que decidiera hacerlo.

Tonra no se había movido, ni siquiera un poco, así que ella cruzó el piso hasta donde él estaba parado, quedó muy cerca de él y esperó a que tomara una decisión.

—Bueno —concedió él al final—. Creo que me gustaría intentarlo.

—Bien —repuso ella. Luego cerró las manos en el cuello de la túnica de él, atrajo su cara hacia la suya y lo besó.

Ella pretendía que fuera una especie de prueba, para saber si esto realmente iba a funcionar, pero casi de inmediato pasó a ser algo más profundo. Las manos de él encontraron su cintura, su espalda, y entonces la presionó contra su pecho mientras ella trataba de acercarlo aún más. La boca de él se suavizó, apartó a Sabé por un momento para respirar y dar besos más gentiles contra su cuello, y ella no pudo evitar un ruidito cuando él besó el hueco de su garganta, justo entre los dos lados del cuello de su uniforme. Entonces sintió y escuchó al mismo tiempo la risa de él.

La boca de Tonra regresó a la suya, ahora más demandante, y como ella también tenía algunas exigencias, dejó que la empujara de regreso hacia la barra de la cocina. Cuando ella no pudo avanzar más, las manos de él se apretaron alrededor de su cadera y la levantó hasta que quedó sentada en la orilla, con las piernas enredadas en él.

—Esto está mucho más a tu altura —comentó.

—Cállate —exigió ella. Aunque él tenía razón. Desde ahí era mucho más fácil estirar la mano, apretar el dobladillo de la túnica de él y pasarla por encima de su cabeza.

Él se rio.

—¿Cuántos intentos tienes en mente para el futura inmediato? —quiso saber él. Empezó a trabajar en las varias hebillas que mantenían el uniforme de Sabé en su lugar. Él sabía dónde estaban todas, por supuesto, y su familiaridad lo hizo ser muy eficiente, aunque parecía que cada nuevo fragmento expuesto de piel resultaba una sublime distracción.

Ella hizo una pausa con las manos en el cinturón de Tonra y sonrió.

—Te indicaré si quiero que te detengas —dijo.

Esa fue la última frase completa que alguno de los dos pronunció por algún tiempo.

# PARTE IV

## EL GUSTO POR LA MODA DE AMIDALA, AIRE FRESCO PARA LOS DILEMAS DE LA CONSTRUCCIÓN

*Después de un inicio ligeramente incierto de su carrera en la política galáctica, la Senadora Padmé Amidala de Naboo parece haberse asentado. Ahora, como integrante de varios comités prestigiosos, la antigua reina planetaria ha dado voz a gente distinta de la suya en la más encomiable de las maneras: ayudándoles a construir verdaderos techos sobre sus cabezas.*

*Con su trabajo al lado de senadores tan renombrados como Mon Mothma, de Chandrila, y Onaconda Farr, de Rodia, la joven Amidala está ayudando a servir a la galaxia, mientras sigue respetando su planeta de origen con su estilo y manera de vestir, llamada «de buen gusto» y «chic tradicional». La Senadora Amidala representa ese nuevo rostro que el Senado necesita.*

*Cualquier rumor de piratas en el sector carece, en este momento, de fundamento.*

—TriNebulon News

# CAPÍTULO 15

Los siguientes seis meses del servicio de la Senadora Amidala en la República Galáctica transcurrieron con mucha mayor fluidez. Sus nuevos aliados se esforzaron para que fuera invitada a sentarse en más comités y que las mociones que ayudaba a escribir tuvieran tiempo importante en el pleno del Senado. Aún no había presentado mociones por sí misma, pero descubrió que, ahora que estaba trabajando con gente que le agradaba, no le importaba tomar un papel secundario en el futuro, sobre todo porque una cantidad mayor de las leyes que apoyaba parecía avanzar.

No estaba de acuerdo con todo lo que Mon Mothma respaldaba, y a menudo discutían ampliamente en la privacidad de sus propias oficinas. La senadora chandrilana estaba a favor de la no agresión, lo que Padmé admiraba, pero como alguien que había tenido que defender su planeta en el pasado, Padmé estaba más abierta al conflicto directo. Era un tema con el que sabía que no todo Naboo estaría de acuerdo. Los habitantes de su planeta de origen se enorgullecían de su pacifismo casi tanto como de sus logros artísticos, pero la invasión de la Federación de Comercio (y la alianza resultante con los gungans, más propensos a la acción militar) había provocado un ligero cambio en la política de Naboo. Mon Mothma lo desaprobaba y nunca dejaba pasar una oportunidad para confrontar a Padmé sobre el tema.

—Entonces, ¿debemos armar cada transporte de carga? —inquirió Mon Mothma al final de un debate acerca de la piratería en los carriles del hiperespacio galáctico.

Todavía no se formaba un comité oficial, a pesar de la predicción de Cordé, pero los piratas representaban una amenaza específica a cualquier ley de transporte. Eran muy detallistas con sus blancos, y parecían tomar riesgos poco razonables para atacar cualquier convoy con materiales de construcción, alimentos u otras necesidades prácticas. No tenían las fuerzas suficientes para los ataques que perpetraban y de todos modos lo hacían. Padmé empezaba a tener sospechas sobre todo este asunto, pero no sentía aún la confianza necesaria para expresarlas fuera del entorno de un comité.

—Si recuerdan —empezó Padmé con frialdad—, mi propuesta era resguardar blancos de alta prioridad con cañoneras de la República.

Padmé sabía que Mon Mothma estaba presentando un argumento extremo, pero enfrente de testigos y consejeros confiables era un lujo discutir con más pasión de lo que permitía el pleno del Senado.

—¿Y cuando los piratas se organicen y ataquen con fuerzas más numerosas? —quiso saber Mon Mothma.

—Tal vez entonces podremos capturarlos —propuso Padmé—. Por ahora, resulta demasiado difícil rastrear sus pequeños ataques, aun para nuestros droides sonda. Un esfuerzo en masa de su parte nos facilitaría su seguimiento.

—Es demasiado riesgo… —empezó a argumentar Mon Mothma, pero el Senador Organa la interrumpió.

—Creo que ya nos desviamos un poco del tema —indicó—. Si recuerdan, estábamos hablando de cómo podríamos incorporar mejor el ofrecimiento de reservas de combustible de Malastare para mejorar el envío de permacreto a Coyerti.

Regresaron a una conversación menos acalorada y Padmé pensó, no por primera vez, que había detectado el atisbo de una sonrisa en el rostro de Mon Mothma. No era de sorprender. A diferencia de las horribles discusiones acerca del pulso de iones de Naboo, Padmé disfrutaba estos debates. Discutir con alguien que casi estaba de acuerdo con ella en la mayor parte de los temas la ayudaba a depurar sus argumentos de debate y estaba aprendiendo mucho. Había descubierto que las posiciones de Mon Mothma eran extremas al principio de casi todas las conversaciones y que casi siempre se desplazaba al centro a medida que alcanzaban una solución intermedia. Era una habilidad útil y Padmé sabía que estaba obligada a dominarla.

No era fácil. Le resultaba difícil convertir sus debates en experimentos de razonamiento académico en lugar de temas reales que afectaban a seres vivos. No le gustaba decir algo que significara otra cosa, ni siquiera como medio para llegar a un acuerdo.

—No creo que sea algo malo —le había dicho Onaconda Farr.

Había sido un raro momento de vulnerabilidad para Padmé, y había confesado sus inseguridades al amigo de su familia, no a su compañero del Senado. Él era lo bastante inteligente para ver eso y aconsejarla en ese sentido.

—No eres ingenua —continuó él—. O, por lo menos, estás al tanto de los temas en que sí lo eres, y estoy seguro de que eso es más de lo que puedo afirmar de mí. Ser una persona buena y honesta no te hace una peor senadora. Encontrarás tu propio equilibrio.

—¿Y si no lo logro con la rapidez suficiente? —quiso saber Padmé.

—Tienes mucho tiempo —afirmó él, pero ese era el tema en que Padmé no estaba segura de que él tuviera razón.

De acuerdo con Sabé, la aceptación pública de Padmé estaba en ascenso. A nadie en Coruscant le preocupaba realmente el Senado o los procedimientos senatoriales; por otra parte, sí leían las cadenas de noticias, y Amidala seguía apareciendo en ellas con cierta frecuencia. Sin embargo, el tono había cambiado. Donde antes habían criticado su elaborado estilo de vestir como la excesiva ornamentación de una joven aristócrata, ahora la presentaban en el entorno del honor a la tradición y la adaptación de las costumbres de Naboo mientras se encontraba en la capital. Ya no usaban su personalidad para menospreciarla. Era frustrante, porque las cadenas de noticias estaban reportando exactamente los mismos temas que antes; tan solo los abordaban desde ángulos diferentes.

—Bien —exclamó Sabé—, por lo menos se nos han facilitado las cosas desde que Mon Mothma es quien lleva la batuta.

—¡Es una pérdida de tiempo! —argumentó Padmé—. Las cadenas de noticias deben ser imparciales, no estar controladas por inversores con intereses particulares; sin embargo, manejan la opinión pública de todos nosotros y manipulan la verdad. ¿Y si

Mon Mothma y yo nos distanciamos? Entonces regresaríamos al punto de partida, aunque no creo que ella sea tan mezquina como Nute Gunray.

—Tienen que hacer dinero de alguna manera —dijo Sabé—. Usted puede trabajar para controlar las cadenas de noticias, si quiere, pero creo que ambas sabemos que abriga otros planes.

Era un tema álgido. La moción del Canciller Palpatine para aumentar el trabajo de la República contra la esclavitud tardó meses en llegar al pleno del Senado, después de que él había prometido que trabajaban en ella. Cuando finalmente se presentó, resultó tan débil que Padmé se dio cuenta de que no lograría nada. De todos modos, no obtuvo los votos suficientes y se regresó al comité. Padmé daba seguimiento a los avances, pero se mantenía alejada del comité por sugerencia de Palpatine.

—No puede verse que Naboo está demasiado metido en esto, querida —reiteró cuando le había pedido de nuevo unirse al comité tras el voto fallido—. Es el precio que pagamos por tener canciller y senador. Estoy haciendo lo mejor posible por representar tu voz porque sé lo mucho que esto significa para ti, pero si se hace del conocimiento público que estamos trabajando juntos en un tema con tanto potencial de radicalización, me temo que solo se lanzarán más obstáculos a nuestro paso.

No había estado de acuerdo con él por completo, pero respetaba su posición y confiaba en él lo suficiente para ceder, al menos por el momento. Sin embargo, no dejaba de pensar en ello, y a menudo tomaba notas sobre el tema para el día en que pudiera hablar de ello en público.

Aun con esos escollos, Padmé se había establecido bien entre los diversos dignatarios del Senado. El Senador Clovis aún solía ir a su oficina (siempre sin anunciarse, para incesante frustración de Mariek) a conversar con ella, pero no tenía una superposición real en sus operaciones cotidianas. Él había seguido los intereses del Club de la Banca, y ella no podía saber si él tenía uno propio, o si las prioridades de Scipio alguna vez diferían de las de la banca.

—Es muy inteligente —le comentó a Cordé una tarde, después de que Clovis se hubiera ido. Mariek lo había visto salir y regresó refunfuñando acerca de la cortesía de avisar antes de venir—. Pero no estoy segura de que alguna vez llegue a actuar con independencia.

—No todos tienen su estilo de comunicación —aseguró Cordé—. Alguien tiene que ser un seguidor, o el Senado terminaría más lleno de gritos que ahora.

—Tal vez —concedió Padmé. Con toda seguridad, un senador sería poco útil si todo lo que hiciera fuera seguir. Aun el representante de la Federación de Comercio, Lott Dod (quien casi seguramente era una marioneta de Nute Gunray) usaba el puesto para levantar su voz de vez en cuando, aunque Padmé no le confiaría al neimoidiano ni un vaso de agua.

Aun así, mientras se acercaba el final del periodo de sesiones y los diversos senadores se preparaban para regresar a sus mundos de origen para un receso, Padmé pudo echar un vistazo a lo que había logrado desde su llegada a Coruscant con cierto orgullo. No tenía

las conexiones ni las influencias que Palpatine había tenido como senador, pero se encontraba bien encaminada para desarrollarlas.

Ayudó a Dormé a terminar de empacar lo último que llevarían de regreso a Naboo para el descanso, apilando las maletas llenas sobre una carretilla flotante para que R2-D2 la sacara al vestíbulo, donde Cordé estaba supervisando el proceso de carga. Doblar ropa y envolver joyas en cajas de embalaje era un trabajo tranquilizador. Extrañaba el trabajo manual, porque en Naboo desde el nacimiento se entrenaba para hacerlo y apreciarlo.

Era lo único que la molestaba, a pesar de lo bien que iba todo en Coruscant. Aunque solo había sido senadora durante ocho meses, terminaba tomando la personalidad de la Senadora Amidala con un objetivo mucho más definido que cuando había sido reina. En ese entonces, supo que llegaría el final de su reinado y que algún día Padmé Naberrie regresaría a la población general y tendría que construir una vida propia. Ahora se daba cuenta de que podría ser la Senadora Amidala para siempre. No había límites para el tiempo de servicio de los senadores, y Padmé sabía que era buena en el trabajo que estaba haciendo, aunque sentía que el puesto era como un lastre cada vez que comprometía sus ideales o que mentía por omisión por el bien mayor. No estaba segura si era el tipo de futuro que deseaba: construir cosas con palabras en lugar de acciones o materia física.

Sentía que esta Amidala era otro papel que estaba representando. Como siempre, se sentía feliz de servir y disfrutaba mucho (egoístamente) las victorias que ayudaba a ganar en el pleno del Senado. Pero sabía que había más que eso y, por primera vez en su vida, empezaba a desearlo. No sabía cuántas identidades le quedaban. No fue asunto de suerte lo que le permitió reinventarse de ciudadana a princesa, a reina y a senadora, sino de fuerza de voluntad. Este receso era justo lo que necesitaba. Sería el momento de visitar a su familia, hablar con la reina y pensar con todo realismo una vez más en su futuro.

Su intercomunicador sonó justo cuando Dormé terminó con lo último del guardarropa, y Padmé le pidió que la dejara para tomar la llamada en privado. Activó el holograma, y el Senador Organa apareció ante ella.

—Senadora Amidala —la saludó con nueva familiaridad—. Me da gusto comunicarme antes de que te vayas.

—¿Ha habido alguna emergencia? —preguntó ella. Trató de apaciguar la oleada de resentimiento que sintió ante la idea de tener que quedarse. Después de todo, era su trabajo.

—No, nada de eso —respondió—. Mi esposa, la Reina de Alderaan, se disculpa por la tardanza de la invitación, pero quiere que te pregunte si te gustaría venir a visitarnos por un tiempo antes de regresar a Naboo. Sabe que no te queda en el camino, pero tú y tus acompañantes serían bienvenidos, si deciden aceptar.

—Me sentiría honrada —confesó Padmé. Por los hábitos adquiridos, cayó en la formalidad ante la palabra «reina»—. ¿Me podría dar algo de tiempo para platicarlo con mi gente? Han estado lejos de casa mucho tiempo y no me gustaría tomar una decisión sin consultarlos.

—Por supuesto —concedió el Senador Organa—. No me voy hasta mañana.

Se despidieron y Organa se desconectó. Antes de que Padmé pudiera levantarse e irse, entró otro mensaje, con un código que no podía ignorar. Respiró profundamente antes de responder.

—Canciller Palpatine —saludó—. Espero que no lo haya hecho esperar. Estaba en otra llamada.

—No es nada, querida —indicó—. Siempre tengo tiempo para ti.

Esto era notablemente falso, porque había varios aspectos del trabajo del canciller que hacían imposible ponerse en contacto con él a toda hora, pero apreció la intención.

—¿En qué puedo ayudarlo, canciller? —quiso saber ella.

—Esperaba que comunicaras algunos comentarios míos a la Reina Réillata —indicó—. Cuando regreses a casa.

—Me encantaría hacerlo —afirmó Padmé—. Pero nos dirigimos a Alderaan para una visita de una semana antes de ir a Naboo, de modo que sería mejor que envíe además un mensaje por separado.

Palpatine solía tomar un aire de desinterés general cuando hablaba vía holograma. Padmé sospechaba que era porque circulaba por su oficina un flujo constante de información y su atención siempre estaba dividida. Sin embargo, ante el comentario, se concentró por completo en ella, quien terminó suprimiendo un escalofrío.

—No estaba enterado de que fueras tan cercana a Bail Organa como para visitarlo en casa.

—La invitación es de la reina —explicó Padmé, aunque no estaba completamente segura de que hubiera una razón para que importara—. Ella desea hablar conmigo como anterior monarca, no como senadora.

—Ya veo —expresó Palpatine. Padmé casi pudo percibir cómo los cálculos se sucedían en su cabeza, aunque no podía saber cuál sería el resultado—. Le reenviaré mi mensaje a la Reina Réillata yo mismo, entonces —continuó—. Sin embargo, por favor dales mis saludos a tus padres y a tu hermana cuando finalmente regreses con ellos.

—Por supuesto.

La imagen del canciller parpadeó y desapareció sin más palabras. Padmé se permitió un momento de ira pura y egoísta, disfrutando la sensación del hervor en la sangre. No podía ayudar a los esclavos con dinero y tampoco con política. Esas eran sus dos áreas de influencia más grandes, y tenía tan poca importancia para el canciller que ni siquiera se despidió apropiadamente. Sintió un breve destello de desesperación, lo más cercano a la derrota que alguna vez se había permitido. Luego apagó el intercomunicador.

Padmé respiró profundamente y salió al comedor. Tenía amplias ventanas que daban al paisaje citadino, pero hoy había tanta neblina que era difícil ver mucho, además de los habituales carriles de tráfico. Hizo una llamada general, pidiendo a sus doncellas y guardas que se reunieran con ella en cuanto pudieran. La mayoría apareció casi de inmediato, aunque Cordé se demoró por su labor en la pista de aterrizaje.

—Nos han invitado a Alderaan —dijo Padmé, a manera de introducción—. A todos, por un breve periodo antes de seguir a casa. Quería consultarlo con ustedes, porque sé

que esperan con tanta emoción los días festivos como yo, y no quiero mantenerlos alejados de sus familias más tiempo del necesario.

Padmé sintió una aguda punzada de culpa. Aunque tenía muchas ganas de aceptar la invitación, su propia hermana había dado a luz a una niña unos días antes y Padmé ansiaba ver a ambas. Al mismo tiempo, no podía dejar de calcular los beneficios de ir a Alderaan. Al parecer, siempre estaría indecisa cuando se trataba de elegir entre la familia y el deber.

—Me dará mucho gusto volar a cualquier lugar al que necesite ir —afirmó Varbarós—. Nunca he estado en Alderaan.

—Gracias —dijo Padmé. Pasó la vista por los demás, enfrente de ella, y les habló como amiga, no como senadora—. Por favor, sean honestos sobre lo que desean hacer.

Cordé y Dormé intercambiaron una mirada, y esta última puso la mano sobre el brazo de Typho.

—La acompañaremos, senadora —afirmó Typho—. Capitana, tal vez necesitemos otro guardia.

—Yo también voy —informó Versé antes de que su tía pudiera hablar.

Padmé y Mariek intercambiaron una mirada. Habían pasado meses desde que la capitana de su guardia había visto a su esposo.

—¿Una visita corta? —preguntó Mariek.

—Sí —confirmó Padmé—. No más de una semana.

—Muy bien —respondió—. Enviaremos a Naboo en un transbordador a todos los guardias, menos el Sargento Typho y yo, y Varbarós puede llevarnos y hacer que conozcamos todo lo que quiera de Alderaan.

—Gracias —dijo Padmé. Se dio vuelta hacia Cordé—. ¿Puedes reorganizar las cajas en el camino? Odio dar más trabajo, pero visitaremos a una reina, así que tal vez necesitemos sacar algunos de los vestidos formales, y sé que esos se encuentran en el fondo.

—Podemos arreglarlo —afirmó Cordé—. Hice una lista de inventario, por si necesitábamos encontrar algo, R2 encontrará muy rápido la caja en que se encuentra.

—¡Excelente! —exclamó Padmé—. Gracias a todos por ser tan flexibles. El Senador Organa ha sido muy útil y creo que esta invitación es tanto de él como de su esposa. Me alegra poder aceptarla, y sé que es porque ustedes me lo permiten con gusto.

Padmé se aseguró de hablar con cada uno de los guardias que se fueron. Luego regresó a su dormitorio para comunicarse con el Senador Organa e informarle su decisión. Él retransmitió los planes de vuelo de su piloto y le indicó la hora de partida, luego le dijo que la vería pronto.

Una vez hecho eso, Padmé sacó el transmisor privado que usaba para ponerse en contacto con Sabé e inició una llamada.

—Ha habido un ligero cambio de planes —le comunicó Padmé cuando apareció el rostro de su amiga—. Nada desastroso. Hemos recibido una invitación para ir a Alderaan por unos días.

—¿De parte del senador? —preguntó Sabé.

—De la reina, su esposa —aclaró Padmé—. Aunque supongo que la idea fue de él. No imagino por qué razón ella sabría algo de mí si él no se lo hubiera comentado.

—¿Eso cambia nuestro procedimiento?

Sabé y Tonra iban a regresar a Naboo durante el receso, pero planeaban viajar por su cuenta.

—He estado considerando algunos cambios para el inicio de la siguiente sesión —mencionó Padmé—. Podemos hablarlo con detalle cuando regresemos a Naboo, pero creo que si lo deseas podrías venir a Alderaan conmigo. Tú y Tonra.

Hubo una pausa mientras Sabé lo pensaba. Padmé sabía que era lo suficientemente inteligente como para comprender todo lo que ella no estaba diciendo. Coruscant no era tan peligroso como habían esperado y, tal vez, los esfuerzos de Sabé tendrían mejor destino si hacía algo más que pasar como Tsabin y perseguir fantasmas y hackers a través de las cadenas de noticias.

—Me gustaría mucho volver a ser yo misma por un rato —indicó Sabé—. No me imagino que Tonra se queje por la escala, si va a ser de nuevo un guardia senatorial.

—No sé cuánto trabajo de guardia se necesite allí —mencionó Padmé—. Pero siempre me da gusto verlo.

Sabé se hizo a un lado y el propio Tonra apareció en el holoemisor. Debió haber estado junto a ella. Padmé estaba consciente de que tal vez Sabé le informaba todo lo que ella decía, y supuso que sería más eficiente si él escuchaba, para empezar. Estaban muy apretados en el clóset, pero evidentemente no les importaba el exceso de cercanía, ni que ella lo supiera.

—No hay problema por hacer esa escala —afirmó Tonra—. ¿Podría usar la nave real para enviar transmisiones a mi familia mientras vamos en camino? No he podido comunicarme con ellos muy a menudo, pero me gustaría informarles de la demora.

—Por supuesto —concedió Padmé.

Sabé reapareció en el marco del holoemisor, y Padmé le retransmitió toda la información de la partida. Decidieron que sería más fácil que Sabé y Tonra llegaran a la residencia esa noche, después de oscurecer, y que podían abordar la nave al otro día con todos los demás. La sensación familiar de paranoia recorrió la columna vertebral de Padmé mientras hacían los planes, pero trató de no prestarle demasiada atención. Quarsh Panaka nunca había sido capaz de silenciar esas sensaciones, aunque no hubiera una amenaza inmediata, y aunque la dedicación de él había salvado vidas, se había tenido que pagar un precio. Ella no quería seguir a ciegas su ejemplo.

Una vez que todo quedó dispuesto, Padmé se despidió (con mucho mayor entusiasmo del habitual, porque se reunirían pronto) y terminó la transmisión. Notificó a los droides de la casa que habría dos personas más para la cena y el desayuno y que tendrían que hacerse camas adicionales. Luego escribió a sus padres y a la reina para informarles de su demora y la razón de esta.

Dormé asomó la cabeza en su dormitorio.

—Versé va a enseñarnos a hacer trampa en el sabacc. ¿Quiere venir? —le preguntó.

—Con gusto —afirmó Padmé.

Ya estaba muy familiarizada con las trampas estándar, pero era posible que Versé hubiera encontrado algo nuevo y, en cualquier caso, a Padmé nunca le gustaba decir que no cuando se trataba de pasar tiempo con amigos.

# CAPÍTULO 16

Alderaan era azul y verde desde órbita, con nubes blancas y algodonosas en la estratósfera que ocultaban parcialmente la vista de la superficie. Aunque la configuración ecológica y el bioma general eran similares a los de Naboo, Alderaan no tenía luna y no había manera de confundir a uno con el otro, ni siquiera a esta distancia. La nave real de Naboo, con forma de búmeran, esperó el permiso para aterrizar, lo que dio a todos a bordo tiempo suficiente para echar un buen vistazo al planeta. El mundo giraba y la nave pasó a su lado nocturno. Ahora no había manera posible de confundir Alderaan con Naboo: las luces que indicaban los centros de población desaparecieron.

—Estamos por recibir nuestro permiso para aterrizar —indicó Varbarós a Sabé y todos los que estaban cerca para oírla.

Sabé había pasado la mayor parte del viaje en la cabina de mando, mirando a la piloto trabajar con los controles. Sabía que Padmé se pondría feliz de verla, pero aún no conocía muy bien a las nuevas doncellas, y no quería interponerse en sus rutinas mientras se preparaban para la visita real. No había estado en una nave clase J en más de un año y disfrutó el tiempo para volver a familiarizarse con los controles y con Varbarós.

Estaba contando la historia de cómo arrancó a Tonra de las garras de su fuente holoperiodista Kooib-s Guvar cuando la torre de control en la capital alderaaniana de Aldera por fin respondió con sus órdenes de permiso. Sabé miró mientras Varbarós dirigía de manera experta el descenso a la plataforma de aterrizaje. Aterrizaron al amanecer, lo que significaba que habían bordeado el lado nocturno del planeta y descendieron justo al otro lado de la línea de luz. La plataforma era inconfundible bajo la luz del amanecer, aun con el sol detrás de ellos, y Varbarós hizo descender la nave con tanta delicadeza que solo porque Sabé conocía el funcionamiento de la misma pudo saber que ya no estaban volando.

—Gracias, Varbarós —expresó Sabé—. No te metas demasiado en problemas mientras estamos en el palacio.

—Haré lo mejor que pueda —prometió Varbarós. Ella permanecería a bordo, en sus cuarteles, aunque tenía la libertad de moverse por las ciudades de la superficie del planeta, si lo deseaba.

Sabé estaba vestida de nueva cuenta como guardia de Naboo, tanto por simplicidad como por cualquier cosa que se presentara. Se abrió paso de la cabina de mando a la rampa de desembarco y se encontró con Tonra, también de uniforme, y con Typho. La rampa descendió y bajaron para tomar sus posiciones al pie de esta. Mientras caminaban, Sabé escuchó que la puerta siseaba al abrirse detrás de ella, y supo que Padmé había llegado.

Padmé bajó con Cordé y Versé a los flancos, mientras Dormé y Mariek caminaban detrás. Las doncellas estaban vestidas en azul y gris, y tenían las capuchas abajo, como signo de respeto ante la monarca de otro mundo. El vestido de Padmé era púrpura, aunque Sabé estaba segura de que era una subestimación de la complejidad de los

colores, porque la falda estaba hecha de docenas de capas de tela, cada una de un matiz ligeramente distinto. Se movía con facilidad mientras caminaba, aunque era un poco más pesado de lo que parecía, y no le daba problema alguno al inclinarse. El corpiño estaba muy ajustado y la línea del cuello tenía una decoración que combinaba con la falda, lo que daba la impresión de que una nube púrpura bien portada había descendido sobre los hombros de Padmé. Llevaba el cabello suelto, pero sus rizos estaban fijados por aquí y por allá con flores blancas traídas desde una unidad hidropónica de Coruscant. Si las doncellas hubieran llevado mynocks alrededor del cuello, de todos modos nadie hubiera volteado a verlas más de una vez.

La partida que esperaba para recibirlos en la pista de aterrizaje no incluía a la reina. Padmé no lo esperaba, porque ella pocas veces había recibido a los visitantes en otro lugar que no fuera la sala del trono cuando gobernaba Naboo. Sabía que las costumbres locales serían diferentes, pero un poco de familiaridad servía en gran medida para hacerla sentir cómoda aquí, y lo apreció. Esa tenía la intención de ser, después de todo, una visita recreativa, no política. Padmé esperaba con verdaderas ansias el descanso.

En lugar de la reina, los esperaba el Senador Organa, con un pequeño complemento de guardias alrededor. Parecían enteramente ceremoniales y, bajo una inspección más detallada, Padmé no estaba segura de que portaran armas. Sabía que Alderaan era pacífico, casi tanto como Chandrila, pero había esperado una pequeña muestra de fuerza.

—Senadora —saludó Organa cuando todos estuvieron en la plataforma—. Bienvenida a Alderaan.

—Gracias —respondió Padmé—. Su mundo es hermoso.

—Vamos —dijo, con una sonrisa—. Sé que no hiciste el viaje solo para verme.

—A decir verdad, lo veo con frecuencia —repuso Padmé y le regresó el gesto.

Él le habló como lo hacía cuando se encontraban en su oficina para comentar las operaciones del Senado durante los descansos (de manera fácil y relajada), y la informalidad le pareció adecuada. Ella no sabía si era solo la naturaleza de él o si Alderaan era más relajado en este tipo de asuntos. Había esperado que una monarquía hereditaria fuera *más* formal, no menos, pero sabía que pronto descubriría cuáles eran los procedimientos comunes. Siguió a Organa en su airspeeder, y Cordé y Mariek la acompañaron. Todos los demás los siguieron en un segundo vehículo.

Los speeders viajaron deprisa hacia el palacio, aunque no a las velocidades vertiginosas del tráfico de Coruscant. En realidad, el tráfico alrededor del palacio era muy ligero. Al bajar la vista, Padmé observó que había amplias avenidas flanqueadas por árboles, y parecía que la manera más común de desplazarse era caminar por esas vías. A esa hora de la mañana, mucha gente estaba afuera, y Padmé distinguió grupos que seguramente se habían detenido para conversaciones amigables, ya sea de pie a la orilla de los caminos o sentados en cualquiera de los varios jardincitos que estaban dispuestos a lo largo del camino. Eso dejaba el cielo refrescantemente claro.

—El tráfico aéreo aumenta a medida que nos alejamos del palacio —explicó Organa, cuando Padmé comentó sobre ello—. En especial cuando se va hacia las plataformas de embarque. Pero tratamos de mantener la vista intacta lo mejor posible.

—Entiendo por qué —comentó Mariek—. Es una vista excelente.

—Me recuerda un poco a casa —intervino Cordé—. Solo que nuestras montañas son más suaves, y nuestra capital está rodeada por cascadas.

—He visto hologramas —indicó Organa—. Naboo es un lugar adorable también, pero supongo que todos somos parciales con nuestro mundo de origen.

El airspeeder aterrizó en una pequeña plataforma y todos bajaron. El Senador Organa los escoltó al interior del palacio por la entrada principal, y se abrieron paso hacia la sala del trono.

Los pasillos del palacio alderaaniano eran amplios y acogedores. Nada en ellos estaba construido para intimidar o dominar. En la galaxia donde los poderosos con mucha frecuencia construían edificios más altos, en que cada capa cubría los pecados de la inferior, en un vano intento de alcanzar las estrellas, el diseño extendido hablaba de honestidad, posesión y, más que nada, gobierno y responsabilidad.

Poco después llegaron a las grandes puertas dobles que llevaban a la propia sala del trono y, en esta, un pasillo con alfombras azules que se extendía hasta un par de tronos, aunque solo uno de ellos estaba ocupado.

—Senadora, asamblea —expresó Organa—, permítanme presentar a la Reina de Alderaan, Breha Organa.

La revisión que hizo Padmé del protocolo en el vuelo hacia ese lugar indicaba que una antigua monarca no necesitaba hacer una reverencia ante la Reina de Alderaan, pero inclinó la cabeza a modo de cortesía. Estaba segura de que, detrás de ella, su séquito ejecutaría sin errores los protocolos que se les habían asignado.

—Su majestad —expresó Bail Organa con una profunda especie de afecto que hizo que el corazón de Padmé diera un vuelco—. Es un honor para mí presentar a mi colega del Senado Galáctico de la República, que representa al sistema soberano de Naboo en su sector, la Senadora Padmé Amidala.

Padmé dio un paso adelante, y Breha la miró a los ojos por primera vez. La Reina de Alderaan era más de diez años mayor que Padmé, pero tenía un aspecto intemporal que Padmé reconoció como el resultado de un excelente equipo de estilistas. Llevaba un vestido de cuello alto, plateado y azul, con falda amplia y corpiño plano y reforzado para cubrir los pulmonodos que Padmé sabía que la mantenían con vida. La trenza estaba doblada hacia arriba por encima de la cabeza, con la corona de Alderaan entretejida con ella, y llevaba un velo en la espalda que cubría el resto del cabello oscuro.

—Nos complace que haya venido a visitarnos —expresó Breha. La voz era vibrante y placentera al oído, y hablaba como alguien que estaba acostumbrada a llamar la atención hacia sí—. La política planetaria no me deja mucho tiempo para viajar fuera de este mundo, y siempre me da gusto, en cambio, dar la bienvenida aquí a los colegas de mi esposo.

—Recuerdo esas limitaciones —comentó Padmé. Solo había dejado su planeta cuando se encontró ante la más grave de las necesidades, y aun entonces lo hizo bajo protesta—. Un senador tiene un poco más de tiempo libre, pero la diferencia solo es reconocible porque he visto también el calendario de su lado.

—Por supuesto —confirmó Breha—. Sé que ha venido directo de su nave, pero ha llegado a tiempo para un desayuno en la terraza, y si vamos ahora mismo, veremos el último fragmento del amanecer en el lago.

Si iban directo a sus habitaciones ahora, nunca se adaptarían al horario correcto. Padmé tan solo aceptaría la invitación y esperaría que el caf alderaaniano fuera efectivo.

—Eso suena maravilloso —comentó.

Breha bajó de la plataforma y tomó el brazo de Padmé. Rápidamente presentó a unos cuantos de sus ministros reunidos, y Padmé lo hizo con Mariek, aunque casi la presenta como «Capitán Panaka», pero ese nombre aun pertenecía a alguien más. Después de una rápida revisión para asegurarse de que sus faldas no fueran a enredarse (ambas eran profesionales), la reina los condujo a todos hacia el fondo de la sala del trono y los hizo pasar por la puerta. Padmé miró a sus doncellas, que venían atrás, y se dio cuenta de que Bail se las había ingeniado para caminar junto a Sabé, mientras Tonra los seguía, con Typho a su lado. Supuso que debió esperarlo. En todo caso, Sabé no iba a revelar ningún secreto profesional.

Fue una caminata corta a la terraza. Breha señaló varias obras de arte diferentes, y Padmé deseó regresar y contemplarlas detenidamente más adelante. Pudo haberse quedado ante una escultura de agua particularmente intricada, pero su estómago la traicionó y emitió un discreto gruñido.

—Aquí estamos —indicó Breha y los condujo bajo un alto arco, de regreso a la luz solar.

La vista era impresionante. Un lago, muy parecido a lo que podría encontrar en Naboo, extendía sus dedos entre diferentes montañas, mientras su superficie cristalina reflejaba el sol, tal como Breha había prometido. Las diferencias con el terreno de Naboo empezaban casi a la orilla del agua, donde saltaban los picos inclinados y verdes de las montañas en lugar de las colinas más gentiles de Naboo. Eran altos, estaban cubiertos por la nieve y uno de ellos se encontraba envuelto por nubes como las que Padmé había visto desde órbita.

—Ese es el pico Appenza —explicó Breha. Se llevó una mano al pecho mientras hablaba, y Padmé pensó que el gesto parecía automático—. Es la montaña más famosa de Alderaan.

—Es hermosa —afirmó Padmé.

—Y traicionera. —El Senador Organa se acercó para sacar la silla de su esposa y ofrecérsela. Sus dedos descansaron en los de ella por un momento, más de lo que realmente era necesario.

Breha señaló sus sillas a todos los demás, y por fin se sirvió la comida. Como era de esperar, el caf resultó efectivo, y Padmé sintió que su mente se aclaraba un poco mientras las sustancias químicas recargaban su cerebro.

—Esa montaña es la que me arrebató mis pulmones y mi corazón —comentó Breha en voz baja, una vez que su esposo quedó fuera del rango de escucha, enfrascado en una conversación con Sabé y Mariek.

—Por todo lo que he oído de usted, la montaña no fue lo que le arrebató el corazón —indicó Padmé.

—Vaya, estoy segura de que hay canciones sobre eso —repuso Breha—. Sobre cómo entregué el corazón a Alderaan. Solo que esta vez los poetas están siendo literales, y un poco terribles. Sin embargo, supongo que yo soy quien decidió que mi piel no volviera a crecer.

—Todos mostramos nuestra dedicación de maneras distintas —afirmó Padmé—. La oficina de la Reina de Naboo necesita cierta suspensión del ser. En ocasiones siento que aún estoy recuperando mi individualidad, aunque hay, por supuesto, muchos que argumentarían que fui demasiado personalista en mis acciones como monarca.

—Es refrescante saber que los monarcas electos y los hereditarios comparten críticas similares —aseguró Breha—. Cuando rechacé los injertos de piel, dijeron que estaba siendo demasiado exhibicionista.

El ministro de cultura, sentado a la izquierda de Padmé, se estaba poniendo un poco verde, así que Breha cambió el tema para bien del estómago del hombre.

Hablaron de las complejidades de ser reina, se deleitaron con los aspectos de su gobierno que eran iguales y desmenuzaron todos los que eran diferentes. El Senador Organa interrumpió en algún momento para contar la historia de la primera vez que se presentó ante la corte real, y Mariek respondió contando la suya. Cuando todos terminaron de comer y las mesas quedaron limpias, Padmé se sentía aún más feliz de haber venido.

—No tenemos más planes para hoy, por si usted y su gente prefieren descansar —indicó Breha, quien se recargó en el respaldo de la silla y levantó el rostro hacia el cálido sol de Alderaan—. En los días que siguen, espere conciertos y recorridos por las galerías de Aldera, además de un ascenso a una de las montañas menos abruptas.

Padmé se quedó mirando la mesa y vio que Cordé unía los dedos en su regazo: la señal de que no había problema por separarse.

—Si pudiera mostrar sus habitaciones a quienes deseen descansar —expresó Padmé—. Por mi parte, preferiría regresar a contemplar algunas de las obras de arte que vimos al pasar. Tengo la sensación de que podría pasar toda una vida contemplando obras de arte aquí y nunca terminaría.

—Me encantaría caminar con usted —afirmó Breha. Un ministro (Padmé pensó que de finanzas, pero se parecía mucho al de agricultura, por lo que no estaba segura) hizo como si quisiera protestar, pero luego decidió no hacerlo.

Regresaron a la escultura de agua, y Padmé se perdió en su contemplación. Al incorporar forma, estética y sonido, la escultura era fascinante desde cada ángulo e igualmente interesante cuando Padmé cerró los ojos.

—Me quedé pensando en lo que dijo de la suspensión del ser —comentó Breha cuando Padmé volvió a abrir los ojos. Era evidente que no quería interrumpir, pero ahora caminaban de nuevo—. Es casi lo opuesto para mí. Ser reina requiere todo mi ser, con montañas traicioneras o no. Tal vez es la diferencia más grande entre nuestros estilos de gobierno.

—Bueno —dijo Padmé—. No tengo mucho poder de voto sobre mi sucesora. En realidad, se me alienta para que sea lo más neutral posible.

Breha se rio.

—Tiene razón sobre eso —confirmó—. Bail y yo hemos hablado mucho del tema. Mi madre me dio a luz, pero mi padre se quedó en el mundo durante todo su embarazo y varios meses después de eso. Bail no tiene ese tipo de flexibilidad y estamos renuentes a depender de ciertos ministros para ceder el poder, si tuviéramos que hacerlo por un breve periodo.

Padmé recordó al ministro de finanzas (o agricultura) y estuvo de acuerdo con el proceso de pensamiento de Breha. Mantener un gobierno, ya fuera heredado o por elección, era un acto de equilibrio, y ceder el poder era mucho más fácil que recuperarlo. Breha podía confiar en que su esposo fuera poco egoísta, pero otros podrían caer en la tentación.

—¿Qué harán? —Padmé expresó su curiosidad.

—Aún no hemos tomado esa decisión —respondió Breha—. Siempre y cuando haya una continuidad del nombre Organa, las viejas casas la aceptarán.

—Mi hermana, Sola, acaba de tener un hijo, el primero —mencionó Padmé—. Es la única razón por la que dudé antes de aceptar su invitación. Me puso a pensar en el futuro de un modo diferente.

—Mi madre me contó que ella tuvo un cambio de opinión similar después de que nací —relató Breha—. Imagino que yo también lo tendré apenas llegue mi hijo.

—Sola no tiene interés en una pareja —indicó Padmé—. Es bastante normal en Naboo. Sin embargo, creo que me gustaría aspirar a lo que mis padres tienen. O alguna versión de eso. No estoy segura de que quiera mezclar política y familia, pero supongo que depende de muchas cosas.

—Ese es uno de los beneficios de una monarquía no hereditaria —afirmó Breha, con ojos sonrientes—. Sus hijos no estarán unidos a la política como los míos.

Hicieron una pausa momentánea frente a la pintura de un paisaje. Era el pico Appenza, pero los colores parecían sombríos y peligrosos; debajo, el lago era oscuro, con aspecto frío.

—Venga —pidió Breha—. Si le gustó la escultura de agua, debe ver y escuchar la obra de aire que ha creado el artista.

Padmé dejó que la reina de Alderaan la tomara nuevamente del brazo. Siguió el paso tranquilo de Breha y fue conducida afuera, a una nueva terraza, aunque esta estaba mucho más cubierta que aquella en que habían desayunado. La razón se hizo evidente de inmediato cuando suaves sonidos llegaron al oído de Padmé. Antes de que se percibiera todo el alcance de la escultura de aire, escuchó su música gentil, que se elevaba debajo de la nueva y brillante mañana de cielos azules y claros y los incesantes vientos de Alderaan.

—Naboo y Alderaan tienen mucho en común —afirmó Padmé—. En ambos lugares tenemos gran aprecio por las artes y el buen gobierno.

—Y somos pacifistas —afirmó Breha—. Aunque he oído que Naboo está instalando armas defensivas.

—Un pulso de iones —confirmó Padmé. Nunca se había tenido la intención de mantenerlo en secreto—. La Federación de Comercio goza de muy buena memoria y, al parecer, cuenta con una cantidad infinita de droides.

—Supongo que es fácil estando aquí, en un mundo que no ha tenido conflictos por generaciones, y juzgarlos —indicó Breha—. Sin embargo, no lo haré.

—En Naboo no se tomó esta decisión a la ligera —explicó Padmé—. Perdí a algunos de mis asesores más apreciados porque querían medidas más firmes y yo no las permití, sin contar que mis padres aún están furiosos de que estemos haciendo algo. Sin embargo, era necesario.

—No sé lo que haríamos nosotros —admitió Breha—. Pero debo confesar que ya empecé a pensar en eso.

Padmé no pidió detalles. Había cosas que cada planeta (y cada gobernante) debía hacer por su cuenta.

—Mi único consejo es priorizar lo que cada planeta aprecia más —declaró Padmé—. Para Naboo, eso era el arte y nuestras vidas, así que llegamos a una solución intermedia. —Recordó a Quarsh Panaka y agregó—: Lo único es que no hay que ser tan rígida que se olvide de ser flexible.

—Alderaan es un planeta viejo y está ceñido a muchas tradiciones —señaló Breha—. Pero podemos cambiar si nos vemos obligados.

Padmé no respondió, y las dos se quedaron en silencio, escuchando el viento.

# CAPÍTULO 17

La semana en Alderaan casi representó unas auténticas vacaciones. No se habló de peligros y no había horarios, aunque ambos senadores tenían que apartar tiempo para revisar su correspondencia, y la reina tenía que mantener aceitada la operación de su gobierno. Sin embargo, fuera de esos momentos, una sensación casi de ocio indulgente abrumaba a Sabé, y no estaba completamente segura de que le gustara. La suya había sido una vida ocupada desde que aprobó las primeras pruebas del Capitán Panaka hacía muchos años, y durante el último su mente había estado trabajando casi de manera constante. Dejar de hacer todo eso ahora era inquietante, por decir lo menos. En un momento, durante un concierto nocturno en uno de los muchos teatros de Aldera, enlazó los dedos con Tonra por un minuto completo antes de que él la mirara y ella recordara que estaban en público. Sabé no era una criatura particularmente reservada por naturaleza, pero había cultivado cierta personalidad, y romper con ella era algo muy extraño.

—¿Estás tratando de idear algo para mí? —preguntó Tonra un poco después, mientras le tomaba las manos y las sostenía por encima de la cabeza de ella.

—No —dijo primero, y luego—: tal vez. No lo sé. No me da vergüenza.

—Lo sé —afirmó Tonra, y se rio.

—Deja de reírte de mí —exigió ella.

—¡Dijiste que no te daba vergüenza! —replicó él.

—¡Bueno, ahora sí! —Se apartó de su apretón, se retorció para salir de debajo de él y se sentó en la orilla de la cama.

Estaban en la habitación de Tonra, porque ella compartía una con Dormé y, como todos eran invitados de la reina, Tonra merecía una suite, por su rango. Nadie se había molestado en corregir las asignaciones más bien formales de habitaciones hechas por el droide de protocolo que servía como chambelán de Breha. Comparada con el departamento en Coruscant, era indescriptiblemente lujosa. Tonra le dio algo de espacio. Era muy bueno en eso, y por lo general ella también, pero al disminuir la tensión en todos los demás lugares de su vida, apenas sabía cómo manejarse, mucho menos cómo hacerlo con alguien más.

—Me gustas así —afirmó él—. Ese momento en el cual tienes emociones y me dejas verlas por completo.

—No va a durar mucho —advirtió ella.

—Lo sé —confirmó él—. Puede gustarte algo aunque sepas que no va a durar.

Sabé pensó en las reinas, los mandatos y los juicios criminales para déspotas obsesionados con los créditos, y entonces se dio cuenta de que tal vez no era eso de lo que él estaba hablando.

—Estaré bien —prometió él—. Regresa aquí.

—Calculaste muy mal el momento, capitán —comentó ella, mientras se deslizaba entre las sábanas—. Debiste esperar hasta que terminara de idear todo.

—Tal vez —concedió él.

Cuando salió el sol, Sabé se sentía casi como si fuera otra vez la de antes. Era su último día en Alderaan. Debido a las horas de viaje y a las mecánicas orbitales, saldrían después de la caída del sol alderaaniano para llegar a mediodía a Naboo. Estarían cansados, pero eso era normal en los viajes interplanetarios, y Sabé esperaba con ansias llegar por fin a casa.

Salió de la cama, se vistió y regresó a su cuarto. Entró al baño y terminó sus preparativos para el día. Había seleccionado una larga túnica color marfil con un amplio cinturón azul para llevar sobre leggings del mismo color y sus botas habituales. Cuando regresó a la habitación, Dormé había vuelto y ya estaba vestida con un juego de batas verdes. Como no tenía que llevar la capucha puesta, tomó un poco más de tiempo para peinarse, pero la larga práctica la había vuelto eficiente.

—A Padmé le gustaría que desayunaras con ella —indicó Dormé—. Solo estarán ustedes dos.

Las doncellas eran las almas de la discreción, lo que significaba que Sabé y Dormé no tenían muchos chismes que compartir. Ella extrañaba la facilidad de las relaciones que había tenido con sus compañeras, pero respetaba demasiado a Dormé y a las demás como para quejarse mucho.

—Gracias —expresó—. ¿Necesitas ayuda para empacar mientras ves las cosas de la senadora?

—Estaré bien, gracias —respondió—. Las batas facilitan mucho el viaje.

La maleta de viaje de una doncella solía ser del tamaño de una que contenía un solo traje de Padmé, gracias al estilo único de Naboo, y Sabé lo entendía muy bien, pero nunca estaba de más ser cortés.

Recorrió el pasillo hasta la suite en que se encontraba Padmé y tocó a la puerta. Un droide abrió y la hizo pasar después de un breve momento de contemplación mecánica.

—¡Buen día! —Padmé aún no estaba vestida para las actividades del día, lo que indicaba que este desayuno sería informal.

—Buen día —respondió Sabé.

—Ven y siéntate —indicó Padmé y señaló la mesa donde esperaban dos platones humeantes.

La suite de Padmé era una habitación más grande que la de Sabé porque incluía una recepción, que era donde iban a comer. Como todas las demás habitaciones del palacio (y de todo Alderaan, hasta donde sabía), estaba decorada elegantemente con un estilo minimalista pero hermoso. Las ventanas daban por encima de la ciudad, pero aun así la vista era atractiva.

Sabé se sentó y esperó a que Padmé hiciera lo propio antes de empezar a comer. Padmé esparció algunas de las moras ácidas de temporada sobre su platón, pero Sabé las rechazó cuando se las ofreció.

—Sé que dije que hablaríamos en Naboo —empezó Padmé—. Pero pensé que sería mejor aquí.

Resultaría difícil organizar una conversación privada cuando estuvieran en casa. Sabé había visto la agenda de Padmé y ya se estaba llenando.

—¿Va a regresar a Coruscant? —preguntó Sabé.

—Sí, al menos por un periodo más —respondió Padmé—. Al trabajar con los senadores Organa y Mon Mothma, he visto lo que se necesita para ser buena en esto. He aprendido que puedo adaptarme, pero no sé si quiero hacerlo. Ellos tienen la capacidad de reducir la política a ideas, y a mí me cuesta trabajo olvidar a la gente que afectarán. Al mismo tiempo, tampoco sé a quién enviaría Naboo en mi lugar. Tal vez la reina piense que soy la mejor opción, pero no estoy segura.

—Siempre nos queda la opción de robar la nave —sugirió Sabé—. Estoy segura de que convenceríamos a Varbarós, y luego podríamos ir a donde quisiéramos.

—Cuando piensas seriamente en algo, siempre empiezas con la propuesta más ridícula —afirmó Padmé—. ¿Tiene algo que ver con el informe que dio R2 cada mañana de que regresabas a escondidas a tu habitación?

—Difícilmente era a escondidas. Ese droide chambelán se ofreció a cambiarnos a todos el segundo día, pero ya todos habían desempacado —le confesó Sabé. Hizo una pausa mientras pensaba, y Padmé se preparó para escuchar algo ridículo—. Aunque supongo que si robamos la nave, se minaría el trabajo que ha estado invirtiendo en la ley antipiratería.

Padmé hizo un gesto. No había sido capaz de formar su propio comité, porque la postura oficial del Senado era que la piratería no representaba un problema único. Se negaron a reconocer el patrón de ataques que indicaba a Padmé que el problema era mayor que unos cuantos golpes contra convoyes que transportaban alimentos o materiales de construcción. Lo único que podía hacer era seguir argumentando sobre razones hipotéticas con Mon Mothma, y esperar que cuando llegara la hora de la acción real, alguien la escuchara.

—Creo que eres la única persona en Coruscant que lee todas las noticias del Senado —dijo.

—Usted lo hace —replicó Sabé, como si fuera obvio—. Yo sigo su ejemplo.

—¿Alguna vez has deseado que nunca nos hubiéramos conocido? —quiso saber Padmé. Sabé se quedó congelada—. Es decir, ¿alguna vez has deseado no haber aceptado el ofrecimiento del Capitán Panaka y tan solo seguir una vida privada en Naboo?

Cualquiera que las oyera por casualidad se sorprendería de sus maneras formales y las confundiría con falta de afecto. En realidad, la verdadera base de su amistad (sin mencionar su seguridad personal en más de una ocasión) se anidaba en esa formalidad. Resultaba difícil explicarlo, sobre todo porque eran igualmente buenas para intercambiar bromas entre sí, pero el hecho de que los extraños lo consideraran inusual no lo hacía menos genuino.

—¿Y convertirme en la tercera mejor jugadora de halliket en mi familia? —respondió Sabé—. Ni por un momento.

—Tus hermanos son famosos —señaló Padmé.

—Siempre sería la sombra de ellos —repuso Sabé—. La sombra de usted es mucho más agradable, créame.

—No importa por cuánto tiempo regrese a Coruscant, creo que sería mejor que reconsideremos tu papel —continuó Padmé, como si no se hubieran desviado del tema.

—¿A qué se refiere? —Sabé se sirvió una taza de té y agregó más endulzante del habitual. A ella le parecía que el té de Alderaan era muy fuerte para su gusto.

—No estoy segura de que se necesite ese grado de seguridad —indicó Padmé—. Las cadenas de noticias se han retirado, y no ha habido ni asomo de peligro desde el primer atentado, y eso fue hace meses. Podemos pensar en otra cosa para que te dediques a ello; siento que te envié al exilio, primero en Tatooine y luego en Coruscant, y podrías regresar.

—Vamos a regresar a Tatooine después de Coruscant —le recordó Sabé—. Tal vez Tonra haya cambiado de opinión, aunque lo dudo, pero yo no.

—Lo recuerdo —dijo Padmé. Hizo un gesto como si le doliera físicamente seguir hablando—. Pero aún tengo esperanzas de que la moción del canciller será mejor recibida en la siguiente ronda, y si se corre la voz de que estoy interviniendo directamente en Tatooine, terminaré donde empecé: demasiado independiente para que alguien confíe en mí. Odio tener que hacer este tipo de elección.

—No la envidio, por cierto —confesó Sabé—. Al mismo tiempo, también creo que debe dejar que yo permanezca encubierta por más tiempo, y a Tonra conmigo. El juicio de Gunray llegará pronto a su fin y, dependiendo de los resultados, eso cambiará las amenazas para usted. Si sigo encubierta, puedo conservar mis fuentes entre las cadenas de noticias, y las otras de las que no hablaremos, y descubrir lo que está pasando.

—Odio a los neimoidianos —afirmó Padmé con tono sombrío, mientras hundía su cuchara en el platón. Era raro que diera rienda suelta tan visiblemente a sus emociones, aun con Sabé, cuando estaban fuera del mundo—. Y odio odiarlos tanto.

—Han sido responsables de mucha muerte y sufrimiento —comentó Sabé—. Creo que tiene derecho a odiarlos.

—No debo despreciar a una especie completa —comentó Padmé—. Ese tipo de razonamiento casi destruyó a Naboo, y aunque fue hace mucho tiempo, ha tomado una eternidad arreglarlo todo de nuevo.

—No sé por qué alguien podría pensar siquiera en no confiar en usted —confesó Sabé—. Es tan honesta que a veces lastima.

—A decir verdad, creo que es *por eso* por lo que no confían en mí —sugirió Padmé—. Siguen esperando que les dé la espalda.

—La política me cansa —admitió Sabé—. No solía ser así, pero es diferente. Sin embargo, por alguna razón me gusta.

—Tal vez somos demasiado parecidas —confesó Padmé, con tanta seriedad que Sabé supo que era broma—. Hemos estado en esto mucho tiempo, y no hay escapatoria.

—¿Ahora quién está siendo ridícula? —preguntó Sabé. Bebió lo que quedaba de su té y dio una última mordida a lo que había de desayuno. El momento robado a sus actividades estaba por terminar.

—¿Te gusta mucho él? —Fue una pregunta tímida y no surgió de la senadora sino de Padmé Naberrie—. Me refiero a Tonra.

—Sí —respondió Sabé.

—¿Te gusta lo suficiente?

—No lo sé —afirmó Sabé—. Hemos hablado de eso, así que no es como si lo estuviera sonsacando. Y se lo advertí, más de una vez. Además, me conoce, nos conoce, desde hace mucho tiempo.

—Lo estás protegiendo. —No era una pregunta. Como siempre, conservaba el equilibrio de su lazo particular con perfecta simetría.

—No quiero ser insensible —afirmó Sabé—. Así que, en cierto modo, me estoy protegiendo a mí misma.

Padmé terminó su propio desayuno y miró por la ventana. Iba a ser otro día glorioso.

—No sé lo que haría yo —admitió Padmé—. He protegido mi corazón contra todo por tanto tiempo, siempre consciente de la dinámica y el flujo del poder. He tenido suerte de encontrar a tanta gente que comprende eso y me da ese espacio. Me temo que si alguien entra en él, lo abandonaré y sería catastrófico.

—No es una fuga en un reactor —dijo Sabé.

Padmé nunca hablaba con ella sobre asuntos del corazón; Sabé sospechaba que era, en gran medida, por respeto a la privacidad. Se preguntó en quién estaba pensando Padmé que la había llevado a hacerlo ahora, o si tan solo le intrigaba la posibilidad de cualquier cosa que se imaginara que Sabé estaba haciendo. No era celosa, pero siempre le ganaba la curiosidad, y Sabé casi nunca hacía algo primero.

—Tal vez deba dejar que alguien entre en él —sugirió Sabé—. Para ver qué pasa.

—¿Realmente crees que funcionaría? —quiso saber Padmé.

—Tendrá que ser alguien que la comprenda —afirmó Sabé—; encontrarlo representaría todo un desafío, pero, si lo quiere, al menos podría buscarlo.

—Podría. —Padmé alzó los hombros y la Naberrie se alejó de ella—. ¿Me ayudas a vestirme?

Sabé respiró profundo, completamente cómoda.

—Estoy a su disposición —indicó.

Era un vestido simple para el último día, con una cantidad limitada de joyas y un peinado tan sencillo que Padmé lo pudo haber hecho ella misma. Sabé extendió el vestido de viaje, también, para que Padmé se cambiara en la noche. Luego, Cordé y Versé entraron para empacar. Esta vez Sabé no se fue. Tenía, y a la vez no, un lugar entre ellas, pero se aprovecharía de la proximidad con la senadora mientras pudiera. Después de todo, no sería tan malo vivir en ese departamento de Coruscant, y Tonra siempre había sido una excelente compañía, aunque extrañaba a su amiga y la sensación de autoposesión que Padmé siempre se encargaba de conjurar en ella. Dormé se les unió.

—Varbarós dice que la nave está lista para el momento que deseen —informó—. Se tomó un tiempo para reacondicionar algunos de los componentes que han estado fastidiándola en los últimos meses, y ayer hizo un rápido viaje por el sistema para probar todo.

—Sus guardias también lo tienen todo dispuesto —esto lo indicó Mariek, quien había entrado en la habitación sin tocar, porque hubieran pasado por alto el sonido con todo el barullo.

—¡Excelente! —exclamó Padmé—. Espero que todas ustedes hayan disfrutado la estancia aquí, pero debo admitir que me sentiré feliz de volver a ver las cascadas de Theed.

Sabé se despidió y fue a terminar de empacar. La mitad del clóset de Dormé estaba vacía, y casi no le tomó tiempo a Sabé guardar sus propias cosas. Arrastró la maleta al pasillo y vio a la pequeña unidad astromecánica salir del cuarto de Typho, empujando la maleta del sargento en un carrito flotante.

—¡Oye! —gritó para llamar la atención del droide, que se dio vuelta para apuntar su fotorreceptor hacia ella—. También puedes llevar la mía a la nave, pequeño chismoso azul.

El droide lanzó un bip que se tradujo vagamente en «Todo está bien con la programación estándar» y Sabé colocó su maleta sobre la de Typho.

—Gracias —expresó, porque era educada, y también porque R2-D2 le había salvado la vida una vez. Además de que ayudó a salvar a todo el planeta en otra ocasión. El droide chirrió y siguió su camino.

El día era tranquilo, y Padmé y Breha lo pasaron casi por completo conversando. El Senador Organa buscó a Sabé una vez más, y a ella tampoco le disgustó la compañía. Él sabía cuándo dejar de hablar y cuándo explicar cada mínimo detalle de cualquier obra de arte que ella estuviera contemplando.

—Todos los que alguna vez te han visto te han subestimado, ¿verdad? —adivinó él. Era lo más directo que había dicho en toda la semana, pero ya lo esperaba.

—Yo los animo a que lo hagan —respondió—. Soy pequeña, solo llevo un bláster y suelo vestir algo de aspecto mucho menos práctico que esto. —Señaló su túnica y los leggings.

—La Federación de Comercio tiene prioridades horribles —dijo Organa—. No hablo mucho de eso en Coruscant porque me costaría demasiado capital político sin una buena razón, pero aquí puedo ser más honesto. No me gusta cómo operan, y su complacencia en usar droides para matar seres vivos es inquietante.

—No entiendo por completo por qué lo está diciendo, senador —le dijo Sabé.

—Me da gusto que te tenga para protegerla —comentó—. Me da gusto que siempre te hayan subestimado, si tienen siquiera la inteligencia suficiente para imaginar que existes. Me da gusto que te tenga a ti.

—Es un honor servirla —afirmó Sabé, y sabía que él lo comprendía.

Cuando el día llegaba a su fin, se sirvió la última cena y se hizo el último brindis. Fueron testigos de una gloriosa puesta de sol sobre el lago y el pico de la montaña cubierto por la nieve; luego, la reina y su esposo los escoltaron a la plataforma donde esperaba su nave. Varbarós estaba parada al pie de la rampa para darles la bienvenida a bordo. La despedida fue breve pero sentida, y la Senadora Amidala recibió el discurso formal de partida de la Reina Breha Organa de Alderaan.

—Agradecemos de nuevo su bienvenida y hospitalidad —afirmó Padmé. La voz de la senadora era mucho más cálida que la de la reina, y Sabé estuvo segura de que había valido la pena el esfuerzo de desarrollarla para situaciones como esta—. Esperamos con ansias continuar manteniendo esfuerzos conjuntos con usted y el senador de su mundo mientras trabajamos juntos para crear y preservar un legado de paz en la galaxia.

—Nosotros también lo esperamos —respondió la Reina Breha. La Senadora Amidala le hizo una reverencia muy leve y luego abordaron.

Mientras la nave ascendía para alcanzar la órbita, Sabé tomó un asiento en la cabina de mando una vez más y miró las estrellas emergentes. Le cantaban sobre su hogar y pronto fueron quedando atrás a medida que avanzaban.

# CAPÍTULO 18

Los pasillos cubiertos que llevaban del real puerto espacial de Theed a las puertas del palacio nunca habían parecido tan acogedores. Cada paso que daba Padmé la acercaba a lo familiar y, mientras miraba alrededor la muy querida arquitectura de la capital, se sentía mejor de lo que se había sentido en meses. Alderaan era un lugar maravilloso para ir de visita, pero no era suyo, y estaba feliz de regresar a Naboo. Pronto, realmente iría a casa.

Sin embargo, antes estaba su reunión con la reina. Réillata había sido muy cortés en su respuesta cuando Padmé le informó de la invitación para visitar a Breha, pero sabía que la Reina de Naboo estaba aún más ansiosa de hablar con ella de lo que había estado la de Alderaan. Padmé lo comprendía. Su relación con el entonces Senador Palpatine y su sucesora había sido tranquila, salvo por la invasión de Naboo, pero cada vez que regresaban al planeta, siempre estaba lista para escuchar sus informes.

Mariek y Typho habían empezado sus permisos, de modo que era Tonra quien servía como escolta oficial al palacio, aunque, por supuesto, la Reina Réillata también había enviado a sus propios guardias. Versé se había ido con su tía, y Varbarós se había quedado con la nave, como solía hacerlo. De modo que eran una partida más pequeña de lo habitual, y Padmé no dejó de sentir que estaba terminando algo que no podía describir.

Al final, llegaron a las escaleras del palacio y, desde allí, Padmé hubiera encontrado la sala del trono hasta en sueños. Con Cordé y Dormé detrás de ella, y Sabé aún más retrasada, entró en la sala brillante e hizo una reverencia ante la mujer que esperaba allí.

Después de meses en Coruscant, la edad de Réillata ya no le pareció tan extraña. Supuso que el encuentro con Breha también le había ayudado con eso; una reina que tenía casi veintitrés años era joven para la mayor parte de los lugares en la galaxia. Por supuesto, la cultura de Naboo no podía cambiarse por completo de un día para otro, pero Breha le había dado a Padmé una estupenda perspectiva sobre el tema. Ambas habían tenido largas conversaciones sobre la experiencia y preparación, y aunque Padmé aún no pensaba que el sistema que la había creado era inherentemente fallido, sentía más simpatía por la idea de Réillata de un segundo mandato más adelante en su vida.

—Senadora Amidala —saludó la Reina Réillata—, nos sentimos complacidos de recibirla en casa y escuchar lo que ha logrado. Por favor, acérquese y tome asiento.

Padmé avanzó al asiento vacío a la derecha de la reina, y Dormé y Cordé la flanquearon. Después de un titubeo momentáneo, Sabé tomó el segundo asiento a la derecha de la reina. Juntas, quedaron de frente a Sio Bibble, quien estaba al otro lado de la sala, y Saché, quien se había sentado junto a él. Era casi como en los viejos tiempos, excepto que nadie ocultaba el rostro.

—Gobernador. —Padmé saludó cortésmente a Bibble. Se aseguró de no hablar con alguna de las inflexiones de la Reina Amidala.

—Senadora, he pedido a la Representante Saché que hable a nombre del gobierno planetario junto con el gobernador y yo misma —explicó la Reina Réillata—. Entiendo

que su buena relación con ella podría resultar benéfica. Tenemos mucho terreno por cubrir, y como le negué una verdadera visita a sus padres antes de irse para tomar su asiento en el Senado, espero que podamos avanzar rápidamente en nuestra charla.

—Gracias, Su Alteza —dijo Padmé. Era un gesto amable de parte de la reina.

—Por favor, empiece —indicó la Reina Réillata. Se inclinó hacia delante, con lo que mostró evidencia de ser una escucha atenta, y aunque Padmé no podía ver los rostros, sabía que las doncellas de la reina estaban escuchando con aún mayor atención.

—Debo admitir que no tuve el inicio más limpio en mi periodo como senadora —afirmó Padmé—. Había demasiadas diferencias por aprender y dominar, y la orientación fue larga y onerosa.

—Pensaría que su inclusión en el programa legislativo juvenil debía acelerar eso —dijo Sio Bibble.

—Oh, no. Aunque hizo que varios de los recorridos informativos resultaran algo así como un recordatorio —admitió Padmé—. En todo caso, me uní a varios comités, que fue lo mejor para incorporarme al cuerpo gubernamental, incluido uno presidido por el Senador Bail Organa de Alderaan. Me agrada muchísimo y lo respeto aún más, pero mis motivaciones iniciales para trabajar con él fueron un poco egoístas: él tenía alianzas que yo quería.

Se sintió como si hubiera pasado una eternidad desde esa primera reunión; sin embargo, en el aún mayor esquema de las cosas, casi no había pasado tiempo.

—En cualquier caso, alcancé un éxito moderado al respecto —continuó Padmé—. En mi primer año de servicio como senadora, me he posicionado para que mi voz sea respetada por los senadores que controlan facciones influyentes dentro del cuerpo de votación. Espero seguir trabajando bien con ellos, aunque no sé si estaría equipada adecuadamente para liderar esa facción por mí misma, ni estoy segura de cómo serviría a los intereses de Naboo. Casi todas las facciones están presididas por senadores del Núcleo, o cuentan con el respaldo de corporaciones adineradas.

—No le envidio esa posición —confesó Saché—. Suena extraordinariamente complicado.

—Yo tampoco —añadió la Reina Réillata—. Pero Naboo está agradecido por su servicio.

—Gracias, Su Alteza —expresó Padmé—. Las mociones que he ayudado a aprobar se relacionan principalmente con armar convoyes para que hagan frente a una ola de piratas que asolan los sistemas cercanos a los carriles del hiperespacio en nuestra parte del Borde Medio. No es fácil argumentar estos temas en el Senado. Mis colegas son pacifistas, como me gustaría serlo, o están a favor de la proliferación, y hay muy poco que pudiera considerarse como terreno intermedio. Más aún, nuestra posición oficial es que todos los piratas están actuando de manera independiente, lo que significa que cada vez que tratamos con ellos necesitamos nuevas leyes.

—No me siento cómoda con el hecho de que alguien se arme a gran escala —señaló la Reina Réillata—. Pero estoy de acuerdo con usted en que nuestros ideales y prácticas

no siempre están alineados. Los gungans nos salvaron tanto como nuestros cazas N-1, y si fuéramos verdaderos pacifistas, no habríamos tenido ese apoyo.

—Ese es el argumento que he esgrimido, también —apuntó Padmé—. Pero imagino que es difícil de entender para alguien que no ha sido víctima de una invasión, y no le desearía eso a nadie. Sí tengo una idea, pero exigirá algo de Naboo, y yo necesitaré apoyo pleno.

—Por favor, explíquese —pidió la reina—. Si podemos ayudar, creo que lo haremos. ¿Está de acuerdo, gobernador?

—Por supuesto —confirmó Sio—. Si está a nuestro alcance.

—La recuperación en Naboo por la invasión de la Federación de Comercio fue lenta, porque no buscamos mucho la ayuda externa —explicó Padmé—. En esa época, decidimos que era lo más razonable y sustentable, y resultó correcto. Sin embargo, ahora nos hemos recuperado casi por completo y me gustaría empezar a usar parte de nuestros almacenes de comida para obras de caridad.

—¿A quién se propone alimentar? —quiso saber Réillata.

—No sabemos mucho de los piratas que están asolando naves en los carriles del hiperespacio de la República —explicó Padmé—. Pero tenemos algunas sospechas de su lugar de origen, aunque han dejado sus planetas atrás. Si nos concentramos en enviar ayuda a esos planetas, tal vez menos seres se sentirán tan desesperados como para abrazar la piratería, y quienes lo hagan tendrán menos protección.

—El hambre fue aquí la causa principal de luchas en los campos de cultivo —murmuró Sio Bibble—. La gente cometió todo tipo de acciones que nunca hubiera considerado porque era la única manera en que pensaron que podían alimentar a sus hijos.

—Estoy de acuerdo —intervino Saché—. Senadora, pronto nuestras cosechas serán aún mejores que bajo su reinado. Los experimentos iniciales de Eirtaé han sido muy estimulantes. Ha aumentado la cantidad de algas azules, y las haciendas en el sur ya están utilizando su cosecha. Casi han cortado a la mitad la temporada de crecimiento.

—Eso es notable —dijo Padmé—. Me escribió sobre eso, pero era demasiado técnico y debo confesar que tenía demasiadas cosas en la cabeza y no planteé las preguntas debidas.

La carta de Eirtaé había llegado por la época de su atentado, y Padmé la había olvidado por completo, hasta ese momento.

—Estoy segura de que a Eirtaé no le importará explicárselo en persona —afirmó Saché—. Ya ha presentado sus hallazgos preliminares a la legislatura, y lo hace con arte, así que quienes no somos botánicos podemos entenderlo.

Padmé reflexionó en lo notable que era escuchar a Saché expresando sus ideas con tanta facilidad. Nunca había sido tímida en privado, pero parte de su trabajo había consistido en permanecer fuera de los reflectores. Ahora que se encontraba bajo ellos, estaba floreciendo. Padmé nunca la había imaginado postulándose para Reina de Naboo, pero ahora podía verlo con claridad. Si Saché lo quería, tendría el apoyo total de Padmé.

—Haré que los ministros calculen las cantidades exactas —indicó Sio Bibble—. Pero estoy seguro de que podemos desarrollar un plan que satisfaga a Su Alteza y le dé a la senadora algún espacio para trabajar.

—Gracias, gobernador —dijo Padmé.

—Te llamas Sabé, ¿verdad? —preguntó la Reina Réillata, mientras se dirigía directamente a ella.

—Sí, Su Alteza —respondió Sabé. No mostró sorpresa de que la reina conociera su nombre, pero Padmé sabía, por experiencia personal, lo buena que era para fingir.

—¿Estás aquí para hablar de ayuda o de armas? —quiso saber la reina.

—Si me permiten hablar —comentó Sabé. Se inclinó hacia delante, para quedar en la línea de visión de Padmé—. Senadora, con su permiso.

—Adelante —dijo Padmé.

—He estado trabajando como parte de la seguridad de la senadora en Coruscant —informó a la reina—. Junto con el Capitán Tonra, he estado encubierta en uno de los vecindarios más sórdidos de la capital, reuniendo información sobre la opinión pública de la Senadora Amidala.

—¿La opinión pública de Coruscant es tan importante para la senadora de Naboo? —interrogó la Reina Réillata.

—Lo es cuando se relaciona con un atentado contra la vida de la senadora. —Sabé lo dijo sin rodeos.

—¿No es la Federación de Comercio de nuevo? —estalló Sio Bibble. Rara vez podía controlar sus emociones sobre el tema, pero Padmé no lo culpaba. Había permanecido en el planeta cuando ella se fue en busca de ayuda, y al hacerlo había supervisado, en esencia, una masacre.

—Estamos razonablemente seguros de ellos —apuntó Sabé—. Aunque nuestra investigación sigue activa. Cuando se dieron cuenta de que matar a la senadora podría ser poco práctico, se conformaron, a cambio, con atacar su personalidad. Las holonoticias la destrozaron en todo tema imaginable, con la intención de que ninguno de los otros senadores la tomara en serio.

—Supongo que fue parte de la razón por la que necesitaba al Senador Organa —comentó la reina.

—En efecto —confirmó Padmé.

—Ha habido una reducción en la actividad amenazadora desde que la Senadora Amidala empezó a trabajar muy de cerca con los senadores Organa y Mon Mothma, esta última de Chandrila, pero ahora que está por concluir el cuarto juicio de Nute Gunray, dudo en afirmar que el asunto haya quedado resuelto —repuso Sabé—. Más aún, no sabemos lo que cambiará cuando el juicio concluya, sin importar el veredicto.

—Estoy de acuerdo —confirmó la reina—. Debemos hacer lo que podamos para garantizar su seguridad. Senadora, ¿le gustaría caminar conmigo por la terraza?

—Por supuesto, Su Alteza —concedió Padmé, mientras se ponía de pie. Todos los demás se levantaron con ella, la reina y sus doncellas un poco después—. Gobernador, fue un placer verlo de nuevo —se despidió Padmé.

—Igualmente, senadora —respondió él. Se inclinó ante la Reina Réillata y salió de la sala.

Saché cruzó hacia Sabé y la tomó del brazo.

—Ven —dijo—. Hay que ponernos al corriente sobre tantas cosas.

Sonaba tan parecido a la niña entusiasta de doce años que alguna vez fue, que Padmé casi creyó que no tenía motivaciones políticas para hablar con Sabé. Hicieron una reverencia ante la reina y se fueron.

Padmé se puso al lado de la reina, y las dos empezaron el cuidadoso recorrido hacia la terraza. El vestido de la reina era rígido y no le permitía caminar con facilidad.

—No siento que esté ansiosa por regresar a Coruscant —señaló la Reina Réillata cuando no había nadie que pudiera escucharla, excepto sus doncellas.

—No deseo eludir mi responsabilidad —le aseguró Padmé—. Es solo que no estoy segura de que sea la persona adecuada para el trabajo.

—Ha presentado todas las evidencias posibles de que es perfecta para esto —afirmó la reina.

Salieron a la terraza, y Padmé se tomó un momento para disfrutar la belleza de su propio sol, que extrañaba tanto.

—Se me veía como una especie de comodín —admitió—. Todos en el Senado saben que pedí el reemplazo del Canciller Valorum, y como mi propio canciller ocupó su lugar, parece una trampa. Tuve que distanciarme del Canciller Palpatine para probar mi autonomía, aunque él tiene varios proyectos que son importantes para mí en sentido personal.

—Este tipo de dedicación es lo que creo que la hace una excelente elección —apuntó la reina.

—La percepción es que soy demasiado leal a Naboo —continuó Padmé—. Acudí al Senado para liberarnos de la Federación de Comercio. Ahora hay extrañas corrientes subterráneas en este. Me temo que hay personas entre nosotros que empiezan a dudar de la efectividad de la República, y estoy doblemente temerosa de que, a menos que cuide muy bien mis acciones, se me etiquete como una de ellas.

—Temen que si forzó la mano de la República antes, lo haga de nuevo —sugirió la Reina Réillata.

—Y tienen razón —afirmó Padmé—. Pero me gustaría hacerlo por cualquier planeta, no solo por Naboo.

Caminaron hasta la orilla del balcón y miraron los campos y las cascadas que rodeaban Theed. Había flores en los prados y aves en el cielo.

—Creo que debe regresar —indicó la Reina Réillata—. Debe hacerlo y mostrarles que Naboo tiene la madurez política de hacer lo que se necesite. Como dijo, no deseo

desastres en cualquier planeta, pero si demuestra al Senado que recurrirá a medidas extremas por cualquiera, tal vez comprenderán que la lealtad de Naboo no ha cambiado.

—A decir verdad, ya había decidido regresar —explicó Padmé—. No me gusta rechazar un desafío ni evadir mi responsabilidad cuando se me necesita. Quería estar segura de que usted comprende el alcance total de la situación.

—Lo comprendo —afirmó Réillata—. Podría enviar a otros, pero pasaría otro año antes de que cualquiera de ellos fuera capaz de lograr resultados. Usted ya lleva mucho trabajo avanzado, lo sé, y eso ha representado una carga para usted, pero tiene el agradecimiento de una reina que lo sabe reconocer.

Padmé contempló el paisaje y consideró las palabras de Réillata. Sabía que ella hubiera hecho exactamente lo mismo en la posición de la reina, aunque nunca enfrentó un dilema así en su reinado.

—¿Sabe por qué me postulé para un segundo mandato, senadora? —preguntó Réillata.

—No —confesó Padmé—. Aunque admito que sí me lo he preguntado.

—Durante todo el tiempo que fui reina, en mi primera vuelta, estuve nerviosa —indicó Réillata—. Pero me gustó, sobre todo por la posibilidad de ayudar a la gente. Al final de mi mandato, me había convencido de que no estaba ayudando lo suficiente. Mi mayor fortaleza era mi voz de cantante y pensaba que era algo tonto, poco apreciable para una reina. Así que no volví a postularme, porque no era perfecta para el papel. Años después, en medio de una actuación, me di cuenta de lo ridículo que era pensarlo. Podía cantar arias enfrente de cientos y establecer un vínculo con cada persona en la sala. Podía escuchar con la misma habilidad con que podía hablar. Así que lo conversé con mi familia y me volví a postular. Usted ha sido una figura tan grande que es muy difícil comparársele, pero ya no tengo miedo. Espero que siga sirviendo a Naboo, y también disfrutándolo.

Padmé dejó que las palabras de la reina dieran vueltas en su cabeza. Escuchar que Réillata no había pensado solo en la juventud de Padmé cuando se postuló para un segundo mandato significaba mucho, aunque no pudiera articular exactamente cómo. Padmé sabía que ella misma había sido una buena reina y hubiera sido aún mejor de haber permanecido en el cargo, pero así no era como se operaba en Naboo. Había sido la reina que Naboo necesitó. Ahora, al parecer, iba a ser senadora por la misma razón, y dependía de ella compensar cualquier carencia que percibiera, de la manera en que Réillata lo había hecho y seguía haciéndolo. Ningún sistema individual podía ser perfecto; un método no era inherentemente mejor que otro. La política no era un juego de absolutos, excepto que quienes servían nunca deberían dejar de trabajar mientras se mantenían en su puesto. Y Padmé iba a conservarlo.

—Gracias, Su Alteza —expresó Padmé, después de un largo momento de silencio valioso—. Le agradezco también la brevedad de estas reuniones para que pueda regresar lo antes posible con mi familia.

—Fue un placer para mí —repuso la reina—. He escuchado las noticias sobre su hermana. Sé que debe estar ansiosa por llegar con ellos.

Por supuesto. Su hermana le había enviado unas cuantas holoimágenes, pero no se comparaban con la realidad.

—Lo estoy, Su Alteza —concedió.

—Hemos conversado todo lo necesario, senadora —indicó Réillata—. Tengo mucho que pensar sobre eso, igual que usted, pero no tiene caso hacerla esperar las respuestas cerca del palacio cuando puede enviársele un simple holomensaje. Vaya con su familia.

—Gracias, Su Alteza —dijo Padmé.

Hizo una última reverencia y se dio vuelta para dirigir a Cordé y Dormé de vuelta al palacio. Se comunicó con Sabé para indicarle que estaba a punto de irse, y luego Tonra las condujo al speeder que la Reina Réillata había puesto a su disposición mientras estuviera en Naboo. Padmé estaba demasiado entusiasmada como para enviar un holograma a su madre, así que, en cambio, escribió una nota y les hizo saber a sus padres que estaría en casa a tiempo para la cena.

# CAPÍTULO 19

La casa en que Padmé Naberrie había crecido se encontraba lejos de la capital de Naboo. Como casi todas las casas allí, estaba hecha de piedra y cubierta por techos en forma de domo. Su padre, Ruwee, la había construido, antes de convertirse en catedrático de la universidad, y su madre había imbuido la fría piedra con ese sentido de lugar, tiempo y pertenencia sobre el que se fundaban los verdaderos hogares. Era lo bastante grande para toda la familia, que recientemente se había expandido, pero bastante pequeña como para que Padmé no sintiera que estaba entrando en otra grandiosa residencia cada vez que cruzaba el umbral.

Era el hogar. Ella nunca había vivido en algún otro lado que fuera tan cálido y estuviera tan lleno de amor. Se sentía agradecida por las residencias oficiales que Naboo le había proporcionado, pero nunca fueron suyas. Esta era la casa con la que había soñado cuando estaba sola en Coruscant, como miembro del programa legislativo juvenil, y a la que quería regresar siempre, cuando podía.

El patio estaba vacío cuando llegaron Padmé, Tonra y Dormé. Cada uno llevaba solo una maleta pequeña y no se habían puesto nada que indicara que estaban al servicio del gobierno. Tonra aún portaba su bláster abiertamente, y Padmé solo podía suponer que Dormé tenía el suyo guardado en algún lado, como ella misma lo hacía, pero Naboo estaba en paz y no pensaba que hubiera una auténtica necesidad de usarlo. Padmé tenía la intención de dejar su arma en su habitación durante el tiempo que durara la estadía. Los acompañaba R2-D2, que se había quedado en el suelo mientras subían las escaleras hacía la puerta del frente. Jobal Naberrie los esperaba allí con una enorme sonrisa.

—Hola, mamá —saludó Padmé con emoción, y meses enteros de frustraciones se desvanecieron.

—Padmé —saludó Jobal y atrajo a su hija para abrazarla—. Oh, es maravilloso verte. Ven, entra.

Padmé pasó los dedos por la pieza de madera labrada que estaba unida al marco de la puerta mientras cruzaban el umbral y cayó directamente en los brazos de su padre.

—Papá —dijo mientras él la abrazaba, y ese fue todo el saludo que necesitaron.

Jobal los guio a una estancia con ventanales altos. Las paredes estaban pintadas de azul, y tazones de flores rojas decoraban varias florituras arquitectónicas. Había sillas y una mesa debajo de una de las ventanas, con una tetera humeante y una charola con pequeños sándwiches. Pero Padmé solo tenía ojos para una cosa.

—Sola —expresó y cruzó la sala en una ráfaga de tela susurrante, para hincarse ante su hermana.

—Hola, Padmé —saludó Sola. Sonrió y dio vuelta al bulto envuelto en un cobertor que tenía en brazos para que Padmé tuviera una vista clara—. Te presento a Ryoo.

—¡Es hermosa! —exclamó Padmé y extendió la mano para tocar el rostro de su sobrina.

—Llora dos horas a media noche sin motivo —comentó Sola—. Pero sí, es hermosa. ¿Quieres cargarla?

Padmé se moría por hacerlo y tomó cuidadosamente a la bebé dormida de los brazos de su hermana. Se sentó en el sofá junto a Sola y miró el rostro de su sobrina por un momento antes de escuchar que su padre tosía levemente. Demasiado tarde, Padmé se dio cuenta que necesitaba hacer algunas presentaciones.

—Mamá, papá, ¿recuerdan al Capitán Tonra? —preguntó—. Luchó en la Batalla de Naboo y ha estado conmigo desde entonces.

—Felicidades por su promoción, capitán —expresó Ruwee.

—Ella es Dormé —continuó Padmé—. Es mi maestra de vestuario, entre otras cosas.

Todos sabían lo que implicaban todas esas otras cosas.

—Gracias por estar con mi hija, a ambos. Por favor, tomen asiento. Tratamos de mantener al mínimo las formalidades de la política aquí, o nadie podría hacer nada —indicó Jobal. Tonra y Dormé hicieron lo que se les pidió mientras Padmé suprimía una risa—. Habíamos esperado que el peligro fuera menor en Coruscant, ahora que Padmé ya no es reina.

—Lo es —le aseguró Dormé—. Aun así tenemos que ser cuidadosos.

—Me da gusto ver que se sigue el legado del Capitán Panaka —comentó Ruwee—. No siempre estuve de acuerdo con sus métodos, pero mantuvo a salvo a todos para que ellos pudieran hacer lo mismo con mi hija, de modo que llegué a comprenderlo.

—A veces nos visita a la hora de la comida —informó Sola—. Trato de salir de la casa antes de que empiecen a gritarse uno al otro.

—A papá y al Capitán Panaka les gusta debatir sobre la necesidad de la acción militar —explicó Padmé, ante la mirada confusa de Tonra—. Las Fuerzas Reales de Seguridad crecieron bajo mi mandato y no creo que mi padre llegue a perdonarme por eso.

—Lamentablemente, era necesario —afirmó Ruwee—. Y sé que nos salvó. Pero ¿no podríamos reducirlas de nuevo?

—Ruwee, no dejaste que estuvieran sentados más de dos minutos antes de empezar —intervino Jobal.

—No hay problema —dijo Dormé—. Son gajes del oficio.

—Además, papá es mucho más razonable que la mayoría de los senadores con los que trabajo —admitió Padmé—. Pero no se preocupen. Todos mis amigos son pacifistas.

Ella pretendió que fuera broma, pero en cuanto lo dijo, se dio cuenta de lo reconfortante que era, aunque estuviera chocando con Mon Mothma. Le recordaba cuáles eran sus objetivos y el tipo de senadora que deseaba ser. En sus brazos, la bebé balbuceó, y Padmé bajó la vista. Ryoo se había despertado pero no empezó a llorar, de modo que Padmé le hizo gestos con la intención de que sonriera. Podría decirse mucho, también, sobre esa forma de negociación.

—¿La reina te dio alguna indicación de cuánto tiempo se te necesitará en el Senado? —quiso saber Sola. Se levantó y fue a la mesa donde se encontraba la tetera—. ¿Alguien quiere té?

—No —respondió Padmé—. Tan solo que desea que regrese. Y sí, por favor.

Sola sirvió a todos, porque había aprendido desde hacía mucho que cuando Padmé traía a casa gente con la que trabajaba, tendían a seguirla sin importar lo que Jobal declarara sobre la informalidad. Era uno de los tés de Karlini más comunes y no se necesitaban aditivos para mejorar o cambiar el sabor. Aunque no era el favorito de Padmé, casi no se exportaba y, por tanto, beberlo era uno de los callados rituales que confirmaban que había llegado a casa.

—¿Lo harás? —preguntó Jobal.

Padmé titubeó. Miró a su padre y a su madre, las paredes de la casa (que seguía siendo el lugar más reconfortante en la galaxia) y sintió el peso de la bebé en los brazos. Ryoo había liberado un brazo de su envoltura y estaba agarrando el collar de Padmé. Ella metió la pieza en su cuello (era demasiado preciosa para los bebés) y le ofreció, en cambio, uno de los adornos de su pelo. Ryoo se lo llevó de inmediato a la boca, y Padmé lo recuperó con rapidez. Evidentemente, todo eso era nuevo para ella. Su hermana se rio y le dio uno de los juguetes de la bebé.

—Sí, aunque no sé por cuánto tiempo —confesó Padmé—. La reina me ha dado su confianza, y tengo muchos proyectos pendientes en Coruscant. Extraño la casa, por supuesto, pero…

—Si gustas, no volveremos a tocar el tema —sugirió Ruwee—. En cambio, puedes ayudarme en los jardines.

—Es un día demasiado hermoso para pasarlo dentro —convino Sola—. Permítanme tomar protección solar para Ryoo y podemos salir todos. Aunque papá no nos contrate a nosotros, puede darnos cátedra mientras hace sus cosas, y sabemos que eso también le encanta.

—Soy constructor y catedrático —afirmó Ruwee—. ¿Qué esperabas?

Padmé entregó a la bebé a su madre y fue a caminar con Dormé mientras todos salían a los jardines.

—¿Se sienten bien? —preguntó, a un volumen suficiente para que Tonra también la oyera—. Sé que mis visitas familiares pueden ser un poco incómodas, pero realmente quieren ser incluyentes. Tenía la intención de advertirles, pero en cuanto llegamos al planeta todo sucedió demasiado rápido.

—Está bien, mi señora —afirmó Tonra—. Sabé sí nos comentó lo que podríamos esperar.

—Solo se necesita un ajuste —intervino Dormé—. Francamente, es más agradable que la idea de inclusión del Senado.

—Muy bien —afirmó Padmé—. Pero, si quieren irse, tan solo háganlo. Mamá habrá preparado cuartos de huéspedes para ustedes, si necesitan alejarse de todo este encanto de la familia Naberrie.

—¿Por qué, senadora? —Dormé se llevó una mano al pecho, como si estuviera profundamente impactada—. ¡Qué cosas dice!

La visita transcurrió bien. Como se prometió, los padres de Padmé no volvieron a sacar el tema de su futuro senatorial, y todo lo que le costó fueron dos horas de lijar vigas en el nuevo invernadero que Ruwee estaba construyendo, con el fin de que la escuela local pudiera tener flores para estudiar y pintar durante la temporada de frío. Padmé llevó a R2-D2 para que ayudara, pero el droide se distrajo de inmediato con la bebé y, en lugar de contribuir al proyecto de construcción, pasó el tiempo entreteniendo a Ryoo con diversos ruidos y despliegue de iluminación controlada, hasta que lo castigaron.

—¿Por qué tienes una unidad astromecánica? —le ganó la curiosidad a Sola, una vez que R2-D2 se puso a jugar con su hija de una manera que tenía menos probabilidades de terminar en electrochoque o cortocircuito.

—R2 es un héroe de Naboo —informó Padmé—. Reparó nuestro hiperimpulsor cuando estábamos atravesando el bloqueo de la Federación de Comercio, y fue una parte importante de la batalla para recuperar el planeta. Casi siempre permanece en la nave, pero ha sido extrañamente leal y tiene diversas características útiles. Además, en ocasiones solo me hace sonreír.

—Bien, R2 —indicó Sola al pequeño droide—. Necesitas instrucciones para ser niñera, pero supongo que lo lograrás.

El droide le lanzó un trino y regresó toda su atención a Ryoo.

—Tú no estás realmente a favor de armar a los comerciantes civiles para ayudar a que se defiendan de los piratas, ¿verdad? —interrogó Sola, en voz baja—. Es casi exactamente como empezó el bloqueo de la Federación de Comercio.

—No —confirmó Padmé—. Los demás senadores con quienes trabajo se oponen por completo a la agresión, hasta el grado de la no defensa. Pero representan sobre todo a los mundos del Núcleo. Son inteligentes y tienen experiencia, pero creo que este es un tema en que los supero, y no he encontrado una manera de empujarlos con suavidad.

—¿Así que estás defendiendo sin gracia la postura opuesta a sus argumentos? —indicó Sola—. Eso podría ser peligroso.

—No es tan serio —afirmó Padmé—. Mantenemos esos debates fuera del pleno, de modo que no queda registro de ellos, más allá de lo que nosotros mismos hacemos. Es más como un ensayo para que cuando Mon Mothma o Bail Organa lleven el asunto al resto del Senado, estén conscientes de cómo podría darse la discusión.

—¿Nunca has llevado el asunto al pleno? —preguntó Sola.

—Aún no —admitió—. Me molesta, te lo confieso, pero he decidido esperar un poco más antes de dirigirme directamente al Senado sobre una moción que yo he escrito. Todos recuerdan lo que sucedió la primera vez que me dirigí a ellos, y esa especie de sacudida del gobierno no se olvida fácilmente.

—¡Tú nos salvaste! —exclamó Sola—. Eso es lo que sucedió.

—Lo sé —convino Padmé.

—Es mejor que vayas y rescates a Dormé antes de que papá la adopte —sugirió Sola, quien veía al otro lado del jardín, donde Ruwee estaba afirmando en voz alta que Dormé

era la mejor talladora que había visto en diez años—. Tus amigas siempre son tan talentosas.

—Por eso es por lo que llegaron conmigo —comentó Padmé—. Parece mercenario que te rodees con gente que es buena en cosas en las que tú no lo eres, pero hace que la vida resulte interesante.

Se levantó y fue a ver si Dormé necesitaba que la rescatara. Sus doncellas podrían manejarse por sí solas, pero una cosa eran los asesinos expertos y los políticos taimados, y otra lo eran los padres de Padmé. Dormé sostenía una pequeña vibrocuchilla y estaba tallando enredaderas en las partes de las vigas que serían visibles desde el interior del invernadero.

—Tiene manos tan firmes —afirmó Ruwee—. Puede ver un patrón completo en la cabeza y luego hacer que encaje donde se le necesita.

—¿Qué crees que es lo que hace una maestra de vestuario? —preguntó Padmé. Dormé sonrió.

—Bueno, cuando mi hija abandone la política galáctica, no tendrás ningún problema para encontrar algo que hacer aquí —ofreció Ruwee.

—Gracias —expresó Dormé—. Mi tatarabuela me enseñó a tallar. Le resulta más fácil ahora que es más anciana, y tejer le produce dolor en las articulaciones. Espero con ansias verla cuando Cordé y yo intercambiemos lugares en un par de días.

Dormé terminó de tallar la enredadera y regresó a añadirle hojas y flores.

—Quería preguntar —comenzó Ruwee—. ¿Cómo está Sabé? Esperábamos que viniera contigo, pero supongo que tenía sus propias visitas.

—Está bien —afirmó Padmé—. Y sí, las tenía. Saché la llevó a ver a las demás, creo, y luego irá a casa.

—Tus amigas están haciendo un trabajo maravilloso aquí —comentó Ruwee—. En la legislatura, con esos niños, con música, y he leído los informes iniciales del proyecto de las algas azules. Es muy alentador.

—Me siento orgullosa de ellas —declaró Padmé.

—¿Sabes? —continuó Ruwee—, nadie tiene que ser maravilloso siempre. Es perfectamente adecuado salvar un planeta o dos y luego retirarse a ser una persona normal por el resto de la vida.

Padmé levantó de nuevo la lijadora. Era más fácil pensar desde el punto de vista de su padre cuando lo estaba ayudando en el trabajo al que le entregaba el corazón.

—Es extraño ver a mis amigas hacer cosas tan maravillosas sin mí —comentó Padmé—. A Sola, también. Ryoo es maravillosa, y creo que es una parte tan importante del futuro de Naboo como las algas azules de Eirtaé. Pero no sé lo que yo haría si regresara. Quiero una familia, pero aún no, y la única habilidad que realmente he cultivado es la política.

—Eres una excelente ayudante —señaló Ruwee.

—Eso es lo que estoy haciendo en el Senado ahora —afirmó Padmé—. O trato de hacerlo.

—Siempre vas a regresar —indicó.

—Sí. —Padmé se sintió extrañamente energizada—. Sé que no es la vida que querías para mí, y que tampoco es la que yo misma quería, por lo menos no para siempre, pero aún es buena, y aún necesito llevarla.

—Siempre tendrás nuestro apoyo —prometió Ruwee cuando Jobal apareció con más té.

Padmé tomó una taza de la charola y dejó que su olor le regresara el recuerdo de miles de tazas que habían venido antes. Con suerte, habría más de mil tazas en su futuro. Siguieron trabajando en el invernadero, para que los jóvenes artistas de Naboo tuvieran flores cuando no se dispusiera de ellas.

# CAPÍTULO 20

Padmé pasó su última noche en Naboo de regreso en el palacio real. La reina había sido tan comprensiva con el tiempo que Padmé necesitaba pasar con su familia que cuando Réillata le preguntó si podía pasar los últimos días de su receso en la capital para pláticas adicionales, Padmé no pudo negarse. Ahora había terminado el tiempo de hablar, y Padmé estaba lista para enfrentar de nuevo al Senado. Tenía el respaldo completo de su planeta, el apoyo de su reina y casi toda su confianza en sí misma.

Estaba empacando de nuevo, pero esta vez lo hacía con cierta determinación. Sabé estaba con ella, junto con los demás, y seleccionaban una nueva colección de vestidos que se adecuarían a la imagen que la Senadora Amidala estaba tratando de proyectar. Padmé había desterrado, con pesar, casi todos los colores brillantes, con excepción de unas cuantas piezas decorativas de las que no fue capaz de separarse, pero fue con cierto alivio que envió todos los tocados más grandes al almacén, junto con la mayor parte de los adornos de los vestidos.

Con el ojo que tenía Dormé para la línea y la función, armaron un guardarropa basado en tonos más oscuros de azul, verde y púrpura. Todos los vestidos tenían gran cantidad de bordados con diseños de Naboo, y muchos constaban de varias capas, pero era más fácil sentarse y caminar con ellos. Padmé sería capaz de girar la cabeza y dar vuelta en una esquina por sí misma. Lo práctico de los diseños de Dormé se extendió a las prendas de apoyo y a los zapatos.

Cordé había empezado a bosquejar nuevos estilos para el cabello de Amidala que dependían menos de ayudas estructurales y más de pasadores discretos. Los pasadores (diseñados y elaborados por la hermana joyera de Cordé) podían, en un instante, hacer la doble función de armas o herramientas, aunque eran lo bastante pequeños como para pasar la mayor parte de los escaneos de seguridad. Versé y Sabé habían trabajado juntas en la ropa para brindar aún mayor movilidad: conjuntos de pantalón y blusa que podrían combinarse con capas llamativas para recordar a todos el estatus de Amidala sin ser un estorbo.

—Me permitirán moverme mejor que el vestido de batalla —afirmó Padmé, mientras sostenía los pantalones blancos enfrente de ella.

—Tal vez también sea más fácil trepar con ellos que con los uniformes de los guardias —añadió Sabé con cara seria, pero ojos brillantes. Typho había jurado guardar silencio, pero todos hubieran dado cualquier cosa por ver a Padmé bajando de ese árbol.

Sabé estaba revisando sus propias ropas. Le habían dado un uniforme de guardia, además de dos conjuntos de batas, en caso de que se le necesitara como doncella. Había encargado un nuevo par de botas (las había raspado con cuidado en cuanto se fue el zapatero, para que no parecieran tan inmaculadas) y un cinturón de herramientas, además de uno que combinaba con el uniforme. Sus ropas iban desde combinaciones prácticas de pantalón y túnica con adornos mínimos hasta tres trajes elaborados, en caso de que los necesitara.

—¿Estás segura de los vestidos? —interrogó Sabé—. No creo que pueda ponérmelos en mi vecindario.

—Podríamos necesitarte en cosa de segundos —indicó Padmé—. Sé que es improbable, pero entra dentro de la carga permitida y, de esta manera, estarás lista para todas las eventualidades.

—Muy justo —afirmó Sabé.

Tocaron a la puerta, y entró Mariek. Padmé apenas la había visto mientras estaban en Naboo, y le dio gusto que hubiera regresado la capitana de su guardia.

—¿Están listas para enviar todo esto a la nave? —quiso saber.

—Sí, tía —confirmó Versé.

Cordé colocó las últimas piezas frágiles en las cajas, y Dormé revisó los sellos de embalaje. Cuando todo estuvo seguro, las cajas fueron a los trineos repulsores-elevadores, y Mariek fue a supervisar la carga. Acababa de salir cuando volvieron a tocar la puerta, y Saché fue quien entró.

—Hola —saludo Padmé con calidez. Durante su receso, había visto a sus amigas en conciertos, casas y exhibiciones artísticas, pero nunca había sido suficiente.

—Vine a preguntar si van a cenar con la reina esta noche —dijo Saché.

—Yo no —aclaró Padmé—. Ella tenía un compromiso previo con los ministros de comercio, y no quise entrometerme.

Además, Padmé ya había comido muy a menudo con esos ministros.

—Bueno, entonces tengo una invitación para ustedes, para todos ustedes —informó Saché—. Voy a dar una cena. Aparté el salón del suroeste, con las ventanas que les gustan. Solo vamos a ser nosotras, así que pueden bajar cuando estén listas.

—Eso suena maravilloso —afirmó Padmé—. En cuanto terminemos aquí, iremos allá.

El salón del suroeste era el favorito de Padmé por pequeño y simple. Lo glorioso estaba en la pared de ventanas hasta el techo que dejaban entrar mucha luz y el balcón de más allá, donde era visible todo Theed y gran parte del paisaje que lo rodeaba. Como reina, Padmé había leído allí y celebrado audiencias con sus confidentes más cercanos. Parecía un lugar más que adecuado para una cena de despedida, y le dio gusto que Saché lo hubiera recordado.

«Solo nosotras» terminó siendo todas las doncellas, excepto Yané, quien había cancelado de último minuto porque los gemelos que estaba criando se habían enfermado y se había quedado en casa para cuidarlos. Saché estaba notoriamente decepcionada, pero puso su mejor cara.

—Son unos niños adorables la mayor parte del tiempo —afirmó Saché—. Me siento tan orgullosa de ella, por lo que hace.

—Los conocí cuando fuimos de visita —dijo Padmé—. No fue mucho tiempo, pero sí el suficiente para llegar a conocerlos un poco y ver de nuevo a Yané. No me imagino tener gemelos, pero ella es buena en eso.

—Lo es —confirmó Saché.

El nuevo vitral en la ventana llamó la atención de Padmé. Ella había comisionado varios después de la Batalla de Naboo, para reemplazar los que resultaron dañados durante la ocupación, pero este no era uno de los suyos. Describía una procesión real donde una pequeña figura de cristal de ella caminaba por las calles de Theed bajo un dosel mientras sus ayudantes la rodeaban. Rabé siguió su mirada y se rio cuando vio la ventana.

—¿Cuántas de nosotras creen que hay? —quiso saber. Había muchas figuras con capuchas de un color que parecía en llamas en la escena.

—¿Una de ellas está sosteniendo el dosel? —preguntó Saché, con los ojos entrecerrados para ver mejor—. No creo que el artista entienda lo que hacemos.

—Bien —comentó Sabé, y todas rieron—. Así se supone que debe ser.

Rabé tocó para ellas mientras esperaban la hora de la cena, y Eirtaé les dio más detalles del tiempo que había pasado en Otoh Gunga de los que había presentado a la asamblea legislativa. También había traído varias de sus obras para que Padmé las admirara, y Sabé insistió en comprar una, aunque actualmente no tenía donde ponerla.

—La enviaré a la casa de tus padres —le confirmó Eirtaé.

Padmé salió al balcón después del atardecer, y Sabé le dio cierta distancia mientras la seguía. Por una vez, no había que pensar en el tema de la seguridad. Todo el viaje había transcurrido sin incidentes, y Padmé estaba profundamente agradecida por ello. Sabía que era el trabajo de ellas y conocía su posición, pero odiaba cada vez que la gente se arriesgaba por ella, sobre todo cuando eran sus amigos.

En Naboo reinaba la tranquilidad, de una manera en que nunca lo haría en Coruscant. El planeta ciudad tenía un zumbido constante: generadores, tráfico, el murmullo de millones de conversaciones simultáneas. El zumbido de Naboo era mucho más callado, pero aún estaba allí si se sabía lo que habría de escucharse. Padmé había adorado las cascadas de Theed desde la primera vez que puso los ojos en ellas, y estar lejos del planeta solo había hecho que su cariño se fortaleciera. Permaneció quieta, inclinada hacia la ciudad que amaba con todo el corazón, escuchando el sonido distante del agua que corría.

—Regresaremos aquí, tú y yo —comentó a Sabé—. Haremos lo que sea necesario allá y luego regresaremos a casa.

Sabé recargó la cabeza sobre el hombro de Padmé y sintió la presión de la mejilla de Padmé sobre su cabello; ninguna de las dos lo dudó por un momento.

# PARTE V

## LA AMENAZA PIRATA CRECE SIN FRENO

*Envíos por todo el Borde Medio han quedado bajo ataque por parte de piratas perversos dispuestos a robar todo lo que no esté soldado al casco. Inversiones con valor de millones de créditos se han perdido mientras se dejan las naves saqueadas para que hagan su viaje de regreso al Núcleo. ¿Durante cuánto tiempo más el Senado ignorará los apuros del Borde Medio? ¿Cuánto dinero más se verán forzados a arriesgar inversionistas como la Federación de Comercio? ¿El Canciller Palpatine convencerá al gobierno galáctico para que interceda antes de que sea demasiado tarde?*

—TriNebulon News

# CAPÍTULO 21

Coruscant era ruidoso, estaba lleno de gente y el aire olía terrible, aun a las grandes alturas a las que se encontraba la residencia senatorial de Padmé, quien descubrió que una pequeña parte de ella lo había extrañado, a pesar de sus mejores esfuerzos en sentido contrario. Reconocía que disfrutaba los desafíos intelectuales que venían con ser miembro del Senado Galáctico, y en silencio se recordaba no quedar tan atrapada entre los teóricos del poder como para olvidar la manera en que sus acciones (o su inacción) afectaría a otros seres.

Habían regresado un día antes para acomodarse en el departamento y desempacar, pero apenas se habían apilado las cajas en su habitación cuando sonó el intercomunicador oficial, exigiendo su atención. Padmé fue a leer el mensaje y luego se sentó cuando se dio cuenta de lo que estaba por suceder.

—¡Dormé! —gritó. La doncella apareció en segundos—. Desentierra algo senatorial que no tengamos que planchar, lo más rápido posible. Tengo que ir al Senado de inmediato.

—¿Qué pasa? —Dormé ya estaba en movimiento. Sabía exactamente en qué caja buscar y muy pronto ya había reunido todo lo que necesitaría.

—Se ha llamado a una sesión de emergencia —explicó Padmé, quien empezó a quitarse las ropas de viaje—. Algo acerca de los acueductos planetarios en Bromlarch. No hay muchos detalles en el informe, pero debe ser importante para llamar a todos un día antes. Me da gusto que hayamos llegado a tiempo. ¿Qué quieren que haga con mi cabello?

—Déjelo así por ahora —indicó Dormé—. Y conserve la ropa básica, quedará bien debajo de esto.

Padmé dejó que Dormé la vistiera con uno de los nuevos trajes. La ropa básica café de abajo fue cubierta por un vestido gris con holanes que no se arrugaría, y luego un ropón fue encima de todo, en lugar de capa o manto. Dormé tomó las trenzas que colgaban por la espalda de Padmé y las enredó alrededor de la cabeza de una manera que recordaba a la corona de la Reina Breha, aunque el cabello de Padmé solo se mantenía en su lugar con pasadores.

—Eso deberá bastar —afirmó Dormé, con sentido crítico.

—Gracias —dijo Padmé—. Por favor, di a Typho y Mariek que me encuentren en la plataforma. Todos los demás pueden quedarse aquí y tratar de recuperarse del viaje.

Dormé se fue, y Padmé se tomó un momento para ubicarse en la nueva situación. Miles de conjeturas cruzaron por su mente, e implacablemente las desechó todas. No tenía caso planear algo o preocuparse demasiado antes de que supiera cuáles eran los problemas y cuál sería la mejor manera de afrontarlos. Respiró profundamente una vez más y salió a donde se encontraban los guardias, convertida en la Senadora Amidala hasta la punta de los dedos.

Typho condujo el speeder porque no había tiempo para esperar a que llegara el transporte senatorial. La oficina de Amidala tenía permiso para volar fuera de las rutas principales de la ciudad, así que no les tomó mucho tiempo llegar al edificio del Senado. Typho dejó a Mariek y a Padmé y les prometió encontrarlas en la curul volante.

Padmé no se detuvo en su oficina; fue directo a la sala del pleno y tomó su asiento. Encendió el traductor, en caso de que lo necesitara, y se preparó para escuchar.

—… acecha la posibilidad de una tragedia —estaba pronunciando el senador de Bromlarch, un macho humanoide muy delgado de nombre Caelor Gaans—. No teníamos manera de predecir que la actividad sísmica sería tan grave. Nuestro sistema de acueductos es capaz de resistir presión y tensiones considerables, pero esto fue más allá de cualquier cosa que el planeta había experimentado jamás.

—¿Qué pasó con sus casas y centros de población? —quiso saber Mon Mothma. Padmé se sintió aliviada al oír la voz.

—Resistieron un poco mejor, senadora, gracias —informó Gaans—. Las casas están hechas de un material más flexible y son más bajas. Construimos nuestras casas para que sean reemplazables, y pensamos que el acueducto perduraría.

—Suena como si estuvieran haciendo todo lo posible —afirmó Mon Mothma.

—No será suficiente —comentó Gaans—. Sin el acueducto, nuestro sistema agrícola prácticamente quedará aniquilado. Podemos llevar agua a menos del diez por ciento de nuestros campos, y la sacudida ha causado que muchos pozos privados se sequen. No tenemos tiempo para cavar nuevos mientras ideamos cómo reconstruir. Acabamos de terminar la temporada de siembra. Si no podemos llevar agua a las cosechas, todo el planeta morirá de hambre.

Tras esta predicción extrema, Gaans tomó asiento. Era casi como si sus piernas ya no pudieran mantenerlo erguido. El corazón de Padmé estaba con él. Sabía lo que era estar en Coruscant mientras el planeta sufría.

—¿Se puede reubicar a los ciudadanos de Bromlarch? —preguntó el senador de Malastare.

—Somos millones —informó Gaans, mientras luchaba por ponerse de pie una vez más—. Sería poco práctico. Y muchos no tienen a dónde ir.

—Senadores, senadores —por fin el Canciller Palpatine hizo oír su voz. El silencio, o lo más cercano a él, cayó sobre la cámara del Senado—. Debemos avanzar lo más rápido posible para aliviar el sufrimiento de Bromlarch. Solo debe pensarse en la reubicación como último recurso. La presidencia ahora da la palabra al senador de Scipio.

Padmé se enderezó en su asiento. Sintió que la punzada aguda y desconocida de los celos la recorría ante la idea de que Rush Clovis pronunciaría un discurso en solitario antes que ella, pero rápidamente aplastó la horrible sensación. Sin embargo, sí se preguntó qué podría ofrecer él. A ella no se le había ocurrido nada más allá de ayuda alimentaria básica, que era una solución obvia y a corto plazo, en el mejor de los casos.

—Senadores —empezó Clovis—. Propongo que se envíe un equipo de auditoría a Bromlarch. Puede evaluar el daño y proporcionar un estimado del costo de las

reparaciones. Comprendo que en Bromlarch están demasiado abrumados como para realizar ellos mismos la inspección ahora, pero este cuerpo puede manejar la tarea, y una vez que tengamos los informes, podremos tomar decisiones adicionales.

Créditos, por supuesto. Clovis quería saber cuánto iba a costar todo. Aun así, no era un mal plan. La única duda de Padmé era que sabía por experiencia de primera mano cuánto tiempo se necesitaría para este tipo de tareas.

—Onderon secunda la moción —indicó Mina Bonteri. Padmé estaba sorprendida. Bonteri no había hablado muy a menudo hacia el final del último periodo de sesiones. Tal vez el receso la había revitalizado.

Palpatine conferenció con sus asesores, entre quienes se contaba a Mas Amedda. Padmé no se sentía atraída por la consejera de Chagrian y deseaba que Palpatine hubiera elegido a alguien más ahora que se había establecido como canciller. No se le había consultado, por supuesto, pero Palpatine sabía que le desagradaba. Al igual que con tantos otros temas, había hecho de lado la opinión de ella en el momento en que no se alineaba con la suya. Mientras Mas se inclinaba hacia delante de nuevo para hablar, Padmé sintió el escalofrío de la historia que se repetía a sí misma.

—Muy bien —indicó él—. Enviaremos el equipo de inspección. Preguntaré a nuestros amigos los Jedi si también enviarán a alguien. Son excelentes embajadores durante las crisis humanitarias y a menudo proporcionan una perspectiva menos teñida de política para cualquier solución propuesta. Senadores Clovis y Bonteri, pueden llevar a cualquier colega que deseen.

El intercomunicador de Padmé sonó, y supo que sería Organa antes siquiera de bajar la vista. El mensaje era una sola palabra:

«*Ve*».

Padmé se levantó, con Typho y Mariek pisándole los talones, cuando el Canciller Palpatine empezaba a pronunciar las fórmulas que darían por terminada la sesión. Caminó deprisa, rumbo al lugar donde atracaría la curul volante de Mina Bonteri. Esperaba tener la oportunidad de convencer a la senadora de Onderon para que la dejara ir, aunque se habían distanciado desde que Padmé empezó a reunirse con Mon Mothma. Supuso que, de estar desesperada, se habría acercado a Clovis, pero probaría su suerte primero con Bonteri.

—Senadora Amidala —saludó Bonteri cuando ella apareció en el pasillo—. No me sorprende en absoluto verte.

—Me gustaría acompañarlos a Bromlarch, senadora —afirmó Padmé—. Mi experiencia en alivio de desastres me hace…

—Sí, querida, lo sé —indicó Bonteri—. Por eso es por lo que no me sorprendió verte. ¿Me acompañas?

Padmé la siguió. Por lo menos Bonteri no avanzaba con lentitud. Recorrieron el pasillo a un hueco en la pared, donde sobresalía una banquita, fuera del paso de los transeúntes. Bonteri se sentó, y Padmé hizo lo mismo.

—Fuiste una de las primeras personas en quien pensé, senadora —comentó Bonteri—. Sabía que el primer acto del Senado sería enviar gente a observar el daño. No pueden confiar en los informes, aunque se hayan proporcionado apoyos visuales. Deben ver todo con sus propios ojos.

—Lo recuerdo —afirmó Padmé. Sintió que la vieja y familiar amargura crecía en su estómago.

—Estoy convencida de que asegurarás que el viaje sea rápido —continuó Bonteri—. Y yo podré dar a tus observaciones el peso que necesitan para conmover al Senado. Pero te advierto que al final tal vez no tengamos éxito. Aun después de tus recomendaciones, tal vez el Senado haga algo que no apruebas, y como tú remitiste el informe, casi seguramente tendrás que votar por él.

Padmé estaba digiriendo eso cuando llegó Clovis.

—Senadora Bonteri, Senadora Amidala —las saludó. Abrió mucho los ojos y sonrió a pesar de la gravedad de la situación—. ¿Tenemos a nuestra primera voluntaria?

—Así parece —comentó Bonteri, con frialdad. Al parecer, apreciaba la actitud de Clovis tanto como Padmé.

—¡Excelente! —exclamó Clovis—. Pondré mi nave y su tripulación a nuestra inmediata disposición. ¿Traerá a alguien más?

—Tengo un droide —indicó Padmé. Mariek se iba a poner furiosa, pero como Clovis estaba a cargo, difícilmente podría llevar a sus guardias.

—Mi secretaria puede ocuparse del resto de la grabación —ofreció Bonteri—. Y tendremos al Senador Gaans con nosotros, por supuesto. Creo que es un grupo suficiente.

Tal vez Clovis había propuesto la inspección, pero Bonteri estaba dejando en claro quien se hallaba a cargo, y Padmé apreció eso. No tenía muchos deseos de pasar una semana o dos haciendo cualquier cosa que Clovis considerara apropiada. Bonteri era mucho mejor líder para la aventura, y alguien con quien Padmé se sentía cómoda trabajando y recibiendo órdenes.

—Muy bien, entonces. —Si Clovis estaba ofendido, no lo demostró—. ¿Estará lista para partir esta noche? Digamos, ¿en cuatro horas?

Eso le daría tiempo suficiente a Typho para gritarle, a Dormé para volver a empacar y a Padmé para comunicarse con Sabé para actualizarla.

—Sí, por supuesto —afirmó.

—Enviaré mi transbordador por ustedes dos —indicó Clovis—. Ahora, si me disculpan, tengo que hacer mis propios preparativos.

Se fue, y Bonteri suspiró excesivamente antes de ponerse de pie.

—Es un chico extraño —comentó—. Pero honesto.

—¿Lo cree? —preguntó Padmé. Esa no sería la primera palabra que usaría para describirlo.

—Quiero decir que no tiene dobles intenciones. Con él, se sabe exactamente lo que se obtendrá. —Bonteri la miró con perspicacia—. Tú eres muy parecida en ese aspecto, aunque la manifestación de tu honestidad es diferente.

—Gracias a los dioses por eso —afirmó Padmé en voz baja, pero al volumen suficiente para que Bonteri la escuchara. La mujer mayor se rio, y Padmé esbozó una sonrisa. Tal vez no se habían distanciado tanto, después de todo.

—Tengo que enviar algunos mensajes —explicó Bonteri—. Me imagino que tú también. Te veo en unas horas, senadora.

Padmé se puso de pie.

—Gracias por incluirme, senadora —expresó—. Porque esto significa mucho para mí.

—Lo sé —afirmó Bonteri—. Haré lo mejor que pueda para no aprovecharme de eso.

Mientras Padmé pensaba en lo extraño del comentario, Bonteri caminó de regreso a su oficina. Luego de un rato, Padmé se dio vuelta y regresó a donde había dejado a Typho y Mariek.

—Va a ir. —Mariek no lo presentó como pregunta.

—Sí —confirmó Padmé—. Vamos. Necesitamos regresar a la residencia para que pueda empacar, y se va a necesitar algo de tiempo para que ustedes dos terminen de gritarme.

—¿Por qué le vamos a gritar? —quiso saber Typho.

—Porque ustedes no vienen —explicó Padmé.

—Espere un minuto —empezó Typho.

—En la residencia, sargento —comentó Padmé—. Necesito un frente unido aquí, pero cuando lleguemos a casa pueden gritarme todo lo que quieran.

Al final, le tomó solo una hora a Padmé cambiarse y empacar. Dormé había organizado el clóset para que toda su ropa de exteriores estuviera junta, lo que simplificó todo el asunto. Padmé se comunicó con Sabé, pero no estaba en el departamento, así que se vio forzada a dejar un mensaje. Typho agotó su vocabulario en el curso de treinta minutos, mientras Mariek necesitó otros quince. Para entonces, Varbarós había llegado para dejar a R2-D2, y Padmé estaba lista para partir.

Al abordar el transbordador de Clovis, sintió una oleada de entusiasmo de la que se avergonzó un poco, dadas las circunstancias. Esto sería lo más sola que había estado en mucho tiempo.

# CAPÍTULO 22

Desde la órbita, el sistema de acueductos que sustentaba la vida en el planeta Bromlarch tenía el aspecto de ríos inusualmente rectos que se ramificaban a través de la superficie del planeta. El piloto de Clovis había dispuesto la nave para que vieran el giro del planeta debajo de ellos, y a medida que el lado de la noche surgía, los ríos fueron desapareciendo por completo. Solo las luces de los asentamientos eran visibles. Por lo menos, la red eléctrica del planeta se había restablecido parcialmente.

—Aún pueden verse —mencionó con tristeza el Senador Gaans. Levantó una mano de dedos largos al ventanal, y cada uno de sus nueve dedos se extendió por el transpariacero como si pudiera alcanzarlos y sostener las piezas de su mundo roto—. Sus luces deben ser visibles desde aquí. Era siempre una de mis partes favoritas cuando venía a casa.

—¿Cuánto del sistema sufrió daños? —preguntó Padmé.

—Casi ochenta por ciento en total —informó Gaans—. Las áreas con afectación crítica estaban justo en el epicentro del terremoto, pero el daño se irradió, como ondas en el agua.

La Maestra Jedi Depa Billaba se unió a Padmé en el ventanal. Padmé la conocía de vista, porque fue una de los Jedi que había ido a Naboo para el funeral de Qui-Gon Jinn, pero no habían hablado gran cosa durante el viaje, hasta ahora. Le agradaba mucho a Padmé, pero era extraño volver a interactuar con una Jedi después de tanto tiempo. Padmé sabía que no debía esperar que todos los individuos de una cultura fueran iguales, pero había marcadas diferencias entre la manera en que Qui-Gon se había comportado y como lo hacía Billaba; además, Padmé la encontró distintivamente extraña de una manera que no podía identificar o explicar, excepto que Qui-Gon la había mirado (en ocasiones demasiado a fondo) mientras que tenía la impresión de que Billaba miraba *a través* de ella.

—Percibo miedo y dolor en su planeta, Senador Gaans —afirmó Billaba—. Pero no en concentraciones específicas. Su mundo está herido, pero la herida aún no es crítica.

—Gracias, Maestra Jedi —comentó Gaans—. Es un confort frío, pero confort al fin.

Clovis llegó al lugar donde se habían reunido a mirar el aterrizaje. El diseño de la nave era muy diferente al de la nave plateada de Padmé, pero en Naboo se sentía orgullo por hacer que todo tuviera un aspecto hermoso además de cumplir una función. La nave de Clovis parecía un bloque; su exterior gris y aburrido no traicionaba ninguno de los lujos absurdos que incluía en el interior. Todos tenían sus propias habitaciones, lo que explicaba por qué se había limitado a la cantidad de seres que tenían permitido llevar con ellos. Casi en cuanto subieron a bordo, R2-D2 había accedido a los planos de la nave y Padmé no necesitó comprender lenguaje binario para darse cuenta de la baja opinión que el diseño le mereció al droide. Era agradable que no estuvieran uno encima del otro (hasta la nave de Naboo se sentía así en ocasiones) pero representaba un blanco para cualquier nave que se acercara lo suficiente para escanearla.

—Aterrizaremos en cuanto lleguen nuestros permisos —indicó Clovis—. Mi piloto está revisando de nuevo para asegurarse de que las coordenadas no hayan cambiado debido a un envío de emergencia o algo así. Dentro de poco estaremos en la superficie, si desean prepararse.

Padmé fue a buscar a R2-D2, pero todos los demás se quedaron para mirar los procedimientos de aterrizaje. El piloto de Clovis era casi tan bueno como Varbarós, pero nadie podía aterrizar con tanta suavidad como ella. Padmé sintió la sacudida cuando hicieron contacto con el suelo y R2-D2 zumbó desdeñosamente.

—Lo sé —indicó Padmé—. Pero nos trajeron hasta aquí, así que tal vez deberíamos ser educados.

El consejo planetario estaba esperando en la plataforma cuando desembarcaron. Todos parecían exhaustos, y Padmé no los culpaba. Recuperarse de un desastre natural era trabajo suficiente, sin tomar en cuenta las preocupaciones por el acueducto. Siguió a Bonteri y a Gaans por la rampa de descenso. Clovis trató de mantener el paso junto a ella, pero con R2-D2 allí, no tuvo otra opción más que caminar solo. La Maestra Billaba iba a la retaguardia.

—Amigo mío. —La consejera en jefe saludó al Senador Gaans, y los dos se abrazaron. Ella era un poco más alta que el senador, con piel café clara y pelo corto que tenía un ligero matiz verdoso—. Me da gusto verte. Solo desearía que hubiera sido bajo mejores circunstancias.

—Yo hubiera deseado estar aquí cuando sucedió —comentó Gaans—. Aunque no sé lo que hubiera hecho.

—Estabas donde necesitábamos que estuvieras —afirmó la consejera—. Gracias a ti, la respuesta del Senado fue rápida.

—Así lo espero —comentó Gaans—. Permítame presentar a la Maestra Jedi Depa Billaba y los senadores Mina Bonteri de Onderon, Rush Clovis de Scipio y Padmé Amidala de Naboo. Han venido a ayudar con la evaluación del daño para que podamos especificar cuánta ayuda debemos pedir al Senado. Ella es la Consejera Eema, la jefa de nuestro gobierno planetario.

—Me temo que realmente no podremos acomodarlos —indicó Eema.

—Por favor, no se preocupe por nosotros —afirmó Clovis, quien dio un paso al frente—. Vamos a permanecer en la nave, y podemos ir a cualquier lugar donde nos necesiten. Más aún, sé que no es mucho, pero compré todas las provisiones de ayuda que pude antes de salir de Coruscant. La bodega está llena de barras de ración y medicamentos. No es mucho, pero espero que les sirva.

Padmé pensó en cuánto espacio había en las habitaciones, cuántas provisiones habrían cabido allí de haber compartido una con Bonteri y contuvo un gesto. Clovis estaba haciendo el intento, pero ella era buena en esto y lo hubiera aconsejado de haberlo pedido. Por lo menos había traído provisiones útiles.

—Gracias —expresó Eema—. Solo podemos disponer de una oficial de enlace, pero apreciamos su ayuda.

Los consejeros esperaron mientras se descargaban las cajas de provisiones y luego regresaron a la ciudad, apretados en varios de los transbordadores que esperaban en la pista de aterrizaje. La oficial de enlace se quedó y se mantuvo de pie torpemente mientras miraba cómo se desarrollaba el proceso. Era evidente que nunca había visto a una Jedi antes y no sabía cómo actuar cerca de una. Padmé se acercó para pararse a su lado.

—La primera vez que vi a un Jedi, yo iba corriendo para salvar mi vida —comentó—. Es un poco más fácil cuando recuerdas que son seres que sienten como nosotros. Tan solo dicen cosas extrañas de vez en cuando.

—Algún día me gustaría escuchar esa historia, senadora —comentó—. Disculpe, me llamo Ninui.

—Siento que nos hayamos conocido bajo estas circunstancias, Ninui —indicó Padmé—. Ahora, ¿dónde te gustaría que empezáramos? ¿Es más fácil si regresamos la nave a órbita para que puedan usar la pista de aterrizaje?

—Podría ser —convino Ninui—. Lo siento, estaba pensando en un millón de cosas por minuto.

—Regresemos a bordo —indicó Clovis—. Tendrás algo de silencio para pensar, y podremos darte algo de comer. Imagino que has estado muy activa.

Ninui levantó la vista hacia Clovis y sonrió. Padmé estaba impresionada. Hasta ahora, él había sido casi discreto. Regresaron a la nave, pero R2-D2 permaneció atrás para presentarse a la computadora de embarque, y Depa Billaba se quedó con la vista fija en el paisaje, aunque Padmé no imaginaba lo que estaba haciendo. Condujo a Ninui a la sala de los ventanales. Clovis le trajo una charola con comida y un caf, y Bonteri y su secretaria se les unieron después de unos momentos.

—Creo que cuanto más simple mantengamos esto, mejor —indicó Bonteri—. Será más fácil para ti, y evidentemente también para el Senado.

—Estoy de acuerdo —afirmó Padmé—. Ninui, ¿puedes decirnos lo que tu gente necesita ahora mismo, lo que necesitará en un mes y luego en un año?

—Bueno. —Ninui dio el último trago al caf, y Clovis volvió a llenar la taza—. Justo ahora, necesitamos agua. En un mes, necesitaremos comida y, en un año, volveremos a necesitar agua.

—Para tener agua, necesitan el acueducto arreglado —indicó Bonteri.

—Es más complicado —afirmó Ninui—. Está lloviendo en la provincia de Dravabi. Sin el acueducto para que lleve el agua a otras partes del planeta, habrá inundaciones.

—Entonces, lo que necesitan es *control* del agua —comentó Padmé.

—Eso aún significa arreglar el acueducto —apuntó Clovis.

—Sí, pero creo que Padmé tiene razón en establecer la diferencia —intervino Bonteri—. Enviar agua es difícil, pero hay mucha humedad en el aire aquí, en caso de que necesitemos instalar granjas temporales de humedad. Solo que no resolveríamos nada, porque el problema está en el lugar donde se encuentra el agua.

—¿Qué necesitan para arreglar el acueducto? —quiso saber Padmé—. Lo vimos desde órbita, pero los detalles de su construcción eran muy escasos.

—Necesitamos permacreto —afirmó Ninui—. No tenemos los productos químicos necesarios para producir aquí el nuestro, ni siquiera una de las versiones de imitación, de modo que solemos importarlo. Pero ahora necesitamos mucho.

Padmé se reclinó en su asiento.

—Uno de los comités en que sirvo trata con el transporte de permacreto, y hemos hecho que el proceso de envío resulte un poco menos costoso —informó—. Todavía me tomará algo de tiempo, pero creo que por lo menos puedo hacer que las líneas de suministro vuelvan a funcionar.

—Eso sería bueno —indicó Ninui—. El intermediario que usamos no puede conseguirnos el suficiente.

—¿Puedes hacer que alguien determine un orden de reparación? —preguntó Bonteri—. Si hay inundaciones, deberíamos reparar esas regiones primero y luego pasar a las siguientes.

—Esa ya es una parte del plan ante desastres —informó Ninui—. Simplemente no hemos llegado aún a implementarlo.

—¡Excelente! —exclamó Bonteri—. No te preocupes por recordar todo esto, por cierto. Mi secretaria te enviará sus notas.

—Oh, muchas gracias. —Ninui puso la cabeza en la mesa, y Padmé estiró la mano para darle una palmada en la espalda—. Nunca he estado tan cansada. Me temo que si me detengo, nunca volveré a moverme.

Clovis la miraba con una extraña expresión en el rostro. Padmé sabía que su historia personal no estaba libre de tragedia (perder a sus padres era uno de sus miedos más profundos, y Clovis había perdido a ambos cuando era muy pequeño), aunque su historia tuvo un final feliz con el padre adoptivo. Tal vez esta era la primera vez que había atestiguado el sufrimiento a esta escala. Padmé estaba contenta de que estuviera tomando conciencia, pero frustrada de que se necesitara la destrucción casi completa del sistema ecofinanciero de un planeta para ello. Tal vez por eso era que Naboo estimulaba a sus niños para que entraran al servicio público a edades tan tempranas: aseguraba que tomaran conciencia.

—¿Puedes dar a nuestro piloto las coordenadas de lo que necesitemos ver? —pidió Clovis con gentileza—. El puente tiene asientos cómodos, para que descanses un poco allí mientras sigues trabajando.

Ninui levantó la cabeza y el cuello le tronó.

—Sí —confirmó—. Puedo hacerlo.

—Iré por R2 y veré si la Maestra Billaba quiere venir —comentó Padmé.

Regresó a la rampa y envió adentro a R2-D2. Billaba no se había movido del lugar donde la había dejado. Padmé se acercó, haciendo la mayor cantidad de ruido posible mientras caminaba. Billaba se dio vuelta cuando ella llegó a unos pasos de distancia.

—¿Senadora? —expresó.

—Vamos a hacer una inspección aérea —le informó Padmé—. ¿Le gustaría venir? Apreciaría que pudiera dar al Consejo Jedi un recuento de primera mano.

—Por supuesto —afirmó Billaba.

Había dado apenas unos pasos cuando Billaba se detuvo y, por primera vez, miró directamente *a* Padmé. Ella se esforzó para no hacer ningún movimiento que delatara su nerviosismo. Resultó más que desconcertante.

—No has cambiado mucho desde que te conocí —indicó Billaba. Padmé no estaba completamente segura de cómo interpretar eso, y debió ser evidente por su expresión. Pero la Maestra Jedi continuó—: Has crecido, por supuesto. Eres más sabia. Tienes más equilibrio. Pero no has cambiado. Aún eres la persona que derrotó a la Federación de Comercio y creo que siempre lo serás.

Tal vez fue el cumplido más extraño que Padmé había recibido alguna vez, incluido cuando el niñito en el mundo del desierto supuso que era un ángel; no obstante, se sintió complacida. Se había estado preguntando sobre sí misma y la ruta que tomaría. Los Jedi podían ver cosas que nadie más percibía, y Padmé confiaba en su visión, igual que casi cualquiera que no fuera Jedi.

# CAPÍTULO 23

El viaje de regreso a Coruscant pareció interminable. Todo lo que Padmé quería hacer era ponerse a trabajar y, en cambio, tuvo que conformarse con anotar sus planes para estar segura de no olvidar nada cuando finalmente llegara el momento de presentarse ante el Senado. Se había determinado que la Senadora Bonteri haría el informe oficial, y decidirían su siguiente movida a partir de la reacción. Padmé era cautelosamente optimista.

Clovis vino a verla justo antes de que la nave saliera del hiperespacio. Ahora estaba menos frustrada con él, pero aún no disfrutaba su compañía tanto como él parecía disfrutar la de ella.

—Senadora Amidala —saludó Clovis—, ¿puedo entrar?

—Por favor —pidió ella, y le señaló uno de los asientos vacíos.

—Quiero darle las gracias por venir en este viaje —dijo Clovis—. No sé lo que yo esperaba, pero sí sé que me abrumó. No pude haber hecho nada sin usted para aclarar todo.

—Lo hizo bien con Ninui —afirmó Padmé—. Ella necesitaba apoyo, y lo vio con la suficiente claridad.

—Es un poco más claro cuando se trata de una sola persona —admitió Clovis—. Usted pudo ver todo el planeta y no estremecerse.

—Tengo algo de práctica —le recordó.

—No es solo la parte de la reina, ¿verdad? —preguntó él—. Hay algo más.

Padmé respiró profundamente. Era un recuerdo doloroso, porque contenía demasiadas cosas terribles. Pero iba a tener que seguir trabajando con Clovis, y no le costaría nada contarle.

—Mi padre hizo mucho trabajo de ayuda cuando yo era muy pequeña —relató ella—. Antes de que se confinara únicamente en Naboo, construyó casas y tantas otras cosas en cuanto lugar te puedas imaginar. Cuando alcancé la edad suficiente, lo acompañé. Tenía siete años, y el planeta que evacuamos se llamaba Shadda-Bi-Boran. El sol estaba muriendo y logramos reubicar a toda la población, pero no pudimos duplicar el entorno apropiadamente. Los nutrientes que obtenían de su sol, no podían obtenerlos en ningún otro lugar.

—¿Qué sucedió? —Clovis no contuvo la expectación.

—Murieron —explicó Padmé—. Todos. Tengo unas cuantas imágenes, y se construyó un monumento después, pero es todo lo que queda.

Clovis revisó el rostro de ella, como si buscara algo, aunque no estaba seguro de qué podría ser.

—Usted lo haría de nuevo —comentó él.

—Por supuesto que lo haría —afirmó Padmé—. Quizá la próxima vez uno de nuestros científicos descubriría algo a tiempo para salvar a alguien. Quizá la próxima vez

habría sobrevivientes. Lo intentaría mil veces, Clovis, aunque solo fuera para salvar a un ser. Lo intentaría diez mil veces. —Ella se dio cuenta de que le creía.

La nave salió del hiperespacio y la voz del piloto surgió en el intercomunicador para indicar a todos que se prepararan para el aterrizaje. Clovis no dijo nada más hasta que estuvieron en la superficie.

—Sé que vinimos al Senado por razones diferentes —comentó, mientras se ponía de pie—. Usted tenía sus expectativas y yo las mías. Pero creo que podemos complementarnos bien, si lo desea.

—Lo tendré en cuenta —indicó ella.

—Lo esperaré con ansias, Amidala —comentó.

—Dime Padmé —le pidió ella—. No me importaría que me dijeras Padmé cuando no hay nadie cerca.

No tenía idea de lo que la había llevado a decir eso. Casi nadie fuera de su familia y su círculo íntimo tenía permiso para usar ese nombre.

—Siempre me he sentido bien con Clovis —comentó él—. Es el nombre que comparto con mis padres.

—En Naboo llamamos a la gente por los nombres que deseen —indicó Padmé—. El capitán anterior de mi guardia se llamaba Panaka, pero su esposa prefirió Mariek para evitar confusiones, aunque aún es la Capitana Panaka si somos formales, o si un extraño le está hablando.

—¿Y si alguien quiere cambiar su nombre? —preguntó Clovis.

Padmé recogió la mochila y se la echó al hombro.

—Entonces lo llamas por su nuevo nombre —respondió Padmé.

Él asintió, y caminó con ella hasta la parte superior de la rampa, donde Padmé se despidió de la Maestra Billaba. Bonteri la esperaba al pie de la rampa, y Padmé se apresuró para no demorarla. Era vital que Bonteri se incluyera en el calendario de discursos lo antes posible.

—No tengo demasiadas esperanzas —admitió Bonteri cuando el speeder partió de la pista de aterrizaje—. Sé que mantuvimos todo lo más simple posible, pero no sé si el Senado será capaz de unir las piezas.

—Sé que usted hará todo lo posible por ayudar a Bromlarch —declaró Padmé—. Yo también.

—¿Lo hará Clovis? —quiso saber Bonteri.

—¿Sabe? —murmuró Padmé—. Creo que realmente podría hacerlo.

—Por lo menos tendremos eso —afirmó Bonteri.

El speeder dejó a la Senadora Bonteri y luego llevó a Padmé de regreso al departamento. Dormé y Cordé la vistieron con algo que no estuviera cubierto por el polvo de un mundo fracturado y luego pidió que alguien que estuviera libre se reuniera con ella para la cena. Las tres doncellas, además de Varbarós, Typho y los otros dos guardias, la esperaban sentados a la mesa cuando llegó. Mariek estaba de servicio, pero se mantuvo cerca para escuchar lo sobresaliente del resumen de Padmé.

—Me gustaría proponer nuestra nave como parte de cualquier convoy que se envíe —concluyó Padmé—. Aunque solo transportemos personas. ¿Es posible?

—La nave estará lista siempre que la necesite —afirmó Varbarós.

—Quisiera solicitar dos naves patrulla de la República como escolta —sugirió Mariek—. Con nuestros pilotos.

—Sabé y Tonra pueden hacerlo —afirmó Padmé—. Entonces Typho se quedaría cerca de mí, y Mariek organizaría todo lo demás. —Hizo una pausa para pensar con detenimiento—. Me gustaría pedir a la Maestra Billaba que nos acompañe, también —continuó—. Ella puede partir en su propia nave desde el Templo Jedi o una que le proporcionemos.

—Me gusta esa idea, mi señora —asintió Typho—. Si se vuelve algo regular, debemos traer algunos N-1 de casa. Tenemos espacio para anclarlos aquí, y creo que todos preferiríamos que nuestra propia gente volara, almacenara y mantuviera los caza.

—Estoy de acuerdo —indicó Padmé—. Firmaré la solicitud después de que la redactes.

—Aún hay muy pocos detalles en las cadenas de noticias acerca de Bromlarch —informó Versé—, pero me imagino que cambiará cuando empiecen los debates en el Senado.

Padmé bostezó.

—Por favor, discúlpenme, estoy agotada —explicó—. Fueron varios días en que no paramos. Gracias, Versé. Sabemos mejor que nadie que las cadenas de noticias prefieren el escándalo, así que en realidad no me sorprende.

—¿Quiere darles un escándalo? —preguntó Versé—. He hackeado lo suficiente como para estar segura de que podría provocarlo.

—Probemos primero con el Senado —sugirió Padmé. Apenas podía creer que estuviera considerando siquiera la propuesta de Versé—. Aunque siempre podemos mantener un escándalo en reserva. Esto es política, después de todo.



A la mañana siguiente, Padmé se vistió para la pelea. Era una variación sutil de la ropa de batalla real que Sabé había vestido durante la Batalla de Naboo, solo que sin el tocado ni la pintura facial. La ropa básica era negra, con mangas amplias. Sobre esta, iba un vestido amarillo oscuro con magas más cortas, que dejaba la tela negra libre para que Padmé, en teoría, ocultara cosas en sus manos si lo necesitaba. Sobre ella iba un tabardo negro, que se mantenía en su lugar gracias a un amplio cinturón en el que podría acomodar también su bláster si llevara uno. Dormé acomodó su cabello para formar de nuevo una corona de trenzas, y Padmé quedó lista.

Llegó lo más temprano posible al edificio del Senado y fue directo a la oficina de la Senadora Bonteri. La puerta estaba abierta, y Padmé la escuchó hablando con alguien, así que dudó antes de tocar. Era una voz poco familiar, profunda y que exigía atención, y no evitó oír lo que decía.

—Haz lo que debas —dijo el misterioso hablante—, pero si no puedes controlar la situación, entraré y la controlaré por ti.

—Sí, mi señor. —La Senadora Bonteri no sonaba feliz con lo que se estaba tratando.

Padmé no escuchó nada más y supuso que la conversación había terminado. Sentía curiosidad por lo que había escuchado (Bonteri y el contacto desconocido parecían mortalmente serios), pero más que curiosidad, un extraño terror se asentó en su estómago, y estaba ansiosa por deshacerse de la sensación. Contó hasta quince antes de dar los últimos pasos y tocar la puerta.

—Buen día —respondió Bonteri con alegría. Era un tono de voz completamente diferente.

—Hola —saludó Padmé—. Vine a ver si necesitaba algo.

—No —comentó Bonteri, un poco cortante a pesar de su expresión más ligera—. Logré que nos incluyeran en la orden del día de inmediato. Debe salir bien.

—¡Excelente! —exclamó Padmé. Decidió olvidar el asunto y concentrarse en el objetivo principal—. Estaré en la galería, por si algo se ofrece.

Padmé caminó a su asiento y esperó a que Typho la encontrara allí. La cámara del Senado era tan grande que no le gustaba quedarse sola en la curul volante, aunque estaba convencida de que era uno de los lugares más seguros en toda la galaxia. Además, estaba demasiado excitada como para quedarse quieta, y no quería que nadie más la viera inquieta. Por fin llegó la hora y, con Typho tras ella, tomó asiento.

—La asamblea reconoce a la Senadora Mina Bonteri de Onderon —indicó el Canciller Palpatine. Sonaba casi aburrido.

—Amigos míos —comenzó Bonteri—. He regresado de nuestra inspección del daño sufrido por el planeta Bromlarch debido a la reciente actividad sísmica que se presentó allí. Seguramente recibieron mi reporte en el paquete de información de esta mañana, pero sé que aún es temprano, así que les presentaré un resumen.

Mientras la Senadora Bonteri hablaba, Padmé pasó la vista por la galería. No era fácil ver la cara de nadie, pero estaba aprendiendo a entender muchas de las costumbres de un senador por la manera en que se sentaba en la curul. Al mirar alrededor, observó muchos menos seres inclinados hacia delante, escuchando con atención, de lo que hubiera esperado. En cambio, estaban reclinados o charlando con sus socios. Padmé se tragó una ola de resentimiento y se concentró en la Senadora Bonteri, quien concluyó su resumen con los detalles del plan que el Consejo de Bromlarch había remitido.

—Siempre es aconsejable confiar en la gente que está en el terreno —afirmó Bonteri—. El plan presentado por los ciudadanos de Bromlarch es simple y llevará a las reparaciones más rápidas y eficientes.

La curul de Bonteri flotó de regreso a su puerto y el canciller tomó la palabra de nuevo.

—La presidencia reconoce al senador de la Federación de Comercio —informó Palpatine.

Padmé se puso rígida. Eso no podría significar nada bueno.

—Lo que los senadores Bonteri y Gaans proponen es demasiado —empezó Lott Dod—. Podemos pedir a los ciudadanos de la República que contribuyan con pequeñas cantidades de sus propios créditos y materiales para la reconstrucción, pero la idea de una reconstrucción a escala planetaria es ridícula. Si Bromlarch necesita tanta ayuda, debe pagarla de alguna manera.

—Senadores —intervino el Senador Gaans—, mi pueblo está haciendo lo mejor posible. No creo que comprendan la magnitud de la destrucción…

—Por supuesto que sí —interrumpió Lott Dod. Padmé bajó la vista, pero Palpatine no mostró señales de interferir—. También comprendemos el aspecto económico. La Federación de Comercio se sentirá feliz de llegar a un acuerdo privado con los ciudadanos de su planeta, si es algo que desean tomar en consideración, pero no puede esperar intervención galáctica para un problema interno.

Padmé se sintió más furiosa de lo que había estado en mucho tiempo. No se quedaría sentada mientras la Federación de Comercio compraba un planeta abusando de la necesidad de su gente.

—Votaremos ahora —indicó el Canciller Palpatine.

La pantalla de votación apareció en el monitor de Padmé, y ella votó rápidamente a favor de la moción de la Senadora Bonteri. Contuvo el aliento.

—Moción rechazada —informó el Canciller Palpatine.

Padmé colapsó en su asiento. Vio que la derrota caía sobre los hombros de Bonteri. El Senador Gaans había flotado lo suficientemente cerca como para que pudiera ver la desesperación absoluta en su rostro. Lott Dod llevó su curul volante a su puerto y esperó.

Padmé estaba cansada de esperar para ver, para hablar, para servir. Iba a lograr que algo sucediera, así fuera lo último a lo que se dedicara como senadora de la República Galáctica.

# CAPÍTULO 24

Padmé envió a Typho para que llevara al Senador Gaans a su oficina, donde lo instaló, muy perturbado, en una de las sillas al otro lado del escritorio. Cordé le sirvió una taza de caf y luego se retiró a su lugar habitual detrás del hombro de Padmé. Él no bebió.

—Senador, sé que el panorama se ve sombrío —empezó Padmé—, pero no puede firmar ese tratado. Tampoco puede dejar que alguien más lo firme. No puede permitirse que la Federación de Comercio compre su planeta y su gente aprovechándose de su necesidad. Deben resistir.

—Lo sé —afirmó—. Pero ¿cómo hacerlo cuando la Federación de Comercio puede salvarlos?

—¿Salvarlos? —interrogó Padmé—. Senador, la Federación de Comercio también ofreció una vez salvar a mi pueblo. Pusieron a todos en campos de concentración y los mataron de hambre, tratando de hacer que yo doblara las manos. Me doy cuenta de que esta situación es diferente, pero debe evitar un resultado que solo puede ser favorable para ellos.

—Sin embargo, aún no hay un tratado —le comentó Gaans—. Necesitarán dos días para escribirlo, y yo tendré un día para revisarlo y ver si es conveniente.

—¿Conveniente? —Padmé pensó en quince posibles respuestas ante eso y, como resultado, se quedó callada.

Se escuchó un timbrazo en la puerta, y entró el Senador Organa. Padmé le señaló una silla junto a Gaans.

—Lo siento, senadores —comentó él—. Lo intentamos.

—Debemos intentarlo de nuevo —afirmó Padmé—. Usted me dijo que si la democracia nos falla depende de nosotros restaurarla. Eso es lo que trato de hacer.

—Te detendrán —vaticinó Organa—. Sé que es una situación horrible, pero no puedes luchar contra todo mal en la galaxia.

—¿Mal? —se preguntó Padmé—. He combatido al mal y fue fácil: le disparé. La apatía es lo que no soporto.

—Tal vez está en la profesión equivocada —dijo Gaans, con tono sombrío.

—Tenemos tres días —declaró Padmé—. De seguro hay algo.

Clovis entró de pronto en el lugar y se detuvo de golpe cuando vio que Padmé ya tenía invitados.

—Senadores —saludó. No quedaban sillas junto al escritorio, así que permaneció de pie.

—¿Qué pasa, Clovis? —preguntó Padmé.

—Antes, cuando dije que hacíamos un buen equipo —comenzó Clovis—, me refería a esto. Tú conoces gente, yo sé de créditos y ambos estamos capacitados para negociar. Sé que puedo ayudar. Por favor, permítemelo.

Padmé lo pensó y se dio cuenta que no estaba exactamente en posición de rechazar la ayuda de nadie.

—Muy bien —convino ella—. Tres días, Clovis. Y no podemos reintroducir la moción. Tenemos que ser más inteligentes. ¿Qué sugieres?

—Necesitamos concentrarnos en los votos —explicó Clovis, quien se paseaba frente a la ventana—. El contenido de las mociones aún es importante, pero creo que necesitamos prestar más atención a quiénes debemos cortejar.

—No es así como se supone que opera mi facción en el Senado —protestó Organa, pero el tono era de resignación. Sabía tan bien como Padmé que su edad y experiencia le permitían mayores privilegios que a ella, y que eso era antes de que se tomara en cuenta a sus planetas.

—Sin embargo, aquí estamos —afirmó Clovis—. Los aliados de la Federación de Comercio votaron en contra de una iniciativa de ley que salvaría millones de vidas porque Lott Dod los hizo dudar sobre el tema.

Era evidente que Organa se sentía incómodo con el argumento, pero no lo refutó.

—Muy bien —indicó Padmé—. Hay más sistemas del Núcleo representados que del Borde Medio, y unos cuantos de los mundos de este votaron de todos modos a favor de la propuesta. Necesitamos hacer que los senadores del Borde Medio cambien de posición, que voten con nosotros en lugar de sus aliados en el Núcleo que los apoyan.

—Debemos concentrarnos en ciertos sistemas —sugirió Clovis—. Hay senadores que siempre votan en bloque. Necesitamos que los líderes de esos bloques cambien de opinión, no sus miembros.

—Malastare —mencionó Padmé—. Traerán a más de una docena de sistemas con ellos, todos a expensas del bloque opositor.

—Nunca los convencerán de cambiar de opinión. —Gaans se inclinó hacia delante y colocó la cabeza entre las manos.

—No voy a convencerlos —replicó Padmé—. Lo van a hacer por sí mismos porque quieren lo que yo tengo.

—¿Y qué es lo que tienes? —quiso saber Clovis.

—Estoy trabajando en eso —informó Padmé—. Simplemente no podemos reintroducir la moción como una operación de ayuda, pero ¿y si la presentamos como algo más general? Si beneficia a más de un sistema, votarán con nosotros. Traerán a sus aliados y la moción se aprobará.

—¿Una moción de cooperación del Borde Medio? —interrogó Organa. Estaba escéptico, pero Padmé supo que casi lo había convencido—. A raíz de la reciente oleada de piratería, tendrás a la opinión pública de tu lado y le darás buena imagen al canciller, así que también lo tendrás de tu lado.

—Podríamos llamarlo de otro modo —dijo Padmé—. Pero sí.

—¿Qué quiere Malastare? —preguntó Gaans.

—Poder político —afirmó Padmé—. Su senador no fue elegido canciller cuando desbancaron a Valorum, y han perdido protagonismo desde entonces.

—No podemos darles poder —repuso Organa.

—No —convino Clovis, y Padmé sabía que él estaba con ella—. Pero podemos darles créditos, que es casi lo mismo.

—¿Van a comprar sus reservas de combustible? —preguntó Gaans—. ¿Con qué fin?

—Es la moción de Cooperación del Borde Medio —comentó Padmé—. Alguien más va a comprar el combustible. Solo necesitamos descubrir quién.

Padmé se levantó y se dirigió a los asientos más cómodos en la otra esquina de su oficina. Había mesas bajas, donde podían trabajar, y la luz era buena. Clovis la siguió y se sentó. Estiró la mano para sacar de su bolsa varios datapads y una estilográfica. Padmé volteó a ver a Organa, quien se puso de pie.

—Mi agenda está llena por hoy, así que no me puedo quedar para ayudar —comentó—. Pero mantendré cerca mi intercomunicador por si tienen alguna pregunta. Trataré de regresar más tarde.

Padmé sabía que había otras crisis en la galaxia en este momento y trató de decirse que no la estaba abandonando porque pensara que trabajaba en una causa perdida.

—Necesito ir a hablar con Eema y los otros consejeros en casa —informó el Senador Gaans—. Tenemos muchas cosas que discutir.

—Por favor, cuídese —pidió Padmé—. Van a necesitarlo, y nosotros también.

Gaans le dirigió una débil sonrisa, y luego él y el Senador Organa dejaron el lugar. Padmé se sentó junto a Clovis, por primera vez completamente interesada en lo que él iba a decir.

—Muy bien, entonces —comentó ella—. Malastare por créditos y combustible. ¿A dónde vamos a partir de allí?



Los tres días siguientes fueron agotadores de una manera que Padmé nunca había experimentado. Creía que había conocido el agotamiento después de la ocupación. Moverse constantemente entre planetas con diferentes ciclos diurnos y soportar los desafíos mentales de mantener a Sabé como señuelo durante todo ese tiempo mientras afrontaba el estrés de la situación militar en Naboo había sido lo más difícil que había hecho. Esto se parecía más a encontrar un hilo en un salón alfombrado con más hilos; necesitaba algunos de ellos, pero la mayor parte solo la atarían. Estaba obligada a prestar atención al detalle y a moverse deprisa, pero no *demasiado*, a menos que quisiera deshilarlo todo.

Estaba consciente de que Cordé, Dormé y Versé habían ido y venido, intercambiando lugares para asegurarse de que algunas de ellas estuvieran bien descansadas mientras Padmé se encargaba de sí misma. Typho, Mariek y los otros guardias también se rotaban. No tenía idea de si la seguridad de Clovis estaba en el corredor, pero si así era, nunca entraron en el lugar. Les llevaban comida, y Padmé no recordaba haber comido algo,

aunque el hecho de que no se desmayara indicaba que probablemente sí lo había hecho. Dormían sentados cuando el cansancio los vencía, para despertarse por lo general la próxima vez que alguien lograba un avance.

Al final, la moción de Cooperación del Borde Medio incluyó más de una docena de sistemas clave, varios recursos diferentes y los líderes de cada bloque en quien necesitaban influir para apartar votos suficientes de la Federación de Comercio. Padmé estaba luchando por terminar su discurso contra cronómetro.

—Todo lo que tenemos que hacer ahora es vendérselos —afirmó Clovis—. Creo que en realidad esta es la parte fácil.

—Haré que nos pongan en la orden del día —confió Padmé—. No he pedido un solo favor al canciller desde que llegué aquí, pero esto vale la pena.

—Voy a mi oficina a cambiarme —indicó Clovis—. ¿Te veré allí?

—Sí —confirmó Padmé—. Gracias, Clovis.

—Tendremos que hacerlo de nuevo en otro momento —comentó Clovis y bostezó—. Pero más adelante.

Cuando se fue, Versé ayudó a Padmé a ponerse ropa limpia que Dormé había enviado la tarde anterior. Luego se comunicó con la oficina del canciller para hacer la solicitud de inclusión.

—Senadora Amidala —saludó Palpatine—, te hemos extrañado en la galería estos últimos días.

—He estado trabajando en una moción que considero que el Senado debe escuchar de inmediato —informó Padmé—. Beneficia a Bromlarch, pero también otorga ventajas a varios otros mundos del Borde Medio, y podría ayudar a que el Senado atienda el tema de la piratería, también, si podemos alinear todo. Creo que tiene buenas posibilidades de ser aprobada.

—¡Maravilloso! —exclamó el canciller—. Aunque debo advertirte que moderes tu optimismo. He visto fracasar todo tipo de mociones, aunque pensaba que eran sólidas.

—Lo sé —admitió Padmé—. Pero creo que esta atraerá el apoyo de todo tipo de facciones. Podría unificar al Senado.

—O darle la vuelta —comentó Palpatine. Parecía pensativo, y Padmé sabía que estaba tomando en cuenta todas las opciones. Él podría ver algo que se le escapaba a ella, alguna oportunidad o peligro. Sonrió—. Pero tengo fe en ti, senadora. Tus acciones siempre son por el bien de la República.

—Solo necesito tiempo para presentarla, canciller —indicó ella—. Lo antes posible.

—Te agendaré como primer asunto del día, si estás lista —comentó él.

—Lo estaré, canciller —afirmó Padmé—. Mil gracias.

—Por supuesto, querida, por supuesto —expresó Palpatine y dio por terminada la llamada.

Padmé se puso de pie, se estiró todo lo que pudo y volvió a ponerse los zapatos para dirigirse al recinto. Se detuvo en el centro de la oficina, cuando repentinamente se dio cuenta de algo. Con toda la actividad, apenas había prestado atención a algo que no fuera

el datapad frente a sus narices, pero estaba muy consciente de quién había estado en el lugar y quién no en cada momento: Mina Bonteri no había venido a ayudarlos.



—Senadores de la República Galáctica —empezó Amidala—, la última vez que hablé con ustedes fue para pedir que se ayudara a mi planeta. Estoy ante ustedes ahora con una solicitud similar, pero para sistemas que no son míos. Nuestro servicio aquí es a nombre de nuestros mundos de origen, pero representamos a todos los ciudadanos de la República y es por virtud de esta coalición que somos capaces de emprender las mayores tareas que podamos como individuos.

La curul de la Senadora Amidala flotaba en medio de la asamblea, y todos los ojos estaban puestos en ella. Dormé la había maquillado de una manera nueva; cada brochazo resaltaba el aspecto único de sus facciones, en lugar de saturarlas. Había tomado un tiempo perfeccionarlo, y tuvo que practicar la técnica en toda aquella a quien pudo ponerle las manos encima, porque Padmé estaba ocupada, pero el efecto general resultó innegable: Padmé Amidala permaneció de pie ante sus colegas con su propio rostro, lo más genuino y abierto posible.

Padmé se había vestido también para este papel. El traje que Cordé diseñó tenía amplios pantalones azules, cortados a la moda de Coruscant, pero bordado con diseños de Naboo. Sobre una blusa blanca fruncida, llevaba una chamarra puntiaguda que caía debajo de las rodillas y estaba abierta al frente para mostrar los detalles tejidos en el forro. Sus zapatos eran planos y cómodos, en caso de que tuviera que permanecer de pie y responder preguntas cuando terminara el discurso.

Versé había incrustado fabrorrefractores programados por ella misma en partes clave de la ropa, que aseguraban que siempre estuviera iluminada desde un ángulo perfecto. Cuando terminara la sesión, no habría imágenes llenas de sombras o poco halagadoras en las holonoticias. Cada parte de Naboo que Padmé había traído con ella estaba en exhibición ahora mismo, pero mostrada de tal manera que la República Galáctica las aceptaría como senadora, no como reina.

—Los planetas del Borde Medio han estado bajo asedio por parte de los piratas y no hemos actuado contra ellos —continuó—. Comprendo su renuencia, porque es la mía también: abrigo dudas cuando se trata de armar a la galaxia más de lo necesario. Pero, amigos míos, tenemos necesidad. Están apoderándose de nuestros envíos, y los piratas que lo hacen solo buscan seguridad y suficiente comida para alimentar a los suyos. Debemos actuar deprisa.

Las grabadoras zumbaban alrededor, y sabía que finalmente había captado la atención de todos por las razones que quería. Los otros senadores, aun sus aliados (quienes más o menos sabían lo que iba a decir) se concentraban en ella, pendientes de cada palabra.

—Ahora está apareciendo en sus pantallas la moción de Cooperación del Borde Medio —continuó—. Observarán que diversos sistemas obtendrían beneficios de las negociaciones y adquisiciones propuestas.

Les dio un momento para empezar la lectura. Luego hubo un poco de detalle, dada la cantidad de planetas incluidos, pero no quería perder demasiada inercia.

—No solo podremos enviar los recursos necesarios a Bromlarch —su voz resonó en las bocinas—. Bromlarch podrá pagar las provisiones sin contraer deuda, y todo el Borde Medio obtendrá beneficios. —Hizo una nueva pausa. Hubo susurros ahora, no por rudeza, sino porque los senadores y sus asistentes estaban conversando los términos. Padmé respiró profundamente y se lanzó a la sección final del discurso—. Pero no podemos seguir enviando recursos valiosos a sistemas estelares sin la protección adecuada —indicó—. Como se trata de un ejercicio de la República, las naves de esta deben brindar protección. Solo entonces podremos garantizar el paso seguro de los trabajadores wookiee a Bromlarch, el intercambio de créditos por combustible entre Malastare y Sivad y que las naves que transportan alimentos de Thiafena y Naboo a Bromlarch lleguen intactas. Tal vez, si trabajamos para mantener esta garantía, haremos que quienes hayan caído en la piratería sigan mejores caminos —concluyó—. Sé que me han llamado idealista e ingenua, y ustedes, amigos míos, han estado de acuerdo con ellos. No me opongo a ustedes, y no me disculpo por mi fe en la democracia y lo que este cuerpo puede lograr cuando actuamos juntos. Empecemos ahora. Por Bromlarch, por el Borde Medio y por la seguridad continua de la República Galáctica.

Lott Dod trataba frenéticamente de llamar la atención de la presidencia para que lo reconocieran, pero sus intentos quedaron sin respuesta. En cambio, Palpatine reconoció a Malastare.

—Es una moción muy inteligente. —Aks Moe tenía una voz aflautada, pero el sistema de amplificación aseguró que todos escucharan las palabras. Padmé casi pudo verlos calculando cuántos créditos obtendría de ganancia Malastare como resultado de las operaciones—. El Congreso de Malastare la secunda.

Hubo un fuerte ruido de alaridos unos cuantos pisos arriba de donde flotaba la curul de Padmé cuando los wookiees, nunca a favor de los procedimientos, agregaron un tercer apoyo a la moción.

—Votemos, entonces —indicó Palpatine. Seguía sin reconocer al senador neimoidiano quien, como resultado, echaba humo en su asiento.

Fue a los poderes divinos que veían por los habitantes de Naboo y los gungans por igual (y cualquier otro que pudiera estar escuchando) que Padmé dirigió un callado «Por favor» mientras votaba por su plan. Solo tomó unos segundos para que se contaran los votos, pero le pareció una eternidad.

—Moción aprobada —anunció Palpatine.

Los vítores se escucharon por todo alrededor mientras la curul volante de Padmé regresaba a su puerto. Cuando estuvo absolutamente segura de que las grabadoras estaban distraídas, se permitió una sonrisa de satisfacción. Palpatine continuó con la orden del

día, pero ella estaba demasiado extasiada como para prestar atención. Parecieron pasar horas antes de que la sesión terminara y Padmé pudiera finalmente regresar a su oficina.

Clovis llegó poco después y aplaudió en cuanto ella lo dejó pasar.

—¡Lo lograste! —exclamó.

—Lo logramos. —Padmé estaba más que deseosa de compartir el crédito—. No hubiera logrado que todo terminara tan rápido sin tu intervención.

—Podría dormir una semana —afirmó él rebasando lo que el cerebro de ella hubiera considerado una distancia segura, pero estaba cansada y le tomó un momento tomar conciencia de ello.

—Yo también —admitió ella—. Pero vamos a tener que organizar todo y enviar a…

Él la besó, y el agotamiento de ella se desvaneció de inmediato.

—¡No! —exclamó y lo empujó.

—Creí… —Él colocó las manos bajo los codos de ella, como para acercarla de nuevo.

—No —repitió.

—Pero tú… —Él dio un paso atrás. Parecía furioso, e hizo estallar la furia de ella también. ¿Cómo se atrevía él a suponer cuál era su relación sin pedir su consentimiento? Ella había estado disfrutando su presencia, eso era muy cierto, y pensaba que su nueva amistad tenía potencial más allá de lo que habían construido en los últimos tres días, pero él no tenía *ningún derecho*.

—No —dijo con la voz de la reina—. Somos colegas, Senador Clovis.

—Creo que debo irme, entonces —sentenció él y se dirigió afuera.

—¿Qué fue eso? —quiso saber Padmé cuando Versé apareció detrás de ella, golpeando un abanico contra su palma. Había estado presente todo el tiempo, por supuesto, y la atención de Clovis la había pasado por alto mientras se dirigía directo a su objetivo.

—No lo sé —comentó Versé—. Pero me da gusto que haya escuchado. Me gusta este abanico, y hubiera odiado romperlo en su cabeza dura.

—Las cosas empiezan a tomar sentido —afirmó Padmé.

—Tomarán más cuando haya dormido —le comentó Versé—. Y como ambas sabemos que no va a dormir hasta que haya organizado la primera ronda de contenedores de envío, empecemos con eso.

Padmé desplegó en la pantalla el primero de los manifiestos propuestos e hizo su mejor esfuerzo para concentrarse en lo que tenía enfrente.

# CAPÍTULO 25

El movimiento de materiales por el Borde Medio tomó casi una semana, pero al final todos los créditos terminaron en las extremidades correctas, y Padmé tuvo el primer envío de permacreto listo para dirigirse a Bromlarch. El permacreto se había comprado con créditos dados a Bromlarch por Joh'Cire, una luna desierta con un floreciente mercado de humedad y una población creciente, a cambio de tecnología de irrigación. De haber sido tan simple como eso, la moción de Cooperación del Borde Medio no hubiera sido necesaria y Naboo hubiera podido cubrir en privado la brecha en el suministro de alimentos a Bromlarch. Pero no fue tan simple. Necesitaban los votos. A Malastare no le importaba Bromlarch, pero el Congreso había votado a favor de todos modos por lo que Padmé había ofrecido y, junto con los otros sistemas, aseguraron el apoyo de la República para todo el esfuerzo.

El apoyo de la República significaba la protección de esta, y solo tres de los convoyes habían sido atacados. Toda la carga había llegado intacta a su destino, pero se perdió a un piloto y un caza sivadianos. Los piratas casi habían desaparecido después de eso, tal vez por temor a represalias de magnitud galáctica. Se acreditó al canciller la restauración de la paz, y Padmé pasó a segundo plano.

Ella viajaría, en compañía de los senadores Gaans y Yarua (este último de Kashyyyk), a bordo de su propia nave, junto con la mayor cantidad posible de suministros alimenticios metidos en cada rincón disponible.

Mon Mothma se les estaba uniendo después del viaje inicial para informar al Senado de su avance, mientras que el Senador Yarua estaría supervisando el inicio de la construcción, junto con el Senador Gaans. Se había contratado a wookiees para que hicieran la mayor parte de la construcción real, como parte del trato, a cambio de derechos de tala de un tipo particular de madera dura que Bromlarch producía y Kashyyyk no. La inclusión de los wookiees había sido una ganancia extra, porque habían votado a favor de proporcionar ayuda, para empezar, y Padmé se sentía feliz de estar más tiempo con ellos.

Una vez que se cargó el permacreto y todos estuvieron a bordo de la nave real, Padmé, con Typho detrás de ella, se acercó a las naves de patrullaje que el Senado había proporcionado para el viaje. Sabé y Tonra estaban realizando las revisiones finales del sistema y tenían puestos los cascos, lo que dificultó la conversación, porque Padmé no tenía un intercomunicador.

—¡Que tengan un viaje seguro! —gritó, mientras movía los dedos para simular alas.

Sabé respondió con una señal que solía indicar una situación de calma que podía escalar en cualquier momento, y Padmé hizo una mueca. Estarían muy alertas. Tonra le hizo una señal de despedida, y Padmé se dio vuelta para regresar a la rampa.

—Esto me pone nervioso, senadora —admitió Typho, mientras abordaban.

—Nos has trazado un plan en caso de que los piratas traten de robar la carga y un plan aparte por si deciden que tomar rehenes sería más lucrativo —le recordó Padmé—.

Imagino que tienes un plan para lo que debemos hacer si deciden hacer ambas cosas, además de múltiples respuestas para escenarios que no he imaginado. Estaremos bien.

—Me da gusto que tengamos nuestros propios pilotos —indicó Typho cuando entró en el puente.

—Senadora, estamos a punto de partir —informó Varbarós, desde el asiento del piloto—. Nos encontraremos con el convoy en órbita alta y nos detendremos para recoger a las otras naves en las coordenadas que se acordaron. Dos saltos y estaremos en Bromlarch.

—Habla *Hazard One*, listo para partir —anunció la voz de Sabé por el intercomunicador interno.

—*Hazard Two*, listo para partir —informó Tonra.

Padmé dirigió la mirada a los estrechos ventanales y observó que las naves patrulla se preparaban para su recorrido previo al lanzamiento.

—*Hazard Three* a la espera —dijo la Maestra Billaba, quien había despegado del templo por separado y se encontraría con ellos en órbita.

—Escuadrón Hazard, listos para el lanzamiento —indicó Varbarós—. Nos veremos allí, *Hazard Three*.

La Maestra Jedi no respondió.

Varbarós los llevó a través de la atmósfera con la suavidad de costumbre, y las naves patrulla tomaron sus posiciones en las alas en cuanto estuvieron en el espacio, con la Maestra Billaba en popa. Se dirigieron al lugar donde se estaba reuniendo el convoy y tomaron su lugar al frente de la formación. Pusieron cierta distancia entre ellos y Coruscant.

—Todas las naves, habla *Naboo One* —indicó Varbarós en un canal amplio—. Prepárense para recibir los cálculos de navegación y hacer el salto al hiperespacio cuando lo indique.

Padmé se inclinó de nuevo en el asiento mientras la computadora de navegación hacía su trabajo. Le gustaba esta parte del viaje, el respiro antes del salto a la profundidad total del espacio. Le recordaba lo inmensa que era la galaxia y lo afortunada que era por vivir en ella.

—¡Ahora! —exclamó Varbarós, y partieron.

Aunque sabía que debía regresar y sentarse con los demás senadores, Padmé permaneció en el puente durante todo el viaje. Sentía como si fuera la primera vez que había estado en un lugar sin políticos en algún tiempo, sin contarse a ella, y aunque era una ligera exageración, aún disfrutaba la tranquilidad. Misma que llegó a un abrupto final cuando el convoy salió del hiperespacio en el segundo punto de encuentro y se encontró en medio de un intercambio de disparos con piratas.

—¡Activando el escudo deflector! —gritó Varbarós—. Tomando acción evasiva. Escuadrón Hazard: dispérsense para cubrirse.

Padmé miró cómo las dos naves patrulla se despegaban y giraban hacia atrás para proteger a todo el convoy desde un ángulo más amplio. Había pasado algo de tiempo

desde que Sabé había volado por última vez una nave de una sola persona, pero Padmé sabía que había sido mucho mejor para mantener sus horas de vuelo que la propia Padmé. Tonra tampoco era un piloto común, pero el Capitán Panaka y su esposa tenían estándares estrictos, y Padmé solo se sintió moderadamente alarmada de estar en otra batalla. No podía ver la nave Jedi a primera vista pero pronto localizó el distintivo caza triangular Delta-7 que se acercaba a la batalla.

—¿Podemos saltar de nuevo? —preguntó Typho. Se inclinó hacia delante, y Padmé supo que él tomaba cada vez más el control de la situación. Lo comprendió por completo.

—La otra mitad del convoy está en medio del intercambio de carga entre dos de los transportistas —informó un técnico—. No pueden irse hasta que todos regresen adentro.

—¡Demonios! —exclamó Typho.

—Varbarós, acércanos —indicó Padmé—. Podemos atraer su fuego y dar algún tiempo a los transportistas.

—No haga eso —intervino Typho, quien lanzó cada palabra como si fueran torpedos de protones.

—Sargento, tenemos un escudo muy superior —razonó Padmé—. Podemos recibir algunos disparos. Llévanos adentro, Varbarós.

—¡Una pasada! —afirmó Varbarós, quien evidentemente consideró que esta era una solución intermedia. No podía ver a los ojos a ninguno de ellos desde su asiento de piloto, lo que quizá fue mejor, si se consideraba todo lo que estaba en juego—. Entrando. Sosténganse de algo.

La nave entró en acción, y aunque el generador de gravedad los mantuvo en su lugar, Padmé sintió un vuelco en el estómago cuando Varbarós completó la maniobra. Funcionó bien. La nave real recibió dos disparos en la parte inferior de la proa, pero el escudo resistió.

—Sus armas no son tan potentes como para penetrar sin exponerse a un bombardeo significativo —reportó el técnico, mientras sus dedos volaban al recorrer actualizaciones del sistema y transmitir órdenes a las otras naves.

—Sargento —indicó Padmé, quien puso una buena cantidad de emoción en la palabra.

—Demos otra pasada —indicó Typho, entre dientes. Definitivamente le iba a gritar más adelante, pero esto valía la pena.

Varbarós dio una nueva vuelta y tres disparos más dieron contra la proa.

—*Naboo One*, *Hazard One*, tenemos en la mira los cañones del atacante principal —indicó Sabé por los intercomunicadores—. Empezando nuestra pasada de ataque.

—*Hazard One*, puede atacar —respondió Varbarós. Apartó la nave real de su camino y, por un momento, la vista de Padmé de la batalla quedó reemplazada por un tranquilo y pacífico campo de estrellas. Pero no. Era más bien el lastre que la Maestra Billaba había lanzado para desviar el fuego del cañón. Vacío o no, las partículas quedaron inmovilizadas en el espacio mientras absorbían la energía que estaba destinada a cortar el

metal del casco. La Maestra Jedi regresó a su posición detrás de la nave plateada, y Padmé solo pudo seguir sus movimientos en el escáner.

Contemplar batallas espaciales era profundamente perturbador si se tomaba en cuenta el silencio en que se conducían, pero una vez que regresaron al rango visual, Padmé no quitó la vista de la nave que pilotaba Sabé. Se perdió el asalto exitoso de Tonra contra el primer cañón, pero vio que Sabé se encargó del segundo.

—Los transportistas están listos para partir —informó el técnico.

—Enciendan las computadoras de navegación —indicó Varbarós, de nuevo en el canal ancho—. Todas las naves, repito, todas las naves prepárense para recibir las coordenadas y saltar cuando estén listas.

—Nosotros vamos al final —expuso Padmé—. Quiero asegurarme de que todos se han ido.

—Senadora —intervino Typho, y Padmé levantó las manos, derrotada.

—Casi al final —enmendó—. El Escuadrón Hazard puede seguirnos.

—Entendido —surgieron tres voces distintas en el intercomunicador.

Los destellos indicaron cada vez que una nave del convoy hacía el salto. Sabé y Tonra siguieron atacando a las naves piratas, apuntando a las armas y los sistemas de conducción para cubrir su retirada, mientras Billaba desplegaba otra pasada de lastres entre los atacantes y la nave de Naboo.

—Nuestro turno —anunció Varbarós, y antes de que Padmé pudiera mirar por el ventanal para confirmar que no quedaba nadie más, saltaron.

Varbarós expulsó el aire en señal de triunfo, y Padmé extendió la mano para tocarle el hombro.

—Bien hecho —expresó—. Hiciste un excelente trabajo.

—Gracias, senadora —dijo la piloto.

Padmé se reclinó de nuevo contra el respaldo de su asiento y miró a Typho, quien no parecía tan enojado como pensó.

—¿Puede volar un caza N-1, senadora? —preguntó él después de un momento.

—Sí —confirmó Padmé—. El Capitán Panaka hizo que aprendiéramos. Estoy un poco fuera de forma, pero creo que podría recordar todo.

—Bien —comentó—. No imagino que yo pueda convencerla de que no arriesgue el cuello en el futuro, de modo que la segunda mejor opción es asegurarme de que lo arriesgue en algo que tenga un cañón láser.

—Muy bien, sargento —consintió ella—. Siempre y cuando estés volando conmigo.

—Mi rango no… —empezó, y ella se rio.

—Puedo pedir algunos favores. Tengo amigos poderosos —comentó ella—. Y tú lo mereces, sargento. De verdad lo creo.

Padmé se levantó y bajó para contar a los otros senadores lo que había pasado. La computadora de la nave los había mantenido al tanto de la situación, pero siempre era agradable escuchar un informe de un ser vivo. Se cruzó con R2-D2 en el camino. Sabía

que el droide a menudo realizaba escaneos cuando no se le había dado otra tarea, y se le ocurrió algo.

—R2, ¿echaste un buen vistazo a esos piratas? —preguntó.

El pequeño droide lanzó un bip entusiasta y rodó hacia la conexión de la computadora. Padmé lo siguió y después de que él se conectó, miró una serie de escaneos desplegados en la pantalla de la nave a la que Sabé le había destruido los cañones.

—¿Alguna marca importante o un número de registro? —preguntó.

El droide giró el domo, para indicar que no.

—Por favor, haz un análisis detallado —pidió Padmé—. Leeré tu informe en cuanto se tranquilicen las cosas.

El astromecánico se dio vuelta de nuevo hacia la pantalla, y las imágenes destellaron con demasiada prisa como para que Padmé las siguiera, así que lo dejó solo.

Los senadores estaban esperándola en el lugar que podía servir como sala del trono cuando la reina estaba a bordo, pero que ahora estaba decorada con varias sillas blancas y una mesa.

—No sufrimos daños —afirmó Padmé a manera de saludo. Se sentó junto al Senador Gaans—. Dos naves pirata estaban atacando a nuestro convoy secundario. Los transportistas estaban transfiriendo la carga, así que eran vulnerables. Nuestras naves patrulla destruyeron los cañones del enemigo y nos dieron el tiempo suficiente para hacer el salto.

—Es preocupante que los piratas conocieran la ubicación del convoy secundario —indicó Gaans—. Aunque su cálculo del tiempo resultó desafortunado para ellos.

—Casi lo fue para nosotros —afirmó Padmé—. No teníamos un horario real para dejar Coruscant. Los transportistas llevaban esperándonos unas cuantas horas antes de que llegáramos. Si nos hubiéramos aparecido diez minutos después, la historia habría sido completamente diferente.

El Senador Yarua gruñó una pregunta. Una pantalla junto al senador wookiee proporcionó una rápida traducción, como lo hacía la pantalla de Padmé en el Senado.

—No lo sé —respondió Padmé—. Es posible pensar en una docena de razones por las que alguien en el Senado pudo darles la información, pero no tengo manera de confirmar mis sospechas.

»Preguntaré a la Senadora Mon Mothma si puedo echar un vistazo a eso cuando regresemos a Coruscant —continuó ella—. Si alguien está tratando de interferir con las misiones sancionadas por el Senado, sin mencionar una de las acciones con mayor respaldo de memoria reciente, debemos tratar de descubrir quién es y por qué lo hace.

—Estoy de acuerdo —confirmó Gaans.

A Padmé no le gustaba que siempre se necesitara peligro y dolor para provocar una respuesta. Mon Mothma estaba perfectamente satisfecha con seguir el tratamiento pasivo con los piratas hasta que su nave atravesó el espacio en disputa, y ahora estaba dispuesta a realizar un esfuerzo adicional. Padmé esperaba que nunca tuviera que enfrentarse a algo por sí misma para creerlo, aunque eso significara un aumento en su incomodidad moral.

—Uno de mis droides hizo algunos escaneos durante la batalla —comentó Padmé—. Si el análisis arroja algún resultado, se los haré saber.

—Senadores, estamos llegando a Bromlarch. —La voz de Varbarós se oyó por encima de ellos—. Entraremos en órbita sincrónica sobre la región de la capital y esperaremos instrucciones adicionales.

—Senador Gaans —expresó Padmé—. Vayamos a casa.

# CAPÍTULO 26

Una vez que Mon Mothma completó la inspección del acueducto de Bromlarch y la inundación que se produjo por el daño, no hubo necesidad de que permanecieran en el planeta. Por supuesto, Padmé sospechaba que estaban obstruyendo, porque ninguno de ellos sabía nada de construcción auténtica. Ninui era una guía amable pero estaba abrumada por el trabajo, y Padmé se sintió feliz de aligerarle la carga de alguna manera al regresar a Coruscant lo antes posible. El Senador Gaans se quedó unos días más, pero los demás partieron en orden. El viaje de regreso se hizo en un solo salto, con la nave de Naboo solo un poco adelante de la chandrilana, y transcurrió sin incidentes.

—Espero con ansias volver a trabajar contigo, Senadora Amidala —comentó Mon Mothma cuando estaban de pie en la pista de aterrizaje, a la espera de que el transbordador planetario de Mon Mothma viniera a recogerla—. Tienes una perspectiva única de la galaxia, pero creo que no somos tan diferentes como nuestras riñas llevarían a otros a creer.

—Somos demasiado dignas para pelear —opinó Padmé—. Pero estoy de acuerdo en sus otros puntos.

—No siempre será fácil unir al Senado —aseguró Mon Mothma—. Respondemos al miedo, por supuesto, pero cualquier evento lo suficientemente drástico como para causar ese tipo de unidad solo llevará a la ruina.

—Sé que esto necesitó que se abordara el procedimiento de modo atípico —reconoció Padmé. Había confrontado algunos de sus sentimientos en el viaje de regreso. La prisa por trabajar con Clovis se había desvanecido rápidamente, por varias razones, y se dio cuenta de que el proceso que habían utilizado no era sustentable a largo plazo. Con el tiempo, no habría más favores por intercambiar y las relaciones que habían establecido para elaborar el proyecto de ley no era tan sólidas y confiables como para que valieran la pena. Pero Bromlarch sobreviviría—. Espero que algún día el Senado pueda responder rápidamente a los problemas sin recurrir a tratos precipitados. Me hizo sentir incómoda, y no tengo prisa por hacerlo de nuevo, si hay otro medio.

—Así lo haremos juntas —confirmó Mon Mothma mientras su transbordador aterrizaba en la pista.

—Esperaré con gusto —dijo Padmé.

—Podrías pensar en agregar un representante oficial a tu delegación en el Senado —añadió Mon Mothma—. No todos lo hacen, pero me permite cubrir más terreno con una perspectiva novedosa.

—Lo pensaré —sonrió Padmé—. En realidad, ya tengo a alguien en mente.

La senadora chandrilana y el asistente que la acompañaba abordaron el speeder y partieron. Sabé dejó su nave patrulla.

—Bueno, senadora —comentó—, ¿se quedará?

Ahora era más fácil responder la pregunta. Padmé lo sabía con cada fibra de su ser. Sin embargo, le costó un poco pronunciar las palabras en voz alta. Sabía que la política

era una arena difícil que necesitaba compensar ventajas y desventajas de manera constante. Ella había tenido *éxito*, pero también se podía perder en ello y tal vez ese era el problema. Pero no había nadie mejor, y su respuesta siguió siendo la misma.

—Sí —afirmó—. No siempre me siento cómoda con la persona que soy aquí, pero me quedaré.

—Será Amidala —comentó Sabé—, y también será Padmé.

—¿Tú serás Tsabin y Sabé? —preguntó Padmé, aunque ya sabía la respuesta.

—Siempre que me necesite —afirmó Sabé.

Ella y Tonra tomaron el elevador para bajar al piso de los peatones, donde tomarían un transporte de regreso a su departamento. Llevaban los uniformes de la República, pero eso no era algo extraño en Coruscant. Pasarían casi desapercibidos.

Padmé, R2-D2 y Typho tomaron el speeder privado al edificio del Senado, porque Padmé quería escribir su informe antes de ir a casa. Estaba cansada, y sabía que una vez que dejara de moverse, pasaría mucho tiempo antes de que quisiera empezar de nuevo.

El edificio del Senado estaba vaciándose cuando llegó, la sesión había terminado y las reuniones de los comités habían concluido. Typho no tuvo problemas para encontrar una pista de aterrizaje, y subieron a la oficina de Padmé por corredores callados. Ella descargó los archivos de la memoria de R2-D2 y dedicó unos minutos a mirar las naves pirata antes de pasar las especificaciones a Typho.

—¿Reconoces alguna? —preguntó.

—No —aseguró—. Pero no soy un experto en este tipo de cosas. Sin embargo, podría preguntarle al Capitán Panaka. Él conoce mejor este diseño de naves que yo y tiene más contactos.

—Haré que Mariek lo agregue a uno de los comunicados con él —indicó Padmé. También pretendía averiguar por su cuenta—. ¿Te importaría si bajo a ver si la Senadora Bonteri sigue aquí? Sé que ella no ha participado últimamente, pero sí ayudó a empezar con la situación de Bromlarch, y me gustaría actualizarla en persona, por si le interesa.

—R2 y yo estaremos bien —confirmó Typho—. Tan solo no se tarde demasiado. Ambos necesitamos ir a casa.

Padmé estuvo de acuerdo, así que no desperdició tiempo en llegar a la oficina de Bonteri. No estaba lejos, dado el tamaño del edificio, y Padmé estaba familiarizada con la ruta. La falta de otros senadores y asistentes agilizó el trayecto. No vio siquiera droides de limpieza o mantenimiento. Estaba todo demasiado silencioso. Padmé dio vuelta en el corredor final para encontrar a la senadora de pie ante una consola de comunicaciones en el corredor, hablando con alguien a quien Padmé no podía ver. La imagen estaba oculta por la pantalla alrededor del holoemisor que, combinado con el anonimato de la consola, hacía que la conversación fuera totalmente privada. Padmé se detuvo cuando Bonteri levantó la vista y la vio. Creyó ver un destello de miedo en los ojos de la otra senadora, pero no podía imaginar a qué temía su amiga.

—Se lo haré saber —prometió la Senadora Bonteri. Sus palabras fueron apresuradas, como si hubiera dicho lo primero que le cruzó por la mente.

—Me aseguraré de que así sea, senadora —mencionó la figura.

La voz era inconfundible. Se trataba del hombre con quien Bonteri había estado conversando el día que Padmé los escuchó por accidente, y ahora estaba aquí de nuevo. La hizo sentir frío, aunque no de la manera usual. No podía explicarlo. No era algo común en ella que le disgustara la gente sin contexto, pero Padmé descubrió que él no le importaba en absoluto. El brillo azul desapareció de la consola, y Padmé se sintió agradecida por ello.

—Entonces tuvieron éxito —comenzó Bonteri. Por primera vez no invitó a Padmé a su oficina: se quedaron de pie en el pasillo.

—Sí —confirmó Padmé—. Bromlarch se ha salvado.

—¡Felicidades, Senadora Amidala! —exclamó Bonteri—. Has hecho lo que pocos senadores antes de ti han logrado.

—No pude haberlo hecho sin usted —aseguró Padmé.

—No —replicó Bonteri—. Supongo que no, pero tu paciencia con la República es encomiable, y te aplaudo por ello.

—Gracias —expresó Padmé—. Puedo darle más detalles, si gusta.

—Lo siento, senadora —dijo Bonteri—. Tengo una llamada programada con mi hijo. Tendré que escucharlos en el informe de la sesión.

—Por supuesto —convino Padmé—. Por favor, siéntase con la libertad de plantear cualquier pregunta.

—Lo haré —confirmó Bonteri. Se dio vuelta, entró en su oficina y cerró la puerta.

Padmé regresó pausadamente a su oficina, perdida en sus pensamientos. Se había ganado la plena confianza de Mon Mothma solo para perder la de Mina Bonteri. Las dos mujeres no eran tan diferentes, y Padmé había esperado trabajar con ambas, porque las admiraba por razones similares, pero parecía que no sería así. La alianza principal de Bonteri era un misterio, y también un rompecabezas que Padmé, extrañamente, tenía miedo de resolver.

Llegó de regreso a su oficina justo al mismo tiempo que el Canciller Palpatine, quien iba acompañado de dos guardias, en lugar de sus asesores.

—Senadora Amidala —saludó—. Me complace ver que has regresado a salvo.

—Gracias, canciller —dijo ella. Él había venido a su oficina, pero su tono indicaba que no era simplemente un amigo que quería saber si estaba bien—. Terminamos bajo ataque, pero con la ayuda de las naves de la República y la Maestra Jedi Billaba no sufrimos pérdidas.

—Muy bien —expresó Palpatine. Era evidente que él estaba a años luz de distancia, y su alivio por verla a salvo era el mismo que hubiera sentido de haberse lanzado a un gambito particularmente riesgoso en el holoajedrez solo para lograr que el peón sobreviviera.

—Pronto tendré un informe completo para el Senado —prometió ella, quien casi habló en la voz de la reina.

—Me da gusto que hayas encontrado una arena más adecuada para tus talentos —afirmó Palpatine. Hizo un ademán brusco a los guardias y se alejaron por el corredor.

Padmé se quedó sola en el pasillo por varios momentos, analizando lo que él había dicho. «Más adecuada». Estaba contento de que ella se hubiera apartado de la política antiesclavitud («jurisdiccional»). Apretó los dientes. No había venido hasta aquí para ser una línea en la programación. Podía hacer más de una cosa, aunque eso significara ir en contra de los deseos implícitos del canciller. Después de todo, ella tan solo acababa de empezar.

—Estoy lista para ir a casa, sargento —le gritó a Typho desde el pasillo. Si regresaba a su oficina, encontraría cien cosas más que hacer.

Typho salió, con R2-D2 tras él, y volvieron al airspeeder.



—Es bueno estar en casa —afirmó Padmé, quien se hundió en el sillón de la sala. Dormé, Cordé y Versé estaban con ella, y los guardias fingían no estar allí, lo que siempre se apreciaba. Todos parecían suaves, cálidos y sólidos, lo que representaba un respiro bien recibido después de las últimas semanas de escritorios duros, planes desesperados y cooperación interplanetaria.

—¿Casa? —quiso confirmar Mariek, quien siempre era la peor para fingir que no estaba en el lugar.

—Bueno —concedió Padmé—, no en casa, supongo, pero me siento feliz por este cojín en particular.

Les contó todos los detalles de la excursión, incluido el fuego cruzado, aunque dejó de lado la conversación con los senadores. No le gustaba guardar secretos ante las doncellas, pero ahora los límites eran diferentes, y todos tenían que ajustarse a ellos. Aun habría épocas como esta, cuando estaban todos juntos, pero ya no habitarían la piel de la otra, y quizás era para bien. Ella ni siquiera tendría que decírselos. Todas eran lo bastante profesionales como para reconocer el cambio y aceptarlo.

Un movimiento le llamó la atención, y Padmé vio un airspeeder que se elevaba de los carriles de tráfico dedicados para quedar a la altura del balcón. Era Sabé y les hacía señas para que bajaran la pantalla que mantenía alejados a los intrusos y los vientos de las alturas. Typho entró corriendo a la sala cuando sonó la alarma de proximidad.

—Está bien —indicó Padmé—. Solo es Sabé.

—Si ella está haciendo esto —comentó Typho—, no está bien.

Desactivó el escudo, y Sabé saltó al balcón. Padmé trató de no pensar en la distancia entre el balcón y el piso. El airspeeder se alejó y la alarma se apagó una vez que la pantalla regresó a su lugar. Sabé entró corriendo.

—Hay noticias —informó—. Aún no son públicas, pero mi fuente es una holoperiodista y estaba en el juzgado cuando sucedió.

Un juzgado solo podía significar una cosa: la Ocupación de Naboo había terminado, pero la seguiría para siempre. No podía arrepentirse. Había hecho lo necesario. Pero estaba demasiado cansada.

Sabé se hincó enfrente de ella y le tomó las manos. Padmé sabía que su amiga más querida veía su agotamiento, sin importar que tratara de ocultarlo, así que no lo intentó. Sabé la miró directo a la cara, como siempre lo hacía y el mensaje en sus ojos era tan claro como un cristal: «Somos valientes, Su Alteza».

—Nute Gunray fue declarado inocente —informó Sabé—. Retiene sus propiedades y títulos hasta que presentemos otra apelación.

«Somos valientes, Su Alteza».

—Padmé, el rumor es que ha puesto un precio a su cabeza —indicó ella—. Suficientemente atractivo para llamar la atención de algunas personas desagradables.

«Somos valientes, Su Alteza».

—Muy bien —afirmó Padmé.

Naboo, Tatooine, Bromlarch, comercio, esclavitud, piratería. Siempre habría otro planeta que necesitaba ayuda, y no dejaría que nadie la detuviera. Una luz destelló en su consola personal: la alerta que había puesto ante cualquier desarrollo de la iniciativa de ley jurisdiccional del Canciller Palpatine. Ella había hecho tiempo para todo eso. Levantó la vista y vio que su gente estaba preparada para lo que indicara.

—¿Qué hacemos a continuación?

# EPÍLOGO

Padmé Amidala estaba completamente inmóvil. El halo café de su pelo se extendía alrededor, suavizado por aquí y por allí por flores blancas que habían volado por los aires para llegar a descansar entre sus rizos. La piel era pálida y perfecta. El rostro apacible. Tenía los ojos cerrados y las manos estaban entrelazadas sobre su estómago mientras flotaba. Naboo seguía adelante sin ella.

Aun ahora, al final, la observaban. Theed estaba pesarosa mientras sus ciudadanos recordaban. Hasta los gungans en la procesión caminaban lentamente, sin rastros del habitual rebote en sus pasos. En todo Naboo, la gente lloraba a una reina, una senadora. Había servido bien, había adquirido sabiduría y experiencia, y había hecho ambas cosas rápidamente. Había enfrentado las pruebas de su puesto con determinación y sin miedo, pero había llegado a su fin.

Después del funeral, Sabé fue a casa. No tenía otro lugar a dónde ir. Era un lugar muy pequeño en una de las calles más estrechas de Theed. No había barrios bajos en Naboo, pero si los hubiera, allí sería donde viviría Sabé. No se quedaba allí con mucha frecuencia, solo cuando estaba en este mundo y sus padres empezaban a hacer demasiadas preguntas. Era el único lugar a donde podía ir ahora y en el que nadie preguntaría si se sentía bien.

El ruido de un golpe la hizo saltar. Iba a medio camino en la lista de tipos de mala fama que pudieron haberla seguido antes de que se diera cuenta de que era Tonra, uno de los pocos que conocía la ubicación de este lugar. Lo dejó entrar sin decir una palabra y regresó a donde estaba sentada.

Como siempre, Tonra se mostró satisfecho con esperar a que ella saliera de su ensimismamiento, y la paciencia de ella se quebró antes que la de él.

—¡No tiene ningún sentido! —La furia y el desconcierto, que había mantenido a raya por pura fuerza de voluntad durante toda la respuesta pública a la tragedia, finalmente aparecieron en su voz—. Ella no se *moriría* sin sentido. ¿Y un imperio? ¿Dirigido por Sheev Palpatine? ¡Nada de esto tiene sentido!

Sio Bibble se había retirado finalmente y en lugar de convocar a una elección (en la que Saché era marcadamente favorita) el papel de gobernador había sido reemplazado por un nuevo cargo. Por nombramiento del Imperio, Quarsh Panaka, entre todos los posibles candidatos, supervisaba ahora las operaciones diarias de Naboo. Ni Mariek ni Typho habían aparecido con él cuando pronunció su primer discurso formal ante el planeta. Los cambios se habían dado con demasiada rapidez para que ella les hiciera frente en medio de su dolor. Por lo menos todavía tenían una reina, aunque Sabé no estaba segura de cómo podía ayudar a la chica, aunque estuviera en posición de hacerlo. Necesitaba un momento para *pensar* y Tonra se lo estaba dando.

—¿Qué harás? —quiso saber Tonra.

Si viniera de sus padres, esa pregunta significaría: «¿Qué harás sin ella?». Era una pregunta que llevaban años haciéndole a Sabé, y ella nunca tuvo una respuesta para ellos,

porque nunca pensó en la vida sin la dirección de Padmé. Como venía de Tonra, había más matices. Él sabía lo que ella había hecho al servicio de Padmé. No estaba preguntado lo que haría sin ella, sino lo que haría *debido* a lo que había pasado. Él la conocía demasiado bien como para imaginar que no haría nada.

Había caminado con las doncellas sobrevivientes en la procesión funeraria. Apenas habían hablado. Su dolor era profundo pero difícil de explicar a quienes estaban fuera de su círculo selecto. Naboo había perdido una senadora, una heroína, una reina. Ellas habían perdido a la amiga por la que todas y cada una de ellas con el paso de los años habían arriesgado la vida. No habían tomado esos riegos por la política, por Naboo o por la ahora difunta República. Los habían tomado por Padmé, porque la amaban. Y ahora se había ido.

—Voy a descubrir qué le pasó a mi amiga —contestó Sabé. Se levantó para empezar a caminar por el pequeño cuarto. Ya no podía permanecer sentada. No podía permanecer en este mundo que era un paraíso mientras había terribles secretos por descubrir. Cordé estaba muerta. Versé, Obi-Wan, la Maestra Billaba y Anakin Skywalker, todos ellos estaban muertos. Padmé Amidala Naberrie estaba muerta, y sus sueños habían muerto con ella.

—Regresaré a Coruscant —afirmó—. Seré Tsabin un poco más. Tal vez uno o dos de nuestros viejos contactos sigan allí. Podrían saber algo, y sería un buen lugar para empezar.

—Iré contigo, si me lo permites —ofreció Tonra.

Sabía que el ofrecimiento era genuino. Habían pasado más tiempo separados que juntos desde Bromlarch, y Sabé estaba segura de que Tonra no había pasado todo ese tiempo solo. Ella tampoco. Pero siempre se habían mantenido en buenos términos, aunque rara vez habían estado en el mismo planeta. Sabía que juntos trabajaban bien, y en realidad no le quedaba nadie más. Dejó de caminar de un lado a otro y se detuvo enfrente de él.

—Eso me gustaría —expresó.

Él escuchó cómo su voz se quebraba, y lo ignoró; en cambio, le dio un beso en la frente.

—Necesitaremos identidades completamente nuevas —dijo ella—. Aunque regresemos a Coruscant. Sabé, Tsabin, Tonra: todos tienen que desaparecer. Debemos ser personas que nunca hayamos sido antes. Y tenemos que deshacernos de cualquier cosa que indique que somos de Naboo.

Se llevó la mano al collar. Podía dejar eso atrás, si era necesario. Por Naboo y por su amiga. Había muchos lugares para ocultar algo tan pequeño y mantenerlo seguro hasta que pudiera regresar por él.

—Dime qué necesitas que haga —pidió Tonra—. Puedo conseguirnos una nave. O por lo menos puedo hacer que nos saquen de este mundo y luego obtener una nave en algún otro lugar.

—Tendremos que hacer que los créditos que nos quedan duren el mayor tiempo posible —dijo Sabé—. De modo que cualquier favor que pidas será una buena idea, siempre y cuando no puedan rastrearlos.

—Ve y trabaja en las identidades —indicó—. Yo puedo empacar por ti.

Era cierto. Ya no tenía mucho, y sus pertenencias esenciales eran casi iguales a las de él, cuando se reducía a eso, excepto que las botas de ella eran más pequeñas.

Fue a su estación de trabajo y cerró los archivos que había estado mirando. Eran escritos de Padmé, el trabajo que esperaba que fuera su legado senatorial. Un llamado a reinstalar los límites del mandato de la cancillería. Varias iniciativas de ley que abogaban por la personalidad de los clones durante la guerra e, hipotéticamente, cuando esta terminara. Una moción para llevar todos los carriles del hiperespacio bajo la supervisión de la República, para evitar tributación y disputas territoriales. Años y años de borradores de iniciativas antiesclavitud. Un legado que quedaría sin realizarse, en su mayor parte, y a Sabé le quemaba la necesidad de saber *por qué*.

Desplegó dos identidades en blanco. Usarían unas básicas para salir de Naboo y luego cambiarían a un encubrimiento de mayor calidad cuando estuvieran en algún otro lugar. Era más seguro de esa manera, aunque significara gran cantidad de trabajo.

Escuchó el timbre del intercomunicador y lo ignoró. Realmente no quería hablar con su madre ahora, y las doncellas sabían que era mejor dejarla sola. No tenían que hablar para comunicarse. Sabían que ella les hablaría cuando necesitaran saber, que sería peligroso saber antes de eso. El intercomunicador sonó de nuevo.

Escuchó un suave murmullo desde la sala principal, mientras Tonra lo respondía y hablaba con quien se hubiera atrevido a interrumpir su paz. Un momento después, apareció en la entrada.

—Que dejen un mensaje —informó Sabé—. No quiero tomar la llamada por ahora.

—Creo que debes hacerlo, amor —indicó él. Le pasó un holoemisor. Quien había llamado quería hablar personalmente.

Sabé sostuvo el dispositivo en la palma y lo activó, con lo que surgió una figura familiar. Cuando habló, lo hizo en la voz de Amidala. No tenía intención de demostrar algo.

—Senador Organa, ahora no es un buen momento —avisó—. ¿Qué desea?

# AGRADECIMIENTOS

He estado esperando este libro durante veinte años, y estoy infinitamente encantada de haberlo escrito. No hubiera sucedido sin la generosa ayuda de varias personas:

Josh Adams, quien me llamó a Islandia para ver si estaba interesada, y quien siempre me toma en serio cuando digo que acepto un proyecto.

Jen Heddle, quien me guio de la idea al libro. Emily Meehan, quien siempre me apoyó. Patrice Caldwell, quien me ayudó a hacer más grande el mundo.

El Lucasfilm Story Group y el equipo de diseño, que se aseguraron de que todo funcionara.

Todos los que crearon arte o historias para Naboo en Shattered Empire, Forces of Destiny y *Battlefront II*, y Tara Phillips, quien elaboró esta maravillosa portada.

Natalie Portman, Keira Knightley y Trisha Biggar, quienes me dieron el mejor regalo de quince años que jamás recibí, y Cat Taber, quien lo mantuvo activo.

Varias personas que respondieron preguntas sin saber de qué estábamos hablando, incluidos Emma Higinbotham, Rachel Williams, Bria LaVorgna y Angel Cruz. Es difícil mantener secretos.

MaryAnn Zissimos, la única persona que conozco que puede estar emocionada y tranquila al mismo tiempo.

Y a todas las niñas que alguna vez han pedido más de *Star Wars*. Ustedes son la chispa que me impulsa.

# Acerca de la autora

E. K. JOHNSTON es la aclamada autora de *Star Wars. Ahsoka*; *A Thousand Nights*; *Exit, Pursued by a Bear*; *The Story of Owen* y *Prairie Fire*.

Tuvo varios empleos y una sola vocación antes de publicar lo que escribía. Si algo aprendió es que a veces las cosas son raras y no hay mucho que hacer al respecto. Cuando no está en Tumblr, sueña con viajar y con Tolkien. O escribe libros. En realidad depende del clima.